
UNIÓN
CORRUPTA
EL IMPERIO KNIGHT'S RIDGE
TRACY LORRAINE

Unión corrupta

El Imperio Knight's Ridge

Libro 15

Tracy Lorraine



Copyright © 2024 by Tracy Lorraine

All rights reserved.

No part of this book may be reproduced in any form or by any electronic or mechanical means, including information storage and retrieval systems, without written permission from the author, except for the use of brief quotations in a book review.

Traducido por Daisy Services

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Epílogo

Biografía del autora

Blurb

Encontré todo lo que no sabía que necesitaba.
Acepté el perdón que no merecía.

Luchó por nosotros.
Se arriesgó por nosotros.
Era una de los nuestros.
Y no había forma de que la dejara ir… *otra vez*.

Pero no soy el único con malas intenciones para mi sirena. Con ella desaparecida, echamos la culpa a un enemigo obvio. Pero nuestro camino de destrucción podría llevarnos directamente a otra trampa.

Hemos estado tan consumidos tratando de ganar esta guerra, que estamos perdiendo la batalla. Hemos sido ajenos a lo que está justo delante de nosotros.

Ese tipo de errores podrían destruirnos. Si se lo permitimos.

Individualmente, somos fuertes.
Pero juntos… juntos somos invencibles.
Y estamos a punto de demostrar al mundo de lo que somos capaces.

Capítulo Uno

NICO

—No —suspiro, me tiembla la mano al sacar la nota de debajo de su teléfono y retrocedo a trompicones.

Esto es una broma.

Tiene que ser una broma.

—BRIANNA —grito. Me late el corazón, esperando que esto no sea más que un juego enfermizo y retorcido. Una forma de castigarme por ser incapaz de mantenerme alejado. ¿Pero mi cabeza? Mi cabeza sabe la verdad.

Un miedo helado recorre mi espina dorsal, goteando por mis venas.

El papel cae al suelo y yo despego mucho antes de que haga contacto.

Abro la puerta de su habitación y rezo por encontrarla esperándome, abierta de piernas sobre la cama. Pienso en ella desnuda, con la mano entre los muslos mientras espera impaciente lo inevitable.

La cagó cuando me dio su llave. Tenía que saber que no iba a dejar pasar el resto del día sin usarla.

Por supuesto que lo sabía. Tenía que saberlo.

La puerta se estrella contra la pared, revelando lo que ya sabía, pero me negaba a aceptar.

Su cama está vacía. Diablos, no sólo está vacía, está perfectamente tendida. Las sábanas están bien estiraditas y todas las almohadas están colocadas como a ella le gusta.

Escudriño la habitación, buscando algo, cualquier cosa que pueda estar fuera de lugar.

En cada mesilla de noche hay lámparas, y a su lado, el cargador de su teléfono inalámbrico.

Su tablet, que siempre está al lado de su cama, ha desaparecido, y cuando miro más de cerca su tocador, veo que le faltan el maquillaje y los cepillos del cabello.

Al abrir su cajón de la ropa interior, lo encuentro casi vacío. Su armario está igual.

—No. —Sacudo la cabeza, caminando hacia atrás y negándome a creer que haría una maleta y se iría.

Mis pantorrillas chocan con el borde de su cama y me caigo.

Su olor, que me llegó por primera vez cuando entré en su espacio, se hace más fuerte, y siento el impulso de tumbarme y enterrar la cara en la almohada para respirarla más profundamente, por todo el puto bien que eso me haría.

Me doy veinte segundos para revolcarme en la autocompasión y luego vuelvo a ponerme en pie a la fuerza, con un poco de esa persistente esperanza aún viva en mí, mientras empiezo a registrar el resto de su piso.

No hay mucho; su casa es bastante modesta. Sólo un baño y una alacena bastante grande en la cocina. Pero podría estar escondida en ellos.

Pero, aunque tenga ese pensamiento, sé que es inútil.

Brianna puede ser muchas cosas, pero no es tan cruel.

¿Pero ella se iría?

Supongo que la respuesta la tengo delante de mí cuando descubro, como era de esperar, que el piso está vacío. Y aún hay más pruebas de que ha hecho las maletas y se ha ido cuando descubro que faltan sus artículos de aseo en el baño.

Saco el teléfono del bolsillo y mi mano sigue temblando mientras lo desbloqueo y busco a la persona que tiene todas las respuestas.

Me quedo sin aliento al pensar en su vuelta para estar con Jodie.

Tiene mucho sentido. Jodie no la hubiera querido aquí tanto como yo no la quería aquí.

Pero entonces mis ojos se fijan en esa nota sencilla y desgarradora que tengo a mis pies y la realidad me golpea.

Esto no es una broma. No está escondida con su mejor amiga, esperando que la encuentre.

Esto es serio.

Se ha ido.

Me niego a aceptar el dolor que me atraviesa el pecho como una cuchilla dentada, clavo el dedo en la pantalla del teléfono y pulso el contacto de Jodie.

—Me alegro de que hayas salido a tomar el aire —bromea en cuanto se conecta la llamada—. ¿Mi mejor amiga aún puede aguantar…?

—¿Dónde está? —Ladro, cortando sus burlas.

—¿Qué?

—¿Dónde coño está, Jodie? —Escupo con dureza.

Hay un silencio mientras mis palabras se filtran en su cerebro.

—No sé de qué estás hablando. Ella está contigo.

—No —afirmo—. No está conmigo. Y tú eres la única que puede saber dónde está —grito, mi cordura empieza a flaquear.

Antes de que la voz de mi mejor amigo llegue a mis oídos, se oye un barajar y cantar.

—Me importa una mierda quién seas, nadie le habla así a Jodie —gruñe posesivamente.

—Se ha ido, Toby. Se ha ido, joder.

—¿Dónde estás? —pregunta, sonando demasiado tranquilo.

—En su piso. Ella… dejó una nota. Ella… se fue.

Me aprieto el pecho con la palma de la mano y tropiezo con la pared. Mis rodillas ceden y caigo al suelo.

Mi pecho se agita, cada respiración pesada y dolorosa mientras apoyo los brazos en las rodillas y agacho la cabeza en señal de derrota.

Esto es un castigo.

Karma.

Cada cosa mala que he hecho en mi vida me ha llevado a este momento.

Y joder si no duele.

Justo cuando sacaba la cabeza del culo y me daba cuenta de lo que quería y necesitaba en la vida, todo se vuelve en mi contra.

¿No fue suficiente perder a mis padres?

Está claro que no.

Supongo que cualquier poder superior ha decidido joderme la vida aún más de lo que ya estaba pensando que merezco más dolor que la imagen de mi padre yaciendo sin vida entre los restos de ese club de campo destruido.

Mis pensamientos se dirigen a mi madre. La razón por la que todos estábamos allí en primer lugar. Puede que sea una egoísta de proporciones épicas, pero él quería hacerlo por ella.

Por alguna razón que aún intento descifrar, él la amaba ferozmente. Nunca le negó nada. Y por mucho que a los chicos les guste tomarme el pelo, sé que no es sólo por lo que tiene entre las piernas. *No quiero pensar en eso.*.

Había algo más. Tal vez ella era una persona diferente hace tantos años, cuando él se enamoró de ella por primera vez. Tal vez se convirtió en la perra fría que llegó a ser.

Nunca estuvo destinada a ser madre, lo sé a ciencia cierta.

¿La hemos roto?

¿Y siquiera él lo vio?

Tengo tantas preguntas. Tantas que me gustaría haber tenido la oportunidad de preguntarle. Tantas cosas que desearía haberle podido contar. Compartirlas con él.

* * *

Cuando la puerta vuelve a chocar con la pared, estoy hecho polvo. Y ni siquiera me importa intentar disimularlo.

Levanto la cabeza y miro a mi mejor amigo y a su chica con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Dónde está? —Jodie pregunta, olvidando claramente la primera puta cosa que le pregunté cuando agarró el teléfono.

Una risa amarga, triste y desesperada brota de mis labios.

—Se supone que tú sabes la respuesta a esa pregunta —me enfurezco, ganándome una mirada de advertencia de Toby.

—Nic…

—No lo hagas, ¿vale? No lo hagas, joder.

Me pongo en pie, me acerco a la nota abandonada y la levanto del suelo.

Se lo lanzo a Jodie y espero a que sus ojos escudriñen esas tres palabritas.

Tres palabras diminutas, que deberían ser insignificantes y que no deberían tener el poder de ponerme así de rodillas. Igual que la mujer que las escribió.

Sacudo la cabeza.

Por eso no me interesaban más que los rollos de una noche.

Mujeres. El amor. Te hace débil.

Ahora mismo, sólo pienso en ella, en lo mucho que me duele que me haya metido la mano en el pecho, me haya arrancado el corazón y se lo haya llevado.

Ni siquiera he considerado el hecho de que su puerta principal está abierta de par en par y podríamos ser emboscados por un italiano o dos.

Soy débil. Débil y vulnerable. Y si algo me pasara ahora, todo sería culpa de ella. No es que le importe una mierda.

Se fue.

Después de todo lo que dijo este fin de semana -las promesas que hicimos, tanto en voz alta como en silencio al ceder a lo que ambos hemos estado negando durante demasiado tiempo-, se ha levantado y se ha ido.

—No, no lo creo —afirma Jodie con seguridad—. Ella no haría esto.

Aparto la mirada de la nota que tiene en las manos y la encuentro a los ojos.

—¿Qué parte de esa nota te hace pensar que está bromeando, Jodie? Ella se fue, me dejó, y todo lo que tengo es esa nota de

mierda en su lugar.

¿No tenía nada más que decir? Incluso un—gracias por traerme—habría estado bien.

—Ella no haría esto —repite Jodie, sus ojos oscuros me instan a creerla—. La conozco, Nico. La conozco mejor que ella misma. No se iría. Ella… —Apartando la mirada de mí, mira la letra de su mejor amiga clavada entre los dedos—. Ella no me dejaría.

Sus palabras tácitas retuercen con más fuerza el cuchillo que ya está enterrado en mi pecho.

No habría dejado a Jodie. Pero me habría dejado a mí.

En el fondo, sé que tiene razón. No he sido más que un capullo con ella desde que nos conocimos, pero pensé que habíamos pasado página.

Supongo que fui ingenuo al pensar que de repente cambiaría de opinión y se arriesgaría conmigo. Desde la noche en que nos conocimos, me ha dicho una y otra vez que lo suyo no va en serio, que no tiene interés en un futuro conmigo ni con ningún chico.

Entonces, casi la mato. ¿Qué mujer en su sano juicio daría de repente un giro de 180 grados y decidiría que quiere todo lo que antes había rechazado vehementemente como posibilidad?

Me engañaba a mí mismo, pensando que este fin de semana era el comienzo de algo. No era el principio. Era el final, y yo estaba demasiado ciego como para verlo.

No nos estábamos embarcando en el siguiente capítulo de nuestra relación. La estábamos terminando. Ella se estaba despidiendo y yo no tenía ni idea.

Sé que la he acusado de mentirosa, pero nunca pensé que fuera capaz de engañarme tan fácilmente.

—Soy tan estúpido —ladro, incapaz de guardarme esto dentro—. Le creí. Cada puta palabra. Le creí, y todo eran mentiras. Feas mentiras de sus bonitos labios carnosos.

—No —argumenta Jodie—. Brianna no es una mentirosa. Es la persona más honesta y digna de confianza que conozco. Si se ha ido entonces… —Jodie traga saliva nerviosa.

—¿Entonces? —pregunta Toby, estirando la mano y atrayendo a su novia hacia sí cuando empieza a derrumbarse.

—No fue por elección —susurra, con la voz entrecortada.

Parpadeo mientras mi cerebro lucha por descifrar las palabras.

—¿Quieres decir que se la llevaron? —Toby racionaliza antes de que yo tenga la oportunidad de hacerlo.

—Tiene sentido, ¿no? Ella estuvo contigo este fin de semana, Nico. Cien por ciento. Y si dejas de lado esta mierda de fiesta de lástima, lo sabrías también. Conoces a Bri mejor que eso.

—Ricardo —respiro. Solo su nombre me hiela la sangre.

La imagen de cómo eran Daemon y Ant cuando desafiaron las probabilidades y regresaron de las garras de los italianos llena mi mente y la bilis se revuelve en mi estómago.

No importa que Brianna sea una mujer. La usará para entregar su mensaje.

Primero mi padre, y luego mi chica.

El hijo de puta tiene un serio deseo de morir.

—Vámonos. Tenemos que buscar a los demás y llevarle esto al jefe.

Mi cuerpo se mueve por sí solo, mis piernas dan pasos hacia la puerta principal antes de que Jodie grite.

—Espera. La has rastreado, ¿verdad? —pregunta esperanzada. —Como todos—. Se lleva la mano al collar.

—No. Rastrearla significaría reclamarla, y hasta hace poco, me había mantenido firme en que eso no iba a suceder—. ¿No lo has hecho? —pregunto, mis ojos se elevan a los de Toby. Como mejor amiga de su chica, prima, demonios, hermana, a todos los efectos, habría pensado que lo habría hecho.

—No. Se negó a permitir que se rastreara nada más que su teléfono. Es tan terca y testaruda como tú —afirma, manteniéndome la mirada firme, recordándome todas las veces que ha sacado esta conversación en los últimos meses.

—Esto no tenía que pasar —argumento, sin saber si me refiero a esta situación o al hecho de haber ido y enamorarme de ella.

—Lo sabemos. Ahora vamos a buscarla —dice Toby con confianza, haciéndome un gesto para que continúe hacia la puerta.

Avanzo hacia ella, pero antes de atravesarla, me detengo y miro hacia atrás.

Puede que su presencia ya no esté, pero éste sigue siendo su lugar, y siento una extraña sensación de consuelo al estar aquí. Incluso si todo dentro de mí se alborota al pensar que está en las garras de nuestro enemigo.

Quiero preguntarme, ¿por qué ella? Pero la respuesta es obvia. Mientras yo me he negado a aceptar lo que ella significa para mí, otros han sido capaces de verlo. Sabían que ella era nuestro eslabón débil.

Si la hubiera encerrado antes…

Capítulo Dos

BRIANNA

Me duele el cuerpo y tengo la cabeza muy confusa cuando vuelvo en mí.

Me doy la vuelta y gimo contra la almohada, preguntándome por qué me he permitido beber tanto en una noche de colegio.

Sólo hay una persona a la que culpar de este error de juicio.

Nico Cirillo.

La razón de todas mis malas decisiones este año.

Lástima que no pueda echarle también la culpa de todas las anteriores.

Lamentablemente, todas son culpa mía. Ni siquiera aprendí la mayoría de los nombres de los errores anteriores, así que no puedo culparles.

Cuando muevo las piernas, me duele el torso y las terminaciones nerviosas se aceleran.

Este fin de semana fue… bueno, bastante *sextacular*.

Se me dibuja una sonrisa en los labios al recordar todos los sitios donde follamos, todas las formas en que sometió mi cuerpo a su voluntad y lo fuerte que grité por él. Esos lugares están insonorizados -seguramente por una buena razón, conociendo a

esos chicos y sus habilidades-, pero aun así no me sorprendería que todos ellos me oyeran.

Así de espectacular fue.

Subo más las sábanas, me acurruco en la suave almohada que tengo debajo y me dejo ahogar en pensamientos sobre Nico y las cosas que puede hacer con su cuerpo demente.

Joder, esa polla debería ser ilegal.

A lo mejor ni siquiera estoy con resaca por el alcohol. Quizá me emborraché de tanta polla que ahora sufro las secuelas.

El sueño me reclama rápidamente y me olvido de la realidad para dejarme ahogar por mis sueños salaces.

—Nena —me gruñe una voz profunda al oído, despertándome de mi letargo.

Estiro las piernas, me duelen los músculos de la forma más deliciosa cuando recuerdo que Nico hace poco me inmovilizó los muslos contra el pecho mientras me golpeaba.

Mi coño se aprieta al recordar cómo se siente deslizando esa magnífica polla dentro de mi cuerpo. Un gemido retumba en mi garganta cuando sus labios me besan el cuello y el hombro herido.

—¿En qué piensas, Sirena? —susurra, con la voz áspera por su propio deseo.

—En ti —confieso.

—Hmm —gime—. Eso es algo a lo que podría acostumbrarme, nena. ¿Te duele?

—Deliciosamente —confieso mientras su mano se desliza por la parte baja de mi cintura hasta mi cadera.

—¿Crees que puedes ir otra vez?

Una risa silenciosa sale de mis labios.

—¿Es una pregunta seria, Nico?

Se acerca más y tira de mis caderas hacia atrás para conseguir un mejor ángulo, con su polla dura presionándome el culo.

—Puta —murmura en voz baja, casi con cariño.

—Tuya —confieso. La palabra me parece correcta. Después de todo el tiempo que he pasado negando la verdad que encierra, ahora que la he aceptado, puedo apreciar lo acertada que es.

—Joder, nena. ¿Esto es real? —me pregunta, enganchando su mano alrededor de mi muslo y abriéndome para él.

Jadeo cuando sus dedos encuentran mi clítoris y empiezan a rodearlo suavemente.

—No puedo evitar sentir que voy a despertar y todo esto habrá sido un sueño.

La cabeza de su polla presiona mi entrada antes de empujar suavemente.

Pica durante un instante, pero rápidamente deja paso al placer. Tanto placer, joder.

Nico no necesita hacer nada extravagante cuando estamos juntos. No necesita ningún juguete sexual ni lubricante especial para aumentar la sensación. Él. Es. Todo.

Mi cuerpo responde al suyo como si estuviera hecho para él.

Nos alineamos y encajamos a la perfección.

En el pasado me aterrorizaba. La idea de ser la otra mitad del todo de alguien no era un concepto que estuviera dispuesta a admitir que existiera. Pero ahora, aquí tumbada, nada de eso me parece tan aterrador.

—Nico —respiro cuando me empuja más profundamente, llenándome sólo como él puede.

—Aquí mismo, nena. Y no voy a ir a ninguna puta parte.

Me penetra lentamente mientras sus dedos juegan con mi clítoris.

Mi liberación crece rápidamente, pero sus movimientos casi perezosos hacen que nunca me eleve lo suficiente como para caer, y acabo cabalgando la cresta de ese orgasmo casi a punto de llegar durante el tiempo más largo.

Sus labios siguen besando mi hombro, prestando atención a cada laceración que deja tras de sí su imprudente comportamiento.

Saber que a él no le disgusta el desastre de mi piel me hace sentir un poco mejor al respecto, pero hasta que los puntos no desaparezcan por fin y pueda ver el verdadero desastre de lo que me queda, siempre voy a pensar lo peor.

—Adicto a estar dentro de ti, Sirena. Tu coño es jodidamente espectacular —susurra contra mi piel. El calor de su aliento me hace

sentir un escalofrío de deseo.

Puede que esté dentro de mí, puede que tenga sus manos sobre mí, pero no es suficiente. Y me temo que nunca lo será cuando se trata de Nico Cirillo.

Lo ferozmente que lo deseo, incluso esa primera noche, me consume por completo. Pero sólo empeora ahora que me he permitido tenerlo.

—Tu coño está prácticamente estrangulando mi polla, nena. Mi chica está hambrienta, ¿eh?

—Nico.

—Joder, sí, soy yo. Y de ahora en adelante, sólo seré yo —dice posesivamente. Sus palabras me hacen pensar brevemente en Brad. Pero rápidamente me olvido de esos pensamientos. Lo nuestro terminó hace tiempo. Sólo lo he tenido cerca por razones egoístas. Pero después de lo que pasó el fin de semana pasado, creo que los dos nos dimos cuenta -por fin- de que no había nada importante. Él satisfacía una necesidad que yo tenía, por así decirlo. Y yo… bueno, a saber, qué satisfacía yo en su vida. Él quería más de mí de lo que yo estaba dispuesta a dar. Eso siempre fue más que obvio. Tal vez fingir, llevarme a citas y exhibirme era suficiente para él.

Fuera lo que fuera, ya no importa. Ya está hecho. Ese capítulo de mi historia está firmemente terminado, y estoy listo para embarcarme en este nuevo.

—Sí —gimo, dándole la razón—. Sólo tú, Nico.

Un gemido asqueroso retumba en su garganta, y es suficiente para empujar mi liberación un poco más cerca.

—¿Vas a correrte sobre mi polla, Sirena?

—Sí.

—Dime lo que necesitas —me exige, torturándome con su voz sexy y profunda mientras continúa con sus lentas y mesuradas caricias.

—Más. Necesito más.

—¿Más cómo? —pregunta, jugando conmigo.

—Más rápido. Más fuerte. Necesito… te necesito en tu peor momento.

—Bueno, eso es una verdadera lástima, nena. Porque ahora mismo, me tienes en mi mejor momento.

Se levanta sobre el codo y se cierne sobre mí.

—Ahora, dame tus labios. Yo también necesito más.

—He estado durmiendo —digo con una mueca de dolor, pero debería saberlo.

—¿Y? Podrías haber estado lamiendo el suelo del baño y yo seguiría queriendo esos labios en los míos.

—Qué asco —murmuro un instante antes de que mueva mi cabeza exactamente donde quiere y roce sus labios con los míos.

El beso es tan lento y dulce como lo que está haciendo más abajo por mi cuerpo. Me besa con reverencia y amor, haciendo que mis ojos ardan en lágrimas. Puedo decir sinceramente que no es algo que haya experimentado nunca durante el sexo. Claro, ha habido más de un par de veces que he querido llorar a mitad de acto, pero eso es más porque ha sido una mierda y estaba deseando estar a solas con mi vibrador en lugar del pez muerto que estaba tratando de sacudir mi mundo. Sinceramente, algunos hombres no pueden ni provocar una ola y mucho menos hacer que la Tierra se mueva de alguna manera.

La lengua de Nico me lame la boca mientras me folla tan profundo como le permite esta posición. Cada una de sus embestidas roza mi punto G de la forma más alucinante. Él también lo sabe, pero no me da más. Me mantiene al límite. Y por mucho que quiera suplicar más, nunca lo hago. Simplemente me entrego a él, sabiendo que cuando esté listo, se asegurará de que mi mundo se tambalee.

No tengo ni idea de cuánto tiempo pasa, ni de si es de día o de noche mientras seguimos… ¿haciendo el amor?

Es embriagador pensar que podríamos adentrarnos en ese territorio.

Observo a los demás a diario, cuánto se preocupan el uno por el otro, cómo se han prometido para siempre.

¿Es ahí adónde va esto?

Después de toda la negación, de todos los sentimientos y deseos ignorados, ¿estamos corriendo hacia el ilustre felices para siempre?

—Nena —gime mientras me sigue besando—. Voy a explotar. ¿Estás lista?

—Tan listo. Hazme añicos —exijo.

Y vaya si cumple.

Sus caderas se aceleran, sus dedos trabajan mi clítoris como un profesional mientras aumenta la presión, pellizcando ese pequeño capullo de nervios hasta llevarme al límite.

El lanzamiento es diferente, aunque no menos potente. En todo caso, lo, es más.

En lugar de golpearme, me atraviesa. Cada oleada es más intensa hasta que grito y cierro los ojos de golpe mientras abrazo el calor y el placer que crecen en mi interior.

Estoy totalmente consumido.

Y se vuelve aún más fuerte cuando ruge mi nombre y su polla se sacude dentro de mí, llenándome.

—Joder, nena. Todo. Lo estás haciendo magnífico.

Abro los ojos en cuanto me despierto y descubro que no estoy en pleno orgasmo y que Nico no está dentro de mí.

La decepción es real.

—Mierda —siseo, mirando el techo blanco sobre mí—. ¿Nico?

Giro la cabeza hacia un lado y lo busco, más que dispuesta a utilizar su cuerpo después de lo vívido que ha sido el sueño. Pero enseguida descubro que no está tumbado a mi lado un instante antes de darme cuenta de que no reconozco las sábanas que me cubren.

—¿Qué dem…?

Me incorporo como un rayo y observo a mi alrededor mientras mi corazón empieza a latir con fuerza.

No reconozco nada.

Empieza a cundir el pánico en mi interior.

Esta no es la habitación de Nico, ni ninguna de sus habitaciones de invitados.

Es…

Me pongo en pie antes de darme cuenta del movimiento y corro hacia la puerta.

En cuanto giro el picaporte, se abre y deja ver un cuarto de baño.

Es un precioso cuarto de baño blanco con detalles en verde azulado. Pero no lo aprecio por mucho tiempo, porque mi confusión aumenta en cuanto veo todos los productos que hay en la encimera alrededor del lavabo y en el estante de la ducha.

Son todos míos.

Mis cejas se pellizcan mientras me devano los sesos para saber dónde estoy.

Sé que hemos follado mucho este fin de semana, pero no estoy segura de que haya sido suficiente para que me desmayara y no supiera por dónde íbamos.

Es una noche de colegio, dice una vocecita dentro de mi cabeza.

¿Por qué me habría llevado a algún sitio en una noche de colegio?

Me doy la vuelta y vuelvo a registrar la habitación. Al igual que en el baño, me encuentro rodeada de mis cosas.

Mi Kindle está en la mesilla de noche junto a un vaso de agua.

Mi maquillaje está en el tocador y, cuando abro el enorme vestidor, encuentro mi ropa.

Muy confundida, me dirijo a la última puerta de la habitación.

Pero a diferencia de las dos anteriores, cuando giro la manivela de ésta, no pasa nada.

Tiro con más fuerza, pensando que sólo está atascada, pero enseguida me doy cuenta de que no se trata de una puerta pegajosa e hinchada. No en un lugar tan caro.

Está cerrado.

—NICO —grito, con los puños golpeando la puerta mientras el corazón me late tan deprisa que me da vueltas la cabeza.

Pero no importa lo fuerte que grite pidiendo ayuda o aporree la puerta. No pasa nada.

No viene nadie.

Capítulo Tres

NICO

—¿Por qué coño la has dejado irse a casa? —ladra Theo, con los ojos desorbitados de incredulidad después de que Toby le haya explicado por qué irrumpimos con él y Emmie mientras follaban en el sofá.

—Intentaba hacer lo correcto. Ella quería algo de espacio antes de volver a la escuela mañana y…

—¿Y? —brama. —A la mierda, Nico. Nunca deberías haberla dejado salir de este edificio, y mucho menos dejarla allí desprotegida.

—Me aseguré de que cerrara la puerta después de mí.

—Oh bien, eso lo hace todo jodidamente mejor, ¿no?

—No necesito tu puta actitud —le digo bruscamente. —La he jodido. Otra vez. Créeme, lo sé, joder.

—Si no quieres mi actitud, entonces no quiero tu maldita fiesta de lástima. Sí, la has cagado otra vez. Asúmelo. —Levanta la mano, apartándose el desordenado pelo sexual de la frente.

—¿Dónde está el fuego? —Alex ladra cuando la puerta de Theo se abre y él, Ant, Daemon y mi hermana se unen a la fiesta.

—Nico, ¿qué pasa? —Calli pregunta en cuanto sus ojos se posan en mí.

—Bri se ha ido —suelto, las palabras volviéndome a rebanar.

No parece importar cuántas veces las diga; no se hacen más fáciles de tragar.

—¿Qué? —grita, sacando el teléfono del bolsillo trasero y pulsando la pantalla—. Está sonando —dice en cuanto se lo lleva a la oreja, pero, para su decepción, el teléfono al que llama se enciende en la mesita.

—Calli —suspiro, poniéndome en pie y cerrando el espacio que nos separa. —Se ha ido —susurro, rodeándola con mis brazos, necesitando su calor y su apoyo tanto como creo que ella necesita el mío ahora mismo.

—No lo haría —jadea, con la voz quebrada por la emoción—. No después de este fin de semana. No después de que te dijera... —Ella hipa, cortando sus palabras.

—Creemos que Ricardo la tiene —dice Jodie, con una voz extrañamente calmada.

Desde que se rompió en el viaje de vuelta, parece haber sacado fuerzas de algún sitio y está centrada exclusivamente en encontrar a su mejor amiga.

Levanto la vista justo a tiempo para ver cómo se tensa la mandíbula de Daemon. No suele mostrar ningún tipo de reacción o emoción exterior, pero recordar por lo que ha pasado basta para resquebrajar su máscara.

—No he oído nada —dice Ant con pesar.

—¿Es realmente una sorpresa después de la noche del viernes? —Theo chasquea.

Tiene razón; las cosas con los italianos están en un punto de ruptura.

Saben que les tendemos una trampa, lo que significa que tienen la confirmación que necesitan de que tenemos a alguien en sus filas, o más bien de que tenemos a algunos de los suyos en las nuestras.

—Bueno, tienes que averiguarlo —suplica Calli, soltándose de mí y mirando a su amigo con ojos llorosos y suplicantes.

—No es tan fácil, Cal. No puedo coger el teléfono y llamar a Enzo. Tengo que esperarme.

—¿Ya sabemos algo de él? —pregunto. La última vez que estuvimos aquí arriba, Enzo no se había comunicado y, aunque nadie

dijo nada, la inquietud nos recorrió a todos.

Si Ricardo y sus leales hombres sospechan de Enzo, entonces... bueno, no vale la pena pensarlo. Pero es seguro decir que no vamos a conseguir más información sobre lo que el idiota está haciendo.

Y lo necesitamos, joder. Ahora más que nunca.

Necesitamos una oportunidad para golpearles de una vez por todas.

—No. Nada —dice Ant nervioso.

—Sólo está manteniendo un perfil bajo, ¿verdad? —Emmie pregunta esperanzada.

—Esa sería la situación ideal —afirma Theo con frialdad—. ¿Dónde coño están Seb y Stella?

Silencio.

—Que alguien los llame. Me pondré con papá y esperaré un puto milagro.

Se levanta del sofá, nos da la espalda y se dirige a su despacho.

Incapaz de quedarme sentado y esperar como un buen esbirro, salgo tras él.

—¿Qué coño? —ladro, atrapando la puerta que intenta cerrar, haciéndole detenerse a medio camino de la habitación.

—Sólo necesito un puto minuto —suelta.

—Oh, siento que mi puta novia desaparecida te pusiera a parir en la tuya —siseo, con la irritación recorriéndome en furiosas oleadas.

—No es eso —dice, apartándome—. Es que… —Sus palabras se interrumpen cuando se deja caer en la enorme y pretenciosa silla que tiene detrás de su igualmente ostentoso escritorio.

—¿Sólo qué? Brianna está... joder. Y tú te escondes aquí como si no te importara.

Sus fríos ojos se levantan de la mesa y miran los míos. El peligro se desprende de él en oleadas, aunque no me importa una mierda. Me enfrentaré a él una y otra vez si es necesario.

—¿Es eso realmente lo que piensas? ¿Que no me importa?

Levanto las manos. —No tengo ni puta idea. Lo único que sé es que estamos todos aquí sentados como idiotas mientras alguien tiene a mi chica. La necesito, Theo. La necesito, joder…

—Lo sé, Nic. Y la atraparemos. Sólo estoy... procesando. Aclarando las cosas antes de hablar con papá. Hay tanta mierda que está pasando que es…

—Lo siento —suelto, haciendo que sus cejas se levanten.

—Confía en mí, Nico. Me importa una mierda. Y la encontraremos. Y si aún no ha matado a ese hijo de puta, haré todo lo posible para asegurarme de que lo hagas.

Asiento, aceptando que lo dice en serio antes de dejarme caer en una de las sillas de enfrente y darle un segundo para que se recomponga, mientras deseo poder hacer lo mismo.

Pero algo me dice que nada estará bien en mi mundo hasta que la encontremos y la tenga en mis brazos.

* * *

Decir que Damien estaba enfadado sería quedarse corto.

Por supuesto, no se puso colorado ni empezó a gritar su irritación a través del iPad de Theo; nuestro jefe no es así. Pero los que mejor lo conocemos, su hijo y su sobrino, lo vemos: la forma en que sus ya oscuros ojos se vuelven asesinos y cómo sus puños se enroscan sobre la mesa de su despacho.

Estaba indignado.

Pero, al igual que nosotros, tampoco tenía respuestas.

Realmente útil.

Nos dijo que enviaría hombres a lugares italianos conocidos, pero sinceramente, aunque no sabemos en quién deberíamos confiar, eso podría estar empeorando la situación.

—Esto no ayuda —me quejo como una zorrita unas horas más tarde, mientras vuelvo a estar de pie en medio del piso de Brianna.

—Bueno, ¿tienes alguna idea mejor? —responde Jodie con impaciencia.

Las imágenes de ver cómo el complejo italiano y todos sus negocios arden en llamas llenan mi mente y, al parecer, no soy el único capaz de verlo.

—Una vez que la tengamos de vuelta, sí. Entonces los pondremos de rodillas —promete, capaz de ver la sed de sangre brillar en mis ojos.

—Hijos de puta —gruñe Theo desde donde él y Toby están sentados, uno al lado del otro, en el sofá de Brianna con sus portátiles sobre las rodillas.

—¿Qué? —ladro cuando se limita a seguir dando golpecitos en lugar de explicarme.

—¿A qué hora volviste aquí con ella? —pregunta sin levantar la vista.

—Uh... no sé, alrededor de las siete, tal vez las ocho. ¿Por qué? —ladro cuando no responde y sigue golpeando.

—Joder. Joder.

—¿Qué?

—Han hackeado las grabaciones de seguridad. La película está en bucle. No hay señales de que volvieras aquí ni de que nadie entrara después.

Me rechinan los dientes mientras miro a mi primo con incredulidad.

—¿Cuándo hicieron eso?

—Sólo estoy mirando. Pero esto estaba planeado. Estaban esperando.

Se me hiela la sangre al pensar en esos putos cabrones sentados fuera de su edificio, esperándola.

—No podían saber que volvería.

—No —asiente Toby—. Pero es la única que no vive con nosotros, así que había más posibilidades de pillarla volviendo que a las otras.

El arrepentimiento me inunda.

Sabía que dejarla venir aquí había sido un error. Pero no quería ser ese gilipollas controlador del que me acusaba. Estuve de acuerdo con todo lo que me gritó.

No quiero que se quede sentada, acepte mi dinero y se limite a lucir bonita de mi brazo. Me encanta que tenga sueños, deseos, ganas de ayudar a la gente. Nunca le impediría hacer nada de eso. Pero, joder, debería haberme mantenido firme en esto.

O debería haberme negado a irme. Cada centímetro de mi cuerpo me suplicaba que me quedara. Debería haber escuchado.

Si lo hubiera hecho, podría haber estado aquí cuando...

—No hay señales de que hayan forzado la entrada —digo, cortando mis propios pensamientos al vocalizar mis temores.

Jodie y Calli tienen razón. Que se lleven a Brianna es lo más lógico, pero, aun así, hay una pequeña parte de mí que piensa que ha huido.

Y la única persona de la que podría tener que huir soy yo.

Se me hace un nudo en el estómago y el dolor me sube por el pecho mientras miro fijamente a mi primo y a mi mejor amigo, con la esperanza de que tengan respuestas reales en lugar de que nos limitemos a adivinar lo que ha pasado aquí esta noche.

—Eso no significa nada, y lo sabes. ¿Cuántas cerraduras has forzado sin dejar pruebas? —me pregunta Toby, que conoce bien mis habilidades con una cerradura.

—Pero eso no es una prueba, ¿verdad? Todavía podría haber hecho una maleta y caminar...

—No lo hizo —afirma Theo con firmeza—. Esto no es obra de Brianna. Ella no se lo haría a Jodie, a Joanne, a ti.

Sacudo la cabeza, incapaz de creer las palabras que salen de sus labios.

Con un suspiro de dolor, giro sobre mis talones y camino hacia la habitación de Brianna.

En cuanto me detengo en la puerta, un millón de imágenes de los momentos que he pasado aquí con ella llenan mi mente.

—Nico —gritó mientras le chupaba el clítoris.

—Más fuerte —exigí, consciente de que nuestros dos mejores amigos están en la sala y más que dispuestos a demostrar que nos estábamos divirtiendo mucho más que ellos.

Introduje dos dedos en su apretado coño y los enrosqué para hacerla gritar.

Puede que no hayamos estado juntos muchas veces, pero ya sabía exactamente cómo jugar con ella.

Arde con cada una de mis caricias. No importa lo que haga, no importa lo inocente que sea, es como si no tuviera suficiente.

Es una sensación embriagadora.

He estado con muchas mujeres antes, pero nunca una había reaccionado así conmigo.

No es que se lo vaya a decir.

En lo que a ella respecta, ella es sólo otra prostituta. Aunque, una que es lo suficientemente buena como para requerir repeticiones.

Ya había roto muchas de mis propias reglas con ella. Igual que sé que ella lo había hecho conmigo. Eso me hacía sentir un poco mejor con estas repeticiones, porque algo me decía que ella es tan adicta a mi polla como yo a su coño.

Puede que no estemos de acuerdo cuando estamos vestidos y tiene que mantener las apariencias, pero en cuanto la desnudé y le quité todo, se convierte en mi putita necesitada que no puede saciarse.

—NICO, JODEEEEEEER —gritó más fuerte, exactamente como le pedí cuando rocé su Punto G una y otra vez.

Lamí y chupé su clítoris, demasiado adicto a su sabor mientras su cuerpo se acercaba a su liberación.

Pero no se lo permití.

Justo antes de que se corriera, mis dedos se detuvieron y mi lengua también.

—Maldito cabrón —gritó, clavándome los tacones en la espalda.

—Joder, me encanta cuando te enfadas, Sirena. Me pone la polla tan dura.

—Te odio, joder —se burló.

—Sí, sigue diciéndote eso.

La solté y me incliné hacia la caja de juguetes que ella había sacado antes, enroscando los dedos en una cuerda.

Sus ojos siguieron mi movimiento mientras me cerní sobre ella, lo enrosqué alrededor de los barrotes de madera de su cabecero y lo aseguré antes de alcanzar sus brazos. Pero en ningún momento encontré su mirada frustrada y excitada a la vez.

Sin dudarlo, me permitió atarla a la cama y, en cuanto estuvo asegurada, me arrastré por ella, le rodeé los tobillos con los dedos y la arrastré hacia abajo hasta tensar la cuerda.

Jadeó cuando su cuerpo alcanzó su máxima capacidad.

—Mírate —murmuré, soltando sus tobillos para pasar las palmas de mis manos por sus piernas suaves y curvilíneas. Mis dedos se clavaron en sus músculos, masajeándolos. Puede que ahora no lo necesite, pero algo me dice que lo hará cuando acabe con ella.

—Por favor —gimió, sus ojos piden más.

La piel le brilla por estar a punto de liberarse, el pecho le brilla de deseo y los pezones estaban tan duros que podrían cortar el cristal.

El único momento en que está más guapa es cuando está de rodillas con el maquillaje corrido por las mejillas.

—¿Por favor qué, Sirena? Tendrás que rogar mejor que eso si quieres algo.

—Por favor —jadeó cuando mis pulgares rozaron peligrosamente su coño—. Necesito correrme.

—¿Es eso cierto? Será mejor que seas una buena putita entonces, ¿no es así, Sirena?

Un grito salió de sus labios cuando la agarré por las caderas y la puse boca abajo.

La puse de rodillas y retiré la mano.

—Agárrate —le ordené, consciente de que lo tiene todo para agarrarse antes de que mi palma chasqueé contra la mejilla de su culo.

—Joder, sí —susurré en voz baja mientras la huella de mi mano florece en su piel impecable.

Es mío, pienso antes de darme cuenta de lo jodido que es.

Necesitado de una distracción, busqué el tapón anal que le metí antes de tocarla.

Gritóa como la puta perfecta que era mientras jugaba con ella.

—Nico, por favor —jadeó, empujando el culo hacia atrás, tratando de conseguir más.

Se me escapó una risita divertida.

—Todavía no me has dicho lo que quieres, Sirena.

—Tu polla, Nico. Quiero tu puta polla.

—¿Dónde?

—Primero el coño.

—¿Primero? —pregunté con una sonrisa burlona.

Claro que sí, siempre tiene tanta hambre como yo.

—Nico.

—Creo que primero —dije, bajando de la cama, dejando su culo levantado y listo para mí.

Me tomé un segundo para estudiarla con su coño reluciente a la vista.

Alargué la mano hacia abajo y acaricié mi dolorida polla mientras imaginaba el aspecto que tendrá dentro de unos minutos con sus labios rojos envolviéndola mientras me hacía una mamada.

—Nico —chasquea una voz, sacándome de la sucia ensoñación de mi sirena.

Parpadeo un par de veces y recupero la visión.

La erección que estoy frotando a través de mis jeans se hunde rápidamente cuando descubro que Jodie me mira fijamente con las cejas levantadas.

—Lo siento —murmuro, sintiéndome extrañamente avergonzado —. ¿Algo?

—No. No encuentro nada que pueda ayudar. Esta todo… como debe estar —confiesa con tristeza.

Incapaz de hacer otra cosa, me doy la vuelta y planto el puño contra la pared de la habitación de Brianna. Puede que no sirva de nada, pero al menos el dolor no proviene de mi pecho.

Capítulo Cuatro

BRIANNA

A pesar de saber que no viene nadie, mi puño sigue golpeando la puerta hasta que no puedo soportar más el dolor.

Con un sollozo aterrorizado, caigo de espaldas contra la pared. Las piernas me fallan y termino en el suelo.

Las lágrimas siguen cayendo de mis pestañas mientras mi cuerpo tiembla.

Me gusta pensar que soy bastante fuerte, pero despertar y descubrir esto ha roto algo dentro de mí.

—Nico —sollozo, apretando los ojos mientras pienso en él.

Todo esto es culpa mía. Si no me hubiera empeñado en volver a mi departamento, nunca habría terminado aquí.

Todavía estaría...

Mi cabeza se mueve buscando un reloj.

No tengo idea de qué hora es, ni de qué día.

Lo único que sé es que es de día, porque el sol entra por la ventana.

La ventana.

A toda prisa, corro hacia ella y abro de un tirón las cortinas.

La vegetación me recibe. Debajo de la ventana hay un jardín perfectamente cuidado, antes de que los árboles se extiendan hacia el cielo azul en la distancia.

Está claro que ya no estoy en Londres.

Presiono la nariz contra el cristal, miro hacia abajo y trago con nerviosismo. No me dan miedo las alturas. Lo que les dije a las chicas la otra semana es cierto: me da miedo el algodón mojado. Pero en realidad, mi mayor miedo en la vida es similar al de Emmie. Me aterra convertirme en mi madre y ser un completo desperdicio de oxígeno, una carga para la sociedad. Aun así, intentar escalar esa pared me produce una oleada de ansiedad. Aunque algo me dice que será más fácil que lo que me espera aquí.

Enrosco los dedos en las manijas de las ventanas de guillotina y tiro con todas mis fuerzas.

—¡Nooo! —grito cuando no se mueven.

Por supuesto que no.

Mi puño choca con el cristal.

Duele mucho, pero me da otra idea.

Me doy la vuelta y tomo el taburete que está frente al tocador. Sostengo el asiento acolchado contra mi pecho y corro hacia la ventana, con las imágenes del vidrio rompiéndose, llenando mi mente.

—Hijo de puta —gruño cuando eso no pasa y, en su lugar, reboto hacia atrás, cayendo dolorosamente de culo con el taburete todavía en los brazos.

¿Quién demonios pone cristales indestructibles en las ventanas de los dormitorios?

Gente que no quiere que sus cautivos escapen.

Con un gemido agotado y frustrado, me dejo caer hacia atrás antes de acurrucarme con el taburete, como la patética mujer en la que no quiero convertirme.

* * *

No recuerdo haberme vuelto a dormir en el suelo, pero debí hacerlo, porque no recuerdo haberme levantado.

Despierto sobresaltada y me impulso sobre los codos, mirando fijamente la cama.

¿Cómo...?

Me ruge el estómago y, cuando aspiro por la nariz, descubro por qué.

Comida.

Miro a mi derecha y veo una bandeja sobre la mesita de noche.

Hay un cuenco vacío con una petaca al lado, lo que parece un panecillo recién hecho y no uno, sino tres postres: un brownie de chocolate, una ensalada de frutas con merengue y mi favorito, un trozo de pastel de queso con fresas.

El estómago me gruñe con fuerza mientras me incorporo para sentarme contra el cabecero y tomo la bandeja.

Mis movimientos vacilan cuando una nota escrita a mano capta mi atención.

Come bien. Vas a necesitar tu fuerza.

Frunzo el ceño, confundida, mientras mi estómago se revuelve ante la amenaza apenas oculta en esas palabras.

Levanto el cuadrado de papel y observo la escritura, intentando desesperadamente reconocerla.

Mientras la miro, un recuerdo me golpea.

Un grito se escapó de mi garganta cuando unos dedos se enredaron en mi cabello, arrastrándome hacia un cuerpo duro.

Sin oír su voz, ni siquiera mirarlo, mi cuerpo sabía al instante que no es Nico quien acababa de entrar en mi apartamento.

El dolor se disparó por mi cuello cuando mi cabeza fue jalada hacia atrás, hasta que un par de labios calientes rozaron mi piel.

Se me hizo un nudo en el estómago y la bilis me ardió en la garganta cuando su aliento caliente me rozó.

Se me erizó la piel, pero no de la buena manera. Todo lo contrario.

—Te vas a arrepentir de esto —dije, intentando sonar lo más fuerte posible mientras todo mi mundo parecía derrumbarse debajo de mí.

—Eso ya lo veremos —retumbó una voz grave.

Levanté el pie, dispuesta a lanzarlo hacia atrás con la esperanza de darle en los huevos, pero él predijo el movimiento a la legua y, en lugar de causarle dolor, me estampó contra la pared de mi departamento.

Mi mejilla chocó con el ladrillo expuesto, raspándome la piel.

—Compórtate, Brianna, y esto será mucho más fácil para ti.

—Nunca —escupí, sacudiéndome contra su cuerpo más grande con la esperanza de… quién sabe, pero no iba a quedarme de brazos cruzados.

—Ahora necesito que hagas algo por mí.

—Vete al infierno, no voy a hacer nada. Lárgate de mí departamento.

Su risa profunda me recorrió, poniéndome los pelos de punta.

—Te van a matar —advirtió—. Cuando descubran lo que hiciste, te van a perseguir y te van a matar por esto.

Se rio otra vez, haciéndome saber lo trastornado que está.

—Estoy deseando ver cómo lo intentan.

—Ahora, ¿vamos a hacer esto por las buenas o por las malas?

Apenas puedo controlar mi respiración mientras vuelvo en mí; la bandeja sobre mi regazo tiembla junto con mi cuerpo.

La imagen de ese hombre sosteniéndome la cabeza sobre un pedazo de papel y empujándome un bolígrafo para que escriba la nota que quiere que deje, todo mientras me clava una jeringa en el cuello.

Me prometió que, si seguía las órdenes, sería fácil. Supongo que, en cierto modo, el hecho de que me inyectara lo que fuera que había en esa jeringa en cuanto terminé de escribir fue la manera fácil.

No tengo idea de lo que pasó después. Ni de cómo me trató o en qué estado dejó mi departamento.

¿Habrá metido la pata, dejando que Nico y Jodie vieran el lugar y creyeran que me defendí bien? ¿O fue perfecto, como si simplemente me hubiera ido?

¿De verdad creerían que lo haría?

Jodie no lo haría. Tiene que saber que nunca la dejaría. No importa qué tan mal estén las cosas, nunca me alejaría de ella.

Es mi hermana. Tal vez no de sangre, pero sí en todo lo que importa.

Y Nico... Las cosas habían sido intensas entre nosotros durante el fin de semana, pero seguramente él no creería que estuve jugando con él.

Cuando le dije que era suya, lo decía en serio.

He terminado de luchar y estoy lista para averiguar si esta conexión que compartimos puede ser algo real.

Ese pensamiento es aterrador, pero no lo suficiente como para hacerme huir.

No soy una cobarde. No huyo de mis problemas ni de mis miedos.

Yo lucho. Igual que ellos.

Quiero pensar que todos lo saben.

Demonios, nunca habría matado a ese hombre si no fuera en serio.

Aparto los pensamientos sobre ese imbécil. Tengo asuntos más urgentes en los que pensar ahora mismo. Pero, por más que lo intento, no puedo evitar preguntarme si esto tiene algo que ver.

¿Saben los italianos que fui yo quien lo mató? ¿Es por eso por lo que me eligieron? ¿O fui una presa fácil?

No estoy entrenada como Stella o Emmie, y ahora Jodie. Y no estoy tan protegida como Calli.

Miro fijamente la comida frente a mí. Me duele el estómago, tan vacío, pero la idea de comer no me anima.

Aunque la nota tiene razón. Sea lo que sea lo que me espere aquí, necesitaré fuerza.

Con las manos temblorosas, destapo el frasco y el aroma de la sopa de tomate fresca me llega a la nariz.

Mi estómago gruñe más fuerte mientras sirvo un poco en el cuenco.

Seguro que sabe increíble. La sopa casera suele ser mucho mejor que la de lata, pero cuando llevo la primera cucharada a la boca, bien podría ser de cartón por lo poco que logro saborear.

Mastico y trago como en piloto automático, porque sé que lo necesito. Pero no disfruto nada de esto.

Después de tomar la mitad de la sopa y unos cuantos bocados de pan, me doy por vencida y vuelvo a dejar la bandeja sobre la mesita de noche.

Mis ojos se detienen en la puerta, deseando que se abra sólo con la fuerza de mi mirada. Es inútil, y me pregunto si ya me estoy volviendo loca por saber que estoy encerrada aquí.

Por si acaso quien me tiene aquí dentro no revisó detrás de él, me acerco y compruebo la puerta. Como era de esperar, no se mueve.

Uso el baño y me lavo los dientes. Pero, a pesar de las ganas que tengo de ducharme y eliminar de mi cuerpo las caricias de ese hombre, no hago más que imaginar lo increíble que se sentiría el agua con todos esos chorros incrustados en los azulejos. Luego, mis ojos se detienen en la enorme bañera; mis músculos ansían hundirse en el agua demasiado caliente cubierta de esponjosas burbujas.

Pero la idea de desnudarme y quedar vulnerable cuando cualquiera puede entrar y verme no me gusta. Así que, después de mojarme la cara y lavarme las manos, vuelvo al dormitorio.

Paso unos minutos mirando por la ventana antes de acurrucarme otra vez en la cama.

No tengo televisión, ni radio, ni ninguna forma de acceder al mundo exterior. Y no necesito que me lo recuerden al ver mi teléfono junto a la nota que me obligaron a escribir para saber que tampoco lo tengo.

Alargo la mano y tomo mi Kindle. Lo enciendo y me quedo mirando la pantalla en blanco y negro durante unos minutos.

La batería está llena. Menos mal. Pero lo que realmente quería ver no está ahí. No hay señal de WiFi.

Supongo que esta es una forma de avanzar con esa lista de libros pendientes.

Sin Internet, no puedo hacer mucho con este aparato, más que perderme en mis mundos de ficción favoritos.

Pero sólo de pensar en intentar concentrarme en la lectura me dan ganas de volver a dormir.

La coloco al otro lado de la cama, subo las sábanas, me pongo de lado y levanto las rodillas hacia el pecho, como si acurrucarme

como una niña fuera a ayudarme en algo.

Permanezco acostada mucho tiempo, tratando de oír algo, lo que sea.

Sólo puedo suponer que alguien más está aquí, porque trajeron comida. ¿Pero es sólo una persona? ¿O varias? ¿Son todos hombres o también hay mujeres?

Aparte de mi propio corazón acelerado y mi respiración agitada, no escucho nada.

No hay señales de vida, y como eso ayuda a calmar mis pensamientos acelerados, me convenzo de que estoy aquí sola y que Nico y los demás ya están vigilando el lugar, listos para rescatarme como en las películas.

Caigo en un sueño agitado. Está claro que la droga que me inyectó sigue haciendo efecto, suponiendo que no me hayan dado otra dosis más débil cuando mi visitante me entregó la comida. No me sorprendería que quisieran mantenerme algo sedada. Tal vez no sea un peligro real como Stella y Emmie, pero deben saber que maté a un hombre al menos el doble de grande que yo hace apenas unos días.

Un gemido se escapa de mis labios cuando algo me hace cosquillas en la mejilla. Una imagen de Nico apartándome un mechón de cabello del rostro invade mi mente y me relajo por un instante.

Luchando por sacar mi cuerpo de las profundidades del sueño, me acerco al calor de su mano.

Finalmente logro abrir los párpados. Lo primero que noto es que está oscuro. Lo segundo es que no es Nico quien me está tocando.

—No... —respiro.

—Hola, cariño. ¿Cómo te sientes?

Capítulo Cinco

BRIANNA

—¿Qué estás haciendo? —pregunto, con el cuerpo súbitamente más que despierto cuando unos ojos grises muy familiares me miran fijamente.

Doy un salto hacia atrás para alejarme de él.

Pero cuando intento ponerme en pie, el mundo me da vueltas y vuelvo a caer sobre la cama.

—¿Qué has hecho? —pregunto, incapaz de pasar por alto cómo mi voz se entrecorta.

Pasándome la mano por el cuello, donde aquel hombre me clavó una aguja, intento retroceder de nuevo.

—Cariño, cálmate, por favor —me dice, girándose para observarme mientras tropiezo con la pared.

—Tú —respiro.

¿Por qué? ¿Cómo no reconocí su voz?

—Está bien, cariño. Ahora estás donde debes estar. Estás a salvo.

—Donde se supone que debo… ¿A salvo? ¿Me estás tomando el pelo? Me atacaste. Me secuestraste. Me encerraste como si fuera una princesa débil que necesita protección. Y no estoy a salvo aquí. Estás jodidamente loco, Brad. Tienes que dejarme ir.

En algún momento de mi diatriba, se levantó de la cama y se acercó. Y cuando vuelvo a parpadear, está justo delante de mí.

—No —grito, un latido antes de que mi palma choque con su mejilla.

Sus ojos se abren de par en par, la ira los oscurece de inmediato, permitiéndome ver un lado de él que nunca había visto antes de que me agarre las muñecas y me las sujete a la espalda con una de sus manos.

—No puedes hacer esto.

Se ríe y el sonido me hiela las venas. Es exactamente la misma risita del domingo por la noche. Es desquiciada, maníaca, y nunca la había oído salir de sus labios.

—Oh —dice, metiéndose en mi cuerpo e inmovilizándome contra la pared, mostrándome lo mucho más poderoso que es que yo—. Pero puedo.

Imitando el movimiento con el que me he despertado, extiende la mano libre y me coloca un mechón de cabello detrás de la oreja.

Sus ojos maníacos sostienen los míos, estudiándome como si pudiera leer todos mis pensamientos.

—Tan ingenua, nena. Pensabas que no lo sabía, ¿verdad?

—¿No sabía qué? —pregunto, con la voz más arrastrada que antes—. ¿Qué me diste?

—Sólo algo para mantenerte relajada. ¿Hace efecto? —pregunta, con un brillo divertido en los ojos—. Bien.

—¿Qué estás…?

—Nico Cirillo —escupe, haciendo que se me ericen los pelos de la nuca—. ¿En serio? De todos los de esta ciudad, ¿fuiste y te enamoraste de él?

Separo los labios, pero esta vez no encuentro palabras. Sea lo que sea con lo que me ha drogado, me está robando todo menos su tacto.

La repulsión me recorre mientras le devuelvo la mirada, preguntándome con quién pasé todo ese tiempo en el pasado.

Era tan normal. Tan… aburrido.

—Ah, parece que está empezando a entender —afirma alegremente, como si esto fuera un programa de juegos de locos—. ¿Tienes idea de lo que he tardado en encontrarte, Brianna Andrews? —La forma en que entrecierra los ojos al hacer esa pregunta me

hace pensar que hay mucho más, pero como mi cerebro apenas es capaz de seguir el ritmo de sus palabras, es un pensamiento al que no puedo aferrarme.

—Déjame ir —murmuro, sacudiéndome contra su cuerpo. Aunque al instante me doy cuenta de mi error cuando lo siento duro contra mi estómago.

La bilis me quema la garganta. Se está excitando con esto, joder.

Me suelta de los brazos, me agarra por la nuca y me guía por la habitación.

—Que me sueltes, carajo —grito, o al menos lo intento mientras me empuja hacia el baño, con las piernas apenas sosteniéndome.

El aroma de la lavanda me llega a la nariz e intento apartarme de él. Odio la lavanda. Es el olor de las abuelas. Quiero decir, lo supongo. No es que haya tenido una como para saberlo con seguridad. Cuando llegué a casa de Joanne y Jodie, ya era demasiado tarde para toda esa unión familiar.

—Por favor, no —gimoteo, mis ojos se posan en el baño de burbujas.

Mi cuerpo lo desea, lo anhela. Pero mi cabeza, por muy confusa que esté por las drogas, sabe que nada bueno puede salir de esto.

—Vamos, nena. Te necesito bien limpia. Tengo un regalo para ti, después de todo.

No quiero nada de ti, grito, aunque enseguida me doy cuenta de que las palabras no han salido de mis labios.

—Brazos arriba.

Quiero luchar. Intento luchar, pero no tengo fuerzas. Mis miembros son como gelatina y, antes de darme cuenta, estoy desplomada contra la pared, desnuda ante él.

Sus ojos están pegados a mi hombro.

—Merece morir por hacerte daño, cariño.

—No soy tu cariño.

—Siempre fuiste mía, Brianna. Siempre lo fuiste y siempre lo serás.

Me burlo de eso.

—Saldremos de ésta. Ya he hablado con los mejores médicos que podrán arreglar esa fealdad.

Sus palabras me dejan sin aliento.

Puede que odiara el desastre que me dejó aquel accidente en el hombro, pero ni una sola vez pensé en recurrir a la cirugía plástica para deshacerme de él.

Puede que esté jodida. Pero esa noche, las heridas y las cicatrices forman parte de nuestra historia.

Le sostengo la mirada, luchando contra mi propio cuerpo para mantenerme fuerte, para seguir luchando.

Respiro hondo y saco algo de las profundidades para decir lo que hay que decir.

—Te encontrarán. Y te matarán.

—Cariño, incluso si eso fuera posible, actualmente están persiguiendo al enemigo equivocado.

Grito cuando me levanta de los pies como si no fuera más que una muñeca y me mete en la bañera. El agua está a la temperatura perfecta. Maldito sea por acertar.

—Nos van a hacer un favor a todos y se van a hacer matar por los Marianos mucho antes de que yo tenga que plantearme hacerlo por mí mismo. Ves, por eso mi plan es tan brillante.

—Odiaba tener que esperar. Pero, como se suele decir, la paciencia es una virtud. Y mereció la pena.

—Ahora, siéntate. Relájate. Tenemos todo el tiempo del mundo.

* * *

Nunca me había odiado tanto a mí misma ni a mi vida como en los minutos siguientes, cuando no tuve más remedio que dejar que me lavara.

La forma en que miraba mi hombro herido con desprecio hizo que mi cuerpo siguiera temblando, por muy caliente que estuviera el agua a mi alrededor.

Mi única salvación, supongo, fue que lo que me había dado no me hizo perder el conocimiento. No esta vez, al menos.

La idea de ser tan vulnerable y estar completamente a merced de ese idiota me hizo sentir un miedo que nunca había sentido.

Prefiero los viejos tiempos, cuando había hombres horribles y violentos en casa mientras mamá "trabajaba", a esto. Al menos entonces podía encerrarme y fingir que no pasaba nada.

Sé, sin lugar a duda, que esto está ocurriendo ahora mismo.

Cada toque me repugna.

Se me eriza la piel de asco al sentir cómo un millón de cuchillos la atraviesan mientras "cuida de mí", como él dice.

—Todo va a salir bien, cariño. Ahora te tengo; estás a salvo.

Estoy tan aturdida que, al cabo de un rato, sus palabras empiezan a sonar casi sinceras.

Tal vez, hasta cierto punto, incluso tenga razón. No me hace daño. Me está lavando con suavidad, aunque evita mi hombro como si le diera asco.

Puede que así sea.

Joder, ojalá sí.

Espero que cada vez que lo vea, le recuerde lo delirante que está.

Puede encerrarme todo lo que quiera, pero no durará para siempre.

No puede.

A estas alturas, debería haber algunos de los hombres y mujeres más feroces de la ciudad buscándome.

O al menos eso espero.

El miedo se abre paso dentro de mí al pensar que Brad realmente haya planeado esto. ¿Y si logró hacer que parezca que elegí irme? Y peor aún, ¿y si se lo creen?

Si no vienen por mí, entonces...

No. Me niego a aceptar esa posibilidad.

Vienen por mí.

Tienen que venir.

—Recuéstate —me dice, como si hablara con una niña y no con una mujer adulta.

Incapaz de hacer otra cosa, porque mi cuerpo es como de masilla, me hundo más en el agua, dejando que me enjuague el champú que acaba de masajear como un profesional.

—Acondicionador. No queremos que estos rizos se sequen —murmura.

Si espera algún tipo de respuesta, se va a decepcionar. Apenas puedo mantener los ojos abiertos en este momento, y mucho menos reunir la fuerza para hablar.

Me quería bajo su control, y parece que lo tiene. Y no hay nada que pueda hacer al respecto.

Termina y tira del tapón para que el agua se vacíe antes de tomar una toalla grande, recoger mi cuerpo empapado y envolverme.

—Ahora vamos a vestirte bonita, lista para tu regalo.

Me lleva al dormitorio, donde saca del armario un vestido que no reconozco, un conjunto de lencería y un par de tacones.

Trabaja con diligencia, vistiéndome y arreglándome como si tuviera planes de sacarme a pasear y presumir de mí por toda la ciudad, como tanto desea.

—Ya está —dice, colocando el tapón en mi lápiz labial antes de observar cada centímetro de mi rostro, evaluando su obra.

—¿Qué te parece? —pregunta, girándome en el taburete y permitiéndome mirarme en el espejo.

Respiro entrecortadamente al ver mi reflejo.

No estoy segura de lo que esperaba en realidad, pero definitivamente no era esto.

Mi maquillaje es... perfecto.

Es... inquietante.

¿Me ha estado observando tan de cerca durante los últimos meses que sabe exactamente cómo lo hago? ¿Cómo delineo los ojos, cómo pinto los labios para que parezcan más carnosos?

El corazón se me acelera y las manos me tiemblan sobre el regazo mientras me miro a los ojos en el espejo.

—¿Te gusta? —pregunta, inclinándose hasta quedar sobre mi hombro, buscando mi aprobación.

Incapaz de hacer otra cosa, asiento una sola vez con la cabeza.

Hay una parte de mí que quiere hacerlo enojar, que quiere luchar. Pero ahora, con la energía por el suelo, sé que sería inútil.

Por lo que ha dicho, parece creer que esto es un hecho, que estoy aquí y que es donde me voy a quedar... viva. Así que supongo que tengo algo de tiempo.

Eso permitirá que llegue mi grupo de rescate o que yo recupere fuerzas y encuentre una salida por mí mismo.

—Estás preciosa, cariño. Tu regalo se va a alegrar mucho de verte.

Parpadeo al mirarlo en el espejo; la cabeza me da vueltas con pensamientos nublados. Pero la mención de alguien hace que una imagen de Nico aparezca en mi mente.

No.

Seguramente no habría sido capaz de dominarlo como hizo conmigo y arrastrarlo hasta aquí.

O Jodie.

El vómito me sube por la garganta; ese poco de sopa que tomé antes —y que ahora supongo que estaba mezclada con algo— amenaza con reaparecer.

Si tiene a mi chica, entonces lo mataré de una forma aún más lenta y dolorosa de lo que ya planeaba.

De nuevo en pie, me toma de la mano y me pone de pie.

Mis piernas apenas me sostienen, y odio tener que agradecerle, de alguna manera, que me acerque a su lado y me permita usar su fuerza para mantenerme erguida.

En cuanto se acerca a la puerta, la esperanza me inunda.

La idea de salir de esta habitación después de quién sabe cuánto tiempo ya es un alivio, pero la posibilidad de encontrar una salida es aún más emocionante.

Cuando toma la manija y tira, hace lo contrario a cuando yo lo intenté, y la puerta se abre suavemente. Es casi como si mi experiencia anterior no hubiera sido real.

¿Ah, sí?

No tengo idea de con qué me está drogando, así que fácilmente podría haber estado alucinando.

Me guía por un pasillo impecable. Lo único que hay es una mesita auxiliar con una lámpara y un elefante de aspecto extraño.

Entrecierro los ojos al pasar; las preguntas giran en mi cabeza más rápido de lo que puedo procesar.

Estamos justo al final, y la cantidad de puertas alineadas en las paredes frente a mí hace que la cabeza me dé aún más vueltas.

Sería imposible contarlas, aunque quisiera.

—Vamos, nena. Sólo unas puertas más abajo.

El corazón me late con fuerza; la sangre me zumba en los oídos mientras espero descubrir lo que está por venir cuando se detiene frente a una puerta idéntica a la mía.

Mete la mano en el bolsillo, saca una llave y la introduce en la cerradura.

El chasquido al liberarse me estremece de pies a cabeza antes de que empuje la puerta.

La habitación está oscura, pero Brad no tarda en corregirlo; estira la mano hacia el interruptor y la inunda de luz.

Hay un bulto sobre la enorme cama en el centro de la habitación, y al cabo de unos segundos se mueve.

Mi respiración es errática, pero tengo una pequeña esperanza de que esto no sea tan malo como pensé al principio. Está claro que no está torturando a quien sea si le permite dormir en una lujosa cama.

—Cariño —Brad arrulla como un imbécil—, tengo un regalo para ti. Despierta, despierta.

Me acerca a la cama mientras mi confusión crece.

El tiempo parece ralentizarse a mi alrededor cuando la persona se da vuelta y aparta las mantas.

Un par de cansados ojos azules se clavan en los míos, y a pesar de las arrugas que los rodean y que antes no existían, el reconocimiento me golpea como un maldito camión.

—No... —respiro, sacando fuerzas de algún lugar y soltándome del agarre de Brad.

No dejo de moverme hasta que choco con la pared.

Para entonces, ella ya está sentada y se aparta el cabello rizado del rostro mientras parpadea, casi tan confundida y sorprendida como yo.

—¿Brianna? —balbucea con total incredulidad.

—No —repito—. No.

Me observa unos segundos más antes de que su asombro se transforme en algo totalmente distinto.

Ira.

Es tan intensa, tan poderosa, que estoy segura de que provoca escalofríos.

—¿Qué demonios haces con mi hija? —le espeta a Brad, puro odio en su voz.

Por un momento, casi me siento orgullosa de lo feroz que suena. En el pasado, lo único que pensaba de mi madre era que era débil. Débil, patética y fácil de manipular.

Quizás las arrugas en su rostro no sean el único cambio desde la última vez que la vi.

—La traje para ti, cariño. Sé cuánto la extrañabas.

El aire se me escapa de los pulmones cuando veo a Brad, el hombre con el que he estado saliendo durante meses, acercarse a mi madre y tomarle la mano.

Su enojo no lo perturba en lo más mínimo.

En lugar de eso, levanta la mano libre para apartarle un rizo de la mejilla, como hizo conmigo en la otra habitación, antes de sujetarle la mandíbula.

—Sólo quiero hacerte feliz, mi amor.

Capítulo Seis

NICO

—NICO —brama Toby mientras lanza su peso contra la puerta del dormitorio, intentando entrar a la fuerza—. Deja de ser un puto marica —gruñe antes de volver a intentarlo.

La puerta traquetea, la cómoda que he colocado delante como el marica que me acusa de ser se desplaza un centímetro hacia delante.

Sabía que no iba a ser un plan infalible cuando me encerré aquí. Pero supuse que podría ser un desafío lo suficientemente grande como para hacer que se rindiera conmigo. Si tenía suerte.

Está claro que he subestimado la tenacidad de mi mejor amigo, porque esta mañana lleva así un puto buen rato.

—No voy a dejar que lo jodas todo más de lo que ya está. Tienes un puto examen.

Vuelve a chocar con la puerta, rugiendo de dolor o de esfuerzo, no estoy seguro.

La cómoda se aleja de la puerta, lo que permite a Toby meter la mano y, de alguna manera, empujarla aún más hasta colarse en la habitación conmigo.

Le tiembla el pulso, tiene el cabello revuelto y el uniforme desaliñado mientras me mira sin aliento.

—Eres un capullo —murmuro desde mi posición en el borde de la cama de Brianna, llevando el mismo par de calzoncillos que desde hace días.

—Y tú apestas. Se va a cabrear cuando llegue a casa y vea que tu olor a sudor ha impregnado cada centímetro de la casa.

Aprieto los labios en una fina línea al pensar que nunca volverá aquí.

Han pasado cuatro días. Cuatro putos días y nadie ha encontrado nada de puta utilidad.

Toby y Theo la han analizado con los sistemas que tienen y están seguros de que sigue en el país.

Por muy tranquilizador que sea, cada día que ha pasado, el dolor, la desesperación no han hecho más que empeorar, y me estoy ahogando de una forma totalmente nueva.

Pensaba que la pena en los días posteriores a la pérdida de papá era mala. Pero al menos sabía que el desenlace era definitivo.

Ahora mismo, hay tantas incógnitas que no sé si voy o vengo.

¿Está viva? ¿Está sufriendo?

Y si aún respira, ¿me odia ahora más que nunca porque no la protegí? ¿Porque no he venido a por ella?

—Basta. Para de una puta vez —exige Toby mientras arrastra la cómoda de Brianna a su sitio antes de abrir la ventana de golpe y salir de la habitación.

Cuando vuelve, lo hace con un montón de ropa limpia en las manos y mi bolsa de la colada encima.

—Ve y arregla tu mierda, Nico. No dejes que esos hijos de puta piensen que están ganando.

—Lo están —siseo—. Me han quitado demasiado. —Odio lo vulnerable que sueno, pero no puedo evitarlo. Estoy jodidamente roto.

—No lo sabemos. Podría estar esperando a que la encuentres ahora mismo.

—Entonces tiene que decirnos dónde coño está.

—Lo conseguiremos. La recuperaremos —afirma con confianza.

Suspiro, bajando la cabeza en señal de derrota.

Es un error, porque el hedor que mencionó al entrar me golpea la nariz y gimo de asco.

El montón que tiene en las manos se me pone delante.

—Y por el amor de Dios, aféitate. No te queda bien.

Levanto la vista, le miro con rabia y deseo que se vaya al colegio sin mí, como ha hecho todos los días de esta semana.

¿Y qué si tenemos un examen esta mañana?

¿De qué coño sirve cuando todo se desmorona a mi alrededor? ¿De qué coño va a servir una excelente calificación o dos?

Pero a pesar de esos pensamientos, mi cuerpo desafía a mi cerebro y me encuentro de pie y caminando por el piso de Brianna hasta su cuarto de baño.

Cierro la puerta y e l golpe resuena en el silencioso piso mientras dejo la ropa en la encimera y me doy la vuelta para mear.

Levanto la mano, la apoyo en la pared y agacho la cabeza, derrotado.

El vodka que he estado bebiendo como si fuera agua los últimos días hace que palpite como un hijo de puta. No estoy en condiciones de ir a la escuela a hacer un examen. Pero no creo que vaya a tener muchas opciones.

Supongo que tengo que rezar por un milagro. No es que haya tenido mucha suerte con ellos últimamente.

Pensé que el hecho de que Brianna aceptara ser mía el viernes por la noche era el principio de que las cosas cambiaran para mí, no el comienzo de que todo se volviera aún más jodido.

Jade me ha estado reventando el teléfono desde que no me presenté a nuestra sesión del lunes por la noche. Quiere hablar, quiere escucharme confesar que la he vuelto a cagar y que he perdido lo mejor de mi vida. Pero no puedo hacerlo.

Hablar de ello lo hará aún más real de lo que se siente ahora mismo.

—Joder —ladro, apartándome y empujándome de la pared.

Me pongo delante del lavabo y miro la porcelana durante unos segundos. He estado aquí más de un par de veces en los últimos días, desde que decidí mudarme, pero ni una sola vez me he mirado.

No pude.

Sabía que lo único que vería era a un hombre que lo había perdido todo, y no podía soportar tanto verlo como sentirlo.

Respiro y levanto la cabeza.

Una risa amarga sale de mis labios mientras observo los moratones alrededor de mis ojos. La mayor parte de la evidencia del fin de semana pasado se ha desvanecido, solo queda el cansancio y la devastación de los últimos días.

Con mi tez pálida y la barba incipiente que me cubre la barbilla, parece que he envejecido veinte años en cuatro días. Toby tiene razón. No tiene buena pinta, pero…

Suelto un rugido antes de lanzar mi puño curvado contra el espejo que tengo delante, observando con enfermiza fascinación cómo se hace añicos. El cristal me destroza inmediatamente los nudillos y la sangre corre por los fragmentos.

—Nico —una voz femenina preocupada llama desde el otro lado de la puerta.

Por un segundo, el puto segundo más breve, creo que es ella. Mi sirena.

Pero entonces la puerta se abre de golpe y en lugar de mi chica buenísima, está mi hermana, con cara de destrozada.

Ver su dolor sólo empeora el mío.

Quiere a Brianna como a la hermana que nunca tuvo. Lo sabía antes de esta situación, pero es aún más obvio ahora que sufre a mi lado una vez más.

La única diferencia esta vez es que no la estoy dejando fuera.

Aprendí de mis errores, al menos de algunos, después de papá.

He hablado con Calli todos los días de esta semana a pesar de haberme encerrado en este piso. Aunque mirándola ahora, no estoy seguro de que me haya servido de mucho.

Sus ojos se apartan de los míos para contemplar la destrucción que he causado antes de descender por mi brazo hasta mi mano, que sin duda está goteando sangre por todo el suelo.

—Siéntate —exige, señalando el retrete.

Me muevo con el piloto automático, bajando la tapa y luego el culo.

Sin decir nada más, abre de un tirón el armario que hay debajo del lavabo y sale dos segundos después con un botiquín de primeros auxilios.

—Está bien, Cal. Yo sólo…

Me clava una mirada que corta mis palabras de inmediato.

—Has pasado demasiado tiempo con Daemon —murmuro mientras ella abre la caja y saca lo que necesita.

—¿Este resplandor? Esa no es la influencia de Daemon. Es de Stella y Emmie. También mi gancho derecho, si quieres probarlo.

Se arrodilla a mi lado, me pone la mano en el muslo y empieza a limpiarme suavemente los nudillos con una toallita.

Siseo en una respiración agitada cuando pica.

—No seas marica, hermano —bromea, tratando de aligerar el ambiente.

—¿Por qué estás aquí? —pregunto. Me arrepiento de las palabras en cuanto salen de mi lengua.

Pero cuando me mira, sus ojos no muestran dolor. O al menos, ninguno que yo haya causado. Los malditos italianos, sin embargo…

—Pensamos que Toby podría necesitar refuerzos —confiesa.

Asiento, incapaz de encontrar una respuesta.

—Te vendaré esto cuando te hayas duchado. No tiene sentido hacerlo ahora.

Vuelve a sentarse sobre sus tacones y se limita a observarme mientras estoy sentado desplomado en el retrete.

—Sé que duele, Nico. Créeme, de verdad. Pero el mundo sigue girando fuera de este piso. Y cuando la tengamos de vuelta, no va a querer ver esto. Quiere verte fuerte, luchando por ella. No desmoronándote—.

—Lo sé —confieso en voz baja—. Es que… no sé cómo hacerlo.

—No tengo la respuesta mágica a eso. Sólo tienes que sacar algo de esa fuerza interior que albergas dentro y aprovecharla. Deja de centrarte en el ahora y piensa en el futuro, cuando ella vuelva a tus brazos.

—Pero, ¿y si…?

—No es una opción, Nico. No importa dónde esté, no dejará de luchar. No por ti, no por Jodie. No por ninguno de nosotros. Sólo

mira el fin de semana pasado. Esas no fueron las acciones de una persona débil. Ella tiene esto, hermano. Y ella confía en que tú también lo tengas.

Se pone en pie mientras mi mente da vueltas con sus consejos. Ni siquiera me doy cuenta de lo que está haciendo hasta que un suave zumbido llena el aire a mi alrededor.

Me sobresalto cuando me aprietan la afeitadora contra el cuello.

—Cal…

—No hay mucho que pueda hacer para ayudar, Nico. Pero necesito hacer algo. Así que vamos a arreglarte y a llevarte al colegio. Vas a destrozar ese examen, porque eso es lo que quería papá, y luego pasaremos el fin de semana haciendo lo que podamos para encontrarla. Además, te has jodido el espejo, así que probablemente quedarás aún peor si lo intentas a ciegas.

Incapaz de discutir, me siento y le sigo la corriente mientras trabaja en el desastre de mi cara.

Una vez que termina, me ordena que me meta en la ducha antes de salir y cerrar la puerta tras de sí.

Sabiendo que uno de ellos volverá a entrar y me meterá él mismo en la ducha, me pongo en pie y me bajo los calzoncillos por las piernas.

Gimo de placer cuando el agua me llega por primera vez a los hombros. Ni siquiera noto que está fría hasta que empieza a calentarse.

Sin pensar en nada fuera de este espacio pequeño y húmedo, me concentro en lo que tengo que hacer: lavarme hasta que ya no huela a vagabundo. Y cuando salgo, la verdad es que me siento un poco mejor.

No ha arreglado nada, pero no siento que me ahogue tanto.

Me pongo el uniforme, con la esperanza de que me sirva de armadura, antes de abrir la puerta y descubrir de quién hablaba Calli cuando mencionó antes los refuerzos.

El fuerte olor a café es lo primero que me golpea antes de que la conversación que estaba teniendo lugar se detenga bruscamente cuando me acerco.

—Joder, Nico estaba realmente debajo de esa barba —se burla Toby mientras Alex y Calli me estudian como si estuviera a punto de explotar o algo así.

—¿Uno de esos para mí? —pregunto, señalando la taza que tiene en las manos.

—Sí, toma —dice Alex, acercándome una taza que está sobre la encimera en la que están—. Y estas. —Me deja un par de pastillas en la mano mientras Calli coloca un vaso de agua junto a mi café—. Me imaginé que todas esas botellas de vodka vacías en el dormitorio tenían que hacer daño.

—Como si no te lo creyeras —murmuro, y al instante vuelvo a tirar las pastillas. Pero en lugar de agua, tomo directamente el café.

—Mierda, tu mano —dice Calli apresurada cuando se da cuenta de que estoy sangrando a través del pañuelo que me envolví al salir de la ducha.

—Arregla eso, luego tenemos que irnos —dice Toby con firmeza.

* * *

A pesar de no tener examen ahora en la mañana, Calli y Alex caminan con nosotros hacia el salón de exámenes.

Su apoyo no decae, y una parte de mí desearía que pudieran entrar y sentarse a mi lado todo el tiempo. Una ventaja añadida sería que me susurraran las respuestas, porque, joder, sé que no estoy nada preparada para esto.

No he estudiado desde…

Unas figuras de pie junto a la puerta llaman mi atención, e inmediatamente las reconozco como el señor Davenport, la señora Piper, alias la madrastra de Emmie, y la señora Hendrix.

Todos me miran fijamente, con el ceño fruncido por la preocupación y los ojos oscurecidos.

Lo odio. Siento como si me clavaran un millón de cuchillos en la piel mientras me miran preocupados.

—Lo tienes, hermano. Creo en ti. Y sé que ellos también —susurra Calli, sin mejorar esta jodida situación.

La única forma de hacerlo es compartimentar. Tengo que meter a papá y a Brianna en una caja y obligarme a pensar en la tarea que tengo entre manos.

Hay que admitir que cada vez es más fácil hacerlo con papá. Podría ser el tiempo, o podría ser la influencia de Jade. ¿Pero Brianna? Sí, buena suerte sacándomela de la cabeza pronto.

—Nico —respira la señora Hendrix, dando un paso adelante—. ¿No hay noticias?

Es una pregunta retórica. Si hubiéramos oído algo, si hubiéramos encontrado algo, yo no estaría aquí ahora.

—Vale, bueno, confío plenamente en que vas a destrozar esto —dice en voz baja mientras otros estudiantes empiezan a llegar a nuestro alrededor.

Como no quiero montar una escena ni dar a nadie una razón para hablar de nosotros más de lo que ya lo hacen, dejo caer un beso en la mejilla de mi hermana, hago un gesto de agradecimiento con la cabeza a Alex y entro en la sala de exámenes con la cabeza bien alta y Toby pisándome los talones. No importa que mi corazón esté hecho trizas; nadie puede verlo. Eso espero.

Rápidamente busco mi pupitre, saco los bolígrafos del bolsillo y bajo el culo al asiento mientras cada vez entran más estudiantes en el aula.

Pero no miro a ninguno de ellos. No puedo.

Así que, en lugar de eso, mantengo la vista fija en el reloj, contando más horas de mi vida en las que ella no está a mi lado.

Por suerte, los minutos pasan rápidamente y un examen aterriza en mi mesa, seguido de un alentador apretón de hombros de la señora Hendrix. En cualquier otro momento me parecería espeluznante. Pero hoy no. Aceptaré todo el apoyo que me ofrezcan.

No oigo las palabras que Davenport dice para empezar el examen, pero en cuanto todos a mi alrededor barajan y abren sus papeles, capto lo esencial.

Ya me he sentado aquí suficientes veces como para conocer el procedimiento.

Me siento hacia delante, tomo el bolígrafo, garabateo mi nombre y mi número de candidato en el papel antes de abrir la primera

página.

Escudriño la pregunta, mi ritmo cardíaco aumenta con cada palabra. Es casi idéntica a una de las preguntas que Brianna me hizo aquel día en la biblioteca.

Cierro los ojos y vuelvo allí.

Me la imagino sentada frente a mí, con los ojos azules muy abiertos estudiándome mientras se preguntaba qué iba a hacer yo a continuación. La forma en que se recogía el cabello detrás de las orejas, cómo entreabría los labios y le pesaba el pecho.

Joder, se me hincha la polla sólo de pensar en ella.

Debería hacerlo. Lo que pasó en esa pequeña habitación fue puro maldito fuego.

Con la cabeza llena de recuerdos de tiempos mejores -vale, puede que ella no describa nada de lo que pasó ahí dentro como eso-, mi bolígrafo empieza a rascar sobre el papel, las palabras brotan de mi mano sin que mi cerebro apenas piense en ellas mientras me centro en ella, en las cosas que hablamos, en las respuestas que di. Me dijo que eran casi perfectas. Y eso es exactamente lo que necesito ahora.

Capítulo Siete

BRIANNA

Me despierto sollozando. Todo mi cuerpo tiembla con fuerza y la almohada bajo mi cabeza está empapada.

No tengo idea de por qué. No recuerdo lo que estaba soñando. Tengo la mente demasiado nublada. Es como si ese maldito me hubiera arrancado el cerebro y lo hubiera reemplazado por un pedazo de algodón húmedo.

Me estremezco sólo de pensarlo.

No sé qué día es y, sin abrir los ojos, podría ser de noche o de día. No es que importe. Nada cambia.

Sigo encerrada en una habitación por mi... examigo con derechos, mientras él, ¿qué? ¿Encierra a mi madre en otra habitación?

El estómago se me revuelve y respiro lenta y profundamente por la nariz, intentando calmarlo.

¿Cómo pude equivocarme tanto con él?

Siempre pensé que tenía buen instinto para juzgar a la gente. Conocí a Nico siendo un idiota la primera vez que lo vi. Sabía que sería bueno para una noche salvaje. Y vaya que lo fue.

Me pierdo unos segundos en los recuerdos antes de que un sonido llegue a mis oídos.

Está... cantando. Pero es tan suave, tan silencioso, que casi creo que me lo estoy imaginando.

Escucho con más atención y reconozco la letra de una canción infantil antes de darme cuenta.

Me doy la vuelta y me incorporo tan rápido que la cabeza me da vueltas... y la veo. Mi maldita madre está sentada en una silla, en un rincón de la habitación, cantándome como si todavía fuera una niña.

—¿Qué haces? —suelto con un chasquido; la frialdad de mi tono me sorprende tanto como a ella.

—Estabas teniendo una pesadilla. Te escuchaba gritar desde el pasillo.

—Así que pensaste en venir a tener otra oportunidad de ser mi madre. Noticia de última hora, Jennifer: la arruinaste la primera vez que lo intentaste, y perdiste la oportunidad de hacerlo otra vez.

Su respiración se agita al oír mis palabras, y los ojos se le llenan de lágrimas.

—No —ladro, poniéndome de pie sobre piernas inestables—. No puedes quedarte ahí fingiendo que porque estemos atrapadas aquí voy a perdonarte y podremos seguir adelante. Eso no va a pasar. Te preguntaría si recuerdas cómo era antes, pero dudo que lo recuerdes.

Cuando sólo parpadea con culpa en los ojos, sé que di en el clavo.

—Bien. Piensa en tu peor día. Ahora multiplícalo por diez y hazte una niña en ese recuerdo. Tal vez así te acerques.

—Sé que metí la pata, Brianna. Lo sé, y vivo con esos errores y remordimientos cada día, pero...

—Bien —escupo—. Deberías hacerlo. Y espero que duela, maldita sea.

Me alejo de ella, entro al baño y cierro la puerta con un golpe que hace temblar el suelo.

Me estremezco ante la idea de que Brad venga hasta aquí a ver qué pasa, pero mientras mis manos tiemblan de ira contenida hacia la mujer que está afuera, que parece la viva imagen de la inocencia, me doy cuenta de que no me importa.

Por primera vez desde que desperté aquí, noto que mis pensamientos están claros, mis movimientos menos lentos.

Sea lo que sea con lo que me ha estado drogando, está desapareciendo.

Cuando descubrí que me estaba dopando, dejé de comer. Pero como eso sólo me dejó hambrienta y él seguía encontrando la manera de drogarme, volví a hacerlo. Fue un desastre. Morirme de hambre no me iba a ayudar a escapar.

Porque eso es lo que voy a hacer. Si los chicos no vienen, entonces sólo puedo confiar en mí misma. Y estoy segura de que no me quedaré aquí más tiempo del necesario. En cuanto tenga una oportunidad, me escaparé.

No me importa dónde estemos. Correré tanto como mis piernas me lo permitan para alejarme de este maldito psicópata.

Hago pis y me cepillo los dientes para despejarme antes de volver a mirar la ducha. Me pica la piel. No me he bañado bien desde que él me obligó, pero me niego a ducharme por voluntad propia.

¿Y si está mirando? ¿Esperando una oportunidad para verme vulnerable?

No tengo idea de lo que pasa por su cabeza, ni de lo que intenta conseguir, pero me niego a darle más de mí de lo que ya tiene.

Un golpe y unas voces al otro lado de la puerta me demuestran que tenía razón al arrepentirme de haberla cerrado tan fuerte.

Hay una parte de mí que quiere acurrucarse en la bañera e intentar esconderse. Para ser justos, ayer podría haberlo hecho. Con esa droga corriendo por mis venas no servía para mucho más. Pero hoy soy más fuerte.

Así que, con fuerzas renovadas, abro la puerta de un tirón y salgo furiosa.

—¡Fuera! —grito.

Los dos se quedan quietos, pero Brad reacciona primero.

—Cariño, tienes que calmarte. Tu madre sólo intentaba... —dice.

—Basta —escupo—. Basta ya. No soy tu cariño. Y ella —señalo a la mujer que sigue sentada en la silla— no es mi madre. No tengo madre. Ahora, a menos que vayas a hacer algo útil, como dejarme

salir por esa puerta —miro hacia ella, notando que está cerrada y probablemente bien atrancada—, hazme un favor y vete a la mierda.

Me pregunto cómo entró. ¿Lo dejó entrar ella, o mi "amor" tiene más libertad que yo?

En su habitación no parecía contenta con todo este montaje. Pero ¿era sólo por haberme colado en su pequeña fiesta, o está tan atrapada aquí como yo?

Un grito sale de mi garganta cuando Brad se abalanza sobre mí. Sus ojos están desorbitados y su mano se cierra en torno a mi garganta. Mi espalda choca con la pared mientras él se inclina sobre mí, dándome pocas opciones salvo apreciar lo mucho más grande y fuerte que es.

Pero también lo era el idiota que maté con una botella de champán. Todo lo que necesito es el momento justo. Un descuido, una distracción, y podría cambiar las tornas. Y aunque no veo esa oportunidad aún, tengo que seguir creyendo que sucederá.

—¡Bradley! —grita mamá, abandonando por fin la seguridad de la silla para venir a rescatarme.

Supongo que hay una primera vez para todo.

Mientras ella le araña los hombros, yo voy a por la piel desnuda de su antebrazo que me tiene secuestrada.

Clavo las uñas hasta que no hay duda de que he roto la piel. Pero no miro hacia abajo en busca de confirmación; mantengo los ojos fijos en los suyos.

—Siempre supe que tendrías ese fuego dentro de ti, Brianna Andrews —dice. La forma en que pronuncia mi nombre me recorre las venas.

Entorno los ojos, lucho por alejar las motas negras de mi visión y meto todo el aire que puedo por la nariz.

—No tienes ni idea, ¿verdad? —se burla.

—Brad, no. Para. Por favor. —imploro.

Mamá está descontrolada detrás de él, tirándole de la camisa, empujándolo en un intento de quitármelo de encima.

—Cierra la puta boca, *mi amor* —escupe él, antes de soltarme un momento y darle un revés en la cara.

Se me cae la mandíbula del susto.

Antes de esto no tenía ni idea de que ese hombre tuviera un solo hueso violento en el cuerpo.

Pero mientras miro a la mujer que me dio a luz, veo un hilo de sangre correr por su labio inferior y me doy cuenta de que no parece tan conmocionada como yo.

Ya ha hecho esto antes.

—Hijo de puta —rujo, cerrando el puño y lanzándoselo a la cara mientras se distrae.

El dolor recorre mi mano y mi brazo al chocar los nudillos con su mejilla.

Un gruñido de sorpresa, y espero que también de dolor, brota de él un instante antes de que levante la pierna y le clave la rodilla en los huevos.

Esta vez, el grito que sale de su garganta está definitivamente lleno de dolor.

Retrocede dando tumbos, con las manos agarrándose el paquete y los ojos llenos de lágrimas.

—Corre —grita mamá; no es que lo necesite, joder.

Con la mirada fija en la puerta, salgo disparada hacia ella.

Todavía no sé si está cerrada o no, pero las palabras de mamá me hacen pensar que quizá no.

Lamentablemente, no llego a averiguarlo.

Justo cuando mis dedos rozan el metal de la empuñadura, unos dedos se enroscan en mi cabello y me arrastran hacia atrás.

—¡No! —grito, agitando las piernas mientras me tiran, intentando desesperadamente encontrar tracción.

—Brianna —grita mamá, pero cuando intenta alcanzarme, Brad la detiene y le advierte: —No lo hagas.

No tengo idea de lo que tiene sobre ella, de lo que sabe, pero en el momento en que da esa orden, los brazos de mamá caen a los lados y queda paralizada.

—Buena chica, cariño. Buena chica. —dice él.

La bilis me sube, quemándome la garganta mientras la veo ceder a sus órdenes.

Siempre tuvo debilidad por los hombres controladores y narcisistas. Supongo que eso es algo que no ha cambiado.

Brad, sin embargo, no se queda inmóvil. En lugar de eso, sigue arrastrándome por la habitación antes de arrojarme como si no fuera más que un muñeco de trapo sobre la cama.

Lucho. Lucho con más fuerza que nunca, joder, pero en cuanto salta encima de mí, a horcajadas sobre mi cintura, es inútil.

Pero aun así, no cedo. No como la puta estatua de mujer que está de pie, mirando y permitiendo que su… ¿'novio'? me asalte.

—Joder, este fuego me la pone tan dura —gime cuando por fin me agarra los brazos agitados y me sujeta las muñecas a la cama por encima de la cabeza.

—Me das asco —me burlo antes de escupirle a la cara.

Su labio superior se despega con furia mientras intento luchar contra él.

—Debí haber sabido que no te rendirías fácilmente como la perra de tu madre—.

Atrapa mis dos muñecas con un brazo, se inclina sobre mí y deja que su dura polla me roce el estómago. Trago el vómito que me entra por la garganta al pensar que esto le excita.

Sabía que tenía algunas manías, ¿pero esto? ¿Secuestro? Eso es más de lo que nunca pensé que llevaría las cosas.

Me ata algo alrededor de una de mis muñecas, asegurándome en el sitio, y luego rápidamente hace lo mismo con la otra.

—ARGH —grito cuando se sienta y estudia su obra.

—Mírate, nena. —Un violento escalofrío me recorre el cuerpo cuando me recorre los brazos con las yemas de los dedos.

Se detiene al chocar con mi pecho y mira a mi madre.

Hago lo mismo, sorprendido al ver que sus ojos están vidriosos. Es como si ni siquiera estuviera aquí. Si no estuviera de pie, pensaría que está muerta.

—Esto es lo que querías, ¿verdad, *mi amor*? Tu bebé de vuelta. Ella es todo de lo que has hablado, todo lo que anhelas. Aparte de mi polla, por supuesto.

Resoplo, aterrorizada de vomitar encima y quedarme tirada.

—Así es, cariño. Mamá es tan puta como tú. De tal palo, tal astilla.

—Estás enfermo —escupo.

—Ella está aquí, *mi amor* —dice en voz baja, casi como si hablara con un niño. Su habilidad para cambiar de actitud es una verdadera locura.

Es la forma más pura de psicópata que existe.

No puedo entender cómo no lo vi. Ni siquiera un indicio de que las cosas estuvieran mal en todos esos meses que estuvimos follando.

Por fin sus dedos vuelven a moverse, rozando mi pecho, deteniéndose en mi pezón, haciendo que se frunza para él.

Me odio por reaccionar. Pero no puedo evitarlo.

Es una reacción corporal natural. No significa que lo quieras.

—Quítame las putas manos de encima, asqueroso.

Se ríe amenazadoramente.

—Es lindo que pienses que cualquier cosa que digas cambiará mis planes. Te necesito, Brianna. Ella también. Aunque no tanto como yo. Tengo planes. Tantos planes con los que ella no podría ayudarme. Así que te ha tocado a ti. Tú tienes la llave.

Mi ceño se arruga.

La única llave que me importa ahora mismo es la que él tiene en mi puerta. A la mierda todo lo demás.

Cuando está contento con mi reacción a sus caricias, se arrastra más abajo por mi cama, asegurándose de tenerme las piernas sujetas en todo momento.

En sólo unos minutos, tiene cada uno de mis tobillos atados con una cuerda en cada esquina de la cama.

Se echa hacia atrás, evaluando su obra.

—Preciosa —murmura, sus ojos recorren mis piernas desnudas, mis pantalones cortos de dormir y mis pechos cubiertos por la camiseta—. Lo has hecho bien, cariño. —En cuanto levanta el brazo, mamá corre a su lado y se acurruca contra él.

—¿Qué coño le has hecho? —pregunto, mirando fijamente al zombi de mujer.

Antes estaba tan dispuesta a luchar por mí. Entonces una mirada a sus ojos y ella se convirtió en esta… esta cáscara de persona.

—Poder, Brianna. Más poder del que jamás experimentarán esos imbéciles con los que andas por la ciudad.

—Juntos, los tres podemos tener más de lo que jamás soñaste.

—Un día, lo entenderás. Y lo desearás como naciste para hacerlo.

Sacudo la cabeza.

—No, no quiero esto. No quiero lo que ellos tienen, no quiero lo que tú quieres. Sólo… sólo déjame ir. Ni siquiera les diré que fuiste tú. Pueden ir tras los italianos por ello. El infierno sabe que se lo merecen.

Sacude la cabeza, con una sonrisa diabólica en los labios.

Parece una persona totalmente distinta de la que yo creía conocer. Todo en él es irreconocible. Quiero pensar que tal vez me tropecé con su gemelo malvado, pero sé que no lo es. Este es Brad. El verdadero Brad. El que creía conocer sólo estaba jugando un juego. Un juego muy, muy convincente. Y parece que caí en la trampa.

—Buen intento, nena. Ahora eres mía, así que te quitaría de la cabeza cualquier pensamiento de escoria Cirillo.

—Vete a la mierda —escupo.

—Sí, nena. Todo a su tiempo. —Se me escapa todo el aire de los pulmones cuando me confirma lo que ya sabía.

Puede que se esté follando abiertamente a mi madre, pero no ha terminado conmigo. Todo lo que está haciendo es esperar su momento. Pero, ¿por qué?

—Vamos, cariño. Brianna necesita descansar. Volveré a verla más tarde.

Sin decir una palabra más, la saca de la habitación, demostrando que me equivocaba con lo de que la puerta no estaba cerrada. El muy cabrón no necesitaba intentar arrancarme medio cabello arrastrándome lejos de ella.

En cuanto se hace el silencio a mi alrededor, empiezo a tirar de mis ataduras, rezando a quien quiera escucharme para que no las haya apretado lo suficiente, para que, de algún modo, pueda liberarme de ellas.

Pero es inútil. Y en todo caso, los nudos se hacen más fuertes cuando intento liberarme.

Sólo unos minutos después de rendirme, mis manos y pies empiezan a entumecerse.

—¡HIJO DE PUTA! —grito, con el pecho agitado por la ira y la frustración—. Estoy aquí, Nico. Estoy aquí, joder. Por favor, ven a buscarme.

Las lágrimas corren por mi cara, empapándome el pelo mientras mi cuerpo tiembla de miedo y agotamiento.

Tal vez esa droga no era tan mala. Me adormeció hasta cierto punto. Y ahora mismo, preferiría eso a este terror.

Capítulo Ocho

BRIANNA

Me quedo acostada aquí mismo durante horas. Si no fuera porque veo tanto el amanecer como el atardecer, podría empezar a pensar que son días.

No estoy segura de sí debería estar agradecida o no de que en realidad no sea tan largo.

Cuantos más días pasen, más posibilidades tendrán Nico y los chicos de encontrarme. Pero también, mientras estoy atrapada aquí, hambrienta y más desesperada por ir al baño que nunca en mi vida, estoy logrando muy poco de mi misión de liberarme. En todo caso, estoy retrocediendo. Ahora no sólo hay una puerta o ventana cerrada en mi camino, sino ataduras de cuerda implacables.

El dolor de mi vejiga llena me hace querer acurrucarme, pero no puedo. Y me niego a rebajarme a eso. Me quiere débil, humillada, y no permitiré que lo vea.

Hace horas que no siento las manos ni los pies. Por suerte, tal y como estoy tumbada y cómo me ha atado, no puedo verlos, así que no tengo ni idea de si ya se han vuelto azules. Lo único que sé es que siguen unidos.

Sollozos silenciosos e incontrolables caen de mis labios mientras intento aliviar el dolor que se extiende por mi cuerpo.

Si esto sigue así, voy a tener que hacer pis. No hay otra opción, a menos que regrese y me ayude. Lo dudo.

Esto es probablemente lo que tenía en mente. Dejarme aquí para que sea un desastre débil y sucio cuando regrese.

Está resultando ser un puto enfermo.

Empiezo a entender por qué nunca pude deshacerme de él. No se enamoró de mí, y estaba dispuesto a compartirme con otros sólo para poder quedarse con una parte de mí. Me estaba preparando, o lo intentaba. Algo me dice que no soy un blanco tan fácil como mi madre.

Puede que me haya puesto de rodillas por él algunas veces, pero eso es muy diferente de lo que está pasando aquí.

El sonido de una puerta cerrándose en algún lugar fuera de mi habitación golpea mis oídos, y tengo que cerrar los labios para no gritar pidiendo ayuda. No le pediré nada a ese maldito retorcido. Aunque me haga pis encima.

Pero resulta que no necesito llamarle. Rápidamente descubro que tenía toda la intención de detenerse cuando la cerradura se abre con un chasquido y se desliza dentro de la habitación.

—Ah, justo donde te dejé. Eso es lo que me gusta ver —murmura.

Cierra la puerta tras de sí y hace ademán de cerrarla para que yo sepa que no tengo escapatoria fácil antes de guardarse la llave en el bolsillo.

—¿Cómo te sientes, cariño? —pregunta mientras se acerca—. ¿Cómoda?

Me niego a prestarle atención y energía y miro hacia el otro lado de la habitación.

—Pensé que podrías tener un poco de calor, así que me tomé la libertad de bajar la temperatura. Con suerte, pronto sentirás los efectos.

Un gemido retumba en mi garganta, pero mantengo los labios cerrados con la esperanza de que no pueda oírlo.

Ya tengo frío, no necesito que suba el maldito aire acondicionado.

Tardé un rato en darme cuenta de qué era ese zumbido bajo y constante, pero con todo el tiempo que he tenido aquí para pensar, lo he descubierto.

Sigo sin reconocerle, pero no necesito mirarle para saber que mi desafío le está poniendo de los nervios. Siento la electricidad en el aire. Está crepitando, advirtiéndome de que seré yo la que salga peor parada por desafiarle. Pero me niego a acobardarme o a hacer lo que me dice.

No a un imbécil loco como él.

Un resoplido de frustración sale de su boca un segundo antes de que el lado de la cama se incline. Apenas puedo respirar hondo antes de que sus dedos me rodeen la garganta.

En cuanto me roban el aire, mi cuerpo toma el control y el alivio que tanto ansiaba inunda mi cuerpo mientras empapo la cama.

Sus ojos miran los míos antes de entrecerrarse con desconfianza. Probablemente se pregunte por qué los míos se giran de placer mientras me roba el aire.

Sí, se me conoce por jugar un poco con el aliento, pero voy a necesitar un juego previo diferente a esta mierda retorcida.

En el momento en que el olor llega a su nariz, toda su expresión se transforma en una de puro asco.

—Putilla —ruge antes de darme un revés en la cara.

Se encienden luces detrás de mis ojos mientras el dolor de su golpe me recorre la cara y me baja por el cuello antes de que el sabor a cobre me llene la boca.

—Que te jodan —siseo, negándome a mirarle a los ojos cuando me agarra de la barbilla y me obliga a mirar hacia él.

—Todavía no —se queja.

—¿A qué esperas, Brad? ¿No eres lo suficientemente hombre para tomarme mientras estoy aquí a tu merced? —Me burlo, encontrando finalmente sus ojos muertos.

Se ríe.

—Entonces, ¿qué pasa? Creía que mi fuego te excitaba. ¿O has cambiado de opinión? ¿Me quieres tan débil y patética como mi madre?

Tengo la necesidad de preguntarle qué le ha hecho exactamente. Pero no quiero que piense que me importa. No me importa. Puede hacer con ella lo que le dé la gana. Es lo que hizo conmigo mientras me arrastraba de un infierno a otro. Me expuso a la bebida, a las drogas y a hombres violentos y abusivos mucho antes de que yo supiera que existían.

Su cara no muestra nada. No me da pistas de lo que está pensando. Aunque algo me dice que en realidad no quiero saberlo.

Ha urdido un plan retorcido, y creo que el factor sorpresa podría ser mejor que conocer mi destino de antemano.

—Siempre has sido tan curiosa. Me pregunto por qué nunca lo descubriste.

—¿Qué? ¿Que eres un puto psicópata? No puedo decir que sospechara, no. Así que bien hecho—. Si pudiera, aplaudiría. —Me tenías totalmente engañada. ¿Es eso lo que quieres oír?

Una pequeña sonrisa se dibuja en sus labios, diciéndome que acariciarle el ego es una forma de llegar a él.

Típico del puto hombre.

—Eso ya lo sabía. No necesito oírlo de tus labios.

Suspiro, aliviada cuando me suelta, pero dura poco porque se lleva la mano al bolsillo y descubre una navaja.

Trago saliva, nerviosa, mientras deja al descubierto la hoja y se cierne sobre mí.

—Las putas asquerosas merecen ser tratadas como tales, ¿no crees?

Grito cuando me arranca la tela del pantalón de dormir del muslo y lo hace jirones, no sin antes arañarme la piel con la punta afilada.

El dolor me recorre la pierna cuando me arranca la tela húmeda que me cubre. El aire frío que corre entre mis muslos abiertos es la prueba, que no necesito, de que también me ha cortado las bragas.

Con el labio curvado, hace una bola con mi ropa interior antes de agarrarme de nuevo la cara, obligándome a abrir la mandíbula.

Mi grito se interrumpe cuando me mete las bragas empapadas de orina en la boca.

Jadeo al sentir el sabor y las lágrimas se derraman por mis sienes mientras trato desesperadamente de expulsarlas. Pero el hijo de

puta me tapa la boca con la mano, asegurándose de que no lo consiga y obligándome a aspirar bocanadas de aire por la nariz.

Mi cuerpo se convulsiona con mi necesidad de vomitar. Me quema la garganta, pero lucho contra ello. Tengo que hacerlo.

Su risa antes desquiciada se vuelve maníaca una vez más mientras me mira fijamente, agitándome todo lo que puedo con mis ataduras tirando con fuerza.

—Las putillas deben ser usadas y no escuchadas. ¿No te enseñó eso tu mamá, nena?

Grito, pero tiene muy poco impacto.

—Siempre ha sido una buena putita para mí. Siempre haciendo exactamente lo que le digo, abriendo sus muslos cuando quiero. Sólo hay una cosa que no puede darme. Porque lo necesito de ti.

El miedo me hiela la sangre. Los violentos temblores que sacuden mi cuerpo empeoran cuando su mirada se posa en mi coño desnudo.

Mis músculos se contraen por la necesidad de cerrar los muslos, pero no pasa nada. Me tiene los tobillos atados con demasiada fuerza.

—Ahora es tu turno de ser una buena putita y darme lo que necesito, nena.

Sin soltarme la boca, se inclina y levanta una bolsa que no vi que llevara a la habitación, a un lado de la cama.

El sonido de su cremallera llena el aire antes de que saque un rollo de cinta adhesiva.

Intento sacudir la cabeza con la esperanza de convencerle de que no lo necesito, de que me portaré bien. Pero no es suficiente.

Arranca un trozo y saca la mano.

—No, por favor. Yo… —Grito contra la cinta, las lágrimas que ya me empapaban el cabello se aceleran.

No quiero ser la mujer débil en la que intenta convertirme, pero no puedo evitarlo.

¿Por qué no me vuelve a medicar? Esto sería mucho más fácil si lo viera a través de una neblina drogada. ¿Por qué me quiere totalmente alerta para su tortura?

—Mejor. Debería ayudar a amortiguar tus gritos. No es que alguien te oiría de todos modos.

Agarro de nuevo el cuchillo y corta rápidamente mi chaleco, dejando al descubierto el resto de mi cuerpo.

—Siempre me han gustado estas tetas —dice distraídamente, casi como si hablara consigo mismo, mientras agarra un puñado, haciéndome gritar cuando aprieta demasiado fuerte—. Jódete. Siempre te ha gustado duro. Apuesto a que una puta como tú ya está mojada y desesperada por mi polla.

Niego con la cabeza, rechazando su comentario, pero también tratando de no oír nada más.

Podría haberme hecho un favor y haberme puesto esa puta cinta alrededor de las orejas para cortar sus viles gilipolleces.

La cama se inclina cuando se sube a mi lado antes de pasarme la pierna por la cintura. Aparentemente, su asco hace tiempo que ha desaparecido. Conmigo desnuda y la promesa de sacarme lo que quiera, está dispuesto a olvidar que estoy tumbada sobre mi propia orina.

Lo miro con los ojos muy abiertos mientras sostiene el cuchillo frente a él, dejando que la luz destelle en la hoja afilada.

—Es un buen trabajo que te guste un poco de dolor, nena. Creo que esto va a doler—.

No puedo moverme ni un centímetro. Con todo su peso sentado sobre mi cuerpo, no hay literalmente nada que pueda hacer para detener lo que sea que vaya a hacer.

—Al menos la cicatriz se mezclará con estas otras feas. Qué vergüenza follar algo tan bonito. Merecía morir esa noche por dañar lo que me pertenece.

Vuelve a meter la mano en la bolsa y saca una toallita antibacteriana.

Pero en cuanto lo saca del paquete y lo presiona contra mi piel, sé exactamente cuáles son sus intenciones.

—No. No. NOOOOO —grito detrás de la cinta, intentando con todas mis fuerzas quitármelo de encima, pero es inútil. Totalmente inútil.

—Es mejor que te quedes quieta —me dice cuando termina de limpiarme la piel del interior del brazo.

Las lágrimas y los mocos me cubren la cara mientras me sujeta el brazo con una mano y ajusta su posición para sentarse sobre mis costillas y ver mejor.

—He esperado tanto tiempo para esto.

En cuanto la punta de su cuchillo se clava en mi piel, me invade una extraña sensación de calma. No sé si es el dolor o el hilo de sangre que corre por mi pálida piel, o simplemente el hecho de que ahora mismo no puedo hacer nada.

Quiere que ese implante en mi brazo desaparezca, y sólo puede haber una razón para ello.

—*Te necesito, Brianna. Tengo planes. Tú tienes la llave*.

Sus palabras de antes vuelven a mí. Esto es para lo que me necesita. Lo que planeó.

Pero, ¿por qué yo? ¿Qué tengo yo que sea más especial que cualquier otra mujer?

Mi madre es una adicta al despilfarro que, por lo que he visto, no tenía ninguna cualidad que la redimiera.

No puede tener nada que ver con ella. Él la tiene; puede hacer lo que quiera con ella. Lo hace, por lo que parece.

Lo que significa que debe ser…

Respiro hondo y me doy cuenta al mismo tiempo que él engancha su navaja bajo el pequeño dispositivo que tengo clavado en el brazo, lo que me provoca un dolor que nunca antes había sentido y que me recorre todo el cuerpo. Juro que lo siento hasta en los dedos de los pies.

—Bingo, nena.

Sonríe como el psicópata que es, sosteniéndola entre los dos como si fuera un premio.

La cabeza me pesa, la vista se me nubla mientras miro fijamente el aparato cubierto de sangre y la habitación empieza a girar a mi alrededor.

—Oh, vamos a divertirnos tanto.

Lo último que recuerdo es a él manoseándome los pechos una vez más mientras se ríe como un loco desquiciado.

Capítulo Nueve

NICO

Me siento nostálgico mientras bajo las escaleras que llevan a *The Spot*, el bar de mala muerte al que Toby me llevó hace meses y donde vi por primera vez a Brianna Andrews.

Es domingo por la noche y, aunque no es la noche más concurrida de la semana, el local sigue bastante lleno cuando entro en el bar.

Hay un grupo tocando que parece haber atraído a bastante gente; casi todo el mundo está mirando el espectáculo.

Después de pedirme una copa -bueno, cinco- llevo la bandeja a una mesa libre al fondo. Es perfecta. Está escondida de todo y de todos.

Apuesto a que todo tipo de cosas han pasado aquí atrás. Sé que lo harían si mi sirena estuviera aquí conmigo.

Pensar en deslizar mi mano por su muslo y excitarla mientras todos festejaban a nuestro alrededor, felizmente inconscientes de que se estaba corriendo sobre mis dedos, hace que mi polla se hinche.

Ha pasado una semana.

Toda una puta semana sin ella.

La peor semana de mi vida. Sin duda. Por mucho.

Agarro el primer trago, me lo llevo a los labios y lo devuelvo. El whisky me quema la garganta. Pero no es nada a lo que no esté acostumbrado a estas alturas.

En cuanto cae sobre la mesa, tomo el siguiente.

Hemos pasado esta tarde en el hotel con el jefe. Ha hecho todo lo posible para conseguir información sobre dónde está Brianna, pero no hay nada. No hay migas de pan.

Enzo ha sido igual de inútil.

Ricardo mantiene sus cartas muy cerca del pecho.

Quiero decir, no lo culpo exactamente. Hemos intentado mantener la presencia de Ant y Daemon bajo llave. Pero joder, estamos hablando de mi chica. No sólo de un soldado.

El tercer trago baja aún más fácilmente que los dos primeros y me produce un agradable zumbido.

El tío Damien encargó a los demás trabajos esta noche. No me dio nada que hacer. Ni siquiera me permitió quedarme el tiempo suficiente para oír lo que hacen mis chicos.

Espero que estén buscando. Pero honestamente, podría ser cualquier cosa.

Mi teléfono está a todo volumen por si encuentran algo y me necesitan para ir a rescatar a mi chica. Por eso tampoco voy a beber hasta caer en coma aquí.

Lo he hecho muchas veces esta semana. Cada vez que me he despertado con resaca, me he arrepentido. Si ella me necesitara y yo no fuera capaz de llegar hasta ella, nunca me lo perdonaría.

Ya la he defraudado de muchas maneras. No puedo volver a hacerlo.

Si tengo suerte de tener la oportunidad, claro. Puede que ya sea demasiado tarde.

Me desplomo en el asiento de la cabina y apoyo la cabeza en el viejo y maltratado cuero.

El bajo de la banda en el escenario retumba en mi interior. Es más fácil concentrarse en su ritmo que en mi corazón destrozado.

Saco mi teléfono del bolsillo, abro mis fotos y me desplazo por las que tengo de ella de los últimos meses.

Es patético, pero es el nivel al que me han reducido.

Hacer ese examen el viernes fue extraño. Leer preguntas tan parecidas a las que habíamos trabajado juntos… Sentí como si ella estuviera allí conmigo. Ayudándome.

Es jodido, pero me reconfortó un poco mientras las contestaba, igual que cuando ella me observaba. Sólo tengo que esperar que el examinador piense que mis respuestas son tan buenas como ella.

Aprobar cualquiera de estos exámenes parece una posibilidad que ahora mismo está fuera de mi alcance. La posibilidad ya era bastante escasa después de todo el tiempo que perdí tras la muerte de papá, pero si encima le añades esto, no estoy seguro de por qué Toby, Calli y Alex se molestaron. Deberían haberme dejado pudrirme en la cama de Brianna.

La cuarta y la quinta copa desaparecen en una hora. La banda termina su actuación y el público del domingo por la noche vuelve al bar y a sus mesas, todos, excepto yo, disfrutando.

Mis ojos están fijos en la vieja y maltrecha mesa que tengo delante, así que no me doy cuenta de que alguien se une a mí hasta que se desliza por el asiento para acercarse.

Al levantar la vista, me encuentro con un hombre al que nunca había visto antes mirándome fijamente.

Lleva el cabello oscuro cortado muy pegado a la cabeza. Sus ojos son oscuros, mortales. Su nariz… bueno, está aún más destrozada que la mía. Ese hijo de puta se la ha roto más veces de las que puedo contar, estoy seguro. Tiene una cicatriz que le cruza la mejilla en diagonal y le atraviesa el labio inferior. Pero eso no es nada comparado con sus nudillos cuando los apoya en la mesa, demostrándome que no es ninguna amenaza.

—Nico Cirillo —afirma. No es una pregunta.

Puede que no tenga ni puta idea de quién es, pero seguro que me conoce.

—Necesito que vengas conmigo. —Esta vez, cuando habla, registro su acento americano y me hace fruncir las cejas.

—¿Tú? —pregunto cruzando los brazos sobre el pecho y mirándole fijamente.

—Conozco a alguien que podría ayudarte con un pequeño problema que tienes.

El corazón me salta a la garganta mucho antes de que termine de hablar.

—Vamos —digo, deslizándome fuera de la cabina, más que dispuesta a seguir a este hombre peligroso a cualquier parte si me lleva hasta Brianna.

Nadie nos hace caso mientras nos abrimos paso entre la gente que merodea por el bar, y el hombre me adelanta rápidamente al subir las escaleras. Sin otra opción, le sigo hasta la esquina del bar, donde encuentro un todoterreno a oscuras escondido en la acera.

Está oscuro, pero el calor del día apenas ha desaparecido. Las estrellas brillan sobre nosotros cuando abre la puerta trasera y me hace un gesto para que entre.

Espero que la cierre detrás de mí, así que me sobresalto cuando su mano choca con mi hombro, empujándome hacia el otro lado para que él también pueda entrar.

—No te ofendas ni nada, pero voy a necesitar que te pongas esto.

Retrocedo cuando me entrega una venda negra.

—Cualquiera pensaría que no confías en mí —murmuro.

—Yo no lo hago. Voy a necesitar tu móvil y cualquier arma que estés ocultando.

Le miro fijamente, esperando a que me diga que está bromeando. No es que crea que sea capaz de bromear. Sinceramente, no estoy seguro de que sea capaz de sonreír.

Si fuera cualquier otro, estaría jodidamente aterrorizado sentado en la parte trasera de un carro con él ahora mismo.

—De acuerdo —acepto, sacándome el teléfono y la navaja del bolsillo, y luego la pistola de la cintura.

Su ceño se frunce cuando se los pongo en la palma de la mano.

—¿Qué? ¿No estás empacando? —pregunto.

No responde, se limita a embolsarse mi mierda y a exigir al conductor que se vaya en cuanto me ponga la maldita venda sobre los ojos.

—Esto parece un poco exagerado, ¿no crees? —murmuro mientras atravesamos la ciudad a toda velocidad.

—Nunca se es demasiado cuidadoso. Quién sabe con quién acabo de ligar en un bar.

—Creo que eres plenamente consciente, ya que sabes mi nombre —digo con sorna, para diversión del conductor—. ¿Adónde vamos?

—Hacer demasiadas preguntas hará que te maten.

—Genial —murmuro, cruzando los brazos sobre el pecho y esperando pacientemente.

De verdad, tengo una buena pista de quiénes son estos hijos de puta. Lo supe en cuanto habló; la seguridad exagerada no hizo más que confirmarlo.

No me sorprende que estén en la ciudad después del golpe que recibieron en *The Manor* el fin de semana pasado. Hubiera pensado que irían a Damien primero. Tal vez lo han hecho. Tal vez tengan a ese cabrón de Ricardo, también, y vamos a ser capaces de aclarar todo esto de una vez por todas. Y al final de esta reunión, Ricardo estará muerto, y tendré a mi chica de nuevo en mis brazos. Tal vez.

El viaje a donde quiera que vayamos parece el más largo de mi vida. Viendo que podrían tener la información que necesito para recuperar a mi chica, uno pensaría que podrían darse un poco de prisa.

El carro se detiene y se apaga el motor.

—Gracias, joder —murmuro, buscando mi venda antes que el cinturón de seguridad.

—No lo creo, Cirillo —gruñe el yanqui—. No queremos más localizaciones comprometidas por tus pequeñas organizaciones londinenses.

—¿Pequeñas? —Ladro.

—Sí, bueno, este lío se debe a que ustedes dos no manejan los negocios. Estábamos felices de dejarlo así hasta que decidiste traerlo a nuestra puerta.

—No hicimos daño a nadie en su establecimiento. Sólo pedimos protección para nuestras chicas. Que no cumplieron, debo añadir.

Lo único que obtengo es un gruñido como respuesta cuando su mano me presiona entre los omóplatos y me empuja hacia delante.

—A nadie le gustan los listillos, Nico.

Pongo los ojos en blanco ante su enfado. No es culpa mía que algunos no puedan soportar la verdad.

El zumbido constante del tráfico y el olor de la ciudad se cortan al entrar en un edificio. El aire es diferente al instante. Más fresco, con olor a limpio.

Desde luego, no me ha llevado a un tugurio en el lado equivocado de la ciudad, eso seguro.

Si no supiera lo que ha pasado en La Mansión, pensaría que tal vez estuvimos allí. Pero algo me dice que en realidad no viajamos tan lejos; más bien querían despistar mis sentidos.

Imbéciles.

Sin embargo, me abstengo de hacer comentarios, consciente de que el hijo de puta que me empuja por detrás podría sacar su pistola -o la mía- en cualquier momento e impedirme escuchar lo que sea que tengan que decir.

El suelo se mueve un poco debajo de mí y sólo puedo suponer que me ha acompañado hasta un ascensor.

Su mano me rodea el hombro, me detiene y el ruido de las puertas al cerrarse suena detrás de mí.

Comenzamos una larga escalada por el edificio, que me despierta más que curiosidad.

Se prolonga tanto que estoy convencido de que debe estar llevándome hasta la cima del Shard.

Jodidamente bien por mí..

Jugaré a sus juegos. Haré lo que quieran si van a ayudarme a localizar a mi chica.

Mis puños se curvan por la necesidad de hacer algo para sacárselo más rápido, pero sigo con la boca cerrada.

Su atención me eriza la piel, pero me niego a reconocerlo y mantengo la barbilla alta mientras miro fijamente hacia delante. Vale, de acuerdo, no estoy mirando absolutamente nada. Pero tengo buena imaginación.

Mi cuerpo se estremece en cuanto el timbre de nuestra llegada llena el pequeño espacio. Algo estalla en mi interior. Es parecido a la excitación, pero no es eso. Es más… desesperación.

Podrían tener la llave para conseguir todo lo que necesito, y ya estoy hasta los cojones de sus teatrillos.

—Vete —gruñe el tipo, dándome un fuerte empujón hacia las puertas.

Caminamos, y caminamos, y seguimos caminando, joder, hasta que una mano me vuelve a parar en el hombro un segundo antes de que se abra una puerta ante mí.

El tipo saluda a alguien. Alguien que gruñe exactamente igual que él.

Muy elocuentes. Creía que tenían más neuronas que una organización normal. A menos que eso sea sólo el nivel superior. Los secuaces no son más que chuchos bien entrenados de la calle.

—Siéntate —ladra el tipo, arrastrándome, con no demasiada suavidad, a una silla antes de arrancarme finalmente la venda de los ojos.

Pestañeo un par de veces mientras las duras luces me queman los ojos antes de que el entorno se aclare.

Estamos en una habitación de hotel. Una puta habitación de hotel realmente bonita, con una vista de toda la ciudad que se derrama ante nosotros desde las ventanas que van del suelo al techo.

Al otro lado del enorme escritorio vacío hay un enorme sillón de cuero. Un sillón de cuero con respaldo alto y alado, que me impide ver quién está sentado en él.

El susurro de una tela a mi lado me obliga a apartar los ojos de la misteriosa persona a la que he venido a ver.

Se me escapa un pequeño suspiro cuando descubro quién está sentado a mi lado.

—Buenas noches, hijo —dice el tío Damien, con una pequeña sonrisa en los labios.

—¿Jefe?

Mis labios se separan para hacer cualquiera de las millones de preguntas que bailan en la punta de mi lengua, pero en el momento en que Damien asiente, indicando que mi atención debe estar en otra parte en este momento, miro hacia delante una vez más, justo a tiempo para ver girar la silla.

No voy a mentir, esperaba un hombre.

¿Chauvinista por mi parte? Sí, probablemente. Pero es lo que sé. Nuestro mundo… está dirigido por hombres. Es todo lo que he conocido.

Pero la persona que me devuelve la mirada… desde luego no es un hombre.

De un rojo brillante -no el teñido, sino el pelirrojo natural-, sus ondas cuelgan con elegancia alrededor de su rostro anguloso, haciéndolo parecer más suave. Tiene pómulos altos, una nariz perfecta, labios carmesí y los ojos más grandes que jamás he visto.

Está buena, de eso no hay duda.

También es… jodidamente aterradora.

He aprendido mucho desde que Emmie y Stella irrumpieron en nuestras vidas, y lo más escalofriante es que no nos necesitan. La verdad es que no.

Las mujeres tienen el poder de conquistar el mundo y poner de rodillas a cualquier hombre, por fuerte que sea.

Y algo me dice que esta mujer… ha hecho precisamente eso.

—Luciana —dice Damien, con voz autoritaria y firme, aunque ella no va a dejar que le ordene nada.

Ella tiene el control de toda esta habitación. Y ni siquiera ha dicho una puta palabra.

Se echa hacia atrás en su silla, con un aspecto despreocupado mientras le estudia.

Miro a mi derecha y veo a Damien congelado bajo su mirada. Se necesita mucho para sacudir sus cimientos, pero parece que esta mujer podría tener el poder.

Lo entiendo cuando vuelve esos peligrosos ojos verdes hacia mí.

Santo cielo.

Estoy seguro de que estoy mirando a los ojos de la Parca. ¿Quién iba a saber que había una mujer escondida bajo esa capa?

Finalmente, cuando estoy casi convencida de que no puede hablar, se inclina hacia delante, apoya los codos en el escritorio y dirige a Damien otra mirada, casi aburrida.

—Parece que tenemos un problema —afirma.

—Puedes repetirlo —añade Damien, para irritación de la mujer, si es que sus cejas levantadas dicen algo.

—Cuando quiera tu opinión, te la pediré.

No puedo evitar soltar un bufido divertido, pero lo cubro rápidamente con una tos, no quiero que su mirada se vuelva hacia mí.

—El problema es que tengo cosas mejores que hacer que andar por ahí ensuciándome las manos en su guerrita. —Hace una pausa, dejando que la tensión en la habitación se haga más pesada.

—Así que —dice—. Tengo una oferta para ti. Algo que no creo que quieras rechazar—.

El corazón me late tan fuerte en el pecho que la cabeza me da vueltas. Mi necesidad de exigir respuestas baila en mi lengua, pero sé que exigirle cualquier cosa a esta mujer no va a llevarme a ninguna parte. Con sinceridad, probablemente abandonaría este hotel en pedazos si hablara ahora mismo.

—Te daré la información que necesitas, a cambio de que acabes con nuestro pequeño problema de roedores.

—¿Qué información? —Ladro antes de conseguir tragarme las palabras—. ¿Sabes dónde está?

Luciana me mira con esos ojos malvados y un escalofrío me recorre la espalda.

—No le he traído aquí para interrogarme, señor Cirillo. —Mis dedos se enroscan en los brazos de la silla en la que me han arrojado.

Trago grueso, desesperado porque vaya al puto grano.

—Echas de menos a tu chica, ¿me equivoco? —Sus palabras son lentas, medidas e irritantes como la mierda.

¿Por qué pierde el tiempo si sabe dónde está?

—Y ustedes, idiotas, van por la ciudad persiguiendo al enemigo equivocado.

—La tienen los italianos —afirmo con seguridad.

—¿Sí? —pregunta, con algo parecido a la diversión brillando en sus ojos antes muertos.

Se está burlando de nosotros. Normalmente, no lo soportaría. Damien tampoco lo haría, pero la vida de Brianna podría estar en

juego.

—¿Y quién lo hace? —Ladro, mi paciencia más que agotada.

—Parece que olvidas que hay alguien más ahí fuera que está tan obsesionado con tu chica como tú.

Mi barbilla cae mientras la cara de un hombre llena mi mente.

—No —respiro—. No, no lo haría. Él…

—¿Quién? —Damien ladra.

—Joder —ladro antes de dejar caer la cabeza entre las manos y gritar—: JODER.

¿Por qué no pensé en él antes?

Toda la semana he estado obsesionado con que Ricardo la tuviera. Aterrorizado por todas las cosas que podría hacerle.

—Bradley Whitlock —escupo. Su nombre me sabe a veneno en la lengua.

Sabía que follar era demasiado aburrido para su propio bien.

Era una tapadera. Por supuesto que era una puta tapadera.

Me pongo en pie y hago que la silla en la que estaba sentado caiga al suelo con gran estrépito.

Unos pasos se acercan a mí. Y cuando miro, el hombre que me encontró en el bar sacando su pistola.

—Angel —arremete Luciana, obligándole a retirarse.

—Bradley es un… socio nuestro.

Aprieto los puños y me clavo las uñas cortas en las palmas. Pero el dolor no es suficiente.

¿Por qué no pensé en él? Todo este tiempo, ella ha estado metida con ese cabrón, y ni siquiera se me ocurrió.

—¿Dónde está? —Damien pregunta, hablando por mí.

Luciana hace una pausa y golpea con una uña perfectamente cuidada el escritorio de cristal en el que está apoyada.

—¿Por qué sigue respirando Ricardo? —pregunta rotundamente.

Damien aspira un suspiro frustrado.

—Te llevaré hasta Bradley. Pero… —Hace una pausa, sosteniéndole la mirada, dejando que sus amenazas tácitas llenen el silencio durante unos segundos—. Acabarás con Ricardo y su círculo íntimo. Me está causando problemas. Y créeme cuando te digo que no quieres que envíe a mis hombres a tus calles para resolver esto.

—Sólo dinos dónde está y lo haremos —le aseguro. Vete a saber cómo cuando hemos fracasado hasta ahora, pero encontraré la manera de hacer casi cualquier cosa si eso significa recuperar a mi chica.

Luciana mira a Damien y veo que asiente con el rabillo del ojo.

—No sé dónde está tu chica. Pero puedo decirte dónde encontrarlo, y a partir de ahí, me gustaría pensar que eres lo suficientemente inteligente como para averiguarlo.

Capítulo Diez

NICO

Por primera vez desde que encontré aquella nota, desde que descubrí que mi chica se había ido, me obligué a volver a mi propio piso y a dormir en mi cama.

Dormir.

El azar habría sido una buena cosa.

La realidad es que llevo aquí tumbado mirando al techo blanco desde el momento en que me dejaron en mi piso los secuaces de Luciana Rivera.

Al igual que al entrar, tanto Damien como yo teníamos los ojos vendados.

Una puta demostración de poder, en mi opinión.

Ninguno de nosotros es tan estúpido como para revelar la ubicación del cártel de Rivera o, peor aún, enviar a nuestros hombres tras ellos.

Estamos al mando de este rincón de la ciudad. Tenemos la sartén por el mango y, por tanto, controlamos a las bandas y organizaciones que nos rodean porque nos necesitan para limpiar su dinero sucio. Nos funciona perfectamente, nos da la última palabra en todo.

Pero nunca olvidaremos que toda la ciudad. Demonios, casi todo el sureste de Inglaterra está gobernado por los Rivera.

Nuestros caminos apenas se cruzan.

Por lo general, nos mantenemos a raya y no tenemos motivos para molestarles. Pero los italianos la cagaron la semana pasada cuando atacaron La Mansión.

Una de las propiedades de Rivera en nuestra tierra.

Debería ser un refugio seguro, porque nadie debería ser tan estúpido como para atentar contra alguien en su propiedad. Sólo ellos tienen el poder de hacerlo.

Pero Ricardo…

El viernes por la noche se convirtió en un enemigo aún mayor, más aterrador y mortífero que nosotros.

Cabreó a Luciana Rivera, una de las lugartenientes más notorias de la organización.

Puede que sea mujer y que no haya gobernado este territorio durante tanto tiempo, pero no se equivoquen: es cinco veces más letal que su difunto esposo, que ocupó su puesto hasta su prematura muerte hace unos años.

No quiero cotillear ni difundir rumores sobre los Rivera. El mero hecho de que su nombre suene es suficiente riesgo como para mantenerme callado. Pero estoy seguro de que su muerte no fue un extraño accidente.

Quería el poder que su sangre por sí sola no podía proporcionarle.

¿Pero casarse con la familia Rivera? Bueno, eso lo haría.

Parpadeando, arrastro los ojos desde el techo hasta la ventana. No me molesté en cerrar las cortinas cuando llegué anoche. Me quedé en calzoncillos y me metí en la cama.

Damien dijo que iba a informar a Theo y a idear un plan para esta mañana, y lo único que pude hacer fue asentir y encerrarme aquí.

Ansiaba la comodidad de la casa de Brianna, su olor, sus pertenencias. Pero no sentía que mereciera ninguna de esas cosas.

Todo lo que he hecho desde que la conocí es decepcionarla.

Y no sólo asumí inmediatamente que me había dejado cuando vi la nota por primera vez, sino que entonces estaba tan convencido de

que tenía que ser Ricardo quien se la había llevado que ni siquiera consideré otra opción.

Pero… era Brad el villano.

Por supuesto que lo era.

Las banderas rojas han estado ahí todo el tiempo.

Su mierda, obviamente fabricado persona. Su renuencia por dejar a Brianna a pesar de que ella le dijo una y otra vez que habían terminado.

La llamé puta por permitir que le comprara ropa de marca y la paseara como si fuera un juguete, pero ella tenía razón -obviamente, siempre tiene razón-, no quería nada de eso.

Brianna es fuerte. Más fuerte que casi todos los que conozco. Si ella quería deshacerse de alguien, entonces se deshacía de ellos. Sólo demuestra su determinación si fue capaz de doblegarla.

¿De qué demonios le ha estado llenando la cabeza?

¿Y qué quiere de ella?

¿Sólo la desea? ¿O hay algo más grande en juego?

¿Sabe algo que nosotros no? ¿Que ella no sabe?

Dejo escapar un suspiro cuando el amanecer comienza a iluminar el cielo.

Levanto los brazos, cierro los puños y hago crujir los nudillos mientras la esperanza llena mis venas.

Para cuando el sol se ponga de nuevo, tendré a mi chica en mis brazos una vez más. Y joder si no voy a abrazarla más fuerte que nunca. Y si ella piensa que va a ir a alguna parte otra vez, entonces va a tener que reconsiderarlo seriamente. La tentación de atarla a mi cama y no dejarla salir de la habitación es jodidamente fuerte ahora mismo.

No lo haré, por supuesto. Me gusta mi mujer salvaje y de espíritu libre. Pero joder, si la mantuviera a salvo, entonces sería una seria consideración.

No permito que ninguna duda entre en mi cabeza.

Si Luciana Rivera dijo que sabe dónde estará esta mañana, entonces ahí estará.

Sólo tenemos que preocuparnos de lo que haremos una vez que lo hayamos encontrado.

Un inusitado torrente de nervios me recorre, haciéndome un nudo en el estómago.

Nunca soy aprensivo antes de un trabajo. Nunca. Pero nunca había tenido uno tan personal.

Todavía estoy tumbado unos minutos más tarde cuando el sonido de la puerta de mi casa abriéndose y cerrándose de nuevo llena mi piso.

Unos pasos pesados me golpean antes de que la puerta de mi habitación se abra de par en par y seis tipos entren en ella.

Cada uno está preparado y listo para ir a la guerra por mi chica.

No voy a mentir; la visión tiene una bola desordenada de emoción arrastrándose por mi garganta.

Mis ojos escrutan a cada uno de ellos.

Mi primo, tan frío y decidido como siempre. Mi mejor amigo, sus ojos blandos de compasión, pero su mandíbula trabada por una feroz necesidad de derramar algo de sangre por el dolor que ese hijo de puta nos ha causado tanto a mí como a su chica. Alex, bueno… es Alex y parece tan despreocupado y calmado como de costumbre. Seb tiene una oscura necesidad de violencia llenando sus ojos. Daemon está tan concentrado como siempre, pero desde que supe la verdad sobre sus sentimientos por mi hermana, puedo ver un lado más suave en él.

Y luego está la incorporación al grupo.

Ant está allí vestido con su propio traje negro, listo para estar a nuestro lado y luchar.

Quiero preguntarle por qué. Pero sé por qué.

Puede que sea italiano, y cuando todo esto acabe, no me cabe duda de que volverá a donde realmente pertenece, pero la sangre que corre por nuestras venas no importa frente a quien quiera causarnos daño.

Y, por supuesto, le hemos salvado. Lo hemos mantenido a salvo. Debe sentir que nos debe algo.

—Emmie y Stella estarán aquí en unos minutos. Levanta el culo y prepárate, soldado —exige Theo.

Empujo hacia arriba hasta sentarme, intentando desesperadamente aspirar el aire que necesito mientras el peso de

lo que posiblemente vamos a encontrarnos hoy me presiona los hombros.

—¿Vienen las chicas? —pregunto, con voz ronca.

—Somos sólo nosotros, Nico. Nadie fuera de nuestro círculo va a saber nada de esto. No se lo confiamos a nadie.

Por mucho que aprecie que lo hayamos cerrado, el hecho de que el tío Damien haya decidido que nuestra fuga podría estar tan cerca como los padres de los chicos es enervante de cojones.

Stefanos ha estado siguiendo la situación con los italianos durante meses. Si él…

La idea me produce un violento escalofrío.

No. No hay forma de que el padre de Alex y Daemon esté detrás de esto.

Galen tampoco, para el caso.

No luchó tanto por volver al redil para cagarla tan pronto.

Pero por muy seguro que quiera estar de eso, no voy a arriesgar la seguridad de Brianna por nada.

—No necesitamos a nadie más —digo con confianza, poniéndome en pie. Me siento totalmente desabrigado, de pie, solo con mis calzoncillos negros mientras todos ellos están listos para salir.

—Vístete, primo, luego repasaré el plan.

Con un gesto de asentimiento, todos salen de mi habitación. Bueno, todos menos Toby, cuyas preocupaciones le superan.

—¿Has dormido algo? —pregunta cuando el sonido de los pasos se desvanece.

—Dormiré cuando la tenga de nuevo en mis brazos —le digo, entrando en mi cuarto de baño para orinar.

—Te necesita en plena forma —dice, sin inmutarse lo más mínimo por lo que estoy haciendo.

—¿Necesito recordarte cómo manejaste toda la situación con Jodie y…?

—No lo hagas. Ni se te ocurra decir su nombre —escupe con veneno.

—Me parece bien —murmuro, cogiendo mi cepillo de dientes. Por lo que a mí respecta, ese hijo de puta puede pudrirse en el infierno junto al que estamos a punto de enviar allí con él.

Me refresco y me doy una ducha rápida antes de ponerme la armadura.

Toby observa todos mis movimientos. Si no estuviera cien por cien segura de que es honesto, podría empezar a preocuparme cuando sus ojos se quedan clavados en mí. Pero es preocupación. Y, sinceramente, me encanta. Me encanta que todos mis chicos estén aquí, incluido Ant, porque recuperar a Brianna es tan importante para ellos como para mí. Bueno, tal vez no tan importante. Pero están aquí, y están listos para luchar a mi lado. No podría pedir mejores amigos.

El aroma del café inunda el aire cuando salimos de mi dormitorio exactamente en el mismo momento en que Stella y Emmie entran en mi piso, con el aspecto de hijas de puta malnacidas que realmente son.

—Mierda —respiro, incapaz de callarme—. ¿Estás seguro de que esto es una buena idea? —pregunto, apartando mis ojos de ellas en favor de Theo y Seb. Que, por cierto, están babeando todo mi puto suelo.

—¿No podrían haberse puesto esos estúpidos bodies que tienen todas? —pregunta Alex.

—¿Porque no están todos buenísimos? —Stella se burla—. Sólo estamos tratando de mantener el ritmo de nuestros hombres.

—¿Mantener el ritmo? —pregunta Theo—. Nos superas con creces. —Prácticamente devora a Emmie con la mirada. Y si bajara la vista -no lo hago, joder- sé que tanto él como Seb están empalmadísimos y a cinco segundos de olvidarlo todo para follarse a sus mujeres.

Lo entiendo. Lo entiendo. Pero también, no.

—Bien, ¿cuál es el plan? —Ladro antes de que empiece cualquier follada pública.

—Ven aquí, Diablilla —gruñe Seb, tendiéndole la mano a Stella y tirando de ella hacia su regazo en cuanto la tiene a tiro.

Emmie se desliza al lado de Theo.

—Bien, hemos confirmado lo que dijo Luciana. El padre de Brad está en una casa a unos noventa minutos. Y después de hackear la

seguridad, podemos ver que lo visita religiosamente todos los lunes a las once de la mañana.

Mis ojos se dirigen al reloj que cuelga de mi pared.

Cinco de la mañana.

Sabía que era pronto, pero joder.

—En cuanto terminemos aquí, saldremos y nos pondremos en posición. Vamos a dejar caer un rastreador GPS en su carro mientras está dentro, y luego seguirlo lo mejor que podamos.

—A la mierda, saltémosle encima en el estacionamiento —gruño, mi necesidad de ponerle las manos encima a este hijo de puta casi demasiado para soportarlo.

—No —ladra Theo—. Si es un socio de los Rivera, entonces hay muchas posibilidades de que haya tenido un entrenamiento completo. No vamos a arriesgarnos a que se lleve la localización de Brianna a la tumba porque no le guste la jodida forma de tortura de Daemon.

Daemon se burla.

—¿Estás cuestionando mis habilidades, Cirillo? —se burla.

Theo le ignora.

—Una vez que hayamos encontrado la ubicación, es todo tuyo. Pero ¿puedo sugerir que lo mantengamos vivo, al menos por un tiempo?

Mis cejas se levantan.

—Está claro que sabe cosas. Cosas que bien podrían sernos útiles. Para Brianna. Él es inteligente. Lo suficientemente listo como para engañarla todo este tiempo, por no hablar de ocultar completamente su identidad. Tenemos que saber lo que está ocultando.

—Bien, siempre y cuando pueda participar. Quiero ver sangrar a ese imbécil.

—Claro.

Alargo la mano, levanto la taza que supongo que está aquí para mí y le doy un largo trago. Apenas la pruebo, pero sé que necesito la cafeína en mis venas.

—¿A qué estamos esperando? Vámonos.

Theo asiente antes de volverse hacia Emmie y plantarle un beso en la sien.

—Estás buenísima, Diablilla —gruñe en voz baja, para deleite de ella.

—Dios. Mantenlos a los cuatro separados todo el tiempo. No vamos a joder esto porque no pueden esperar a mojar sus pollas.

—Amigo, lo tenemos —dice Seb con confianza—. Stella puede chupármela de camino a este sitio y todo irá bien. Ay —se queja cuando ella le da un golpe en la cabeza, aunque no puedo evitar darme cuenta de que no se niega.

—Vamos a por comida por el camino —anuncia Alex, poniéndose en pie de un salto y dándome una palmada en el hombro—. Y no voy a ir en carro con ellos.

Pongo los ojos en blanco, me bebo el resto del café y me dirijo a la puerta, más que dispuesto a ponerme en marcha y volver aquí con mi chica en brazos.

* * *

—Creía que habías dicho que iba a hacer buen tiempo —refunfuña Alex a través de los -afortunadamente en funcionamiento- micrófonos de mi oído.

—Deja de ser un marica, hermano. Un poco de lluvia no te hará daño —se burla Daemon—. Y no nos importa si te aplasta el cabello. No es como si tuvieras alguna oportunidad de echar un polvo, de todos modos.

Siguen una serie de risitas. Pero no participo. Estoy demasiado excitado esperando a que este capullo dé la cara para pensar en reírme.

—Aw, A. Ven a verme más tarde, te arreglaré cuando Seb esté durmiendo —ofrece Stella, haciendo que los dos hombres en cuestión balbuceen sorprendidos por la línea.

—Y una mierda que lo harás, Diablilla —gruñe Seb mientras Alex canta alegremente—: Joder, sí, Princesa. Lo he oído todo sobre tus habilidades.

—Acércate a ella, Deimos, y te cortaré la polla mientras duermes.

—Vete a la mierda, no es…

Un carro que indica que hay que girar me llama la atención, y hago callar a todos con dos únicas palabras.

—Está aquí.

No tengo ni idea de cómo lo sé. El Ford Focus negro que conduce no es como el que nos describieron, pero lo sé.

Me agacho entre la maleza y me pongo los binoculares en los ojos mientras él se acerca.

En cuanto veo el lado de su cara, todo tipo de furia al rojo vivo estalla dentro de mí.

—Te tengo, puto gilipollas —gruño.

—¿Identificación positiva? —pregunta Theo, muy serio.

—¿Qué hay en esa afirmación que te haya hecho pensar lo contrario? —me burlo.

—Vete a la mierda, sólo comprobaba. Seguro que es un fan de la rutina; está estacionando exactamente en el mismo sitio que ha estacionado en todas las grabaciones de seguridad que he sacado.

—Para ser un hombre inteligente, es jodidamente tonto —murmura Emmie, diciendo las palabras exactas que todos estamos pensando.

Le miro fijamente mientras baja del carro y se dirige hacia el edificio.

Es demasiado fácil.

¿Es una trampa? ¿Una visita semanal que sabe que oleremos? ¿O es tan arrogante que cree que se saldrá con la suya?

Espero de verdad que sea esto último.

—Se ha ido. ¿Tienes ojos? —pregunto, el miedo a cagarla me hiela la sangre.

—Lo tengo —dice Toby—. Está firmando.

Mientras se mueve por el edificio, uno de nosotros siempre tiene los ojos puestos en él. Y durante la hora más larga de mi puta vida, Theo y Emmie lo observan en alguna habitación de verano con su padre.

No tengo ni idea de lo que le pasa al viejo, y sinceramente, no me importa. Pero espero que sea un imbécil con su hijo. Las visitas

religiosas semanales de Brad sugerirían lo contrario, pero me gusta la idea de que está ahí recibiendo todo tipo de abusos por no ser más que una decepción, y que no es más que la culpa lo que le hace volver.

Para cuando Theo confirma que está en marcha tras los sesenta minutos dedicados a su padre, me duele todo el cuerpo.

Pero en cuanto le veo atravesar las puertas eléctricas y agachar la cabeza, intentando ocultarse de la llovizna que aún nos cala hasta los huesos, un fuego estalla en mi vientre, llenando mis venas de todo lo que necesito para llevar esto a buen puerto.

—Toby, ¿está prendido el rastreador? —pregunto, viendo sus luces iluminarse mientras arranca el motor.

—Sí. Estamos listos. ¿Estás listo para conseguir a tu chica?

—Tan jodidamente listo.

En el momento en que todos estamos seguros de que el capullo está lo suficientemente lejos como para que no pueda vernos salir de entre los árboles y setos que rodean la casa en la que ha metido a su padre, nos movemos.

Theo y Emmie salen corriendo hacia la moto de Theo, y en cuanto él se sienta, ella se lanza detrás de él -algo con lo que no estoy seguro de que él esté del todo contento- y los dos se lanzan en su persecución.

Pensó que era menos probable que parecieran sospechosos si seguían al campanero a distancia que nosotros en los carros reconocibles que habíamos escondido fuera de la vista.

Seb, Stella y Daemon suben al carro de Stella, y ella despega como el pequeño cohete de bolsillo que es mientras yo me dejo caer en mi propio asiento de conductor, Toby sube a mi lado, Alex y Ant detrás.

—Vámonos de una puta vez, jodidos. Tenemos un idiota que pillar —canta Alex encantado, frotándose las manos.

—Claro que sí —me chilla Emmie al oído desde algún lugar más adelante.

—Cuidado, por un momento te has contagiado de la locura de tu hermano —me dice Ant mientras me dirijo hacia la carretera principal.

Alex se ríe.

—No, normalmente están todos distraídos por mi cara bonita y mi humor. En el fondo, estoy igual de jodido.

Mis ojos captan los suyos en el espejo mientras algo oscuro los atraviesa.

Incapaz de concentrarme en otra cosa que no sea la tarea que tengo entre manos, aparto esos pensamientos y me sumo al tráfico.

—¿Me vas a decir dónde coño voy? —Le ladro a Toby mientras adelanto rápidamente a Stella, para mi gran diversión cuando ella me esquiva.

—Vete a la mierda, Cirillo —me gruñe al oído.

—Consigue un pasajero más útil y podrás tomar la delantera la próxima vez, princesa —me burlo.

—Sólo sigue adelante. Te lo diré cuando se apague.

La tensión en el silencioso carro es insoportable. Y cuanto más avanza el tiempo en la pantalla, más me agito.

—Está cambiando al carril izquierdo —nos informa Theo.

Toby asiente y tanto Stella como yo nos damos la vuelta.

—A la izquierda en la rotonda —confirma Theo.

—Parece que teníamos razón —murmura Toby, con los ojos fijos en la tableta que tiene delante.

Mientras los chicos charlaban a mi alrededor esta mañana, todos estaban de acuerdo en que se la habría llevado fuera de la ciudad. Tenemos demasiados ojos buscando a mi chica para que se arriesgue a tenerla demasiado cerca. La ubicación de esta residencia también ayudó a confirmarlo.

Theo sigue dándonos indicaciones mientras seguimos el rastro a una distancia prudencial.

Mis ojos están totalmente concentrados, mis nudillos blancos por el agarre del volante. Pero la visión de un carro que sale precipitadamente de una carretera secundaria un poco más adelante hace que el corazón me dé un brinco en la garganta. Las luces de freno nos ciegan cuando el camión al que se ha adelantado no se detiene y, por el escalofriante crujido de metal que se oye a su alrededor, supongo que se empotra contra él.

—Stella, cuidado —ladro, frenando de golpe antes de chocar por detrás con el carro de delante.

—Entendido —confirma.

—Theo, ¿sigues con ese idiota?

—Sí. ¿Qué pasa?

—Accidente —gruño, golpeando el volante con la palma de la mano en señal de frustración.

—¿Podemos desplazarnos? —pregunta Stella esperanzada, pero todo se ha detenido.

—No lo parece —dice Alex por encima de mi hombro.

—Mierda —sisea.

Miro a mi derecha, observo la barrera de la mediana y luego las hileras de casas a nuestra izquierda.

Estamos jodidamente atascados.

Me late el corazón y me tiemblan las manos mientras se me escapa de las manos cualquier esperanza que tuviera de recuperar hoy a mi chica.

—La agarraremos —dice Alex, acercándose y apretándome el hombro.

—Theo, no te atrevas a perderlo, joder —advierto sombríamente.

—Ten un poco de fe, hombre.

—Jodeeeeeeeeer —grito, echándome hacia atrás en mi asiento mientras más luces intermitentes descienden a nuestro alrededor.

Capítulo Once

BRIANNA

Lo primero que siento cuando me despierto es dolor, y tengo que luchar para no sollozar cuando los recuerdos de antes de desmayarme vuelven a mí.

No me muevo en mucho tiempo, acostada, concentrándome en mi respiración y en el hecho de que estoy viva.

Si todavía estoy viva, entonces hay una posibilidad de que pueda encontrar una manera de salir de este infierno.

Esperemos que antes de que…

Jadeo cuando sus intenciones vuelven a mí.

Pero, ¿por qué?

Necesito saber por qué está tan empeñado en dejarme embarazada. Si no hago nada más antes de encontrar la forma de escapar o de matarlo, necesito la respuesta a esa pregunta.

¿Por qué yo?

Abro los ojos a la fuerza, con la piel escocida por las lágrimas que he derramado, y me sorprende ver el sol que entra por la ventana. Pero no tanto como cuando muevo los brazos y las piernas y descubro que están libres.

Me soltó.

Levanto las manos delante de la cara y me froto los verdugones de la cuerda que usó para inmovilizarme y que me marcan las

muñecas.

Pero su visión no es nada comparada con el enorme vendaje que me envuelve la parte superior del brazo.

¿Debo sentirme agradecido de que haya hecho el esfuerzo de limpiarme después de arrancarme el implante como un puto psicópata?

Joder, espero que no, porque no siento más que odio puro hacia el monstruo que me está haciendo esto.

Empujándome para sentarme, parpadeo para contener las lágrimas que aún quieren caer sobre todo este desastre de situación.

No sé con certeza cuánto tiempo he estado aquí. Pero ha sido más que suficiente para que Nico me encuentre.

Odiaría tener que darle a Brad el crédito por ser más listo que la maldita mafia. Pero entonces, todavía no sé realmente quién es.

Una idea me golpea en la cabeza.

¿Es su filtrado?

No. Eso no funcionaría.

Que yo sepa, ni Nico ni ningún otro sabe quién es.

Aunque podría estar conectado.

No es italiano, eso ya lo sé. Pero…

Dejo caer la cabeza entre las manos mientras mis pensamientos giran a millones de kilómetros por hora.

Supongo que debería estar agradecida. Al menos no estoy drogada y no distingo el culo del codo.

Supongo que sería malo para el bebé.

Me levanto de la cama y corro al baño antes de que ese pensamiento eche raíces en mi cabeza.

Si no me hubiera dado cuenta de que me desataba y me remendaba…

Tengo arcadas hasta que mi estómago grita de dolor, pero no puedo parar.

Las lágrimas corren por mi cara, goteando sobre el asiento del váter mientras abrazo la taza, mi cuerpo temblando por mi necesidad de salir de aquí, lejos de él antes de que haga algo sobre lo que no tengo control.

Levantándome sobre piernas débiles, me dirijo a trompicones hacia la ducha y, por primera vez desde que me encontré encerrada en esta habitación, la enciendo.

Pongo la temperatura al máximo antes de meterme bajo el torrente de agua.

Me quema inmediatamente. Pero por mucho que me duela, no me alejo ni intento bajarle el volumen.

Lo necesito. Necesito esperar que tenga la capacidad de quemar el tacto de ese coño de mi piel.

Se me revuelve el estómago de nuevo al pensar en tener sus manos sobre mi cuerpo, en las cosas que podría haberme hecho mientras estaba inconsciente anoche.

Agarro el gel de ducha, me exprimo una gota enorme en la palma de la mano y me froto. Necesito quitármelo de encima. Necesito que desaparezca el recuerdo de sus sucias manos sobre mi cuerpo.

No dejo de frotarme entre las piernas hasta que empieza a dolerme; entonces, empiezo por el resto del cuerpo.

Cuando por fin salgo, tengo la piel roja y en carne viva, pero no me importa.

Me envuelvo el cuerpo con una toalla y el cabello empapado con otra y me dirijo al armario en busca de algo que ponerme.

Pero cuando abro la puerta, no encuentro toda mi ropa como antes, sino que lo único que cuelga ante mí son las camisas de Brad.

Doy un paso atrás, apretando más fuerte la toalla a mi alrededor. Prefiero quedarme húmeda a vestirme con su ropa.

Es una muestra de propiedad por la que está desesperado por alguna jodida razón, pero a la que me niego a rebajarme.

Como era de esperar, mi cajón de la ropa interior está vacío y, cuando me dirijo al tocador, descubro que incluso me ha robado el maquillaje.

Me quedo allí, en medio de la habitación, con la derrota corriendo por mis venas.

Nico no va a venir, y no tengo ni puta idea de cómo voy a salir de esta.

Hay un viejo vaso de agua sobre mi mesilla de noche, junto con algo de fruta y granola que debió de entregarme en algún momento mientras dormía.

No es nada apetecible, pero mientras mi estómago gruñe enfadado, sé que tengo que comérmelo.

Morir de hambre por culpa de mi testarudez no es una de mis prioridades en este momento.

Me siento en medio de la cama, todavía envuelta en mi toalla mojada, y mastico toda la granola que puedo, mientras rezo para que hoy sea el día en que encuentre una salida.

* * *

El ruido de una puerta al cerrarse en algún lugar de la casa hace que un rayo de miedo me recorra.

A pesar de estar decidida a mantener la cabeza alta y negarme a llevar su ropa, la habitación a mi alrededor parece cada vez más fría, y no tuve más remedio que despojarme de mi toalla húmeda y ponerme de mala gana una de sus camisas de manga larga.

Lo odio. El persistente aroma de su colonia me revuelve el estómago, pero me castañetean los dientes incluso bajo las sábanas, gracias a que ha decidido imponerme otra forma de tortura.

Se oyen voces, pero reconozco el ruido de ambas.

Brad y mi madre.

Sacudo la cabeza, deseando saber a qué demonios está jugando.

¿Cuánto tiempo ha estado jugando con ella? ¿Y de verdad creía que iba a reunirnos después de todos estos años?

Me apresuro a sentarme cuando la cerradura hace clic y la puerta se abre de golpe.

Entra con una sonrisa maníaca en la cara y una bandeja de comida en las manos.

—He salido a comprar tus favoritos, cariño —arrulla como si hablara con un bebé de verdad.

Inmediatamente me hace sospechar.

Cierra la puerta de una patada y se acerca, erizándome la piel.

Al bajar la bandeja, veo que tiene razón. Pero ni siquiera el aroma del filete recién hecho y las papas fritas me revuelven el estómago.

—Es una buena fuente de hierro —me explica, cortando un trozo y ofreciéndomelo a los labios.

Me atiza con fuerza cuando me niego a abrir la boca y permitirle que me alimente.

—He cocinado esto especialmente para ti —gruñe, una neblina roja de ira empieza a descender a su alrededor.

Pero no puedo concentrarme en la comida; lo único en lo que puedo pensar es en que no se dio la vuelta y cerró la puerta.

No cerró la maldita puerta.

—Brianna —gruñe, y finalmente mis labios se abren, dándole la distracción que necesito para pensar.

Vamos, Brianna. Tienes que atravesar esa puerta.

—Buena chica —elogia, haciendo que el trozo de carne que estoy masticando no sepa más que a goma.

—Te necesitamos bien y fuerte. Tienes un trabajo muy importante que hacer.

—¿Por qué? —Me las arreglo para forzar la boca.

—¿Por qué? —pregunta casi confundido—. Porque te amo, cariño.

Lo que realmente quiero hacer es echar la cabeza hacia atrás y reírme.

¿Amor?

¿Es de verdad?

—Y juntos… juntos somos tan jodidamente fuertes, nena.

—No soy nada. Una chica con una yonqui por madre y sin más perspectivas que las que yo me hago. No tengo nada que ofrecerte.

Alarga la mano y me acaricia la mejilla, mirándome fijamente a los ojos.

Tengo que luchar contra mi reacción a apartarme de él y, en lugar de eso, me inclino hacia su tacto, esperando como el demonio que se lo esté tragando.

—Oh, nena, estás tan lejos de ser nada. No tienes ni idea.

Sacudo la cabeza, alargo la mano y se la paso por el muslo.

Mis dientes se hunden en mi lengua con tanta fuerza que me sorprende no arrancarle un trozo de un mordisco mientras intento jugar con él como él lo ha hecho conmigo.

—Entonces dime —suplico—. Hazme entender cómo vamos a gobernar juntos.

Las palabras son como ácido en mi lengua y gotean por mi garganta, pero no se me ocurre otra forma de averiguar la información que necesito y aprovechar al máximo la oportunidad de libertad que me ha brindado.

Me han llamado puta y zorra más veces de las que puedo recordar. Ahora parece un buen momento para hacer uso de todas esas habilidades que he aprendido e intentar ponerlas en práctica.

—Nadie me toma en serio —confiesa—. Mi herencia es demasiado débil en mi sangre. Lo he intentado. He demostrado mi valía una y otra vez, pero todos me desechan como si no fuera nada.

—No soy nada —ruge como si al decirlo más alto se convirtiera de repente en verdad.

—Claro que no —susurro, tratando de acariciar ese ego.

—Llevo años trabajando en la calle —confiesa, haciendo que mis cejas se frunzan de confusión—, pero siempre me mantienen en las afueras. Me utilizan por mis habilidades y luego me dejan de lado.

—Pero alguien la cagó cuando me dio este trabajo. Esa maldita estúpida de Luciana no sabía lo que estaba abriendo cuando decidió confiar en mí para que la ayudara a derribar el anillo que habían construido los que la precedieron.

—¿Qué información? —pregunto, metiéndome en esta historia más de lo que pretendía.

Sacude la cabeza.

—Información peligrosa que tiene el poder de destruir vidas.

Considero esas palabras mientras me pasa otro trozo de filete por los labios.

—Listas y listas de nombres. Nombres de los que han proporcionado acciones a lo largo de los años. Era exactamente lo que me habían pedido que desenterrara.

Drogas. Habla de drogas, pero ¿dónde encajo yo en eso?

—Por supuesto, la mayoría están muertos ahora. Algunos por decisión propia, otros… no tanto. Es una pena. Un desperdicio de buena vida. Pero así son las cosas, supongo —murmura distraídamente mientras ensarta una patata y me la tiende.

Estoy desesperada por presionarle, por exigirle más información, pero me aterra que una pregunta equivocada le obligue a bloquearlo todo una vez más.

Esto es lo más cerca que lo he visto del hombre que llegué a conocer antes de todo esto. Me hace preguntarme si todo fue una actuación, o si realmente está ahí en alguna parte.

—He visto a mi padre esta mañana. Le veo todos los lunes sin falta.

—Qué suerte tienes —murmuro en voz baja.

—Él es la razón por la que acepté este trabajo. La idea de volver a conectar a las familias… Supongo que hablaba a las pequeñas partes de mi alma que no se han empañado con los años.

Mi corazón empieza a latir con más fuerza cuando las palabras que no dice resuenan en mis oídos.

Ayer tenía razón.

Esto no tiene nada que ver con mi madre. Es que ha tenido muy mala suerte en todo esto.

¿O es ella? ¿Es el destino el que le patea el culo por ser una madre de mierda?

—Sabes quién es mi padre —digo. No es una pregunta, es una afirmación. A medida que pasan los segundos, es la única explicación para todo esto—. ¿Quién es?

Los labios de Brad se curvan en una sonrisa malvada que destroza toda mi esperanza de respuestas.

—Un hombre que me hace parecer un gatito —confiesa—. Se aprovechó de tu madre. Pobre niña inocente que era. Se aprovechó de ella. ¿Y sabes por qué? —se burla.

Sacudo la cabeza, demasiado aterrorizada para hablar. Estoy desesperada por oír la respuesta a esa pregunta, pero igualmente petrificada por saber la verdad.

Brad se inclina hacia mí, sus ojos se clavan en los míos mientras su aliento caliente me baña la cara.

—Porque iba a venderte, Brianna. Estabas destinada a ser nada más que una putilla desde el día en que fuiste concebida, nena.

Antes de darme cuenta de que me he movido, el vaso de agua que estaba en la bandeja entre nosotros se hace añicos contra un lado de su cabeza.

Sus ojos se abren de par en par antes de oscurecerse y su expresión se vuelve feroz.

Un grito sale de mis labios cuando su mano me rodea la garganta y me devuelve a la cama.

Cualquier rastro del hombre vulnerable y no lo suficientemente bueno que confesaba sus secretos hace unos momentos ha desaparecido, y sólo puedo culparme a mí mismo.

Si hubiera podido mantener la calma, habría conseguido el resto de mis respuestas.

Respira entrecortadamente mientras me mira. La saliva y la sangre de los cortes que tiene en la cara cubren la mía y me dan ganas de vomitar otra vez.

—Debería darle las gracias a tu madre —se burla—. Si no hubiera huido, si no hubiera tenido a alguien que la ayudara, ideando formas de cubrirte, quizá nunca hubiera tenido esta oportunidad—.

Sus dedos se clavan a los lados de mi garganta, cortándome el aire y haciendo que parpadeen luces detrás de mis ojos.

Deseo desesperadamente preguntar más, pero soy incapaz de tomar el aire que necesito, y mucho menos de manejar las palabras.

Afortunadamente, debe leerlos en mis ojos.

—¿Qué? ¿No pensarías que Andrews era el nombre de tu padre, verdad? No eres tan estúpida como para creer que tu madre te pondría el nombre de un hombre que se la folló de niña y te abandonó. Oh no, toda tu identidad es falsa —escupe—. Esto es falso.

La cabeza me da vueltas mientras manchas negras empiezan a bailar en mis ojos.

Si no afloja, no podrá utilizarme para nada.

—Tu madre estaba demasiado asustada para darte un nombre que permitiera a cualquiera encontrarte. Pero nunca contó con que

me dieran el trabajo de encontrar a alguna de esas putitas criadas para el mercado.

Sus palabras me dan náuseas y me arde la bilis en la garganta.

—No podrías ser Brianna Walker, y ciertamente no podrías ser Brianna Harris.

Un grito escalofriante atraviesa el aire cuando suelta ese bombazo, que no es que signifique mucho para mí, antes de que algo me llame la atención al chocar con la cabeza de Brad.

Su agarre se afloja inmediatamente en mi garganta, y soy capaz de aspirar un hambriento aliento antes de que todo el peso de su cuerpo caiga sobre mí.

Miro fijamente a mi maniática madre, que está de pie detrás de él con el pecho agitado y un… un elefante en la mano.

Algo caliente se desliza por mi cuello y enseguida me doy cuenta de que es sangre.

—Lárgate de aquí —grita mamá—. Corre, por favor.

Vacilo el tiempo suficiente para que el capullo vuelva en sí, pero aún está aturdido por el elefante en la cabeza y consigo escabullirme de debajo de él, aunque no antes de que me alcance.

Sus dedos se retuercen en la camisa y tira de ella, rasgándola por el centro y haciendo saltar los botones en todas direcciones.

Grito mientras le araño la mano para que me suelte, pero se ha recuperado más rápido de lo que esperaba y, cuando lo hace, es a favor de lanzarme contra la pared.

Me golpeo la cabeza contra él, lo que hace que el dolor me recorra el cuello y me lloren los ojos.

—Siéntate de una puta vez, Jennifer —gruñe, sosteniéndole la mirada y esperando a que se someta.

Y para mi horror absoluto, lo hace.

—NO —grito mientras se acerca a mí, abriéndose el cinturón y mirando mi cuerpo desnudo bajo la camisa.

—Podemos hacer esto por las buenas o por las malas, cariño. Tú eliges.

En cuanto está lo bastante cerca, levanto la pierna, apuntando a sus pelotas, pero él lo ve venir a la legua y deja caer su peso sobre mí, volteándome y empujándome la cara contra la alfombra.

—Estoy más que contento con el camino difícil. Siempre me han gustado los retos.

Con la mano en la nuca, arrastra mis caderas hacia arriba con el brazo libre, inmovilizando mis piernas con las suyas.

—No, por favor. No —grito mientras intento luchar contra él.

Su risita de respuesta es suficiente para decirme que mis ruegos están teniendo la reacción contraria a la que esperaba.

—Llevaba mucho tiempo esperando esto.

La cabeza de su polla roza mi entrada y me esfuerzo aún más por resistirme, pero es inútil. Me agarra con demasiada fuerza y seguridad.

—Vas a darme los herederos más intrépidos… —La última palabra se convierte en lo que sólo puedo describir como una gárgara antes de que su agarre se afloje una vez más.

En cuanto puedo levantar mi peso del suelo, lo encuentro con la sangre empapando su camisa blanca de… no importa de dónde, joder.

—Vete, por favor, Brianna. Corre. Y nunca mires atrás.

Cae de rodillas, su peso la golpea con él.

Hay una extraña y retorcida parte de mí que quiere agarrarla y llevársela conmigo.

Pero entonces me mira con esos ojos fríos y recuerdo que, aunque me haya salvado, sigue siendo casi tan mala como él.

Dándoles la espalda a los dos, salgo corriendo de la habitación, y no miro ni una puta vez atrás.

El pasillo parece interminable mientras me envuelvo el cuerpo desnudo con la camiseta rota y corro hacia el final, rezando por encontrar unas escaleras.

Mi corazón late tan fuerte que puedo sentirlo en mis oídos.

Un miedo como nunca antes había experimentado me recorre la espina dorsal.

Y todo empeora cuando se oyen gritos en la dirección de la que estoy huyendo.

Trago el vómito que me sube por la garganta ante la idea de que le haya hecho daño antes de venir a por mí.

El pasillo gira al final, y respiro aliviado al ver salir las escaleras.

Vuelo por ellas. Literalmente. No me doy cuenta de que mis pies golpean los escalones y, antes de darme cuenta, estoy corriendo por el suelo de madera de otro pasillo. Las puertas se alinean en las paredes a cada lado mientras los pasos golpean por encima de mí.

—Por favor, por favor —ruego a nadie mientras sigo buscando una señal de una puerta al mundo exterior.

No me importa dónde estemos; seguro que habrá algún sitio donde esconderse.

Tiene que haberlo. Me niego a dejar que este maldito enfermo tome lo que quiera de mí.

Me importa una mierda quién sea mi padre o la razón por la que nací.

Soy una luchadora y no me doblegaré ante un psicópata como él.

Unos pasos bajan las escaleras detrás de mí justo cuando encuentro una puerta que me dará la libertad.

Por favor, por favor, por favor, ruego en silencio mientras vuelo hacia ella. *Ábrete. Por favor, que este jodidamente abierto.*

Choco con la puerta de madera y me maldigo por haberme delatado.

—Brianna —Brad llama—. No puedes huir de mí.

—Mírame, joder —murmuro mientras la manilla gira en mi mano, lo que me permite abrirla y deslizarme fuera.

El aire fresco del verano llena mis pulmones mientras salgo a correr una vez más.

Las pequeñas piedras que rodean el edificio me hacen cortes en los pies, pero las ignoro. ¿Qué es un poco de dolor comparado con salvar tu propia vida?

El sol de la tarde es cegador mientras corro sin rumbo.

Golpeo la hierba y el alivio me inunda cuando cesa el dolor, pero eso no significa que me detenga.

La sangre pasa silbando por mis oídos, cortando todo lo que pueda estar ocurriendo a mi alrededor.

Por lo que sé, está justo detrás de mí, a punto de agarrarme, pero no me atrevo a girarme y mirar.

Sólo necesito seguir adelante.

Mis músculos gritan de dolor. La herida de mi brazo arde mientras bombeo mis extremidades con más fuerza de la que creo que he bombeado en toda mi vida.

Mi visión se aclara lo suficiente como para ver la línea de árboles en la distancia y corro más fuerte, más rápido, o al menos lo intento.

Todo está borroso, la realidad se desvanece mientras me concentro en moverme.

La suavidad bajo mis pies desaparece en cuanto me deslizo entre las sombras bajo los árboles.

Palos, piedras y raíces gruesas ralentizan mi avance.

Las ramas y las espinas se enganchan en la tela de su camisa que aún llevo puesta, desgarrándome la piel por debajo, pero no es suficiente para detenerme.

Nada lo es.

Bueno, no hasta que un par de brazos me envuelven por detrás y todo se viene abajo.

Capítulo Doce

NICO

Oírla gritar me hiela la sangre y hace que mi corazón se acelere peligrosamente.

—Brianna, Sirena. Soy yo —le digo al oído con toda la calma que puedo.

Pero no corta su pánico y su necesidad de luchar.

Sus brazos se agitan y sus piernas patalean mientras intenta zafarse de mi agarre.

Ella cree que él la atrapó. Cree que yo soy él.

Me destroza.

—Brianna —digo con más firmeza cuando por fin consigo sujetarle los brazos a los costados—. Soy yo, nena. Soy Nico. Te tengo. Te tengo. Te tengo, estás a salvo. Por favor, nena —le suplico, odiando no poder llegar a ella—. Se acabó. Te tenemos.

Lo sé desde el momento en que oye mi voz, porque todo su cuerpo se paraliza. Durante un breve instante, se relaja contra mí. Pero todo vuelve a cambiar cuando empieza a temblar violentamente y sus gritos y llantos llenan el silencio que nos rodea.

Juro que mi puto corazón se desgarra por el centro ante el dolor de esos gritos.

Le doy la vuelta, la arrastro contra mi pecho y la abrazo lo más fuerte que puedo, dándole el tiempo que necesita para superar lo

que sea que le haya pasado.

Durante todo el tiempo, no paro de hablar.

Es una tontería, pero es lo único que se me ocurre que pueda ayudar.

—Lo siento mucho, cariño. Siento que hayamos tardado tanto. Hemos tenido hombres en cada centímetro de la ciudad buscándote. Joder, nena. No pasa nada. Tú estás bien. Te tengo y no voy a dejarte ir nunca más. Eres mía, Brianna. Mía. ¿Lo has entendido?

Sigo divagando hasta que su cuerpo empieza a calmarse y sus gritos se hacen más silenciosos.

—Voy a levantarte, ¿vale? —pregunto cuando se hace el silencio a nuestro alrededor.

Asiente suavemente con la cabeza y, en cuanto la levanto del suelo, hunde la cara en mi cuello y sigue sollozando en silencio. Sus lágrimas empapan mi chaqueta y mi camisa. Ojalá pudiera quitárselas, tanto a ella como a su dolor. Pero lo único que puedo hacer es ponerla a salvo y llevarla a casa. Espero que sea suficiente.

Con ella en mis brazos, me doy la vuelta y empiezo a salir de los árboles.

Corrió un jodido largo camino, y lo hizo rápido. Si no hubiera estado tan aterrado cuando la vi salir de la casa como si los perros del infierno la persiguieran, tal vez hasta me impresionaría. Pero con solo mirarla, mi único pensamiento es alcanzarla.

Theo y Emmie llevan un rato aquí, pero nosotros acabamos de llegar, apenas unos minutos después de librarnos del maldito tráfico. Theo empieza a dar órdenes en cuanto bajamos, enviándonos a distintos puntos del perímetro de la casa.

Ella está adentro; lo sé desde el momento en que nos acercamos al edificio. Siento su presencia. Es jodidamente extraño, pero me invade un alivio tan fuerte que casi me corta el aire.

Más aún cuando nos facilita el trabajo saliendo de la casa, lista para ser rescatada.

—La tengo —grito, corriendo tras ella mientras los demás entran en la casa, yendo tras el imbécil que la mantenía prisionera.

—Toma —dice Toby, quitándose su chaqueta cuando me acerco a él, parado en medio del jardín, con esos ojos azules llenos de

preocupación.

—Gracias, hermano. Yo me encargo. Ve y asegúrate de que los demás no te necesiten.

—Vale. Nos vemos en tu carro en un rato, los llevo a los dos a casa.

Sale disparado hacia la casa, donde supongo que están los demás.

Ya voy a mitad del camino, dirigiéndome hacia donde escondí mi carro en el sendero que nos trajo hasta aquí, cuando una camioneta negra se detiene bruscamente frente a mí.

El sol brilla sobre el parabrisas, ocultando al conductor. El corazón me salta a la garganta al recordar que llevo la pistola en la parte trasera del pantalón. Pero en cuanto la puerta se abre y alguien baja, sé que no es necesario.

—¿Está bien? —pregunta el tío Damien con prisa, con los ojos escudriñando los pequeños trozos de Brianna que alcanza a ver.

—Lo estará. Los demás están dentro —respondo, echando a andar de nuevo.

—Tengo el sótano listo para un nuevo huésped —dice con un brillo de emoción en la voz.

Bradley maldito Whitlock no sabe lo que está por caerle encima.

Sin decir más, tomamos caminos distintos.

Casi llego a mi carro cuando escucho pasos acercarse detrás de mí.

—Todo está bajo control. Súbanse, los llevo a casa.

Asiento y subo al carro con la chica aún aferrada a mi pecho.

En solo unos minutos, Toby ya está al volante y pisa el acelerador a fondo mientras volamos por el camino de regreso a la ciudad.

—¿Cómo está? —pregunta tras unos largos minutos de silencio. Nuestros ojos se cruzan en el espejo y entiende mi respuesta sin que diga una palabra.

No tengo idea.

Asiente y presiona más el acelerador, intentando llevarnos a casa lo antes posible.

Juro que no respiro bien desde que la vi salir de esa casa hasta que Toby entra en nuestro garaje subterráneo.

Los dos que habíamos dejado atrás corren en cuanto nos ven.

Jodie y Calli se acercan a la puerta cuando nos detenemos, pero, para mi sorpresa, ninguna nos bombardea con preguntas. Simplemente están ahí, apoyándonos en silencio.

—Estamos en casa, nena —susurro, dejando un beso sobre la cabeza de Brianna antes de bajar del carro.

No tengo idea de si está despierta, dormida o inconsciente. Cada vez que intento hablarle o mirarla bien, no reacciona. Pero eso puede ser tanto por agotamiento como por haber colapsado.

—Llamo al doctor Rosi y espero aquí abajo para que entre —dice Toby mientras abraza a Jodie y le besa la frente—. Ella está bien, amor. Todo va a salir bien.

Asiente y nos sigue hasta el ascensor.

—Espero con Toby para darles espacio —explica cuando se abren las puertas y entro.

Calli, sin embargo, no puede quedarse atrás y, disculpándose, se mete conmigo al ascensor.

Después de pulsar el botón, se acerca a mi lado, donde las piernas de Brianna cuelgan de mi brazo, y se apoya en mí, rodeándome la cintura con un brazo.

No dice nada. No hace falta. Siento su amor y su apoyo hasta en los huesos.

Cuando llegamos al piso de arriba, me abre la puerta y la mantiene así.

—No interrumpo, pero si necesitan algo, estaré aquí afuera, ¿de acuerdo? —dice suavemente.

—¿Podrías traernos algo de beber?

—Por supuesto.

Desaparece rumbo a la cocina y yo entro al dormitorio, cerrando la puerta con cuidado antes de acercarme a la cama y sentarme.

—Hola, Sirena —susurro, por si está dormida y puedo asustarla —. Estamos en casa, cariño. Ahora solo tú y yo.

Le froto la mano por la espalda, estrechándola contra mí, con la esperanza de que mi calor y mi apoyo la ayuden de algún modo.

—¿Vas a enseñarme esos hipnotizantes ojos tuyos, preciosa? — pregunto suavemente.

Permanece quieta durante unos segundos antes de romper su silencio con un tranquilo:

—No puedo.

—Ahí está —digo suavemente—. Ahí está mi chica.

Cambiando un poco su posición, la giro para poder acariciarle la mejilla.

—Te tengo, nena. Estamos en mi habitación. Solos tú y yo. No hay nada que temer ahora—.

Le paso el pulgar por debajo del ojo y recojo las lágrimas que siguen cayendo.

Sus pestañas se agitan mientras se lame los labios resecos.

—No pensaba que fueras a venir —confiesa.

—Joder, nena. Siento mucho que hayamos tardado tanto. He sido un puto desastre sin ti. Te he echado tanto de menos, joder.

—¿En serio? —pregunta dubitativa.

—Nena —suspiro, incapaz de creer que pueda pensar otra cosa.

¿Qué carajo le hizo pasar ese hijo de puta para que pensara que no vendría por ella?

—Te lo prometo. Siempre vendré por ti. Siempre te rescataré. Siempre te atraparé.

Un sollozo sale de su garganta y vuelvo a cambiarnos de posición para apoyar mi frente en la suya.

—Brianna, te amo. Nada podría impedirme llegar a ti. Necesito que lo creas.

Tarda un momento, pero esas palabras finalmente parecen asentarse en su cabeza, y sus párpados no sólo parpadean, sino que realmente se abren.

El impresionante azul de sus iris me mira fijamente. Son más oscuros, un poco más tristes y están mucho más agotados de lo que estoy acostumbrado, pero son los suyos y el recordatorio exacto que necesitaba de que está aquí, en mis brazos.

—Joder, Sirena. Joder, te he echado tanto de menos.

Sin pensarlo, me inclino hacia delante y aprieto mis labios contra los suyos.

Necesito esta conexión más de lo que puedo calcular. Desgraciadamente, ella no siente lo mismo y, en cuanto nuestros

labios se rozan, se separa de mí.

Mi corazón se rompe, pero sé que no soy yo, ni nosotros.

Es él.

Está en su cabeza.

—Voy a limpiarte. ¿Baño o ducha?

—Nico, no tienes…

—Lo hago, Brianna. Necesito darte todo y más ahora mismo. Y no hay nada que puedas hacer para disuadirme.

—Baño —susurra, metiendo la cara contra mi pecho, escondiéndose.

Me rompe el corazón que mi pequeña y fuerte luchadora se acobarde ante el mundo.

Pero no durará. De alguna manera, encontraré la forma de volver a unirla.

Igual que me hizo a mí.

Todos nos rompemos a veces. He aprendido que no pasa nada. Lo importante es la gente que nos rodea y que nos ayuda a recomponernos.

—Espera, nena. Es la hora del baño.

La levanto una vez más y, de algún modo, consigo desplazar su peso para poder abrir la puerta y deslizarme por el pasillo hasta el baño principal.

—¿Estás bien? —pregunto después de sentarla en la encimera junto a los lavabos. Me recuerda a otra ocasión reciente en la que hice lo mismo. Y sólo puedo esperar que esta noche acabe igual de feliz. Puede que sea una ilusión, pero ahora mismo necesito algo. Es eso o dejar que los pensamientos locos sobre lo que podría haberle hecho durante la semana pasada se apoderen de mí, y me niego a hacerlo. No voy a sacar conclusiones precipitadas ni a hacerme pedazos preguntándome qué pasaría si…

—Sí —susurra, rodeándose con los brazos para protegerse. Me aseguro de que sigue abrigada con la chaqueta de Toby, me alejo de ella a regañadientes y empiezo a preparar el baño.

—Hasta tengo burbujas de lujo —digo riendo, sosteniendo la cara botella que de algún modo ha acabado aquí. Desde luego, no la he comprado.

La más leve de las sonrisas se dibuja en la comisura de sus labios y respiro aliviado. Puede que sea pequeño, pero lo es todo.

Compruebo la temperatura mientras las burbujas brotan ante mí, me doy la vuelta y me pongo delante de ella, luego le quito la chaqueta a Toby.

No dice nada, pero baja la cabeza avergonzada cuando veo la camisa estropeada que lleva debajo.

Me rechinan los dientes y aprieto los puños, pero me niego a que vea cómo me afecta su estado.

Tiene el cabello alborotado, la cara roja y llena de manchas por las lágrimas, pero son los arañazos, rasguños y moretones lo que más me duele.

Metiendo los dedos bajo la tela, empiezo a quitarle la camisa de los hombros.

Tiembla visiblemente ante mí y hago una pausa.

—¿Así está bien? —pregunto suavemente.

En cuanto asiente, me apresuro a quitarle la camisa estropeada, que necesita estar fuera de su vista.

Pero, aunque eso podría ayudarla, la visión de su cuerpo me destroza.

Está cubierta de sangre, magulladuras, cortes, y tiene un gran vendaje empapado de sangre en la parte superior del brazo.

—Estoy bien —susurra.

—Vamos a matar a ese hijo de puta muy bien, nena. Te lo prometo. Nunca nadie toca lo que es mío así y se sale con la suya.

—Lávalo. Necesito… —Tiene hipo—. Necesito que se vaya.

—Lo que necesites.

La levanto una vez más, recorro con ella la corta distancia que me separa de la bañera y le meto las piernas.

—¿Bien?

Ella asiente y yo sigo bajándola hasta que desaparece en las burbujas.

La observo durante unos segundos antes de retroceder.

Levanta la cabeza, con los ojos muy abiertos y aterrorizada.

—¿Adónde vas? —pregunta apresurada, con la voz entrecortada.

—A ninguna parte, nena. Te lo prometo.

Agarro la camisa y la chaqueta de Toby, abro la puerta y las tiro justo cuando mi hermana dobla la esquina cargada con dos tazas.

—¿Qué es eso? —Es una pregunta inútil, porque las tazas cubiertas de crema y malvavisco sólo pueden significar una cosa—. Gracias —le digo, agarrándoselas.

—Cualquier cosa.

Con una rápida sonrisa, me meto de nuevo en la habitación y cierro la puerta de una patada.

Los ojos de Brianna se posan en las tazas con anhelo.

—Toma —digo, cogiéndolas y colocándolas en el borde de la bañera—. Calli hizo chocolate caliente.

Sin mediar palabra, toma la taza, la rodea con las manos y se la lleva a la nariz.

Su mirada es tan grata y a la vez tan dolorosa que no sé qué hacer conmigo mismo mientras permanezco de pie en medio de la habitación como un melón.

—Sirena… puedo…— Inclino la cabeza hacia la bañera, rezando para que me deje entrar con ella. Puede que solo esté a unos metros, pero es demasiado.

Ella asiente, y en cuanto veo el movimiento, empiezo a despojarme de mi ropa.

Estoy seguro de que nunca me he desnudado más rápido, y para un mujeriego como yo, eso es realmente decir algo.

Observa todos mis movimientos, pero el calor habitual que suele arder en sus ojos cuando saco la polla no está ahí. Sé que no debería sorprenderme, pero aun así hace que la preocupación sature mis músculos.

Se echa hacia delante para dejarme espacio y yo me hundo detrás de ella, tirando inmediatamente de su espalda para envolverla con mis brazos y mis piernas y apoyar la barbilla en su hombro.

—Quise decir lo que dije, Brianna. Estoy enamorado de ti, y haré lo que sea necesario para que superes esto.

Un suspiro cae de sus labios, y trato de no dejarme llevar demasiado por lo satisfecho que suena.

—Toma y relájate. Ahora te tengo. No hay nada de qué preocuparse.

Capítulo Trece

BRIANNA

El calor me envuelve por dentro y por fuera mientras Nico prácticamente me rodea con todo su cuerpo como una boa y el rico chocolate caliente se desliza por mi garganta, calentándome el vientre.

Me quedo en silencio mientras mi cuerpo sigue temblando.

No tengo ni idea de por qué. Ya no tengo miedo.

No lo había tenido desde que su voz; sus palabras rompieron el puro terror que zumbaba en mi sistema mientras corría.

Al principio, pensé que era él. Me ardía la piel con su tacto, mi necesidad de luchar era más fuerte que nunca.

Pero entonces oí a Nico. El profundo timbre de su voz sexy me hizo cosquillas en los oídos y supe que todo iba a salir bien.

Me encontró y vino a por mí. En el momento justo.

Si no lo hubiera hecho y hubiera sido Brad quien me atrapó…

Un violento escalofrío me recorre la espalda al pensar en lo que podría haber ocurrido a continuación.

—Estoy aquí —susurra Nico, sus brazos me rodean con fuerza.

Asiento, necesito que sepa lo agradecida que estoy por ello, pero me cuesta procesarlo todo y mucho más encontrar la forma de decirle todo lo que necesito.

En cuanto se da cuenta de que he terminado mi bebida, me quita la taza de las manos y la coloca a un lado, animándome a tumbarme con él.

—Relájate, nena. Tienes todo el tiempo del mundo para mentalizarte.

Arrugo las cejas. ¿Puede leerme la mente?

Me da un beso en la coronilla y me inspira mientras sus dedos empiezan a dibujar suaves y adictivos patrones sobre mi espalda hasta que no tengo más remedio que relajarme en él.

—Eso es todo, Sirena. Se acabó. Relájate.

Suelto un suspiro tembloroso e intento concentrarme en sus palabras, en el hecho de que tiene razón.

Un millón y una preguntas dan vueltas alrededor de mi cabeza. ¿Qué le ha pasado a Brad? ¿Aún respira? ¿Dónde está ahora? ¿Y mamá? Pero ninguna sale de mis labios. Estoy demasiado perdida en las caricias narcotizantes de Nico y en el calor combinado de su cuerpo y el agua que me rodea.

Estoy agotada, mi cuerpo me pide que me apague y descanse, pero me niego a cerrar los ojos. Me aterra pensar que, si lo hago, lo único que podré ver será a él. Y yo quiero estar aquí. Quiero estar con Nico, donde sé que estoy a salvo.

No tengo ni idea de cuánto tiempo permanecemos tumbados en silencio mientras absorbo todo el apoyo que me está ofreciendo, pero al final empiezan a oírse voces al otro lado de la puerta, lo que hace que se me bloqueen los músculos.

Levanto la cabeza y me arriesgo a mirar a Nico.

—Está bien, cariño. No tienes que ver o hablar con nadie que no quieras. Pero Toby llamó al médico. ¿Dejarás que te revise? ¿Por mí? —añade, con los ojos suplicándome en silencio.

—De acuerdo —susurro; al fin y al cabo, yo también tengo algunas preguntas que hacer.

Por primera vez en mucho tiempo, bajo los párpados mientras me invade la vergüenza. Permití que me tocara, y podría haber…

La suave caricia de Nico no vacila.

—Lo que sea que estés pensando, cariño, no importa. No importa lo que pasó en esa casa, no cambia nada. Sigues siendo mi sirena y

siempre lo serás.

Sus palabras me arrancan lágrimas.

Ojalá fueran ciertas. Pero no puedo evitar sentir que su sirena se perdió en algún lugar entre mi piso y la casa en la que me tenía encerrada.

Aunque me gustaría pensar que no se aprovechó de mí después de que anoche me desmayara por el dolor y el agotamiento, aún tengo dudas.

Cuando me lavaba esta mañana, no sentía ese dolor que puede haber después del sexo. Y ciertamente no había ninguna evidencia que yo esperaría. Pero eso no es realmente una respuesta definitiva. Y necesito saberlo, o me llevará al borde de la locura.

Sin decir nada más, me incorporo, dejando claras mis intenciones.

—Todavía no —gruñe, agarrando un bote de champú que está a un lado—. Déjame cuidarte—.

Se me pone la piel de gallina cuando empieza a enjabonarme el pelo y a masajearme el cuero cabelludo como un profesional.

Un gemido lascivo sale de mis labios cuando sus dedos tocan todos los puntos correctos.

—¿Así de bien, nena?

Lo único que puedo hacer es volver a gemir y dejar que continúe.

Después de ponerme un poco de acondicionador, empieza a trabajar en mi cuerpo, teniendo mucho cuidado con todos mis cortes y moratones.

Su atención se detiene en la parte superior de mi brazo. Sigue sangrando, el vendaje es completamente inútil.

Con toda la delicadeza que puede, me lo quita, pero no dice ni una palabra sobre la lesión. Me cuida de una forma que no habría imaginado hace tan solo unos meses.

Este hombre es brutal, peligroso e impredecible. Pero he descubierto que también es amable, cariñoso y una de las personas más atentas que conozco. Su tacto amable y sus suaves murmullos de apoyo hacen que se me salten las lágrimas.

Sin embargo, ninguno se ha derramado. Estoy seguro de que se han secado.

Una vez limpio, me da un beso en el hombro y se baja.

Me doy la vuelta y veo cómo el agua corre por su espalda esculpida y por su glorioso culo mientras busca una toalla.

La visión hace que algo se remueva dentro de mí, y casi grito de alegría porque quizá no esté del todo rota.

No me malinterpretes, de ninguna manera voy a saltar sobre él ni a hacer nada parecido. Pero ese cosquilleo de excitación al ver cómo se tensan y flexionan sus músculos me da esperanzas.

Se ciñe la tela a la cintura antes de volverse hacia mí con otra en la mano.

Pero no tengo la oportunidad de levantar la vista, porque mis ojos se fijan en la ligera deformación de la toalla.

—No me juzgues —se burla Nico—. Estás sexy, desnuda y mojada. No puedo evitarlo.

—Soy un desastre —argumento, arrancando los ojos de su entrepierna y recorriendo su cuerpo hasta encontrar sus ojos.

Se encoge de hombros, con una sonrisa ñoña en los labios.

—Eres mía y te quiero. Siempre.

—Nico —suspiro, odiando y amando a la vez que solo pueda ver la verdad reflejada en mí. Sus ojos brillan de honestidad, y el oro de su interior brilla más que de costumbre.

—Vamos, Sirena. Necesitas estar acurrucada en mi cama, no sentada en una bañera de agua fría.

Me pasa las manos por debajo de los brazos, me saca de la bañera y me envuelve en una toalla gruesa y mullida. Por suerte, es gris oscuro; si no, estaría sangrando por todas partes. No creo que le importe. De hecho, probablemente sean grises por alguna razón. Debe de aparecer sangrando con bastante frecuencia. Ese pensamiento hace que me duela el pecho de una forma totalmente nueva.

—Para, cariño. Aquí estás a salvo. Nada ni nadie puede tocarte.

Abro la boca para discutir, pero no salen palabras.

Después de quitarme el exceso de agua del cabello, me toma en brazos una vez más y me lleva a su dormitorio.

—Puedo andar —confieso en voz baja.

—Lo sé. Pero no tienes que hacerlo.

Una vez me ha depositado en su cama, vuelve a darme la espalda y empieza a rebuscar en sus cajones.

Cuando vuelve a girar, tiene un tanque en las manos.

—El médico va a querer ver ese brazo, Sirena —me explica mientras me quita la toalla y deja caer la camisa sobre mi cuerpo.

Asiento y me arrastro hacia atrás en su cama hasta apoyarme en el cabecero, viéndole soltar la toalla y ponerse un par de pantalones de chándal, yendo en plan comando debajo.

Menos mal que todas las mujeres que probablemente vayan a estar aquí esta noche son parientes suyas o tienen una relación seria, pienso mientras miro fijamente la silueta más que evidente de su semi.

—Me alegro de que me echaras de menos, nena —bromea.

—Mierda. Lo siento, yo…

—Nena —suspira, se acerca y se sube a la cama—. Puedes mirarme la polla todo el día si quieres. Lo que sea para que te vuelva a brillar la mirada. —Me acaricia suavemente la mejilla y apoya su frente en la mía—. ¿Estás lista?

Asiento una vez, pero es suficiente.

Roza suavemente mis labios y me hace desear mucho más de él, pero se va antes de que me dé cuenta.

—Jojo —digo apresuradamente cuando está en la puerta.

—Entendido —acepta antes de salir de la habitación y dejarme sola por primera vez desde que me encontró.

Subo los muslos hasta el pecho y apoyo la cabeza en las rodillas mientras el ruido de voces se filtra desde la puerta abierta.

Sólo pasan dos segundos antes de que oiga sus pasos ligeros mientras corre hacia mí.

Me rompo una vez más cuando la veo volar a través de la puerta.

—Bri —grita, lanzándose sobre la cama y tirando de mí hacia sus brazos.

—Lo siento —gimo mientras me aferro a ella con la misma fuerza.

—No tienes nada de qué disculparte —me asegura con firmeza entre sus propios sollozos—. Ya estás en casa. Se acabó —dice,

repitiendo las palabras que Nico ha dicho una y otra vez en las últimas horas.

Seguimos aferradas la una a la otra cuando llaman suavemente a la puerta.

Cuando saco la cabeza del cuello de Jodie, veo a un hombre mayor con un gran maletín negro colgado del brazo, a una mujer de la misma edad justo detrás y a Nico.

Me sonríe, sus ojos me dicen que estoy a salvo y que están aquí para cuidarme.

—Seremos tan rápidos como podamos, Brianna —dice la mujer en voz baja mientras se adelanta al hombre—. Soy Elen, y este es mi esposo, Pearce. Él es médico y yo soy enfermera. ¿Está bien si te revisamos?

Mis ojos abandonan los suyos en favor de los de Nico de nuevo.

—Sí —susurro—. Pero no se van.

—No pasa nada, cariño. Nico ya nos ha hablado del corte de tu brazo. ¿Empezamos por ahí?

Asiento y ambos se acercan.

Jodie por fin me suelta, pero no le permito ir muy lejos cuando la agarro de la mano, manteniéndola en el borde de la cama.

—Estamos aquí, Bri. No vamos a ir a ninguna parte. —Me aprieta la mano en señal de apoyo, y miro hacia donde Nico está apoyado contra la pared con las manos en los bolsillos, observando con profundas arrugas en el ceño.

El equipo de esposo y mujer trabaja en perfecta armonía. Él me sutura la herida mientras ella la cubre con una venda y se ocupa de limpiar algunos cortes más profundos que me he hecho. Sinceramente, no tengo ni idea de si se han producido al correr entre los árboles o si llevan ahí un buen rato. Todo se está volviendo borroso.

Nadie dice nada sobre la razón por la que me están poniendo parches en el brazo. Jodie lo sabe, puedo verlo en sus ojos, y sólo puedo imaginar que los profesionales médicos son conscientes de lo que falta en ese lugar. Nico sin embargo… nunca hemos tenido esa conversación.

Le aseguré antes de que me desnudara que tenía cubiertos los anticonceptivos y, en su necesidad de mí, no se detuvo a hacer más preguntas… y entrar en detalles no era precisamente mi máxima prioridad mientras sostenía su dura polla en la mano y me prometía todo un mundo de placer.

Sin embargo, no es idiota, y mientras sus ojos se clavan en mí desde el otro lado de la habitación, casi puedo oír los pensamientos que se agolpan en su cabeza.

Las preguntas parecen no tener fin, ya que intentan hacerse una idea completa de lo que he pasado. Y con el remordimiento y el dolor atenazándome el pecho, respondo a todas con sinceridad.

No puedo mirar a nadie mientras les explico que me drogó con algo la primera vez que me secuestró en mi piso y que siguió haciéndolo esporádicamente durante el tiempo que estuve con él. Les hablo de su trato duro, de cómo me golpeé la cabeza contra la pared, de todas las cosas que se me ocurren aparte de la razón del agujero en el brazo.

Sé que no debería aplazarlo, pero no quiero que Nico tenga que escucharlo. Si se entera de lo que Brad pudo o no haberme hecho, podría cambiar de opinión sobre todo lo que me ha dicho desde que me rescató.

—Brianna, siento tener que preguntarte esto, pero estoy segura de que entiendes lo importante que es —empieza Elen, haciendo que mi cuerpo se tense y que el agarre de Jodie sobre mi mano se apriete—. ¿Te violó?

Una sola lágrima rueda por mi mejilla mientras un profundo gruñido sale de Nico.

La atmósfera de la habitación se vuelve oscura, el aire tan denso que es difícil aspirarlo.

—Yo… um…—

—No pasa nada, Bri —me asegura Jodie. —Sólo necesitan saberlo para poder tratarte como es debido. ¿Verdad, Nico? —Ella levanta la vista hacia él, y yo no puedo evitar seguir su línea de visión. Sin embargo, no levanto los ojos lo suficiente como para ver los suyos.

Le empujan desde la pared, flotando en medio de la habitación, con la ira desprendiéndose de él en oleadas. Prácticamente puedo verle vibrar con ella.

Mirando al frente una vez más, dejo que mis párpados bajen para poder dar la respuesta que necesito.

—No lo sé. —Un sollozo se desgarra en mi garganta al recordar los acontecimientos previos al desmayo—. Esto… —Agacho aún más la cabeza—. Me ató a la cama, me desnudó y me desmayé allí. No sé si…

La cama se inclina a mi lado y rezo para que sea Nico. Que sea capaz de superar la rabia de oír esas palabras y venga a apoyarme.

Me doy cuenta de lo inútil que es en cuanto su rugido rasga el aire. Levanto la cabeza justo a tiempo para verle golpear la pared con el puño.

—Si no puedes con esto, lárgate —exige Elen, mostrando un lado feroz que hasta ahora había mantenido oculto.

Nico agacha la cabeza, su pecho se expande con su respiración profunda y calmada.

Una gran parte de mí espera que se vaya y nunca mire atrás.

Y cuando da un paso, me preparo para ver esa escena.

Pero entonces se mueve, y no es hacia la puerta.

Se acerca, sus ojos oscuros y furiosos se clavan en los míos.

Elen se ve obligada a apartarse para no ser pisoteada mientras él se arrastra sobre la cama de rodillas.

Sus manos grandes y temblorosas me enmarcan la cara mientras me mira fijamente a los ojos llenos de lágrimas.

—Quise decir lo que dije, Brianna. Nada, ni una puta cosa podría hacer que me alejara de ti ahora. Eres mía. Yo soy tuyo. Maldito trato hecho.

Mis lágrimas caen libremente sobre sus dedos mientras él inclina la cabeza hacia delante, sellando sus promesas con un beso.

Jodie solloza descaradamente a mi lado, su mano tiembla en la mía mientras Nico me llena los labios de besos.

—Te quiero, Brianna —susurra, aunque dudo que sea lo bastante bajo como para que los demás lo pasen por alto—. Esto no cambia nada.

Apenas puedo asentir, me agarra con tanta fuerza.

—Podemos hacer una prueba para ver si hay alguna evidencia de ADN. ¿Cuándo pudo ocurrir esto, Brianna? —Elen pregunta.

Nico me suelta la cara para que pueda responder antes de dejarse caer a mi lado y arroparme contra su cuerpo.

—Um… Anoche, tal vez. El tiempo… como que no existía. Ni siquiera sé qué día es hoy.

—Es lunes por la noche.

—Lunes —murmuro, intentando averiguar qué significa. —Ha pasado más de una semana.

—Sí, nena. La peor semana de mi vida con diferencia.

Alargo la mano y la poso sobre sus abdominales. Me encanta ver cómo sus músculos reaccionan a mi tacto.

—Probablemente no necesites que te diga esto, y es de lejos la respuesta médica más firme que necesitas, pero no hay hematomas para suponer que haya ocurrido nada adverso. ¿Sientes tu cuerpo como…?

—No —respondo rápidamente, cortándola—. Ni dolor, ni… pruebas —digo con una mueca de dolor.

—Si te parece bien que tome una muestra interna, podemos pedir algunos favores y obtener los resultados lo antes posible.

—Hazlo —digo, cogiendo fuerzas y deslizando mi cuerpo por la cama.

—Voy a dejarte con ello —dice Jodie, presionando un beso en mi frente—. Nico lo tiene todo cubierto, pero si me necesitas, estaré ahí fuera con Toby y Calli, ¿vale?

Asiento y dejo escapar un susurro de agradecimiento mientras ella se retira.

—Seré lo más rápido y delicado que pueda —me asegura Elen después de que su esposo también abandone la habitación para dejarme algo de intimidad.

Inclino la cara hacia el costado de Nico, dejo que mis piernas se abran como se me ha indicado y permito que haga lo que tenga que hacer, sollozando en silencio todo el tiempo.

Por favor, que este tan jodido de la cabeza que me hubiera necesitado despierta para experimentar lo que quería hacerme.

Capítulo Catorce

NICO

Ellen se marchó poco después de conseguir lo que necesitaba para tranquilizar a Brianna por lo que ese hijo de puta pudiera haberle hecho.

En cuanto nos quedamos solos, me hundí más en la cama, la atraje suavemente hacia mi pecho y rodeé mi cuerpo con su brazo recién vendado.

Sus sollozos continuaron durante largos minutos. Cada uno de ellos me arrancaba otra lágrima del corazón. Pero aparte de abrazarla y demostrarle que cada palabra que le decía iba en serio, no tenía ni idea de cómo ayudarla.

Nunca me había sentido tan inútil en toda mi vida.

Pero mi malestar y mi rabia no eran nada comparados con lo que ella estaba afrontando, así que me centré en ella e intenté ser la roca que necesitaba.

Tenía tantas preguntas, tantas, joder, pero me las guardé todas bajo llave. Lo único que importa es que está aquí y está bien. Las heridas de su cuerpo sanarán y, con el tiempo, encontrará la forma de superar el trauma mental de todo esto.

Sólo puedo esperar que hablar sea terapéutico para ella, porque, aunque sé que será duro, quiero oírlo todo. Quiero pasar por esto

con ella. Y eso no significa que ella pueda engañarme con lo que les dio al doctor Rosi y a su esposa.

Al final, se durmió llorando. Sin embargo, no pude encontrar la paz, y no estoy seguro de que la encuentre hasta que ese hijo de puta esté muerto, y su cuerpo haya sido abandonado por animales salvajes como si nunca hubiera existido.

—Hola —dice Toby, después de convencerme de salir de debajo de Brianna para alcanzar a los chicos.

—Hey.

Mis ojos recorren la sala, observando a todo el mundo. Jodie está profundamente dormida en el regazo de Toby, Calli casi en la misma posición, acurrucada en el sofá de enfrente con Daemon.

—Debería estar en una cama —gruño, sintiéndome aún más protector con ella que de costumbre.

—Se negó a ir a ninguna parte.

—Tengo una habitación de invitados.

Daemon se encoge de hombros y sacude la cabeza.

Puede que Stella y Emmie estén acurrucadas con sus hombres, pero están bien despiertas, observándome con ojos cautelosos como si fuera a estallar en cualquier momento.

—¿Cómo está? —pregunta Stella en voz baja.

—Durmiendo.

—¿Ha dicho mucho? —Emmie pregunta.

—No, la verdad es que no. Pero fue suficiente para saber que lo que sea que le hayas hecho a ese imbécil no es suficiente.

Una oleada de ira y la necesidad de derramar algo más que un poco de la sangre de ese hijo de puta fluye por la habitación.

—¿Dónde está?

—Colgado de un gancho en el sótano —dice Daemon con orgullo. Y pensar que he permitido a mi hermana dormir con eso.

—Bien. ¿Siente dolor?

—¿Acaso me conoces? —Daemon murmura.

Mis ojos se posan en mi hermana sobre su regazo y en la mano protectora que descansa sobre su vientre.

—A veces me lo pregunto de verdad —reflexiono.

—No estaba solo —confiesa Theo.

Mi columna se endereza de inmediato y mis ojos se clavan en los suyos.

—¿Quién?

—Su madre —afirma Emmie con frialdad.

—Oh, joder —respiro, retrocediendo a trompicones y cayendo en un asiento vacío—. ¿Lo sabía?

—Dice que Brianna sabe que ella estaba allí, pero la mujer es una maldita chiflada —Seb dice—. Bri estaba mejor sin ella, si me preguntas.

—Sigue siendo su madre, gilipollas —dice Emmie.

No es ningún secreto que Emmie ha tenido sus propios problemas con su madre. Demonios, todavía los tiene, así que tiene sentido que sea ella quien entienda esto mejor que el resto de nosotros.

—¿Qué tenía que decir? —le pregunto.

—Lo siento, sobre todo —dice Theo.

—¿Ella estaba en esto?

—Dijo que no —añade Daemon—, pero como dijo Seb, le faltan unas canicas para tener el juego completo.

—Joder —murmuro, dejando caer la cabeza entre las manos, restregándome la cara—. Necesitamos la verdad.

—Cuando Brianna esté lista. Esos dos no van a ninguna parte.

Se hace el silencio entre nosotros.

—Los dos estaban bastante jodidos —dice Alex, hablando por primera vez desde que me uní a ellos—. Se habían vuelto el uno contra el otro, así que, si estaban juntos en esto, algo salió muy mal.

Pienso un momento antes de responder.

—Digamos que ella no estaba trabajando con él. ¿Por qué las querría a ambas?

Nadie ofrece ningún tipo de respuesta a esa pregunta.

—Deberían irse todos a casa. Es tarde —digo, poniéndome en pie y dirigiéndome a la cocina a por una copa.

—Vendremos por la mañana, ¿vale? —Seb dice mientras tira de Stella a sus pies.

—Estaremos aquí.

Al pasar, me da una palmada en el hombro.

—Estará bien —me asegura—. Ella es más fuerte que ese pajillero.

—Lo sé —digo con confianza.

Desaparecen, seguidos rápidamente por Alex, Ant y luego Daemon, que lleva a mi agotada hermana en brazos.

Con una rápida inclinación de cabeza, desaparece por el pasillo, dejando solo a Toby, una Jodie aún dormida, y Theo y Emmie.

—Puedes quedarte en la habitación de invitados si quieres —le ofrezco a Toby, consciente de que a Jodie no le hará ninguna gracia dejar a Brianna.

—Gracias, amigo.

La toma en brazos como Daemon hizo con Calli, y se marchan.

No es hasta que se han ido que levanto la vista y miro a mi primo.

—El pendejo está jodido —confiesa.

—Y tienen razón, su madre es… joder, ni siquiera lo sé —suspira Emmie—. Pero mi instinto me dice que ella no fue su cómplice en esto. Todo lo que hizo fue llorar por Brianna y rogar que la cuidaran. Creo que le importa… a su manera.

—¿Realmente no tienes idea de por qué hizo esto? ¿Por qué la quería tanto?

Algo oscuro parpadea en los ojos de Theo, haciendo que se me haga un nudo doloroso en el estómago.

—No paraba de cantar cosas sobre que ella era suya. Sobre ellos tomando la ciudad juntos.

—¿La ciudad? —pregunto—. ¿Quería derrocarnos? ¿Por qué iba a pensar que ellos dos tienen el poder? Él es … un socio de Rivera, eso es todo, ¿verdad?

—Bueno —empieza Theo, inclinándose hacia delante y apoyando los codos en las rodillas—, analicé su ADN, descubrí quién es Bradley Whitlock en realidad.

Los nervios me estallan en el estómago y me encuentro acercándome, como si estuviera a punto de susurrarme la respuesta.

—Su bisabuelo era Rivera. Fue uno de los primeros en venir aquí. Pero su abuelo la cagó. Los traicionó y toda su familia fue expulsada.

Sacudo la cabeza.

—¿Qué tiene que ver esto con Brianna?

—Eso no lo sé. Al menos, todavía no. No dudo de que pronto lo sabremos de boca de los caballos.

—O puede que Brianna ya lo sepa —dice Emmie, entrelazando sus dedos con los de Theo, un movimiento que lo relaja al instante.

—Hay muchas posibilidades de que tenga todo lo que necesitamos.

—No voy a presionarla —ladro a la defensiva.

—No estamos sugiriendo que lo hagas.

Se hace el silencio mientras el peso de todo esto nos oprime. Pero pronto se rompe cuando un grito espeluznante atraviesa mi piso.

Me pongo en pie y corro hacia mi dormitorio antes de darme cuenta de que mis piernas se mueven.

Abro la puerta de un tirón y prácticamente vuelo hasta la cama, rodeo a mi chica con los brazos y la estrecho contra mí mientras ella tiembla y llora.

—Está bien, cariño. Aquí estoy. Estoy justo aquí.

Su respiración es errática, un quejido silencioso sale de sus labios.

—Me dejaste.

Esas dos palabras me destrozan, me parten el corazón en dos y me dejan desangrándome en el suelo.

—Nunca, Sirena. Nunca haría eso. Estaba en la sala de estar informando con Theo. Te lo juro, Bri, no te voy a dejar. Nunca.

Se resfría, su pánico se reduce con cada palabra que digo.

—¿Lo prometes?

—Te lo prometo. —Tirando de ella hacia mi cuerpo, la vuelvo a tumbar. Ella enrosca inmediatamente sus piernas con las mías y me abraza con fuerza—. Te quiero, Brianna —le digo, sorprendido por la facilidad con que las palabras salen de mi lengua.

Es algo que nunca pensé que le diría a una mujer, pero resulta que confesarle lo que realmente siento por ella es una de las cosas más fáciles que he hecho en mi vida.

Supongo que eso significa que está bien… ¿no?

—Yo también te quiero, Nico —dice en voz tan baja que me pregunto si me lo he imaginado cuando su respiración se hace más superficial y vuelve a sumirse en un sueño tranquilo.

* * *

Durante las siguientes veinticuatro horas, Brianna alternó entre dormir y despertarse gritando.

Era jodidamente aterrador, y cada vez que ese chillido doloroso y aterrorizado llegaba a mis oídos, juro que realmente moría un poco.

Nunca salí de la habitación después de que se asustara la primera vez. No podía. Lo más lejos que llegué fue a la puerta para hablar con los demás cuando tenían algo que decir que no podía esperar, o al baño, pero supuse que técnicamente era la misma habitación, y no le quité los ojos de encima en ningún momento, algo que probablemente no apreciará cuando por fin haga uso de esta habitación por sí misma y se dé cuenta de que la mayoría de las veces no di en el blanco en mi preocupación por ella.

A la mierda, un poco de pis nunca hace daño a nadie.

Esas malditas pesadillas que tiene, sin embargo, suenan brutales.

Y si no me hubiera dicho a mí mismo que no volvería a poner un pie fuera de esta habitación, estaría en el sótano torturando al hijo de puta que le hizo esto hasta casi matarlo.

Llaman suavemente a la puerta de la habitación, balanceo las piernas y me acerco.

—Hola —dice Jodie, tendiéndome un plato de comida—. ¿Cómo está?

Haciéndome a un lado, le permito asomarse y ver a su mejor amiga todavía acurrucada en mi cama.

—Durmiendo. Hace unas horas que tampoco tiene pesadillas —digo, con la esperanza de que hayan terminado. Sé que probablemente sea inútil, pero si no tenemos esperanza, ¿qué tenemos?

Jodie suelta un suspiro dolorido. Quiere arreglar todo esto mágicamente igual que yo, pero se siente igual de inútil que yo.

—Tienes que comerte esto —me dice, pinchándome en el pecho con el plato que no le he quitado.

—Sí, jefa —me burlo.

—Lo digo en serio. Necesita que luches en forma.

—Tú también. ¿Dormiste algo anoche? —pregunto, sin dejar de ver las sombras oscuras bajo sus ojos.

—Un poco. Me lo trae todo de vuelta, ¿sabes?

Le dirijo una sonrisa comprensiva. Por mucho que quiera ser capaz de entender por lo que han pasado Jodie y Brianna, es jodidamente difícil comprender estar a merced de alguien así.

Me sobresalto cuando oigo un gemido detrás de mí y las sábanas se mueven.

—Vuelve con ella —ordena Jodie, prácticamente empujándome a mí y al plato de vuelta a la habitación.

Apenas se ha cerrado la puerta cuando el sonido más increíble golpea mis oídos.

—¿Nico?

—Aquí estoy, nena —digo en voz baja mientras bajo el plato a la mesilla de noche y vuelvo a subir a la cama.

Recostado sobre mi costado, a un palmo de ella, busco su pálido rostro, rezando para que se despierte lo suficiente como para abrir los ojos.

No puedo ni comprender cuánto echo de menos a mi chica.

Levanto la mano y le paso un mechón de rizos por detrás de la oreja antes de rozarle la mejilla con los nudillos.

Sus párpados se agitan y el corazón me salta a la garganta.

Ni un segundo después, me regala la visión de sus ojos azules que tanto me gustan.

Vale, están un poco inyectados en sangre y, a pesar de las horas que ha dormido, muestran el cansancio por lo que ha pasado. Pero aun así, son suyos. Ella está aquí. Tumbada delante de mí.

—Hola —digo, con una sonrisa ridículamente bobalicona tirando de mis labios.

—Hola. —En una rara muestra de vulnerabilidad, sus mejillas enrojecen. Es tan jodidamente lindo que apenas puedo soportarlo.

—¿Cómo te sientes?

—¿Me creerías si te dijera que estoy cansada? —pregunta con ligereza.

—Sí, nena. Lo haría.

Aspira y no puedo evitar preguntarme si estará recordando su sueño irregular y lleno de pesadillas.

Pero por mucho que quiera preguntar, no lo hago, por si por un casual no es eso en lo que está pensando ya.

Capítulo Quince

BRIANNA

Me mira como si yo fuera algo especial. Algo precioso.

En secreto, es lo que he estado esperando durante tanto tiempo que debería estar feliz. Pero todo lo que siento es dolor.

Ya no soy la chica que él cree que soy.

Estoy rota. Manchada. Arruinada. Y no estoy segura de volver a ser la misma.

Quería ser fuerte. No quería dejar que Brad se metiera en mi cabeza, pero en cuanto su cara apareció en mi sueño, persiguiéndome a pesar de escapar físicamente, supe que lo había conseguido.

Sin mi permiso, se las arregló para meterse bajo mi piel, dejándome, cuestionándolo todo.

—Por favor, no me mires así —le digo, apartando mi mirada de la suya.

El amor, la preocupación en su mirada oscura es demasiado.

—No te estoy mirando como nada —argumenta, metiendo los dedos bajo mi barbilla y dándome pocas opciones para devolverle la mirada.

—¿Ha llamado el médico? —No tengo ni idea de cuánto tiempo he dormido, pero algo me dice que ha sido un rato.

Por mis venas corre un poco de esperanza de que al menos pueda librarme de una pesadilla. Si me confirman que él no hizo lo peor, tal vez… tal vez pueda encontrar una manera de salir de esto.

Pero luego eso se marchita y muere cuando Nico sacude sutilmente la cabeza.

—Hubo un problema en el laboratorio. Pero dijeron que podría ser en cualquier momento—.

—Nico, yo…

—No hagas eso, Brianna —me advierte cuando intento cortar nuestra conexión una vez más—. No te escondas de mí.

—Pero…

—No importa. Ya te lo he dicho, nada importa. Haré lo que sea, joder, lo que sea para ayudarte a superar esto, Sirena, pero me niego a que pienses que ha cambiado algo entre nosotros.

—Lo siento. —Las palabras salen de mis labios sin permiso de mi cerebro.

—¿De qué estás hablando? No tienes nada por lo que disculparte. El único que debería hacerlo soy yo. Tardé demasiado en encontrarte. Estaba tan concentrado en que fueran los italianos que ni siquiera consideré que…

—Eso es lo que él quería. Lo que planeó —confieso—. Estaba esperando su momento, observando, esperando el momento perfecto.

Todo el cuerpo de Nico se tensa al oír mis palabras y su agarre se hace más fuerte.

—No podías haber hecho nada más.

—Nunca debí dejarte en tu piso. Sabía que estaba mal. Iba en contra de todos mis instintos.

—No podías saberlo —susurro, consciente de que es enteramente culpa mía estar allí. Si no fuera tan obstinadamente independiente, habría recogido lo que necesitaba y habría aceptado pasar el resto de la noche, el resto de mi vida, aquí, a salvo en los brazos de Nico.

A la mierda Brad y sus juegos retorcidos. Todo esto es culpa mía.

—No —afirma Nico como si pudiera leerme la mente—. Nada de esto es culpa tuya.

Me busca con la mirada, me deja ver todo lo que se está guardando, todas las preguntas que bailan en la punta de su lengua.

—Brianna, ¿por qué…?

La vibración de su teléfono en la mesilla de noche detiene lo que estaba a punto de salir de sus labios.

Con un suspiro, se gira para agarrarlo.

—Doc —dice antes de deslizar la pantalla y ofrecérmela.

El corazón me salta a la garganta al pensar en la respuesta que está a punto de darme y me entra el pánico.

Le aparto el brazo y sacudo la cabeza con violencia, para su confusión.

—¿Hola? —Elen dice por la línea—. ¿Nico?

Me busca con la mirada mientras se lleva el teléfono a la oreja.

—Hola, Elen. Estoy aquí. Estamos aquí —corrige.

Habla, la suavidad de su voz flota en el aire, pero no puedo distinguir las palabras.

Me tiemblan las manos mientras intento leer la expresión de Nico para descubrir mi destino.

¿Ese gilipollas se aprovechó de mí para conseguir lo que tanto ansiaba mientras yo estaba inconsciente, o había una pequeñísima parte de él que no era un monstruo total?

Nico asiente antes de contestar.

—Vale. Sí. Tiene todo el sentido.

Elen vuelve a hablar, y Nico sigue escuchando, con el rostro completamente impasible.

Ahora es todo negocios. Entiendo por qué; es más fácil lidiar con toda la mierda dura si te pones tu máscara impenetrable. Pero cuanto más tiempo pasa, más me arrepiento de no haber aceptado esta llamada.

—Vale, sí, lo haremos. Muchas gracias. Realmente lo apreciamos.

Se hace el silencio mientras Nico corta la llamada y deja caer el teléfono sobre la cama.

Sus ojos encuentran los míos, buscando profundamente algo que estoy segura de que ya no está ahí.

—¿Nico? —Gimoteo, necesitando la respuesta, pero aterrorizada de que la verdad solo me rompa más.

—El único ADN que encontraron junto al tuyo fue el mío, nena.

Se me escapa todo el aire de los pulmones y una extraña risa de alivio sale de mis labios.

—¿Sólo tú?

Frunce el ceño.

—No. No sólo yo. Tú y yo. Como debe ser.

—Nico —sollozo, mis emociones cambian tan rápido que no sé en qué concentrarme.

—Todo va a estar bien, Brianna. Estás exactamente donde debes estar, y resolveremos esta mierda juntos—.

Me rodea la nuca con la mano y me mira a los ojos.

Todo lo que he sentido por él, el odio, el amor y todo lo que hay entre medias, choca, haciendo que mi corazón sienta que está a punto de explotar.

—Te quiero —susurro.

—Nena, te quiero más de lo que creía posible. Ahora, dime lo que necesitas. No quiero joder esto, pero ahora mismo, necesito besarte más de lo que necesito respirar. —

Trago saliva con nerviosismo, consciente de lo agitada que está mi respiración.

—Necesito… necesito lavarme los dientes, necesito un café y una ducha. Y…— Dudo, preguntándome si pensará que estoy loca por lo que quiero tanto como esas cosas.

—¿Y?

—Y yo te quiero a ti. —Le miro fijamente a través de las pestañas, completamente aterrorizada de que me rechace incluso con el resultado que Elen acaba de darme.

—Nena. Me tienes a mí, para siempre. Si quieres cualquier parte de mí, sólo tienes que decirlo.

* * *

Como el novio cariñoso que yo estaba convencida de que no podía ser, me ayuda a ir al baño con las piernas temblorosas.

Apenas recuerdo la última vez que caminé sobre ellos… no… corrí.

Un temblor me recorre el cuerpo al recordar cómo huía del diablo.

Quiero intentar ocultarlo, parecer fuerte y tener el control, pero no lo consigo.

—Está bien, te tengo. —Nico me agarra con fuerza y nos damos la vuelta para salir por la puerta—. ¿Aseo? —pregunta.

Asiento, con la vergüenza calentándome las mejillas.

Así no es como quería que fuera nuestro comienzo. Él ayudándome a orinar.

—Estaré bien —susurro cuando mi culo golpea el asiento.

Me estudia mientras lucho por no soltarme y mear delante de él. Pero no se mueve.

—¿Nena? —pregunta, sus ojos rebotando entre los míos.

—Estoy bien —digo aún más bajo—. ¿Puedes hacer el café?

Me encanta tenerlo cerca. Me encanta cómo me ha apoyado en los pocos momentos de lucidez que he tenido desde que me encontró. Pero esto está llevando las cosas demasiado lejos para mí.

No parece convencido, pero tras forzar una sonrisa en mis labios, da un paso atrás.

—Llámame si…

—Estoy bien. —Me imagino que, si digo esas palabras lo suficiente, se convertirán en verdad… ¿no?

Asiente y se pone en marcha, aunque vacilante.

En cuanto sus pasos se desvanecen, me relajo y dejo que mi cuerpo haga lo suyo.

El alivio es real, pero sólo me lleva de nuevo allí. A un recuerdo poco agradable de lo que me obligó a hacer.

Luchando contra las lágrimas que amenazan con derramarse, termino y pruebo mis piernas.

Todavía me tiemblan, pero consigo llegar hasta el lavabo para lavarme las manos y los dientes.

Mantengo la cabeza agachada todo el tiempo, aterrorizada por lo que me encontraría si levantara la vista.

Tengo buenos recuerdos de estar aquí mientras Nico me atacaba por detrás. Recuerdos que no quiero que me robe también.

Pero después de bajar el cepillo de dientes, sé que no puedo posponerlo más.

Con el sonido de Nico chocando en la cocina -algo que sospecho que hace a propósito para que le oiga-, me obligo a levantar la cabeza.

Se me corta la respiración, mi reacción inicial ante mi reflejo es el shock que me aterrorizaba.

Estoy pálida, con moretones oscuros bajo los ojos a pesar de las horas que he dormido. Tengo el pelo alborotado, pero son el cuello y los brazos los que realmente llaman mi atención. Los moratones oscuros son inconfundibles.

La visión hace arder un fuego tan intenso en mi vientre que me pregunto cómo no me han devorado las llamas.

En lugar de compadecerme de mí misma, de perderme en la pesadilla que he soportado, contemplar las pruebas de ello tiene un efecto muy distinto.

De alguna manera, me ha dado fuerzas. Porque, aunque esté aquí de pie con cara de accidente de carro, en realidad no soy el perdedor.

Salí. Le gané.

Sí, vale, Nico me encontró justo en el momento adecuado, pero lo hice. Escapé de esa casa. Y me gustaría pensar que, si me hubieran obligado a seguir corriendo, aún lo habría conseguido.

Al levantar la vista, me miro fijamente a los ojos. Y sí, aunque pueda ver a una mujer rota y débil mirándome fijamente, eso no es todo lo que encuentro. Veo ese fuego que me quema por dentro, mi necesidad de mostrar mi fuerza, de demostrar a todos los que me rodean que soy mejor que esto, mejor que él.

Enrollo los dedos alrededor de la parte inferior de la camiseta de Nico, arrastro la tela sobre mi cabeza y dejo que mis ojos recorran todas mis heridas.

Se me agita el pecho al asimilar cada uno de ellos. Soy como un puto punto a punto de moratones.

De repente, esas cicatrices en mi hombro parecen menos feas.

Los odiaba y, de alguna extraña manera, su opinión de mierda sobre mi cuerpo me ha ayudado a abrazarlos.

Puede que mi piel no esté impecable como antes, pero soy yo.

Esas marcas cuentan mi historia; muestran al mundo que no me doblegaré cuando los tiempos se pongan difíciles, sin importar lo que me echen encima.

Sigo sumida en mis pensamientos, mirándome en el espejo, cuando la sombra de Nico oscurece el umbral de la puerta.

Mis mejillas se calientan cuando sus ojos se posan en mi cara, pero no me muevo ni un instante.

Necesito un momento más para apropiarme de esta mierda.

Luego, tras inspirar profundamente, me vuelvo hacia él.

—Sirena —respira, sus ojos mantienen los míos firmes, su ceño fruncido por su preocupación.

—Estoy bien —digo, mi voz más fuerte de lo que ha sido en mucho tiempo.

—¿Sí? —pregunta, con un lado de la boca levantándose en el inicio de una sonrisa que estoy segura de que hará que me tiemblen las rodillas.

—Sí. Soy Brianna Andrews —tartamudeo cuando las palabras que me escupió antes de encontrar mi escapatoria vuelven a mí—. Soy más fuerte que ese psicópata.

Su sonrisa crece al oír la convicción en mi tono.

—Claro que sí.

Finalmente, sus ojos abandonan los míos para fijarse en mi cuerpo.

Si ve los moretones y los cortes, no le molestan en absoluto. En cambio, sus ojos se detienen en mis pechos, recorren las líneas de mi cintura y luego mis caderas. Recorre cada centímetro de mis piernas antes de centrarse finalmente en mi coño, ahora muy poco depilado, antes de volver finalmente a mis ojos.

—Hola —le digo, casi con timidez, cuando las aberturas de su sudadera se hacen cada vez más evidentes.

—Joder, te he echado de menos, Sirena.

Se acerca un paso, con dos tazas de café humeantes en las manos. Si a eso le añadimos que no lleva camiseta y que es

evidente que está excitado… Bueno, es un espectáculo para la vista, eso está claro.

—Y realmente he echado de menos… —Empiezo, dando un paso más con cada palabra—. Un café decente.

Ladra una carcajada mientras le arranco una de las tazas de los dedos y respiro el aroma de los ricos granos.

—Joder, sí —gimo como una puta antes de dar mi primer sorbo.

Un gruñido retumba en lo más profundo de su garganta mientras me observa con ojos hambrientos.

La visión de ese calor ayuda a alejar un poco más a esos demonios.

No soy tan ingenuo como para pensar que eso durará. Pero ahora mismo, tomaré el respiro de las imágenes de la semana pasada que han sido una constante en mi cabeza.

Estoy más que preparado para centrarme en otra cosa.

Me bebo la mitad del café, el líquido abrasador casi me quema una capa de piel de la lengua, antes de dejarlo en la encimera y meterme en la ducha.

Los ojos de Nico no se apartan de mí mientras busco a ciegas el dial.

Mi grito de sorpresa llena el aire cuando el agua fría me golpea, pero rápidamente se calienta, ayudando a mis músculos a relajarse.

—¿Te vas a quedar ahí boquiabierta o vas a desnudarte y unirte a mí? —me burlo levantando una ceja.

Tarda un segundo en traducir mi pregunta, y es el tiempo justo para que un par de los miedos que me han inculcado durante la última semana levanten sus feas cabezas.

Pero entonces, prácticamente tira su café a un lado e intenta despojarse de sus pantalones tan rápido que acaba atascándose una pierna en el tobillo y casi se une a mí de cabeza.

—Eres un puto idiota —me río mientras él lucha por arreglar la situación.

—Nena —dice, acercándose por fin a mí, dejando que el agua llueva sobre su cuerpo—. Seré lo que quieras si te hace reír así.

—Ya lo eres. Eres mío —afirmo antes de rodearle la nuca con la mano, arrastrando su rostro más cerca y cogiendo exactamente lo

que necesito para asegurarme de que esos miedos y demonios se quedan bien atrás.

Cuando estamos juntos, nada puede tocarnos.

Y eso es exactamente lo que necesito ahora.

Una de sus manos se posa en mi cadera, mientras la otra se enreda en mi pelo mojado mientras me devuelve el beso con la misma ferocidad con la que yo se lo devuelvo a él.

Nuestras lenguas se enredan, explorando la boca del otro como si fuera la primera vez, y nuestros dientes chocan con nuestra necesidad de más, nuestro deseo de acercarnos, de consumirnos mutuamente.

Levanto la pierna alrededor de su cintura y un gemido grave retumba en su garganta cuando su mano se desliza hasta mi culo y su dura longitud roza exactamente donde yo quiero.

—Sirena —advierte en nuestro beso—. No quiero hacerte daño.

Me echo hacia atrás y le miro fijamente a los ojos mientras mi pecho se agita y mi respiración jadeante baila sobre su cara.

—Lo único que podría hacerme daño ahora mismo es que me rechaces. Por favor, Nico, necesito…

—Vaya —dice, deteniendo mis palabras mientras desliza la mano por mi pecho antes de tocarme la mandíbula—. ¿Cuándo te he dado la impresión de que te rechazaría? —me pregunta, con los ojos ensombrecidos por la preocupación y posiblemente un poco de dolor.

—Yo… —tartamudeo, odiando que en cuanto cierro los ojos, él esté ahí.

—No. Abre los ojos —exige Nico casi con dureza—. No hagas eso. No vayas allí. Somos tú y yo. Él no forma parte de esto. No es nada. Sin valor. Se ha ido.

Asiento, intentando seguir sus órdenes, concentrándome en sus ojos y su boca.

—Fóllame, Nico. Recuérdame a quién pertenezco, quién es el dueño de mi coño.

—Joder —ladra—. Lo pides tan amablemente, nena.

Entonces, sus labios vuelven a los míos, asegurándose de que todos mis pensamientos son robados por él, que cada sensación que recorre mi cuerpo es gracias a él.

—Nico —le suplico, apretándome descaradamente contra él para conseguir lo que ansío.

—No voy a follarte, Sirena. Aquí no —confiesa después de besarme a lo largo de la mandíbula hasta la oreja.

—Pero… —Tartamudeo, con el corazón hundiéndose en mis pies.

Un segundo está ahí, y al siguiente, se ha ido.

Sus rodillas golpean el plato de ducha con un ruido sordo y sus ojos recorren mi cuerpo.

—Pero pondré las cosas en marcha.

Con su gigantesca mano rodeando mi muslo derecho, levanta la otra y se la echa por encima del hombro.

—Espera, nena. No puedo prometer que esto será lento o suave—.

—NICO —grito mientras él se inclina hacia delante y se aferra a mi clítoris.

Capítulo Dieciséis

NICO

¿Debería hacer esto?

No, probablemente no.

¿Soy lo bastante fuerte como para negarle algo a mi chica, sobre todo cuando me lo pide tan amablemente?

Nop. Ni de coña.

Gimo de placer cuando su dulce sabor cubre mi lengua. La semana pasada pensé que nunca volvería a experimentar algo así. Y ahora que está aquí, tengo toda la intención de demostrarle lo mucho que la he echado de menos.

Todo su cuerpo tiembla mientras la lamo.

Su espalda se arquea contra la pared de azulejos que tiene detrás y echa la cabeza hacia atrás de placer mientras me la como como si fuera lo único que necesito para sobrevivir.

—Nico —gime mientras la única pierna que la sostiene empieza a doblarse.

No me preocupa; puedo soportar su peso con creces si lo necesita.

De ninguna manera la dejaré caer.

Ahora no. Ni nunca.

—Mírame —exijo, apenas apartándome de su coño.

Al instante, aparta la cabeza de la pared y me mira.

—Observa. Mira cómo te como, Sirena.

Ella gime mientras la lamo a lo largo de su cuerpo.

—Y mira como hago que te corras en mi cara.

Levanto la mano y deslizo dos dedos en su interior, encontrando su punto G con facilidad.

Sus dedos se retuercen dolorosamente en mi pelo mientras la acerco cada vez más al borde.

—Eso es, Sirena. Córrete para mí —ordeno.

Y ni cuatro segundos después hace exactamente lo que le dije.

Grita mientras se libera; sus ojos están desesperados por cerrarse, pero sigue órdenes y los mantiene fijos en los míos.

Me duele la polla, que se mece entre mis muslos, desesperada por entrar en acción.

Pronto, amigo. Jodidamente pronto.

Vuelvo a poner su pie en el suelo, aprieto mis labios contra los suyos, agarro el dial para detener el agua y la estrecho entre mis brazos.

—Espero que hayas terminado aquí —digo dentro de nuestro beso.

—Ya está. Estoy limpio.

—Bien. Ahora tengo toda la intención de ensuciarte de nuevo.

Dejando charcos tras nosotros, salgo del baño y la tumbo en mi cama.

Me alejo, contemplando cada centímetro de ella mientras el agua recorre sus curvas.

—Nico—.

—¿Tienes idea de lo jodidamente hermosa que eres?

—Por favor —suplica—. Necesito…

—Lo sé, nena. Y estoy aquí. Úsame.

Caigo encima de ella, atrapando mi peso en los brazos antes de hacerle más daño del que estoy seguro de que ya tiene.

He intentado darle los analgésicos que dejó el doctor Rosi, pero con ella durmiendo casi cada hora desde que se fue, no ha sido precisamente fácil. Cuando ha estado lo bastante lúcida, se ha negado a tomarlos, diciéndome que le darían sueño y que prefería el dolor a no sentirlo.

Quiero decir, lo entiendo, joder. He pasado por eso, y estoy de acuerdo. Pero duele saber que está sufriendo.

Separo sus piernas con las mías, envuelvo mi pene con los dedos y la masturbo con la cabeza, rodeando su clítoris hinchado y sumergiéndolo más abajo, sólo empujando la punta hacia dentro, volviéndola loca.

—Argh, te odio —grita cuando vuelvo a retirarme, sin darle lo que necesita.

—No, no lo haces —argumento—. Estoy seguro de que tú tampoco.

—Jódete, Nico Cirillo. Jódete —grita cuando por fin me hundo dentro de su apretado cuerpo.

—Dime lo que necesitas. ¿Lento y suave o áspero y rápido?

—Duro y rápido —dice sin perder el ritmo—. Necesito que me lo saques a él y a la semana pasada de la cabeza.

¿Es esta la mejor forma de terapia para lo que ha pasado?

Posiblemente no. Pero honestamente, no puedo pensar en una mejor opción en este momento.

Y como dije antes. Si mi sirena quiere algo, se lo voy a dar.

—SÍ —grita cuando la saco casi hasta el fondo antes de volver a penetrarla de golpe—. Sí, sí, sí —grita mientras me la follo con tanta fuerza que se levantaría de la cama si no la tuviera agarrada por las caderas.

El sudor se mezcla con las gotas de agua que aún se adhieren a mi piel mientras la tomo tan fuerte como me atrevo.

Los moretones y los cortes sangrantes que cubren su cuerpo son un recordatorio constante de lo que ha sufrido, y nunca me perdonaría haber empeorado alguno de ellos.

Con cada embestida, el agua fría que cae de mi pelo salpica su vientre, haciéndola estremecerse y acercándola a la liberación que está al alcance de la mano.

—Tu coño está cada vez más apretado, nena. ¿Estás a punto de correrte sobre mi polla?

—Sí, por favor. Por favor.

—Suplicas tan bien, Sirena. Tan buena putita para mí.

—Nico —grita, agarrándome los dos antebrazos y hundiéndome las uñas en la piel mientras se desploma sobre el borde.

—JODER —rujo mientras el mordisco de dolor junto con su coño enloquecido me hace caer con ella.

En cuanto vuelvo en mí, me siento la peor persona del mundo.

Brianna está tumbada ante mí con mi polla aún dentro de ella, sollozando entre sus manos.

—Joder, nena. Lo siento. No debería haber…

Abriendo los brazos, me hace un gesto para que la atraiga hacia mí, y yo lo hago sin dudarlo.

Una vez más, solloza hasta desmayarse. Dejándome, sintiéndome como una gran cagada.

Creía que estaba ayudando a darle lo que pedía, pero no puedo evitar sentir que lo he jodido todo.

Dios. Todo esto del novio es un puto campo de minas.

Suponiendo que yo sea su novio, claro. Puede que hayamos hecho promesas e incluso hayamos dicho la palabra con L, pero no le hemos puesto exactamente nombre a esto que hay entre nosotros.

Novio.

Dejo que esa palabra ruede por mi cabeza mientras Brianna duerme contra mi pecho.

A pesar de haber evitado serlo como la peste durante los diecinueve años anteriores de mi vida, por alguna razón, el compromiso de ser su novio no me parece suficiente.

Aunque no estoy seguro de que nada sea suficiente cuando se trata de mi sirena.

* * *

—Siento haberme asustado. —Su suave voz me despierta.

—No pasa nada. No debería haber…

—No, si debiste. Yo… lo necesitaba. Necesitaba recordar quién soy y a quién pertenezco. Necesitaba oírte decir esas palabras para ayudarle a salir.

No levanta la cabeza de mi pecho ni se mueve mientras me lo confiesa.

—Me llamó suya. Dijo que era su puta. Pero no lo soy. —Me agarro con fuerza a su cintura y lucho contra la necesidad de decir algo y dejarla hablar—. No soy nada suyo. Soy tuya.

Joder, sí, lo eres, quiero gritar.

—No sé cómo no lo vi antes. Pero hay algo muy, muy mal con ese hombre. Como, mentalmente. Está en un extraño viaje de poder. Deberías haber visto cómo controlaba a mi madre con una sola mirada. Era jodidamente extraño.

No reacciono ante su confesión de que su madre está allí, y sólo puedo suponer que se ha dado cuenta de que ya lo sé, así que me callo.

—Pero ella tenía esos momentos. Sólo unos minutos en los que parecía ver con claridad e intentaba ayudar. Odio admitirlo, pero ella es la razón por la que escapé. La razón por la que nunca…

Se interrumpe, dejando que sus palabras queden suspendidas en el aire que nos rodea.

Odio estar agradecido a esa zorra. Todo lo que sabía de ella hasta este momento es que era la peor madre del mundo. Quiero decir que es demasiado poco y demasiado tarde, pero si lo que Brianna está diciendo es cierto, entonces se lo debo todo.

—Le rompí un vaso en la cabeza. Intenté huir, pero volvió en sí más rápido de lo que esperaba y me inmovilizó contra el suelo.

—Iba a… violarme, pero ella… le apuñaló con algo. Un fragmento de vidrio, supongo, y lo arrastró fuera de mí.

—Sin mirar atrás, me di la vuelta y corrí. ¿Eso me convierte en la persona más egoísta del mundo, dejarla allí así?

—No, nena. Te hace humana. No le debes nada —digo, rompiendo por fin mi silencio.

Asiente contra mi pecho mientras la humedad se acumula en mi piel.

—Fue raro volver a verla —admite en voz baja—. Por un lado, era como si no hubiera pasado el tiempo. Y por otro, todo era diferente.

—¿Estaba… limpia?

—Ella… —Aspira profundamente—. Ella estaba en algo, pero no tengo idea si fue por elección o por la fuerza.

—Dios —murmuro, recorriendo su brazo con las yemas de los dedos, trazando el borde de la venda cada vez que paso por delante.

—No parecía sana, pero la he visto peor—. Hace una pausa, considerando su siguiente pregunta, y cuando llega, no me sorprende—. ¿Qué le pasó?

—La tenemos a salvo. Esperamos que pueda darnos algunas respuestas.

—¿Y si quiero verla?

—Entonces sólo tienes que pedirlo.

Asiente, pero no me dice si quiere o no. Sinceramente, podría ser cualquier cosa.

—¿Nico? —me pregunta de repente, haciendo que el corazón me dé un vuelco.

—Sí, nena.

—¿Sabes quién es mi padre?

—No, Sirena. Yo no lo se. ¿Y tú?

Se calla de nuevo.

La espero, aunque casi me mata hacerlo cuando sé que tiene tantas cosas que decir.

—Brad parece creer que lo sabe. De eso se trataba todo esto.

—Theo dijo… —Empiezo, cuestionándome si debería llevarla a una conversación sobre esto. No quiero presionarla para que hable si no está preparada—. Él… Brad dijo después de que lo recogieran que te necesitaba para hacerse cargo de la ciudad. ¿Sabes lo que quiso decir con eso?

Deja escapar un fuerte suspiro.

—Me dijo… me dijo que yo no fui sólo un accidente, que mi madre fue preparada a una edad temprana con la intención de proporcionar a alguien un niño que sería capaz de…

Me late el corazón mientras saco mi propia conclusión a esa frase.

—De vender —susurra en voz tan baja que tengo que esforzarme para oírla—. Dijo que fui concebida para ser una puta.

Me rechinan los dientes y apenas puedo contenerme para no agarrarla tan fuerte que sé que me va a doler.

—Dijo que yo era falsa, que mi nombre es inventado para ocultar mi identidad. Para mantenerme a salvo.

—Vale —murmuro—. ¿Pero creías que tu madre huyó de tus abuelos?

—Sí. Eso es lo que siempre me han dicho. Pero creo que la realidad es peor que eso. Asumí que Andrews era el nombre de mi padre y mi madre estaba tan ida que no veía lo jodido que era. Pero la forma en que Brad hablaba, él… no sé, pero es malo.

—¿Te dio un nombre o algo? —pregunto, mi malestar por esta conversación crece por segundos.

—Sólo dijo algo parecido a que no podía ser un Walker como Jodie, y que realmente no podía ser un Harris.

Se encoge de hombros como si no fueran más que chorradas, pero en cuanto ese segundo apellido sale de su lengua, me quedo paralizado.

—¿Qué? —pregunta finalmente—. ¿Sabes quién es?

—Tengo una idea, sí.

—¿Es malo?

Capítulo Diecisiete

BRIANNA

Su reacción, la forma en que todo su cuerpo se tensa, hace que finalmente me mueva.

Me levanto para sentarme a su lado y miro fijamente su frente arrugada.

—¿Nico?

—Estoy seguro de que no es lo que estoy pensando —dice, obligándose a relajarse—. Hay millones de Harris en el mundo. Podría ser cualquiera de ellos.

—Pero no es así, ¿verdad? Dime lo que estás pensando —le ruego.

—Sirena, yo…

Un portazo en mi piso detiene mis palabras antes de que el sonido de una profunda charla masculina retumbe en el aire.

—Realmente necesito hablar con Theo. Sé que quieres respuestas, pero no quiero llenarte la cabeza con cosas que podrían no ser ciertas.

Mis labios se separan para discutir, pero dejo que las palabras se escapen.

—¿Confías en mí? —pregunta, empujando para sentarse frente a mí.

Su cálida mano me acaricia la cara mientras me ruega en silencio que le dé un poco de tiempo.

—Siempre —le digo. Y me alegro de haberlo hecho, porque su expresión se suaviza.

—Joder. Te quiero —confiesa, y sus labios encuentran los míos para un beso abrasador.

Su otra mano se desliza por mi brazo y vuelve a detenerse en el vendaje.

Todavía no ha dicho una palabra al respecto. No sé qué pensar.

¿Él lo sabe? Pero si lo sabe, seguramente, no me habría follado sin nada antes.

¿O no?

Me da vueltas la cabeza cuando se aparta de nuestro beso y apoya su frente en la mía.

—Te prometo que no te ocultaré nada. Pero necesito hechos antes de empezar a cotillear.

—Vale —respiro.

—¿Vas a estar bien?

—¿Está Jodie aquí? —pregunto, desesperada por algo de tiempo con mi chica.

—No estoy seguro. Puedo ir a averiguarlo.

Me da otro beso casto en los labios, se levanta de la cama y se pone unos pantalones limpios antes de lanzarme una camiseta nueva y salir de la habitación.

En cuanto se va, la realidad se derrumba a mi alrededor.

Es fácil dejarlo todo de lado cuando él está aquí, tocándome, distrayéndome.

Pero sin él. Me quedo fría, la fuerza de mis recuerdos basta para envolverme de nuevo en la oscuridad.

Estar con él antes… Era todo lo que necesitaba.

Sentir su cuerpo contra el mío. Lo era todo.

Necesitaba recordar quién era. Necesitaba ese recordatorio físico de que estaba bien, de que la única persona con el poder soy yo.

Sabía lo que quería y lo tomé. Algo que ese jodido retorcido intentó robarme.

Debería haber sido más sensata y haberle exigido que se pusiera un condón, o al menos que se retirara, sí, joder, debería haberlo hecho. Pero ya es demasiado tarde.

Después de ponerme la camiseta de Nico, me levanto de la cama con su olor llenándome la nariz. Me ayuda a mantener los pies en la tierra y a alejar los pensamientos oscuros mientras me dirijo al baño.

Me duelen todos los músculos del cuerpo. No sé si es por la terrible experiencia o por estar tanto tiempo en la cama.

Tener sexo con Nico seguro que no ayudó, pero no había mucho que me hubiera impedido llevar a cabo esa pequeña idea.

Y por si necesitaba otro recordatorio del hecho de que se ha corrido dentro de mí, su semen empieza a correr por mis muslos.

Estupendo.

Todavía estoy en el baño, intentando aclarar mis ideas, cuando llaman suavemente a la puerta de la habitación y la voz de mi mejor amiga llena el aire.

—¿Bri?

Haciendo acopio de fuerzas, abro de un tirón la puerta del baño y salgo con las piernas un poco más firmes.

—Dios mío —respiro cuando la veo allí de pie con una caja de Bettie en la mano.

—Pensé que tendrías hambre. —Hay un brillo travieso en sus ojos que me hace sonreír.

—Debería haber sabido que estaríans ahí fuera escuchando, pervertidos de mierda —me burlo.

—Cariño, no intentábamos escuchar. —Bajando la caja de pasteles a la cama, sale corriendo de la habitación antes de volver con dos cafés enormes—. Vaya, son grandes.

—Puedes agarrarlo. —Me guiña un ojo y no puedo evitar reírme.

Se siente tan jodidamente bien.

Después de arreglar el desastre que hemos hecho en la cama de Nico, los dos nos subimos y nos sentamos con las piernas cruzadas uno frente al otro con la caja de pasteles entre los dos.

Se me hace la boca agua mientras miro las delicias ligeras y esponjosas de Bettie.

—Adelante. Tú primero.

Abro la caja y saco una de crema de vainilla.

En cuanto lo muerdo y el dulzor golpea mi lengua, gimo como una puta.

—Lo mejor que me he metido en la boca en mucho tiempo —murmuro entre dientes, saboreando cada bocado.

—Mejor no se lo confieses a Nico.

Me río, tragando el último bocado.

—Sólo uno de nosotros desayunó esta mañana, y me muero de hambre.

—Sí, chica. Haz que ese hombre se incline y adore en tu altar.

—Amén —alabo antes de meterme más pasteles en la boca. —Cuéntame algo que no sea lo deprimente de la semana pasada.

—Uhh… —Ella piensa por un minuto, haciéndome dar cuenta de lo duro que han sido los últimos días para todos—. Nico se presentó a su primer examen.

Todo el aire sale de mis pulmones.

Joder. Ni siquiera había considerado…

—Oh, no, no me mires así —me advierte, capaz de ver la culpa que se dibuja en mi cara.

—Él ya estaba luchando. Va a fracasar por mi culpa.

—No, no lo hará.

—¿Cómo puedes…?

—Ten un poco de fe, Brianna. Tuvo un profesor muy bueno —bromea.

—Apenas. Lo único que estudiaba durante nuestras sesiones era mi coño.

—Como debe ser.

—Lo digo en serio. Nunca me perdonaré si…

—No fue culpa tuya. Tú no llamaste al imbécil y le pediste ser su maldita prisionera.

—¿El imbécil? —pregunto, prefiriendo ignorar el resto de su comentario.

—Nico lo apodó hace un tiempo, al parecer. Le queda bien, ¿no crees?

—No —argumento. —No es lo suficientemente fuerte. Las cosas que hizo, Jojo. Las cosas que dijo —empiezo, sacudiendo la cabeza

mientras sigo luchando por mezclar al Brad que conocí antes con el psicópata que me vi obligada a soportar la semana pasada.

—¿Quieres hablar de ello? —Jodie ofrece.

Agacho la cabeza, sin saber por dónde empezar. Pero al cabo de unos segundos, mis labios se separan y las palabras empiezan a salir a borbotones. En poco tiempo, le he contado a mi mejor amiga casi todo por lo que he pasado.

Lo escucha todo y no me suelta la mano ni una sola vez.

Se lo agradezco mucho.

—¿Así que Nico cree que sabe quién es tu padre en realidad? —me pregunta cuando por fin hablo de lo que pasó antes de que ella llegara.

—Eso parece. Y no estaba contento con ello.

—¿De verdad puede ser tan malo? Quiero decir, míranos. Estamos prácticamente en la puta mafia, nena.

—Sí, podría ser peor.

—Ese tipo de ahí fuera no te va a perder de vista el resto de tu vida. Y si este hombre es una amenaza de alguna manera, entonces estará a dos metros bajo tierra antes de que te des cuenta.

—Después de todos estos años, creo que no quiero un padre —confieso—. Quiero decir, me ha ido bastante bien sin padres, ¿verdad? —Ella asiente con entusiasmo—. ¿Por qué iba a necesitarlos ahora?

—No los necesitas. Pero quieres respuestas, ¿no?

¿De verdad? Si el hombre que me dio la mitad de mi ADN se parece en algo al hombre del que acabo de escapar, creo que preferiría no saberlo.

—Puede que tengas familia ahí fuera. Hermanos.

—Lo estás idealizando —murmuro.

—Puede ser. Pero esto no tiene por qué ser algo malo.

—No necesito familia. Tengo todo lo que podría necesitar aquí.

Agarro su otra mano y la aprieto con fuerza.

—No hay nada malo en tener más gente en tu equipo.

—Me preocupa más tener más en mi contra. Esto podría abrir una enorme bolsa de gusanos. Si lo que Brad dijo es verdad, entonces mamá huyó conmigo. Ella estaba activamente tratando de

ocultarme. No estoy segura de que alguien con quien estoy relacionado merezca saberlo.

—Sí, tienes razón.

Se hace el silencio entre nosotras mientras mi mente da vueltas con todas las incógnitas.

Todo lo que sé es que confío en Nico. Y si él cree que hay que investigar esto antes de decirme lo que sospecha, se lo voy a permitir.

—¿Jojo? —digo después de un largo silencio—. Necesito un favor.

—Dilo. Te tengo.

* * *

Después de habernos comido toda la caja de pasteles entre las dos, pongo cara de valiente y sigo a Jodie fuera de la habitación de Nico.

Por mucho que quiera seguir escondiéndome, sé que no puedo.

Me niego a permitir que ese capullo me quite más de lo que ya me ha quitado.

Está encerrado y ya no puede hacerme daño. No tengo motivos para esconderme o acobardarme.

Mientras sus días pueden estar contados, yo tengo toda una vida por delante.

Pero antes de que Jodie y yo entremos en la sala principal, la voz de Nico hace vacilar mis pasos. Alargo la mano y la agarro, obligándola a detenerse.

—Creía que la habías investigado. Dijiste que no tenías ni idea de quién era su padre.

—Comprobé sus antecedentes y comparé su ADN con nuestra base de datos para saber si era Cirillo. No la analicé por completo. Eso habría sido una invasión de la privacidad —señala Theo, haciendo que levante las cejas.

En realidad, no estoy tan sorprendida de que me investigaran. Aunque me cabrea que hayan llegado tan lejos y Nico siga diciendo que no confía en mí.

Ahora sé que era más un problema de él que mío. Pero aun así.

—¿Sabías de esto? —Le susurro a Jodie.

—No con tantas palabras.

—Un poco tarde para preocuparse por eso. Tienes que comprobarlo; necesitamos saber si ese capullo dice la verdad.

—Seguro que no —dice Toby—. Tiene que ser algún otro Harris.

—Esperemos, ¿eh?

No dispuesta a perderme el rumbo de esta conversación, avanzo.

—¿Realmente quieres algo de ADN mío esta vez? ¿O vas a robarlo, como supongo que hiciste la primera vez?

Tres rostros culpables se vuelven hacia mí cuando les honro con mi presencia.

—Cariño, por favor, no te enfades. Necesitamos…

—Lo entiendo —digo, entrando en los brazos abiertos de Nico—. Pero prefiero saberlo. ¿Qué más sabes de mí que mantienes oculto? —acuso, entrecerrando los ojos hacia Theo.

—Nada. Lo juro —dice levantando las manos en señal de defensa.

El silencio cae a nuestro alrededor.

—Me alegro de verte levantada, Bri —dice Toby, rodeando a Jodie con sus brazos.

Tengo tantas cosas que quiero preguntarles.

¿Está Brad sufriendo bastante? ¿Qué le pasa a mamá? ¿Quién demonios son los Harris? Pero todas esas preguntas siguen atascadas en la punta de mi lengua.

El silencio se rompe cuando los teléfonos de Nico y Theo suenan simultáneamente.

Se miran antes de sacar sus teléfonos de los bolsillos y mirarlos fijamente.

Incapaz de mirar a otra parte, bajo la mirada hacia su pantalla.

Jocelyn: Kállos. Ahora mismo

—Ese es el spa de tu madre, ¿no? —pregunto

—Sí, lo es. ¿Estarás bien si…?

—Sí, ve —le animo. Si Jocelyn lo necesita para algo, entonces tiene que ir.

Su teléfono se enciende de nuevo cuando Theo responde que están de camino.

—Toby se quedará.

—No pasa nada —le aseguro—. Vete.

—Le diré a Daemon que suba, entonces. Los otros están en exámenes.

—Nico, está bien. Estamos bien.

Le suelto y apoyo la espalda en la encimera, dejándole que haga lo que tenga que hacer.

Pero a pesar de que la mujer que ha sido más madre que la que realmente le dio a luz le necesita, sigue pareciendo totalmente desgarrado.

Aspira hondo, se pasa los dedos por el pelo y tira hasta que tiene que dolerle.

—Joder. Prometí que no te dejaría —dice en voz baja.

—Nico —le digo, acercándome a él y pasándole las manos por el pecho desnudo—. Tienes que irte. Jocelyn te necesita. Estaré aquí con Jodie.

—Sí, vale. Mierda. Sí.

Finalmente, da un paso atrás y desaparece por el pasillo.

—¿Qué crees que quiere? —Jodie reflexiona.

—Con un poco de suerte, Cassandra ha tenido un trágico accidente —murmura Toby mientras Theo se dispone a marcharse.

—Debemos tener suerte —añade.

Nico está de vuelta en no más de tres minutos y lleva una sudadera negra con capucha y tenis deportivos.

—Toma esto —me dice, poniéndome una pistola en las manos.

—¿Qué? —grito—. No necesito esto. ¿Qué demonios?

—Por favor, cariño. Me hará sentir mejor.

—Estamos en uno de los edificios más férreamente protegidos de la ciudad —dice Jodie, repitiendo un hecho que nos dijeron numerosas veces desde el ataque italiano.

—De acuerdo —digo, intuyendo que no se irá sin mi consentimiento.

—Daemon y los demás tienen acceso, pero no abran la puerta a nadie.

—Esta vez va en serio —advierte Toby.

—Oye, no abrimos la puerta la última vez. Eso fue todo Stella —argumenta Jodie.

—Estaremos bien —digo, rodeando su nuca con la mano que me queda libre y poniéndome de puntillas para besarle.

—Pórtate bien —me advierte contra mis labios.

—Como si fuera otra cosa.

—Te quiero, Sirena.

—Yo también te quiero. Ahora vete, Jocelyn te necesita.

—Nos vamos —anuncia Theo, rodeando con la mano el brazo de Nico y arrastrándolo físicamente lejos de mí.

Sería gracioso si la expresión de dolor en la cara de Nico no existiera.

—Te quiero —digo justo antes de que desaparezca por la esquina.

—Bueno —canta Jodie alegremente—. Si antes había alguna duda de que eres la dueña de las pelotas de ese tío, acaba de confirmar que te las ha entregado con un lazo puesto.

Capítulo Dieciocho

NICO

Cuando llego al spa de mamá, tengo el volante en blanco y el corazón a mil por hora.

No quería dejar a Brianna, pero menos quiero dejarla en favor de mi madre. Ella no merece ni mi tiempo ni mi atención, pero mi chica sí.

Pero, si Jocelyn cree que tenemos que estar aquí, entonces… aquí estamos.

Theo y Toby han hablado casi todo el camino, intentando averiguar qué pasa. Los he ignorado.

No me interesan los cotilleos. Quiero acabar con esto y volver con mi chica donde debería estar.

—Vamos —ladro en cuanto llego a la acera y apago el motor.

No veo el carro de mamá, ni el de nadie que reconozca mientras escudriño la concurrida calle.

Estoy en la entrada, asimilando el estado cerrado del lugar mucho antes de que dos puertas de carro se cierren tras de mí.

—Está cerrado —anuncia Toby.

—Bien hecho, Sherlock —murmuro, presionando con la mano el escáner para concedernos la entrada.

Hay una parte de mí que piensa que me declinará, que mamá me ha echado tan lejos de su vida, pero me equivoco, y la lucecita

parpadea rápidamente en verde.

El silencio nos recibe al entrar. No hay ninguna mujer perfectamente presentada que nos ofrezca su mejor sonrisa falsa y luego suba las tetas y haga un mohín con los labios al descubrir quién acaba de entrar.

No hay nada.

—Supongo que nos dirigimos hacia arriba —digo, marchando hacia el ascensor.

Puede que seamos los dueños de este edificio, pero mamá sólo tiene la entrada y los dos pisos un poco más arriba. El resto es para otras cosas con acceso independiente.

A medida que subimos, mi nivel de irritación aumenta.

Confío en Jocelyn, pero mi fe ya está menguando en mi necesidad de estar aquí.

Aunque todo cambia cuando se abren las puertas de la entrada principal del spa y salimos hacia la mujer en cuestión.

Sus ojos encuentran los míos. Unos ojos suaves y amables que siempre me han reconfortado. Pero ahora son duros, decididos, de una forma que no estoy segura de haber visto nunca, y eso hace que se me revuelva algo incómodo en el estómago.

—Lo siento —dice, dando un paso hacia nosotros—. Pero tienes que ver esto.

Mis cejas se pellizcan mientras la miro fijamente.

—Vamos —anima antes de girar sobre sus talones y atravesar un par de puertas dobles que conducen al spa principal y a las oficinas.

—Pues ve —ladra Theo cuando no hago ademán de seguirle.

El lugar está en un silencio sepulcral, aparte de nuestros pasos mientras seguimos a Jocelyn.

Finalmente, se da la vuelta y empuja la puerta de seguridad. Entramos detrás de ella y nos encontramos con las pantallas de ordenador iluminadas y las imágenes de una de las salas en pausa.

—¿Qué está pasando? —pregunta Theo.

—Después de que estuvieras en casa la semana pasada —empieza Jocelyn, sin dejar de mirarme—, empecé a sospechar. Aunque era la primera vez que le veía venir solo a casa, me hizo

pensar en algunas cosas que no estaban del todo bien. Así que empecé a seguirla.

—¿Quién? —pregunta Toby, mientras yo me quedo sin habla.

—Cassandra.

—¿Quién estaba en la casa? —pregunta Theo.

—Christos —murmuro, recordando aquella noche.

Mientras estaba allí delante de los dos, me olí una rata, pero con todo lo que pasó, lo aparté fácilmente.

—Todo parecía estar bien, y no quería molestarte con eso mientras tratabas de encontrar a Brianna, pero entonces…

—Están follando, ¿verdad? —Suelto un chasquido, haciendo que las mejillas de Jocelyn enrojezcan.

—Sí. Pero eso no es lo peor.

Hace un gesto hacia la pantalla y yo me acerco sin pensar.

Jocelyn se inclina hacia delante y pulsa play.

Sólo hay que esperar dos segundos para que se abra la puerta de la sala y entren dos figuras reconocibles.

Espero que digan algo, pero no hay palabras. En lugar de eso, se miran fijamente hasta que la puerta se cierra tras ellos, y entonces ambos se abalanzan.

—Mierda, J. ¿Realmente necesitaba ver esto? —pregunto, intentando desesperadamente apartar la mirada, pero sin conseguirlo.

—Sí —confirma.

—Te he echado de menos —ronronea mamá, desabrochando rápidamente la camisa de Christos—. ¿Dónde has estado? ¿Qué pasa?

—Cassie —gime él mientras ella le saca la camisa de los pantalones y le baja la mano hasta la cintura.

La bilis nada en el fondo de mi estómago.

Todo en mí grita que deje de mirar. Escuchar será más que suficiente. Pero no puedo apartar los ojos de lo que está sucediendo ante mí.

—Oh, joder —gruñe Theo, sonando casi tan horrorizado como me siento yo cuando mi puta madre se arrodilla delante del padre de Jerome. Su padre casado.

Afortunadamente, el ángulo de la cámara evita que esto se convierta en una película porno, pero no hay duda de lo que está pasando.

—He estado ocupado buscando a la chica de Nico —Christos consigue gritar mientras mamá… bueno…

Casi se me salen los ojos de las órbitas cuando mamá se burla:

—Idiota.

No tengo ni idea de si está hablando de mí o de Brianna, pero veo rojo.

—¿Dónde coño está? —Gruño, mi cuerpo tiembla por la necesidad de rodear su garganta con mis manos y no soltarla nunca.

Brianna es más mujer de lo que nunca ha sido.

Es más cariñosa, atenta, compasiva…

—Mantén la calma, amigo —dice Toby, rodeándome el hombro con la mano.

—¿Estás viendo y escuchando la misma mierda que yo? —Ladro, apenas capaz de continuar con esta mierda.

—¿Dónde están? —Me quemo—. ¿Siguen aquí?

—No, se fueron.

—Joder, buen trabajo también —suelta Theo antes de que sus palmas aterricen en mi pecho, empujándome unos pasos hacia atrás.

Aprieto los dientes, dispuesto a ir a por él por esto.

—Cálmate de una puta vez. Jocelyn no te ha llamado para hacerte daño. No es tu puta madre —sisea.

No es hasta que nos miramos fijamente durante unos segundos que me doy cuenta de que la pequeña habitación que nos rodea está en silencio, aparte de nuestras respiraciones agitadas.

—Son ellos, ¿no? Son nuestra fuga —afirmo. Ni siquiera sé por qué hago la pregunta; es jodidamente obvio.

Aparto mis ojos de los de Theo y veo a Jocelyn de pie, torpemente, frente a la pantalla donde mi madre está congelada a mitad de la mamada.

Maldita puta.

Cierro los puños a los lados antes de rodear a Theo y darle al play. Ya que estamos aquí, es mejor disfrutar de toda la experiencia.

—La tienen —Christos suelta. —Su atención está a punto de volver a los italianos.

—No por mucho tiempo —confiesa mamá, helándome la sangre.

El agarre de Christos en su cabello se tensa mientras ella continúa con lo que está haciendo, y en un tiempo vergonzosamente corto, encuentra el final, rugiendo el nombre de mi puta madre lo suficientemente alto como para despertar a los muertos.

—Voy a vomitar —murmuro.

—Espera —dice Jocelyn.

—Ricardo tiene una reunión con un proveedor esta noche. Esto va a terminar. Y vamos a conseguir todo lo que hemos estado esperando.

El malestar aparece en la cara de Christos tras el orgasmo, pero mamá lo atrapa antes de que se apodere de él.

—Es lo que siempre hemos soñado, cariño. Ya no seremos nadie. Allá, seremos alguien.

—Vaya mierda de caballo —ladra Theo, pateando algo detrás de mí.

—¿Dónde están ahora?

—Christos se ha ido a casa. Tu madre…— Jocelyn traga nerviosamente.

—¿Dónde está, J? —pregunto, tratando de mantener mi ira a raya. Nada de esto es culpa suya, y por muy jodidamente mortificado que pueda estar después de ver eso, me alegro de que me lo haya enseñado y no se haya limitado a intentar describirlo.

Saca el teléfono del bolsillo, lo enciende, echa un breve vistazo a la pantalla y se lo pasa.

Theo y Toby se agolpan detrás de mí.

—Es un hotel italiano —señala Toby.

—Está con Ricardo —conjeturo—. ¿La rastreaste?

—Los dos.

El silencio cae a nuestro alrededor mientras todo lo que acabamos de presenciar se asienta en nuestras cabezas.

—Ella está jugando con él, ¿no? —reflexiona Theo.

—Supongo que sí —asiente Jocelyn—. Él es su infiltrado. Le ha estado chupando la información.

—Literalmente —contesta Toby.

—Qué puto asco —murmuro.

—Y se lo ha llevado directamente.

—Vale, digamos que está con Ricardo y tenemos su localización. ¿Qué hacemos ahora? ¿Golpearlo, o esperar a la reunión de proveedores de esta noche?

—Las dos cosas —dice Theo, sacando el teléfono del bolsillo—. ¿Dónde estás? —ladra en cuanto se conecta la llamada.

Se oye un profundo estruendo al otro lado que sólo puedo suponer que pertenece al tío Damien antes de que Theo ordene—: Convoque una reunión. Ahora —y cuelga como si no estuviera hablando con uno de los líderes de bandas más notorios de la ciudad. —Jocelyn, ¿hay algo más que necesitemos saber?

—Al diablo con eso, ella viene con nosotros. Tengo un millón de preguntas.

—Hay más de este metraje. Aunque no hay nada tan bueno como esto. Siento haberte arrastrado hasta aquí, no sabía cómo hacerte llegar esto.

—Eres increíble, J —le aseguro mientras Theo y Toby bajan al ordenador.

—Sacaremos esto y entraremos. —Atraparemos a este hijo de puta esta noche.

—¿Qué pasa con Cassandra y Christos? —Jocelyn pregunta.

—No se preocupe, nos aseguraremos de que toda la basura se recoja y se elimine eficazmente.

Los ojos de Jocelyn se disparan hacia los míos al oír las palabras de Theo, pero si cree que va a encontrar algún argumento en mis profundidades enfadadas por esto, se va a llevar una decepción.

Por lo que a mí respecta, mi madre ya hace tiempo que murió.

Todo esto ha sido culpa suya. Ahora mismo, ni siquiera me importan sus razones para lo que ha hecho. Sólo quiero que se vaya y poder dejar todo esto atrás.

Nunca voy a recuperar a mi padre, y aunque eso todavía me destroza, no puedo negar que cada vez es más fácil lidiar con ello. O eso podría ser sólo la influencia de Brianna.

Dejo que los chicos hagan sus cosas de informpent-houses y me acerco un paso más a ella.

—Eres otra cosa, J —confieso, tirando de ella para abrazarla—. ¿De dónde has sacado los dispositivos de rastreo?

—Hablé con Damien, le conté nuestras preocupaciones y me encargó que encontrara las pruebas que necesitábamos.

—¿Te confió eso? —No quería que sonara tan condescendiente como suena—. Mierda, no quise decir…

—No pasa nada. Nico —dice con un suspiro, apartando por fin los ojos de los míos.

—¿Qué pasa?

—Todo lo que he hecho desde que empecé a trabajar para tus padres es protegerlos a ti y a Calli en todo lo que he podido.

—¿Qué es lo que no dices, J?

—Damien… él…

—Escúpelo, J —añade Theo riendo sin apartar los ojos de la pantalla.

—Nunca confió en tu madre. Yo, y tus anteriores amas de llaves y niñeras fuimos todas contratadas por la Familia -por Damien- y encargadas de vigilar muy de cerca lo que ocurría en tu casa.

—¿En serio?

Jocelyn se encoge de hombros.

—Sólo hago mi trabajo.

—No puedo creer…

—No tienes ni puta idea de cuánto te lo agradecemos, J —dice Toby, levantándose y rodeándole el hombro con un brazo.

—Vamos a poner en marcha este plan.

Con la grabación de seguridad a salvo, y Jocelyn acurrucada de forma protectora entre los tres, nos dirigimos al exterior y a mi carro.

—Puedo conducir —argumenta Jocelyn—. Mi carro está en la calle de al lado…

—No —ladro. —Conseguiremos a alguien que lo recoja.

Los ojos de Jocelyn se abren de par en par ante la dureza de mi exigencia, pero a la mierda dejarla irse sola ahora mismo.

Le paso el brazo por el hombro y arrimo su pequeño cuerpo a mi lado.

—Ya no trabajas para mis padres, J. Trabajas para mí, y tengo toda la intención de tratarte como la reina que eres.

—Nico —se ríe.

—Entre, su alteza —le digo, abriéndole la puerta trasera del carro.

—Eres idiota —susurra feliz mientras sube.

—Jefe, tú conduces. —Le tiro las llaves a Theo y me deslizo al lado de Jocelyn.

Debería estar cabreado, jodidamente lívido por cómo ha acabado esto. Pero estoy extrañamente tranquilo.

—Espero que sepas que nunca en toda mi vida quise ver a mi madre haciéndole una mamada a nadie.

—¿Toda la mierda que has visto y hecho y eso es lo que te va a marcar de por vida? —Toby bromea desde el asiento del copiloto.

—¿Cómo coño te sentirías si acabaras de ver a tu madre de rodillas por Galen? —me burlo.

—Nico, ¿tenemos que hacerlo? —Jocelyn ruega.

—Lo siento, J. Pero tienes que confesar que empezaste esto. El audio de esa grabación habría sido más que suficiente.

Al sentarme, veo los ojos de Theo en el retrovisor.

—¿Estás bien?

Claro, hay mucha rabia burbujeando en mi interior ahora mismo. Pero, sobre todo, me siento como si las últimas piezas de mi rompecabezas roto acabaran de encajar en su sitio.

Algo ha estado mal con mamá durante años. Mucho antes de perder a papá. Todos estábamos demasiado distraídos para darnos cuenta.

Estoy seguro de que todos podemos mirar atrás y ver señales que pasamos por alto. Pero honestamente, ¿cuál es el maldito punto?

Está hecho. Papá se ha ido, y ni siquiera todos los ojalá del mundo va a traerlo de vuelta. Tengo a Brianna donde debería estar, y siempre y cuando cumplamos la promesa que le hicimos a Luciana

Rivera de acabar con Ricardo y su retorcido grupo de seguidores, entonces quizá podamos salir adelante de todo esto.

Llevamos todo el puto año con enemigos a cuestas, y no sé los demás, pero yo estoy hasta los cojones.

Hecho.

—Sí, amigo. Estoy bien. Terminaremos esto esta noche, luego me iré a casa con mi magnifica chica.

—Sabes —dice Jocelyn—, va a haber una casa vacía en venta. La historia dice que es la casa del subjefe.

Inmediatamente surgen imágenes que jamás pensé que llenarían mi cabeza. Brianna y yo cocinando juntas en aquella enorme cocina, relajándonos en la sala de estar con los pies en el sofá, como nunca se nos permitió hacer a Calli y a mí. Pienso en nosotras en el dormitorio principal que da a las tierras de más allá mientras me la follo por el balcón antes de que mis pensamientos tomen un giro aún más serio.

¿Tendrían nuestros hijos sus ojos azules y su cabello rizado, o mis rasgos más oscuros?

—¿Estás bien? Se te ha ido toda la sangre de la cara —pregunta Toby, retorciéndose en su asiento con una sonrisa de suficiencia en la cara.

—Que te jodan —siseo antes de volverme hacia Jocelyn—. Ya veremos. Puede que decida quemarlo hasta los cimientos.

—Ese es tu legado; ni se te ocurriría.

Joder. ¿Por qué siempre tiene razón?

Nuestros teléfonos suenan unos minutos más tarde cuando el tío Damien llama a las tropas. Si ha hablado con Jocelyn, supongo que sabe lo que está pasando.

—¿Por qué no dijiste nada antes? —digo en voz baja.

—Necesitabas centrarte en Brianna. De todos modos, puedo más que manejar a tu madre.

—Sabes, creo que te hemos subestimado.

Se ríe para sus adentros.

—Mi querido esposo me enseñó algunas cosas a lo largo de los años.

—Era un soldado, ¿no?

—Uno de los mejores. —Sonríe suavemente al recordarlo—. Sabes, me recuerdas mucho a él. Tenía tu pasión. Tu ingenio.

—Ah, así que también era gracioso—.

—Dijo ingenio, Nico. Nada de que seas gracioso —añade Toby.

—¿Cómo está? —Jocelyn pregunta cuando nuestras bromas se detienen una vez más.

—Creo… creo que va a estar bien. Voy a hablar con Jade, sin embargo, ver si va a hablar con ella —.

—Tienes razón, me subestimas.

—Ya lo has hecho —supongo.

—Claro que sí. Sólo tienes que llamarla.

—¿Por qué no eras nuestra madre, J? —pregunto, y no por primera vez.

—¿Qué? ¿Arruinar mi figura y la capacidad de controlar mi vejiga por ti? Pfff. Usted no es tan especial, señor Cirillo.

—Ahora quién es el gracioso.

Theo nos lleva al estacionamiento subterráneo que hay bajo el Empire, y ni dos segundos después de salir del carro, Seb y Alex se detienen a nuestro lado.

—¿Qué tal el examen? —pregunta Toby cuando se reúnen con nosotros.

—Era un examen —murmura Seb—. ¿Qué está pasando?

—La tía Cassandra se ha puesto de rodillas por el hombre equivocado —afirma Theo antes de marchar hacia delante, dejando a Seb y Alex boquiabiertos.

Capítulo Diecinueve

BRIANNA

Como había prometido, Daemon se presentó para hacer de canguro sólo unos minutos después de que Nico, Theo y Toby se marcharan.

No era necesario, pero tampoco iba a discutir.

Puede que animara a Nico a ir a averiguar qué quería Jocelyn, pero no puedo mentir: no me hizo mucha gracia verle salir por la puerta principal.

No estoy segura de lo que realmente esperaba de Daemon. Supongo que al menos una o dos preguntas sobre lo que había pasado. Desde que está con Calli, ha estado mucho más relajado y accesible. Pero pronto descubrimos que no estaba para muchas charlas cuando se dejó caer en el sofá y sacó su teléfono. Realmente estaba allí sólo por seguridad.

Jodie y yo nos sumergimos en nuestro propio mundo y nos olvidamos de que estaba allí hasta que, una hora más tarde, asomó la cabeza para avisarnos de que Calli había terminado el examen y se dirigía a casa.

En cuanto entra en el piso de Nico, prácticamente corre hacia mí.

—Bri —grita antes de que su pequeño cuerpo choque con el mío.

Sus brazos me rodean con fuerza, negándose a soltarme por si me levanto y vuelvo a desaparecer.

—Por favor, no vuelvas a hacerme eso a mí ni a Nico —me susurra al oído.

—Lo intentaré de verdad —digo riendo.

—Hablo en serio, Bri. Nunca he visto a Nico como estaba la semana pasada. Era un maldito desastre.

—Siempre es un desastre.

—No fue así. Era… era diferente. Él te ama tanto, Bri. Realmente espero que te lo haya dicho.

No puedo evitar sonreírle.

—Lo ha hecho.

El aire sale disparado de sus pulmones y sus ojos se abren de golpe.

—¿Lo ha hecho? —pregunta incrédula.

—Sí. Ha sido increíble.

—Eh… odio romper esta pequeña… lo que sea —dice Daemon, empujándose hacia el borde del sofá, con los ojos clavados en Calli.

—Mierda, lo siento, diablillo —dice Calli con una mueca de dolor antes de saltar sobre él y darle un poco de cariño.

—No era eso lo que quería decir, pero no me quejo —bromea él cuando ella por fin le deja tomar aire.

—¿Qué pasa? —pregunta Calli, capaz de leer en la negra expresión de Daemon.

—Han encontrado la fuga y a Ricardo.

El corazón me salta a la garganta, el miedo y la excitación me estallan en el estómago.

—¿En serio? ¿Esto se va a acabar?

—Sí.

—¿Qué? —pregunta Calli, entrecerrando los ojos hacia su novio.

—Uh…

—Sólo escúpelo —suelta Calli—. Nada puede ser peor que lo que todos hemos vivido en las últimas semanas.

—Es tu mamá, Ángel.

—¿Qué pasa? —pregunta, sin seguirme. Aunque Jodie parece que sí, si la mirada que acaba de lanzarme dice algo.

—La fuga.

—No —respira, saltando del regazo de Daemon en estado de shock—. Ella no lo haría. ¿En serio… ella mató a papá?

—Lo siento, Ángel.

Calli deja caer la cabeza entre las manos mientras intenta procesar esta nueva información.

—Ha estado saliendo con Christos. Ella…

—¿Quién? —pregunto, no familiarizado con ese nombre.

—El padre de Jerome.

—Oh. Y está casado, ¿verdad?

—Ángel —respira Daemon, acercándose a Calli cuando sus hombros empiezan a temblar—. Qu…

Entrecierro los ojos al verlos, pero enseguida descubro por qué Daemon está tan confuso, porque Calli no está llorando. Se está riendo. Histéricamente.

—Cariño, ¿qué pasa? —pregunta él, agachándose para mirarla a los ojos.

Sacude la cabeza, secándose las lágrimas de los ojos.

—Deberías irte —le dice—. Te van a necesitar.

Sacude la cabeza.

—Me ordenaron que me quedara aquí por ahora. ¿Se encuentra bien? ¿De qué te ríes?

—Todo esto —dice Calli, extendiendo los brazos—. Todo esto. Por su culpa. ¿Por qué no lo vimos antes? ¿Quién es ella, Daemon? ¿Quién es la mujer que me trajo al mundo? ¿Y qué la hizo volverse contra aquellos que estaba destinada a amar?

—No tengo ni idea, Ángel. Espero que tengamos la oportunidad de averiguarlo. —En sus ojos parpadea una intención oscura, y no puedo evitar preguntarme si Calli le permitirá hacer lo que mejor sabe hacer cuando se trata de su madre.

Puede que no tenga ningún problema con que se ponga como un demonio con Brad. Pero al menos tendría que pensármelo dos veces antes de que hiciera lo mismo con mi madre, aunque sea una inútil de mierda.

—Haz lo que tengas que hacer. El mundo es un lugar mejor sin ella —dice Calli con frialdad, haciendo que las cejas de Daemon se disparen.

Fuera de sí, me mira.

Lo único que puedo hacer es sacudir la cabeza. Si Calli se siente así en este momento, no tiene sentido convencerla de lo contrario.

El silencio cae a nuestro alrededor mientras el peso de las palabras de Daemon sigue asentándose sobre nosotros.

—¿Estarás bien si salgo rápidamente? —Jodie pregunta.

—No, tienes que quedarte quieta —dice Daemon, y casi le doy la razón, hasta que los ojos de Jodie se clavan en los míos y comprendo lo que quiere decir.

—¿Todavía tienes seguridad? —pregunto.

—Sí. Más, de hecho. Hay un equipo entero en y alrededor de este edificio en este momento. Me llevaré a dos conmigo.

—Jodie —gruñe Daemon.

—Calli, haz lo que tengas que hacer para distraerle un rato, ¿vale? Incluso me llevaré esto —dice, agarrando la pistola de Nico y metiéndosela en la parte de atrás de los jeans como una mala.

Tomando una por el equipo, no es que necesite mucho convencimiento, Calli empuja a Daemon hacia el sofá y rápidamente se sienta a horcajadas sobre su regazo.

Jodie y yo nos reímos mientras él se olvida rápidamente de su propio nombre y mucho menos de lo que estamos haciendo cuando Calli le roba los labios en un beso asqueroso.

—No tardaré —dice Jodie mientras la sigo hacia la puerta principal—. Derecho allí y derecho de regreso.

—Gracias.

—Cualquier cosa, ya lo sabes.

Me da un abrazo rápido antes de salir del piso con la promesa de volver con lo que necesito.

Tengo el corazón en la garganta mientras la veo irse, pero necesito esto.

Cuando vuelvo a la sala, Calli se está tirando a Daemon en el sofá.

Los observo descaradamente durante unos minutos, mi sangre se calienta con cada gemido y quejido que se desprende de cualquiera de ellos.

—Ustedes dos sí que saben darles caña a Seb y Stella —murmuro, convencida de que no oirán ni una palabra de lo que digo.

—No todos los días consigo empañar el sofá de Nico —dice Calli riendo mientras besa el cuello de Daemon.

—Cal, ¿querías decir lo que dijiste sobre tu madre? —pregunto, consciente de que estoy echando un cubo de agua helada sobre su pequeña sesión de besos.

—Sí —asiente sin perder el ritmo—. Hice las paces con el hecho de que ella ya no va a ser parte de mi vida hace un tiempo. Ahora tengo cosas más importantes en las que centrarme.

Asiento.

—¿Por qué?

—¿Tienes preguntas sobre todo esto?

—Sí y no. —Se da la vuelta para sentarse en el regazo de Daemon y se centra en mí en lugar de sentarse a horcajadas sobre él. Para su irritación.

Mis ojos se posan en su vientre y ella lo protege con la mano.

—No estoy segura de poder entender nunca a alguien que permitió que otros hicieran daño a sus hijos, o al hombre que ama.

Asiento, entendiendo exactamente lo que dice.

—Daemon, ¿podrías hacer algo por mí? —pregunto.

—Seguro —gruñe, con la voz rasposa por el deseo.

Hago una pausa, cuestionándome lo que estoy a punto de pedirle.

Me tiemblan las manos, pero a diferencia de Calli, necesito respuestas, aunque no me gusten.

—Mi madre está en el sótano, ¿verdad?

Asiente lentamente y a regañadientes.

—¿Podrías llevarme con ella?

—Bri —advierte—. Estoy bajo instrucciones estrictas.

—Por favor. Necesito… —Me detengo. Sinceramente, no tengo ni idea de lo que necesito. Pero tengo la esperanza de que mirarla a los ojos y tratar de obtener algunas respuestas podría ser.

—Bien. Pero puedes explicárselo a Nico si vuelven aquí y pierde la cabeza porque te hayas ido.

—Dejaré una nota —le tranquilizo—. Y no tardaremos mucho. Puede que incluso me acueste antes de que lleguemos.

—¿Seguro que quieres hacer esto? —Calli pregunta.

—Sí —afirmo, poniéndome en pie antes de cambiar de opinión.

Antes de que Jodie vuelva y me entregue la píldora que le he mandado a buscar, necesito mirar a los ojos a la mujer que me dio a luz y obtener algunas respuestas.

* * *

—Bueno, este lugar es tan espeluznante como esperaba —murmuro mientras sigo a Daemon y Calli hasta el nivel inferior del gimnasio del sótano.

Si no supieras que existe la entrada, nunca la encontrarías. De ninguna manera lo habría hecho si hubiera intentado hacerlo solo.

El aire cambia al bajar unas escaleras. Se vuelve frío, y un olor familiar a hospital estéril llena mi nariz.

—Bienvenidos a mi lugar favorito del mundo —dice Daemon con una sonrisa diabólica en los labios.

—Huh, raro, porque pensé que era el coño de Calli.

La chica en cuestión jadea de asombro, mientras la sonrisa de Daemon se hace más amplia.

—Oh, cómo cambia la vida —musita, atrayendo a su chica hacia sí y besándole la coronilla. —Podría pasar el resto de mis días dentro de ti, Angel, y moriría como un hombre muy feliz.

—Bueno, eso es…

—Amor —suspiro burlonamente.

Los labios de Calli se separan para discutir, pero una mirada mía y parece olvidar lo que estaba a punto de decir.

—Estás enamorada de mi hermano y es todo un vulgar, así que no tiene sentido comentar nada, ¿verdad?

—Joder —murmuro en voz baja—. Estoy enamorada. De tu hermano.

—Sinceramente, ya era hora de que te dieras cuenta —suple Daemon.

—Vaya, consejos románticos del mismísimo diablo. ¿En qué se está convirtiendo el mundo? —Me burlo.

Es más fácil centrarse en nuestras bromas sin sentido que pensar en lo que realmente estamos haciendo y hacia dónde vamos.

Pero a cada paso que doy, esa evasión es cada vez más difícil de conseguir.

Yo hice esto. Le exigí que me trajera aquí.

Mientras estábamos en la seguridad del lujoso pent-house de Nico, me pareció una buena idea.

Pero a medida que pasamos puerta tras puerta, empiezo a preguntarme si mi vida habría estado bien sin explorar su pequeña cámara de tortura en el sótano.

Mis ojos se detienen en cada puerta gris oscuro, como si fuera capaz de ver detrás de ellas si miro lo suficiente.

—¿Hay gente en cada una de ellas? —pregunto, aunque no estoy del todo seguro de estar preparado para la respuesta.

—No. Las cosas están bastante tranquilas ahora mismo, lo cual, dadas las circunstancias, es sorprendente. Me estaba aburriendo un poco, así que me alegro de que me hayas traído nuevas mascotas.

El pánico inunda mis venas y la boca se me escapa antes de darme cuenta de lo que estoy pensando.

—Dime que no le haces daño a mi madre—. Me doy la vuelta, dándole a Daemon pocas opciones para detenerse.

—Creía que la odiabas —afirma, con ojos fríos y expresión ilegible.

Sus palabras dan vueltas en mi cabeza.

—Sí. Era una madre de mierda. Pero eso no significa que te quiera… haciendo lo que haces.

—Bueno, eso está bien entonces. Es una de mis huéspedes más cómodas aquí.

—Y… ¿Brad? —Susurro.

—Oh. —Una sonrisa malvada se dibuja en las comisuras de los labios de Daemon—. Está recibiendo mi mejor tratamiento.

—Bien.

—Si escuchas bien, probablemente puedas oírle llorar por su propia madre—.

Un escalofrío me recorre mientras las imágenes de mi pasado con un hombre al que creía una persona decente se suceden como en una película.

En lo que a mí respecta, su mayor defecto era que era aburridísimo.

¿Quién iba a pensar que resultaría ser una de las personas más interesantes que he conocido?

Incapaz de lidiar con él y con todo lo que me ha hecho, aparto cualquier pensamiento sobre él.

—¿Dónde está? —pregunto.

—Justo detrás de esa puerta —dice Daemon, señalando detrás de mí.

Apartándose de su lado, Calli cierra el espacio entre nosotros y me toma de la mano.

—No tienes que hacer esto. Ella no va a ninguna parte. Hay tiempo.

—No. Necesito… —Me detengo, porque sinceramente, no tengo ni puta idea de lo que necesito.

La suelto y me acerco a la puerta, pero me detengo rápidamente al darme cuenta de que no puedo hacer nada más.

—No pasa nada. He permitido que tu huella tenga acceso a su celda —me informa Daemon. —Puedes venir cuando quieras. Y si decides dejarla ir, también es tu decisión.

Mis labios se abren y cierran como un pez.

No estoy seguro de que me guste esa cantidad de poder sobre mis hombros.

—¿Y si no quiero dejarla ir?

—Entonces se queda. Si la quieres muerta, dilo.

Incapaz de decir nada en respuesta a eso, me limito a asentir y les doy la espalda a ambos.

Levanto la mano y la mantengo a un palmo del escáner.

¿Acaso quiero hacer esto? ¿Mirar a esta mujer a los ojos después de todo lo que ha hecho para arruinar mi vida?

¿Pero lo hizo?

Si lo que Brad me dijo era cierto y huyó conmigo, cambió mi identidad, ¿me estaba protegiendo todo el tiempo?

Joder, tengo la cabeza hecha un lío.

Me obligo a hacer algo antes de pensar demasiado en todo y aprieto la mano contra el panel negro. Se me revuelve el estómago en cuanto la luz roja parpadea en verde y una serie de cerrojos se abren.

—Estaremos aquí fuera —dice Calli en voz baja mientras le doy vuelta al picaporte y empujo la puerta para abrirla.

La celda es más o menos lo que esperaba. Pequeña, estéril, desnuda. Un infierno.

Las paredes son frías y grises. Hay una cama en una esquina y un retrete y un lavabo en la otra, y muy poco más. Aunque, es fácil ver la evidencia de la estancia más cómoda de mamá.

—Brianna —respira cuando entro.

Apartando el grueso edredón de su cuerpo, se empuja de la almohada en la que apoyaba la cabeza.

—Dios mío —solloza—. Estás bien. Me dijeron que estabas… pero…

Lentamente, se levanta y da un paso hacia mí.

Pero estoy congelada. Completamente congelada.

—Sé que nada de lo que diga puede arreglar nada, pero lo siento, Brianna. De verdad que lo siento. Por todo.

—Estás sobria —afirmo, lo único en lo que puedo concentrarme en este momento.

—Sí. Lo había estado durante un tiempo. La vida iba bien. Estaba volviendo a la normalidad. Tenía un trabajo. Un novio. Era más fuerte de lo que nunca había sido. Y entonces él entró en mi vida.

Me quedo mirándola, incapaz de decidir si puedo creer una palabra de lo que sale de su boca.

—Por favor, Brianna. Sé que esto es duro. Créeme, lo sé. Pero déjame intentar explicártelo.

Sostengo sus ojos cansados durante unos segundos antes de mirar hacia atrás. Encuentro a Calli y a Daemon allí mismo.

—Ellos también pueden escuchar. Es hora de que todos sepan lo que pasó de verdad—.

Sintiendo que estoy al límite, Calli entra en la habitación y toma mi mano entre las suyas.

—Quizá deberíamos esperar a Jodie o Nico para esto —me susurra al oído.

Respiro hondo, intentando armarme de valor para escuchar a mi madre después de tantos años.

—No, está bien.

Le aprieto los dedos, haciéndole saber en silencio que no va a ir a ninguna parte, mientras dos sillas aparecen detrás de nosotros.

Bajo casi aturdido antes de que Daemon vuelva a ocupar su puesto de guardaespaldas en la puerta.

—Sólo necesito saber una cosa —le digo, sosteniéndole la mirada y rezando para que por fin me diga la verdad—. ¿Quién es mi padre?

Capítulo Veinte

NICO

Theo estira la mano y toma su teléfono de la mesa del jefe después de dejar que todos escuchen el audio del vídeo que Jocelyn había grabado.

—Bueno —dice el tío Damien, reclinándose en su silla y crujiéndose los nudillos—. Me gustaría decir que estoy sorprendido pero…

—¿Por qué no la investigaste antes? —Galen arremete a su lado.

—Lo he hecho.

—Jocelyn dijo que has tenido a todas nuestras amas de llaves vigilándola durante años.

—Sí. Antes incluso de que nacieras, ya sospechaba. Pero nunca encontré nada que respaldara mi presentimiento, así que me vi obligado a ignorarlo. Tu padre la amaba más allá de lo creíble, y sin nada que probara que mis sospechas eran correctas, no había nada que pudiera hacer.

—¿Crees que siempre ha intentado hundirnos? —pregunto, frunciendo las cejas.

—Honestamente, no. En el último año, incluso tu padre me admitió que algo era diferente con ella.

—Todo esto está muy bien, pero ¿qué vamos a hacer al respecto? —Stefanos chasquea, claramente cabreado.

Lo entiendo. Ha estado trabajando en esto durante meses, y acaba de ser burlado por nuestra dulce y leal ama de llaves. Debe picar.

Quería que Jocelyn viniera a esta reunión con nosotros. Se merece los elogios por ello. Pero en cuanto llegamos al último piso de este edificio, se negó en redondo. Así que, en vez de estar aquí, planeando la muerte de nuestros traidores, está fuera, en la oficina de seguridad, tomando café y pasteles con nuestros soldados de turno.

—Eso depende de Nico —responde el tío Damien, haciéndome girar la cabeza.

—¿Yo? —suelto.

—Por tu padre. Por nuestro futuro.

Me quedo mudo durante unos segundos, pero en cuanto Theo me da una palmada en el hombro, me pongo en acción y planeo un triple ataque contra los italianos esta noche. Un ataque con el que, por suerte, todos los presentes están de acuerdo.

—Bien, ya le han oído. Galen, Stefanos, tienen soldados que organizar. Salgan de aquí.

Los hombres que están detrás del tío Damien comparten una mirada, pero no tienen valor para decir nada y salen rápidamente de la habitación, siguiendo órdenes.

—Parecían encantados —bromea Alex en cuanto se cierra la puerta, haciendo que Seb resople divertido.

—Estamos construyendo nuestro futuro —afirma el tío Damien—. Y ustedes seis lo son. Recuerdo el día en que tu padre se hizo cargo por primera vez de tu abuelo —dice, con los ojos fijos en Alex. —Tu abuelo era formidable, pero nunca lo había visto tan enfadado.

Echo un vistazo justo a tiempo para ver a Alex tragar saliva casi nerviosa.

—Obviamente, tu padre hizo un trabajo fantástico gracias a todo el entrenamiento al que le sometió tu abuelo. Pero el cambio de poder nunca es fácil para aquellos que eventualmente comenzarán a renunciar.

Los ojos del tío Damien encuentran los de Theo durante unos segundos antes de volver a mí una vez más.

—Confío plenamente en ustedes seis. Nuestra Familia estará en buenas manos cuando llegue su momento. Pero hasta entonces, todos tienen trabajo que hacer.

—Nico ha dado sus órdenes. En marcha, soldados.

—Jefe —afirmo, asintiendo una vez y empujándome de la silla.

Espero a que Theo se ponga en pie y sigo a los demás mientras se dirigen hacia la puerta.

—Nico, espera —me llama el tío Damien antes de que salga del lugar.

Mirando hacia atrás por encima de mi hombro, le sostengo la mirada.

—Estoy orgulloso de ti, hijo. Tu padre también lo estaría—.

Intento luchar contra la enorme bola de emoción que me sube por la garganta.

Tiene razón, seguro que papá estaría orgulloso. ¿Pero a qué precio? Estamos a punto de borrar de la faz de la Tierra a la mujer que amó toda su vida por intentar destruirnos.

Quizá por eso aquella noche acabó como acabó. Nunca habría sido capaz de hacer lo que hay que hacer a la luz de todo esto.

La quería demasiado.

Y, sinceramente, no puedo reprochárselo. A pesar de las apariencias, tenía un corazón enorme y era tan suave como un osito de peluche.

Es algo que nunca querría cambiar de él. Sólo espero poder adoptar algo de él, mantener su legado.

—Gracias, Jefe. Por todo.

Salgo del lugar, dejando que la puerta se cierre tras de mí y cortando cualquier cosa que pudiera decir al respecto.

Theo, Toby, Seb y Alex están ahí esperándome.

—Tiene razón, amigo. Estaría jodidamente orgulloso de ti —dice Theo.

—Estamos orgullosos de ti —añade Alex, lanzándose sobre mí y rodeándome con brazos y piernas.

—Suéltame, maldito imbécil.

—Te encanta, de verdad —bromea mientras consigo apartarlo de mí.

—Si alguna vez decido batear para el otro equipo, te lo haré saber —le digo, y veo cómo casi se le salen los ojos de las órbitas. Sus labios se separan para decir algo, pero le interrumpo—. Pero ahora mismo, necesito a mi chica, y luego tenemos una guerra que ganar.

—Claro que sí. Echar un polvo e ir a derramar sangre italiana. A mí me parece la puta noche perfecta —anuncia Seb como el pesado que es justo cuando Jocelyn se une a nosotros.

—Cierra la puta boca —ladra Toby, dándole una bofetada en la cabeza, haciendo sonreír a J.

Es más que consciente de cómo somos.

Los chicos siguen riéndose cuando entramos en el ascensor, pero el zumbido de mi teléfono en el bolsillo me distrae de sus bromas.

Daemon: Estamos en el sótano. Bri quería ver a su madre.

—Joder —ladro, volviendo los ojos de todos hacia mí.

—¿Qué pasa?

—Nada —murmuro. —Bri ha ido a ver a Jennifer.

—¿No les dijimos que no salieran del puto piso? —Toby sisea.

—Porque tus chicas siempre hacen lo que se les dice —bromea Alex.

—Puedes borrar esa mirada de suficiencia de tu cara, Deimos. Un día de estos, una mujer insoportable te va a derribar —ladra Seb.

—Joder como me gusta verla intentarlo.

—Oh, hermano. No podemos esperar, joder —se une Toby.

—¿Qué tal si nos centramos en lo que estamos haciendo en vez de estar preocupados por la infrautilizada polla de Alex? —sisea Theo, centrándose en el último soltero de nuestro grupo—. ¿Ya tienes a Ant? Necesitamos a Enzo y Matteo en esto y esperando al otro lado.

—No responde —refunfuña Alex, mirando su teléfono.

—Bueno, oblígalo —dice Theo—. No me importa lo que cueste. No vamos a joder nada de esta noche.

—Joder, ¿quién te ha nombrado jefe? Creía que este era el plan de Nico —dice Seb, pinchando al ya enfadado oso que tengo a mi lado.

—Lo es —Theo concuerda—. Y vamos a asegurarnos de que funcione como un puto reloj, porque se lo merece.

* * *

El viaje de vuelta a casa en carro es tranquilo, todos perdidos en nuestras propias cabezas sobre lo que hemos descubierto hoy.

Quería llevar a Jocelyn de vuelta a la casa, pero mi necesidad de llegar a Bri es más fuerte, así que confié en Seb y Alex para que la entregaran sana y salva con la promesa de verla mañana una vez que todo esto termine.

En cuanto el carro se detiene, salgo de allí y corro hacia la entrada oculta del piso más profundo de nuestro edificio.

Quiero enfadarme con Daemon por dejarla hacer esto sin mí, pero sé que no debo hacerlo.

Si Bri hubiera decidido que ahora era el momento para esta pequeña charla, entonces no habría habido mucho que la detuviera.

Mientras bajo las escaleras, unas suaves voces empiezan a flotar hacia mí, haciendo que el corazón me salte a la garganta.

Puede que me alivie que no haya gritos, pero eso no significa que lo que se diga no esté haciendo daño a mi chica.

Los ojos de Daemon me siguen con cautela mientras rodeo el final de la escalera, y no es hasta que asiento en señal de saludo que se relaja ligeramente.

—Intenté detenerla —dice en voz baja.

—Está bien, amigo Gracias por el aviso.

Se hace a un lado, permitiéndome ver la habitación en la que hemos metido a Jennifer.

Yo no participé en la decisión de qué hacer con ella; estaba demasiado ocupado con Bri cuando los chicos la trajeron aquí. Jodie fue la que exigió que la encerraran igual que al otro gilipollas con el que vino.

Podrían haber hecho su estancia en una celda un poco más cómoda. Que yo sepa, no la han colgado del techo como al bellaco, pero no es un lujo de cinco estrellas.

—No tuve elección —dice Jennifer cuando entro en la habitación.

Calli nota que me uno a ellos, pero Bri está demasiado concentrada en la mujer sentada al borde de la cama.

—Siempre hay una opción —Bri arremete.

—No. La única opción que tenía era mantenerte a salvo. Si me hubiera quedado en casa, me habrían hecho abortar o… —Se detiene, las lágrimas apenas se aferran a sus pestañas.

—¿O qué? —Bri chasquea, saltando a sus pies con frustración—. Prometiste contármelo todo, pero evitas responder a la única pregunta que te he hecho.

Me acerco por detrás, le rodeo la cintura con los brazos y apoyo la barbilla en su hombro.

Al principio se sobresalta, pero enseguida se da cuenta de que soy yo.

—Está bien, Sirena. Te tengo.

Le doy un beso en el cuello, sintiendo su atronador pulso bajo su cálida piel.

—Lo sé, lo siento, yo…

—La verdad, Jennifer —gruño—. No importa lo duro que sea, mi chica puede manejarlo.

Los ojos de Jennifer se suavizan ante mis palabras.

—Sé que puede —afirma con firmeza—. Mi hija es mejor mujer de lo que yo he sido nunca.

—Y se merece la verdad.

Jennifer asiente.

—Lo que Brad te dijo era verdad. Conocí a un hombre cuando tenía trece años. Era salvaje, estaba desesperada por liberarme de mi vida aburrida. Joanne andaba por la ciudad con su chico malo y yo quería participar en la acción.

—Cuando empezó a prestarme atención, me olvidé de la diferencia de edad, de lo equivocado que estaba. No me sentí mal. Me hizo sentir bien, querida y deseada.

—Obviamente, ahora sé que él lo quería así. Jugó con mis inseguridades. Pero entonces, me enamoré perdidamente de él.

—En sólo unas semanas, estaba tan loca por él que me habría tirado delante de un autobús si me lo hubiera dicho. Así que cuando las cosas empezaron a ponerse… más serias, no me lo pensé dos veces. Sólo estuvimos juntos un puñado de veces, pero fue suficiente.

—Puede que fuera ingenua, pero no estúpida. Sabía a lo que me arriesgaba, pero no me atrevía a detenerlo. Pensé que era un hombre que sabía lo que quería, y eso era a mí. Yo y un futuro.

—En cuanto no me bajó la regla, lo supe. A pesar de ser tan joven, estaba emocionada. Pensé que era un nuevo comienzo para mí. Podría alejarme de mis padres y embarcarme en una nueva vida con alguien que me quisiera.

Cuelga la cabeza.

—Los meses siguientes fueron… bueno, quiero decir los peores de mi vida, pero las cosas empeoraron aún más en los años siguientes, como seguro que Brianna te ha contado.

—¿De verdad iba a venderme? —Brianna pregunta de repente.

Jennifer traga saliva nerviosa.

—Esperé mucho tiempo antes de contárselo a mis padres, para su horror. Su primera reacción fue que debía abortar, a pesar de lo avanzada que estaba. Era demasiado joven y estúpida. Pero eso era imposible. Y ni siquiera me planteé otra opción, así que hice la maleta y me fui.

—Tenía toda la intención de ir al lugar donde se alojaba cuando estaba en la ciudad y rogarle que cuidara de mí. Después de nosotros.

—Pero cuando llegué a su casa, encontré a otra persona esperándome. Este hombre era más joven, tenía ojos y una sonrisa amables.

—Estaba tan mal que no tuve más remedio que aceptar cuando me prometió llevarme a un lugar seguro. Pero no tenía ni idea de que ese lugar seguro estaría lejos de él.

—Este tipo me contó todas estas locuras sobre el hombre al que había dejado que me dejara embarazada. Me contó historias que

parecían más propias de las noticias que de mi vida.

—Me habló de una red de tráfico de menores en la que estaban implicadas varias bandas, tanto en Inglaterra como en Estados Unidos.

—No me lo creí. Me negué en redondo. Pero al poco tiempo, todo empezó a tener sentido, y el miedo que me infundió de que mi hijo nonato estaba en peligro llegó a ser tan aterrador que no tuve más remedio que creerle.

—Hizo todo lo que pudo para ayudarme. Nuevas identidades, un lugar donde vivir, dinero. Y a cambio, hice todo lo que me pidió. Me mantuve oculta y no hablé con nadie.

—Hice todo lo que debía. Cuidé de ti lo mejor que pude. Nos trasladaba de un lugar a otro, sin dejar ningún rastro.

—De vez en cuando, me mostraba pruebas del trabajo de esas bandas y yo comprendía la necesidad de hacer lo que estaba haciendo.

—Me dije a mí misma que una vez que nacieras, me iría. Mientras nos tuviéramos el uno al otro, estaríamos bien.

—Y eso es lo que hice. Sólo que no fue tan fácil como esperaba para una niña de casi quince años y un bebé. Lo jodí todo. Pero estaba aterrorizada. Aterrorizada de que te encontraran y te alejaran de mí—.

—¿Quién era, Jennifer? —Exijo, ya no necesito el informe de ADN de Theo para atar cabos.

Lo supe en el momento en que Brianna lo mencionó antes en mi habitación; sólo que no quería creerlo.

—Por razones obvias, no usó su verdadero nombre cuando se metió en mi vida. Pero más tarde descubrí que su nombre es…

—Victor Harris —dice una voz grave desde la puerta antes de que Theo se una a nosotros con el ceño fruncido.

—¿Lo sabías? —Jennifer jadea.

—Basado en la información que Brianna obtuvo de Brad, sí.

Como si supiera lo serio que es esto, Brianna tiembla en mis brazos.

—¿Quién es? —susurra.

—Era el líder de una banda en Estados Unidos. Uno de los fundadores de la red de traficantes —explica Theo.

El grito ahogado de Brianna llena el aire mientras todos los demás se callan.

—Y por eso Brad me quería. Pensó que mi sangre le daría el poder que ansiaba.

—Le encargaron que empezara a buscar a los niños que formaron parte de todo este asunto durante los últimos veinte años más o menos. Cuando encontró pruebas de que Víctor tenía otro heredero, la misión se volvió personal —explica Jennifer.

—Él me encontró primero. No tenía ni idea de que tuviera un motivo oculto. Como he dicho, por fin estaba rehaciendo mi vida, y pensé que encontrarle a él era otro paso para encontrar una vida de la que pudiera estar orgullosa. Mi siguiente paso fue encontrarte a ti.

—Le conté todo sobre ti, aunque no esos detalles que acabamos de discutir. En lo que a mí respecta, me lo llevaba a la tumba. Todo lo que siempre quise fue que estuvieras a salvo y que vivieras una buena vida, y Joanne y Jodie habían permitido que eso te sucediera. Víctor siempre iba a ser un riesgo, pero hacía años que no sabía nada de él, así que viví ingenuamente con la esperanza de que nos hubieran olvidado.

—Me animó mucho a que nos reuniéramos. Pensé que era tan dulce de su parte. Si hubiera tenido alguna idea entonces… —Su sollozo rasga el aire.

—Mamá —dice Brianna, haciendo que los ojos de Jennifer se abran de sorpresa—. Tienes realmente un gusto de mierda en hombres.

Se hace un silencio cuando nos damos cuenta.

—No se equivoca —asiente Theo.

—¿Y ahora qué? —pregunta Calli.

—¿Es este Victor una amenaza?

—Poco probable —ofrece Theo.

—¿Está muerto? —Brianna pregunta.

—Sí —confirmo.

—Bien.

Al soltarme, Brianna se acerca a su madre. Jennifer se levanta, sosteniendo los ojos de su hija.

—¿Hay algo más que debamos saber ahora mismo que pueda poner en peligro mi vida o la de cualquiera de mi familia? —Brianna pregunta ferozmente.

Jennifer niega con la cabeza.

—No. Pero hay muchas cosas de las que me gustaría hablar contigo, si estás dispuesta.

Se hace el silencio mientras siguen estudiándose.

Sin decir nada más, Brianna gira y me mira. Los ojos se le llenan de lágrimas, pero se resiste.

—¿Hay algún lugar un poco más cómodo donde mamá pueda quedarse?

—Por supuesto, si eso es lo que quieres.

—Mantén la seguridad sobre ella. No quiero que desaparezca hasta que lo sepamos todo. Pero esto… después de lo que ha pasado. Es demasiado.

—Lo tienes, Sirena.

—D y yo lo tenemos. Ustedes tres vayan arriba.

Agarro a Bri y a Calli en brazos y me las llevo de la celda de Jennifer.

—Brianna, espera —llama antes de que desaparezcamos.

Brianna hace una pausa, pero no mira hacia atrás.

—Todo lo que siempre quise fue mantenerte a salvo. Siento haberte fallado.

Brianna respira hondo y mantiene la mirada fija en las escaleras.

—Ten por seguro que tengo gente a mi alrededor que puede hacer un mejor trabajo. Y si te lo estabas preguntando, este es Nico, mi novio.

Se me hincha el pecho ante sus palabras.

Novio. Joder, sí.

—Y matará por mí sin pensárselo dos veces si se lo digo. Vamos —dice en voz más baja antes de emprender de nuevo el vuelo.

Ninguno de nosotros habla hasta que hemos subido las escaleras y las puertas del ascensor se cierran tras nosotros.

—Bueno, entre los dos, hemos tenido una experiencia bastante mierda con las madres —dice Calli, su mano deslizándose hacia su vientre—. Mi chica nunca jamás va a dudar de lo mucho que es amada y querida.

—Tienes razón, Cal —asiento mientras Brianna se tensa a mi lado —. ¿Estás bien, Sirena?

Ella asiente mientras aprieto mis labios contra su cabeza, pero no dice ni una palabra, lo que hace que se me forme un nudo de preocupación en el estómago.

Realmente no es lo que necesito antes de empezar este trabajo.

Capítulo Veintiuno

BRIANNA

—¿Quieres que haga café? —pregunta Calli, dirigiéndose a la cocina en cuanto llegamos a mi piso.

—Claro —murmuro—. Sólo necesito un minuto.

Me zafo de Nico y me dirijo a su dormitorio.

Me duele hacerlo, pero necesito… No sé lo que necesito.

Sus ojos se clavan en mi espalda mientras intento darme un poco de espacio. Odio estar preocupándole, pero no sé qué más hacer.

Cuando la puerta se cierra tras de mí, saco el móvil del bolsillo y encuentro un mensaje de Jodie.

Mejor amiga: Está en tu bolso. Por favor, piénsatelo bien antes de hacer algo que no puedas revertir.

Exhalo un largo suspiro antes de amar su mensaje y volver a meterme el teléfono en el bolsillo.

Bajo a la cama, dejo caer la cara entre las manos y me quedo allí sentada con la cabeza dándome vueltas.

No estoy segura de lo que esperaba al ver a mi madre, pero desde luego no era sentir lástima por ella.

Es un desastre. Probablemente siempre será un desastre. ¿Pero después de ser preparada y embarazada a tan temprana edad por un hombre que planea vender a su hijo a una red de tráfico? Sí, entiendo cómo eso puede arruinar hasta al más estable de los niños.

Pero, ¿significa todo eso que puedo encontrar la manera de reconstruir cualquier tipo de relación con ella?

Puede que piense que hacía lo que podía, pero eso no excusa todos los sucesos de mi pasado. El alcohol, las drogas, los hombres.

Intento recordar cómo era ser una niña perdida de catorce años. Si hubiera tenido mala suerte, ¿habría caído exactamente en la misma trampa si algún chico hubiera mostrado el interés adecuado?

Por suerte, no llego a responder a esa pregunta, porque llaman suavemente a la puerta de la habitación antes de que Nico asome la cabeza.

—¿Sirena? —dice en voz baja, totalmente fuera de su zona de confort.

Como no digo nada, se cuela en la habitación y cierra lentamente el espacio que nos separa.

En cuanto está a mi alcance, me pongo en pie y lo rodeo con los brazos, hundiendo la cara en el calor de su cuello.

—Lo siento, Nico. Te mereces algo mucho mejor.

Se tensa al oír mis palabras.

—Sirena, ¿de qué estás hablando? Tú…

—Tu madre —susurro—. No estoy hablando de mí. Estás atrapada conmigo, tanto si te mereces algo mejor como si no —digo bromeando, con la esperanza de aligerar un poco el ambiente.

—Que se joda, Bri. No me importa nadie más que la gente en este edificio ahora mismo. Pero, sobre todo, tú.

Su mano se desliza por mi espalda hasta que sus dedos se enroscan en mi cabello, dándome pocas opciones para mirarle.

—¿Todavía me quieres con esta sangre tóxica corriendo por mis venas?

—¿Tóxica? Nena, ese capullo de nuestro sótano podría haber dado con algo. Lo que tienes no es tóxico. Es poder. Y no tienes ni idea.

—No quiero poder.

—Tal vez no. Pero lo tienes. Y habrá gente ahí fuera que se inclinará ante ti por ello.

—Sí, no. No me apunto a eso.

Se ríe entre dientes, haciéndome fruncir el ceño.

—¿Qué?

—Nena, eres un halcón.

—Lo único que soy es tuya.

Sus ojos se suavizan y una pequeña sonrisa se dibuja en sus labios.

—Me encanta, Sirena.

Inclina la cabeza, roza sus labios con los míos y todo lo que he aprendido en las últimas horas se desvanece hasta que volvemos a estar los dos solos.

Me hace retroceder hasta que la cama me golpea las piernas y luego me baja como si fuera lo más preciado de su mundo.

Se arrastra sobre mí, sus labios nunca abandonan los míos mientras sus manos acarician mi cuerpo, teniendo cuidado de donde sabe que más duele.

Su suave tacto me hace llorar una vez más. Estoy tan acostumbrada a que sea un amante brutal y rudo que cualquier otra cosa me desconcierta.

Pero me encanta, joder.

Agarrándome de las caderas, nos hace rodar, poniéndome encima.

Deslizo mis manos bajo la suave tela de su camiseta y las deslizo sobre sus duros músculos, sonriendo cuando saltan y se tensan bajo mi contacto.

Un profundo gruñido retumba en su garganta mientras hago rodar mis caderas contra su ya dura longitud.

Se lleva la mano a la nuca y me ayuda a quitarle la camisa. Apenas levanta el cuerpo de la cama; es como magia.

—Nico —grito cuando me empuja hacia arriba, golpeando mi clítoris justo en ese punto.

—Córrete conmigo, Sirena. Quiero ver cómo te corres mientras te corres en mi polla—.

Mi temperatura se dispara ante sus palabras mientras me muevo más deprisa.

—Voy a necesitar perder algo de esto.

Soltando mi cuerpo, pellizca la cremallera que recorre la parte delantera de mi sudadera con capucha y la arrastra hacia abajo, apartando la tela de mis brazos.

En un arrebato, me lo quito para poder volver a poner mis manos sobre su cuerpo.

—No me canso de ti, nena. Tu cuerpo es… joder —gime cuando me muelo con más fuerza en cuanto toma mis pechos con las manos.

Se oye un portazo en algún lugar de su piso antes de que las voces lleguen flotando hasta nosotros.

—No deberíamos estar haciendo esto —confieso sin aliento. Es muy poco convincente.

—Al diablo con eso; no hay nada más que debamos hacer.

—Nico —jadeo cuando se sienta ante mí, arrastrando mi tanque hacia abajo y chupando uno de mis pezones en su boca—. Joder.

—Más alto. Asegúrate de que todos sepan que no deben interrumpirnos.

—NICO —grito cuando hunde sus dientes en mi carne sensible, enviando un rayo de dolor a través de mi cuerpo que termina en mi clítoris dolorido.

—Me encanta verte desmoronarte.

Cambia a mi otro pecho, su mano trabaja el que abandonó mientras yo sigo rechinando, subiéndome más con la ayuda de su gloriosa polla.

Lo que realmente quiero es tenerlo dentro de mí, pero…

—Por favor —suplico, mi boca superando a mi cerebro.

—Como si necesitaras preguntar.

En un segundo, estoy apretando contra él, y al siguiente mis shorts de dormir se apartan y la cabeza de su polla está justo ahí. Justo donde la necesito.

—Nico —gimoteo, con mi lado sensible a punto de quebrarse.

Pero entonces él empuja hacia arriba, y me olvido de todo menos de nuestra conexión.

El grito que sale de mis labios cuando me empala con su polla es digno de una estrella del porno, y juro que el sonido sólo hace que él se ponga más duro.

—Te quiero, Sirena —gruñe entre empujones.

Colocando mis manos sobre sus anchos hombros, hago palanca para ayudarle.

Apoyándome en sus piernas flexionadas, lo cabalgo como una profesional, cogiendo su polla y moviendo las caderas para que golpee exactamente donde la necesito.

—Joder, Sirena. Mírate.

Abro los ojos de golpe y miro fijamente sus ojos oscuros, llenos de lujuria.

—Te necesito.

—No tanto como yo te necesito. Debería haber estado haciendo esto desde la noche que nos conocimos.

Me abstengo de señalar que más o menos lo hemos sido y me centro en mi objetivo final.

—Vamos, nena. Quiero verte destrozada como una buena putita. Joder —gime cuando mi coño se aprieta a su alrededor—. Te encanta eso, ¿verdad? Ser mi putilla.

—Sí. Tuya. Sólo tuya.

—Claro que sí. Solo mía. A la mierda cualquier apellido que tengas. El único que necesitas es el mío.

—Sí —grito, sin darme cuenta de sus palabras mientras mi orgasmo se acerca.

—¿Quieres eso, Sirena? ¿Quieres ser mía? Para siempre.

—Sí. Sí. Nico, por favor. Tuya. Para siempre.

Las palabras caen de mis labios como súplicas mientras finalmente me lanzo desde el borde y grito su nombre al estrellarme.

Me agarra con fuerza mientras me folla hasta que me libero.

Pero no se corre conmigo, y me doy cuenta de por qué cuando termino y prácticamente me tira de espaldas, se sienta a horcajadas sobre mis caderas y se masturba delante de mí.

—Eres mía, Sirena. Joder, siempre —ruge antes de que hilos calientes de semen cubran mi pecho desnudo.

Echa la cabeza hacia atrás y yo lo observo fascinada. Es tan jodidamente hermoso cuando pierde el control.

Tras largos segundos, sus ojos vuelven a encontrarme antes de caer sobre el desastre pegajoso de mi pecho.

Alarga la mano y empieza a escribir algo a través de su semen. Tardo unos segundos en darme cuenta, pero en cuanto lo hago, se me corta la respiración y mi ritmo cardíaco vuelve a acelerarse.

Señora Cirillo.

* * *

Después de levantarse para agarrar un pañuelo con el que limpiarme, Nico vuelve a subirse a la cama a mi lado y me atrae hacia su calor.

El silencio nos rodea durante mucho tiempo mientras nuestro ritmo cardíaco vuelve a la normalidad y nos aferramos los unos a los otros para apoyarnos.

Los minutos pasan. Siguen las voces en su sala, pero nadie viene a molestarnos, y desde luego Nico no da muestras de querer ir a hablar con nadie.

Pero, al final, los pensamientos que me dan vueltas en la cabeza son demasiado y tengo que romper el silencio.

—¿Quieres hablar de ello? —susurro. A pesar de lo callada que estoy, su cuerpo sigue sobresaltándose debajo de mí.

—Depende de qué parte estés hablando. La de que mi madre es una traidora mentirosa y tramposa o la de que mi chica forma parte de una de las bandas más conocidas de América.

Respiro para responder, pero rápidamente descubro que no tengo mucho que decir sobre ninguno de los dos temas en este momento.

—Pensándolo bien, creo que prefiero el silencio.

Suavemente, Nico me da la vuelta, desabrochándome de su lado para poder mirarme.

—¿Qué sabes de él? —pregunto, necesitando algo—. Aparte de toda la jodida mierda de la banda —añado.

Nico se lo piensa un momento.

—La mejor persona para hablar de todo esto sería Stella.

Me pellizco las cejas.

—Stella, ¿por qué? —Pero cuando esa última palabra sale de mi lengua, respondo a mi propia pregunta—. Ahí es donde vivía.

—Galen estuvo allí un rato, ayudando con algunas cosas.

—¿Los conoce?

—No lo sé, pero ella sabrá de ellos de una manera que ninguno de nosotros sabe. Todo lo que sé son rumores y cotilleos.

Asiento, comprendiendo por qué probablemente no está muy dispuesto a contarme lo que ha oído.

—Víctor tiene otros hijos, sin embargo. Varones, por lo que sé.

Se me corta la respiración.

—¿Tengo hermanos?

—Sí, nena. Lo sabes. Sé que todo esto es mucho para tomar, confía en mí, lo sé. Pero sea lo que sea lo que quieras hacer con todo esto, sólo quiero que sepas que estoy aquí para ello, ¿vale? Si quieres olvidarlo todo, entonces lo dejaremos de lado. Si quieres aceptarlo, también estaré a tu lado para eso.

—Mamá dijo que Brad fue enviado para encontrar a los chicos involucrados en todo esto. No puedo ignorar que hay alguien buscándome. —La preocupación cubre las facciones de Nico mientras considera mis palabras—. ¿Sabemos quién está detrás de esto?

Sacude la cabeza. —Podemos averiguarlo. Todo está en el pasado, así que esperemos que sólo sea alguien investigando y no haya de qué preocuparse.

Por mucho que quiera estar de acuerdo con eso, pienso en nuestras vidas. ¿Realmente vamos a tener tanta suerte?

Mientras el silencio vuelve a extenderse entre nosotros, el ceño de Nico se frunce aún más.

—Háblame —le ruego, alargando la mano para suavizar su línea de preocupación.

—No puedo creer que fuera ella. Y él. Debería haberlo visto venir. No ha sido más que una vaca fría y sin corazón desde que papá murió. Debería haber sido obvio.

—No, Nico. Esto no es cosa tuya —le aseguro, odiando la forma en que se está machacando.

—Si no me hubiera perdido como lo hice después de esa noche, tal vez habría visto…

Me inclino hacia delante y apoyo mi frente en la suya.

—Nico, esto es obra de ella. No tuya. Ella los vendió a todos, no al revés.

—Ella lo mató, Sirena. Toda esa noche sólo ocurrió porque ella les dijo dónde estábamos, qué hacíamos. La emboscada en La Mansión fue gracias a ellos. Christos se habrá enterado de dónde estabas, y se lo dijo a ella. —Me agarra con más fuerza—. Se lo dijo, joder, y los mandó a por ustedes. ¿Qué clase de mujer hace eso a sus hijos?

Las lágrimas que llenan sus ojos me parten el corazón en dos.

Durante casi toda mi vida, me he hecho preguntas similares. ¿Qué hice para que mi madre me odiara tanto como para permitirme sobrevivir a duras penas como lo hicimos?

Comprendo su dolor más de lo que probablemente pueda expresar, y lo siento con la misma intensidad.

—No has hecho nada —le digo, pasándole el pulgar por debajo del ojo cuando por fin cae una lágrima.

Verle romperse es jodidamente doloroso, pero estoy decidida a ser todo lo que necesita, a mantenerle en pie incluso mientras lucho contra mi propia mierda.

Por separado, ambos podríamos caer. Pero juntos, somos fuertes. Tan jodidamente fuertes.

—Somos más fuertes que las mujeres que nos dieron a luz, Nico. No somos el producto de sus errores. Podemos hacer el bien, mucho bien, y podemos ser quienes queramos ser a pesar de su influencia en nuestras vidas.

—La familia es mucho más que sangre. Es lealtad y risas. Es sufrimiento y dolor en común, y sostener a alguien cuando parece que se va a caer. La familia es lo que tú haces de ella, y probablemente estarás de acuerdo en que tenemos una jodidamente épica. Y que se joda cualquiera que los amenace. Que nos amenace. Que…

Un suave golpe en la puerta interrumpe mis palabras.

—Siento interrumpir, pero tenemos trabajo, Nic —dice Theo al otro lado de la puerta.

Nico se tensa en mis brazos.

—No se trata de lo que ha ocurrido en el pasado. Se trata del futuro que nos espera. Es por Calli y tu sobrina, por Theo como futuro jefe, por ti como su mano derecha. Es por nosotros y por lo que sea que nos depare el futuro.

—Es para tu padre, Nico.

—Joder, nena —ahoga, rodeándome con sus brazos y estrechándome contra su pecho—. Te quiero, joder.

—Yo también te quiero —le susurro al oído—. Ahora sal y termina esto. Es hora de la venganza. Mira a ese hijo de puta a los ojos y vuélale los putos sesos por el dolor que ha causado a nuestra familia.

—Realmente tienes facilidad de palabra, Sirena —me dice, apartándose del calor de mi cuello con una sonrisa en los labios.

—No me gustaría decepcionarte —bromeo.

—Imposible.

—Nico, tenemos que salir —Theo chasquea.

—Te he oído, joder. Dame un minuto.

—Tardará más que eso en localizar tu pequeña polla. Déjalo para más tarde. Si tienes suerte, puede que incluso te la lama para celebrarlo.

—Vete a la mierda, primo.

—Se acostó con alguien antes de venir aquí —digo con confianza —. No suele estar tan alegre.

—Salir a matar a miembros de tu familia puede joder hasta al más frío de los gilipollas —dice en voz alta, asegurándose de que Theo le oye.

—Dos minutos, o te vienes en calzoncillos —advierte Theo.

—Capullo exigente —murmura Nico, levantándose por fin de la cama.

Me incorporo y veo cómo se quita el pantalón para ponerse el uniforme.

El cambio en su personalidad a medida que se viste es alucinante. Con cada prenda de ropa negra, juro que su presencia se vuelve más dominante, controladora, feroz y peligrosa.

Y mentiría si dijera que no estaba aquí sentado salivando por mi hombre.

Me hace preguntarme qué tan jodido es mi ADN para sentirme tan atraído por un hombre que está a punto de salir y…

—¿Sirena? —dice, sacándome de mis oscuros pensamientos.

Me lamo los labios secos, trago saliva y le miro.

—Dije tu nombre como cuatro veces. ¿Algún problema? —La sonrisa en su cara me dice que sabe exactamente cuál es mi problema.

—No, sólo… date prisa en volver.

—Confía en mí —dice, acercándose a la cama y cogiéndome la barbilla con la mano—. No tengo intención de estar lejos de ti más tiempo del necesario.

Le miro fijamente con el corazón en la garganta.

—Ojalá pudiera ir —confieso. Odio la idea de enviarle a hacer esto solo. Bueno, no solo. Sólo… sin mí.

—Estaré de vuelta entre tus muslos antes de que te des cuenta.

—¿Es una promesa, señor Cirillo?

—Demasiado jodidamente cierto que lo es.

Me pone en pie y hace que me tiemblen las rodillas con otro beso abrasador antes de arroparme a su lado y dirigirse hacia la puerta para reunirse con los demás.

Capítulo Veintidós

NICO

Con su mano fuertemente agarrada a la mía, levanto la cabeza y marcho hacia donde sé que me esperan los demás.

—Ya era hora, hermano —se burla Alex, y no tarda en darse cuenta de que es el único.

Los otros lo entienden. No querían volver a dejar a sus chicas para ir a acabar con esos capullos. Pero no tienen elección.

Sólo rezo para que sea la última vez.

Siempre tendremos enemigos ahí fuera. Gente que cree que puede sacar lo mejor de nosotros si lo intentan. Pero normalmente nunca es así. Normalmente, nos ocupamos de nuestros problemas y seguimos adelante con la vida. O al menos, esa ha sido nuestra experiencia hasta ahora. Quizá me equivoque. Sólo hemos sido parte de todo esto por un par de años. Tal vez sea lo que deberíamos esperar en el futuro, cuando todos empecemos a desempeñar un papel más importante en esta Familia.

—¿Estás bien? —pregunta Toby, capaz de ver bajo la máscara que me puse antes de salir de mi dormitorio con mi chica a mi lado.

—Estaré mejor cuando acabe y vuelva aquí.

Empujo a Brianna hacia mí y le doy un beso en la cabeza.

—Nunca pensé que veríamos el día, hombre. Pero te queda jodidamente bien —afirma Theo. —Espero que sepas lo afortunado

hijo de puta que eres.

—Sí, quiero —digo, luchando contra una sonrisa cuando Brianna me clava los dedos en las costillas.

—No puedo creer que haya perdido a mi compinche —se enfurruña Alex—. ¿Quién va a salir y celebrar nuestra épica conmigo esta noche?

—Ant por fin será libre; llévatelo —dice Daemon, observando a su hermano de cerca—. Llama a Isla si es necesario.

—¿Isla? —Alex ladra—. ¿Qué coño has estado bebiendo?

Daemon se encoge de hombros, pero está cargado de palabras no dichas que Alex parece oír perfectamente.

Puta mierda de gemelos raros.

—Bien, bueno, ¿estamos listos para golpear esto? —Seb pregunta, frotándose las manos.

Reafirmándome, le doy a Brianna un último apretón antes de soltarla.

—Sí, vamos.

Antes hemos elaborado un plan sólido con el jefe.

Theo y yo nos dirigimos al lugar de encuentro para sacar a Ricardo con el tío Damien, Stefanos y Galen.

Alex, Seb y Ant se dirigen al complejo italiano donde se encontrarán con Matteo y Enzo y se cargarán a todos los italianos que sigan el plan de Ricardo. Y Daemon y Toby se dirigen al hotel donde está la zorra de mi madre mientras un par de otros van a interceptar a Christos, a quien obviamente se ha mantenido completamente al margen de todo este plan.

Sólo rezo para que sea suficiente.

Si no son nuestra única fuga y estos cabrones nos esperan una vez más…

Un violento escalofrío recorre mi espina dorsal.

—Ni se te ocurra, Nico —advierte Theo—. Esta noche, recuperamos nuestro poder, nuestro territorio. Y tú obtendrás la venganza que ansías.

Le hago un gesto con la cabeza. Todas estas semanas, cuando he estado pensando en vengarme por la muerte de papá, me he imaginado a ese puto italiano. Pero demasiado rápido, esa cara se

ha transformado en otra. Ricardo pudo haber sido el que dio el golpe esa noche y nos jodió tantas veces desde entonces. Pero fue ella quien lo orquestó.

Puede que no conozca toda la historia, pero sé que ella ha sido la titiritera. Y no sólo va a conseguir que la maten a ella, sino también a Christos.

Una cara aparece en mi mente. Jerome y yo nunca hemos sido realmente amigos. Puede que hayamos crecido juntos, pero somos muy diferentes. Nunca abrazó esta parte de nuestras vidas como nosotros, y eso le ha mantenido al margen de nuestro pequeño grupo.

—Jerome —suelto, haciendo que todos me miren. Me centro en Alex y le explico—. Deberías salir con Jerome esta noche. Lo va a necesitar.

—¿Crees que alguna vez ha salido a ligar con una mujer? —pregunta Seb divertido.

—Diablos, no —ladro—. Pero esta noche podría ser la noche perfecta para descubrir el coño.

La mano de Brianna dándome una palmada en el pecho me corta la risa.

—Eres un cerdo —murmura.

—¿Ah, sí? —pregunto, enredando el dedo en su cabello y arrinconándola contra la pared. —Creo que te encanta.

Jadea cuando engancho su pierna alrededor de mi cintura y aprieto mi semi contra ella.

—Bájala de una puta vez, Nic. Necesitamos que pienses con la cabeza, no con la polla —ladra Theo.

—¿Cuándo demonios ha pasado eso? —Toby pregunta.

—¿Quién es? —Daemon pregunta cuando mi puerta se abre.

—¿Ant?

Cuando más de un par de pasos se acercan a nosotros, el corazón me da un salto en la garganta y me pongo delante de Brianna, con la mano en la pistola a la espalda, lista para sacarla.

Probablemente sea exagerado, pero ya estoy en esa tesitura, y nadie va a tocar a nadie que me importe esta noche.

—Oh, diablos, no —ladra Theo un tiempo antes de que llegue a ver quién se ha unido a nosotros. —No. No. De ninguna puta manera.

Cuatro caras emocionadas nos devuelven la mirada.

Como nosotros, van de negro de los pies a la cabeza y tienen un aspecto feroz.

—Bri —dice Jodie—, te hemos traído un conjunto si te apetece.

—No —vuelve a decir Theo, aparentemente incapaz de articular ninguna otra palabra ante la fuerza de su mujer, Stella, Jodie y mi jodida hermana pequeña allí de pie, listas para ir a la guerra con nosotros.

—Uh-uh, no —dice Emmie, dando un paso adelante y señalando con el dedo a su esposo. —No nos vas a marginar por esto. Ni de coña.

—Esta no es sólo su guerra —se une Stella—. Es nuestra guerra. Y no vamos a quedarnos aquí, ni a escondernos en un hotel de lujo como damiselas en apuros. No después de lo que pasó la última vez.

—Y, de todos modos —añade Calli—, el tío Damien ya lo ha aprobado, así que no puedes hacer nada al respecto. —Sonríe, sus ojos se mueven entre Daemon, Theo y yo. La satisfacción está escrita en su cara, y en la de todos ellos, porque saben que no iremos contra el jefe.

—Bien —dice Theo—. Iré a buscar armas extra.

—Espera —le digo antes de que se marche a por más armas—. No estarás considerando esto…

—¿Qué coño quieres que te diga, Nic? Pensé que tú más que nadie querrías toda la ayuda posible esta noche. Sé que pueden manejarlo. Seb, Daemon y Toby también. ¿Quieres a Brianna a tu lado mientras sacas a ese hijo de puta de su miseria, o la quieres aquí sin saber lo que está pasando?

Brianna me rodea con el montón de ropa negra en las manos y sus ojos azules buscan los míos con vacilación.

Ha pasado por mucho últimamente. Debería exigirle que se quede aquí y descanse. Joder, todos deberían estar aquí, fuera del puto peligro. Pero en realidad, esto no debería ser una sorpresa. Ya han discutido bastante en el pasado; deberíamos haberlo visto venir.

—¿De verdad quieres hacer esto? —pregunto, con el estómago hecho un nudo y el corazón latiéndome con fuerza ante la idea de que se ponga en peligro.

No ha sido entrenada como Stella y Emmie, ni ha dedicado horas a ponerse al día como Calli y Jodie.

—¿Qué? ¿No crees que puedo soportarlo? —pregunta, frunciendo una ceja.

Pienso en La Mansión, en cómo los protegió a todos sin pensarlo dos veces.

—Sirena, sé que puedes hacerlo. Tienes cinco minutos —le digo antes de pegar mis labios a los suyos y darle una palmada en el culo mientras gira.

—Sí —canta Emmie, aplaudiendo emocionada.

—Cuidado, Fierecilla. Casi pareces una chica normal haciendo eso —comenta Theo, que vuelve con un montón de armas que ha robado de mi escondite.

—Vete a la mierda, Cirillo. Soy toda la chica que podrías necesitar.

—No es esa la puta verdad. Y gracias por todo esto, pero ya estamos cargadas.

Emmie se sube el dobladillo de la falda, ya de por sí muy corto, y deja al descubierto una funda cargada.

—Joder.

—Mira, la cara de orgasmo de Theo —dice Alex—. Será mejor que vayas a limpiarte, amigo. Nadie quiere ir a una pelea con semen en los pantalones.

Theo echa humo en silencio mientras los demás se ríen a su costa.

—¿Y dónde escondes exactamente todo lo tuyo, Diablilla? —pregunta Seb, merodeando hacia su chica.

—Eso lo sabré yo y lo averiguarás tú —bromea.

—Vale, estoy lista —anuncia Bri, entrando en la habitación con más confianza de la que creo haber visto nunca en ella.

Se me hace la boca agua mientras recorro su cuerpo con la mirada. El pantalón negro le sienta como una segunda piel,

resaltando cada una de sus pecaminosas curvas. Y el top acentúa su ya de por sí increíble pecho.

—He cambiado de opinión. No puedes dejar este piso con ese aspecto.

—Oye —bromea Theo—. Al menos tengo fácil acceso. Buena suerte metiéndote en esos pantalones—.

—¿Fácil acceso? —Emmie se burla—. Tendrás mucha suerte.

Se le echa encima tan rápido que ella no tiene ninguna posibilidad de verlo venir. Aunque, mientras él la mira fijamente con la barbilla agarrada, ella no hace más que sonreírle, y me doy cuenta de que todo formaba parte de su plan.

—Están todos jodidamente locos. Lo saben, ¿verdad? —Alex murmura—. Y están buenísimas, pero eso es por el camino. ¿Listo para ir a matar a algunos hijos de puta? —pregunta, caminando por la habitación hacia mi puerta principal.

Trago saliva cuando Brianna se acerca a mí y me pasa las palmas de las manos por el pecho.

—¿De verdad te parece bien? —pregunta en voz baja.

—¿Tenerte a mi lado mientras mato a nuestros enemigos? Sí, Sirena. Estoy más que de acuerdo con eso. Sólo… por el amor de Dios, haz lo que te digo.

Me mira y pestañea.

—Te prometo que me portaré bien —bromea, antes de estirar la mano y apretarme los huevos.

—Y eso tiene que parar a menos que vayas a reventarme en la parte de atrás del carro de Theo en el camino.

—Eso no sucederá.

—No te preocupes, grandulón. Yo puedo distraerlo para que tú puedas tomar un poco —dice Emmie, dándome una palmada en el hombro al pasar.

—Te quiero, Sirena. —Tirando de su mano, la atraigo hacia mi cuerpo.

—Tú y yo, Nico —susurra contra mis labios.

—Puto cielo, nena. Ahora vamos a mostrarle a algunos hijos de puta el infierno.

A pesar de todas nuestras bromas, en el momento en que todos entramos en el ascensor para descender por el edificio, una oleada de seriedad envuelve a nuestro grupo.

No digo ni una palabra mientras sujeto con fuerza las manos de Brianna y Calli entre las mías.

Levanto la vista y me encuentro con los ojos de Daemon. A pesar de su máscara, puedo ver su preocupación por esto. Pero no va a decir nada.

Todo lo que ha hecho desde que está con mi hermana es ayudarla a crecer. La ha ayudado a descubrir la mujer que siempre debió ser, y por mucho que quiera exigirle que se quede atrás, encerrada en su castillo como siempre ha hecho en el pasado, sé que no me corresponde.

Calli es su propia mujer. Puede tomar sus propias decisiones, y si necesita estar aquí para esto, ¿quién soy yo para discutir?

Ha perdido tanto como yo con Ricardo, y me imagino que tendrá algunas palabras que decirle a nuestra madre con esta nueva revelación. ¿Quiénes somos nosotros para detenerla?

Es una Cirillo. Nació feroz, aunque intentáramos sofocarlo.

La tengo —dice Daemon y yo asiento, confiando en que arriesgará su vida para protegerla.

Mis ojos observan a los demás, fijándose en la feroz determinación de sus rostros, mientras una extraña mezcla de emociones se apodera de mí.

Emoción, alivio, dolor. Todo confluye en un gran lío. Un desastre con el que no sé qué hacer.

Sacó lo mejor de mí antes, cuando Bri y yo estábamos solos. Pero me niego a dejar que gane ahora.

Ambos vamos a tener mucho que trabajar y procesar cuando todo esto termine. Pero tengo toda la intención de hacerlo juntos. Y si eso significa que ella tiene que ser testigo de mi ruptura, que así sea, porque tengo toda la intención de estar ahí para mantenerla unida cuando ella también lo haga.

No hace tanto tiempo que me habría considerado débil por permitir que otra persona viera mi pena, mi dolor, mi angustia. Pero Brianna me está demostrando rápidamente que me equivoco.

Tenerla a mi lado, saber que lucha por mí, conmigo, me hace más fuerte.

Y sé que no sería capaz de hacer lo que voy a hacer sin ella a mi lado.

El ascensor suena anunciando nuestra llegada y, mientras los demás salen, atraigo a Brianna hacia mí y la abrazo con más fuerza.

—Lo eres todo —susurro antes de soltarla por fin y seguir a los demás.

Capítulo Veintitrés

NICO

Me deslizo en la parte trasera del carro de Theo justo detrás de Brianna.

No se dice nada mientras nos preparamos para partir, pero en cuanto mis ojos se fijan en los de Theo por el retrovisor, me detengo.

No dice ni una palabra. No lo necesita.

Respiro hondo, me reclino y cierro los ojos.

Esto es todo. Aquí es donde termina.

Me sobresalto cuando el calor de la mano de Bri se posa en mi muslo.

Su apoyo y su amor se filtran a través de mi piel, calentándome desde dentro hacia fuera.

Con los ojos cerrados, pongo mi mano sobre la suya.

Theo sale rodando, la tensión en el carro es casi insoportable mientras nos dirigimos al lugar de la reunión.

Por suerte, no ocurre en medio de la ciudad, y ha elegido uno de los almacenes vacíos que Mickey utiliza de vez en cuando para las peleas del Circuito como lugar seguro para reunirse con este proveedor.

Funciona perfectamente para nosotros. Y si tenemos suerte, podemos entrar y salir antes de que nadie se entere de que está

ocurriendo algo.

El sol se pone mientras cruzamos la ciudad, el calor de los últimos rayos calienta mi piel a través de la oscura ventanilla del carro de Theo.

Los demás han tomado otras direcciones para ir a sus propios trabajos, dejándonos a los cuatro aparcados unas calles más allá del polígono industrial.

Nos dirigimos a la parte de atrás, subiendo por la antigua verja perimetral que protegía este lugar cuando estaba en uso. Ahora, sin embargo, tras años de abandono, está destrozada, el suelo cubierto de basura, botellas vacías y alguna que otra jeringuilla. No es exactamente mi lugar ideal para pasar la noche con mi chica. Pero es lo que hay.

Con mi mano alrededor de la suya, la conduzco hacia un viejo contenedor casi quemado.

Parece muy inestable, pero es el lugar perfecto para divisar la llegada de Ricardo.

—Toma —dice Theo, entregándome un auricular.

—¿Y nosotras? —Emmie pregunta.

—Eres un grano en el culo, Emmie Cirillo —murmura, pasando otro comunicador tanto a su mujer como a mi chica.

—Ah, como si no lo supieras —se burla.

—No es demasiado tarde para enviarte de vuelta a casa, ¿sabes? —murmura, haciendo que ella ponga los ojos en blanco—. Cuidado, Fierecilla. Tenemos tiempo; no tengo problema en llevarte sobre mi rodilla y castigarte por la actitud.

Los ojos de Brianna se posan en los míos y una sonrisa se dibuja en sus labios.

—¿Te gusta cómo suena eso, Sirena? —pregunto, mi polla cobrando vida ante la imagen que surge en mi mente.

Su sonrisa se vuelve francamente sucia mientras me observa.

—Vale, ya basta —ladra Theo. —Necesitamos concentrarnos.

—Tú empezaste —murmura Emmie. Brianna suelta una carcajada, pero rápidamente intenta disimularla tosiendo cuando Theo la fulmina con la mirada.

—Cuando enciendo esto, todo son negocios. Nadie al otro lado necesita confirmación de cuánto más grande es mi polla que la de Nico, o de cómo dejo a mi chica con las rodillas más débiles que Bri. —Le guiña un ojo a Bri, haciéndome gruñir.

—El hecho de que tengas que sacar el tema demuestra lo acomplejada que estás por tu actuación, primo.

—Créeme, su ego no es tan grande.

—Claro que sí, chica —se ríe Brianna, levantando la mano hacia Emmie para chocar los cinco.

—¿Tenemos que llevarte a casa, o vas a encontrar una manera de ser útil?

—Entendido, jefe. Danos órdenes —ronronea Emmie, mirando a Theo y pestañeando.

—Si esto sale mal, entonces yo culpo…

—No va a salir mal —le aseguro. —Tenemos esto, ¿verdad?

—De acuerdo —coinciden ambas chicas.

—Ahora, pon las comunicaciones en marcha y destrocemos a este hijo de puta.

El pequeño aparato crepita en mi oído cuando cobra vida antes de que Theo empiece a hacer las pruebas.

Cuando la voz del tío Damien me llena el oído, confirmándome que están en su sitio, me relajo un poco.

Acurrucándose a mi lado, Brianna me mira y me aprieta el brazo en señal de apoyo, pero, como buena soldadita, se queda callada, esperando órdenes.

—Tenemos noticias de que están en ruta. Tiempo estimado de llegada, diez minutos —dice Stefanos—. Déjalos entrar, permíteles pensar que todo está bien, luego los tomamos por sorpresa. Disparar a matar.

—Ricardo es mío; ningún hijo de puta le dispara —ladro.

—Ya lo tienes, hijo —asiente el tío Damien.

Se hace el silencio. El corazón me late en el pecho, la sangre me corre por los oídos mientras deseo que los minutos pasen más rápido.

He esperado mucho tiempo para esto. Necesito mirar a ese cabrón a los ojos, que reconozca todos sus errores antes de enviarlo

con un billete de ida al infierno.

Me concentro en mi respiración, deseando que mis manos dejen de temblar.

Nunca estoy tan al límite. Pero un trabajo nunca había sido tan personal.

Y no he tenido a mi chica a mi lado a punto de entrar en un puto tiroteo.

Miro a mi izquierda, mis ojos encuentran los de Theo, y juro que veo la misma vacilación escrita en su cara.

Pero cuando miro a Emmie y Bri, ambas están totalmente concentradas.

Joder, espero que hayamos hecho lo correcto.

—Carro —afirma Emmie, oyendo primero el motor que se acerca.

—Lo tengo —asiente Stefanos.

Unos segundos después, un todoterreno negro rodea el edificio y se detiene en la entrada.

Juro que el tiempo se detiene mientras esperamos a que se abran las puertas.

Cada segundo que pasa, más crece mi miedo.

¿Y si nos han visto?

¿Y si hay otra filtración y lo saben?

¿Y si están en nuestras comunicaciones?

Justo antes de decir algo, suelto el aliento que no sabía que estaba conteniendo cuando se abre la puerta trasera y sale el subjefe de Ricardo.

Se alisa la chaqueta antes de abrochársela y comprobar que su pistola está bien sujeta en la cintura.

—Armado —gruñe Theo.

—Pero les superamos en número —añado—. El conductor se queda. Los objetivos se dirigen al interior —digo concentrándome en el movimiento de la cabeza de Ricardo que apenas puedo ver por encima de la capota del carro.

En cuanto la puerta se cierra tras ellos, Theo se mueve, saca su pistola de la espalda y enrosca un silenciador en el extremo.

—Están dentro. ¿Listos? —pregunta, su voz fría y calmada como la mierda.

—Listo —confirma Stefanos.

—A la de tres —dice el tío Damien, pero que le den.

Lo estamos haciendo ahora.

—Tres —ladro, arrancando mi brazo del agarre de Bri y avanzando.

He disparado una bala a través de la ventanilla del conductor antes de que Theo tenga siquiera la oportunidad de reprenderme por haberme precipitado.

Me ladra órdenes directamente al oído, pero no oigo ni una palabra mientras me dirijo hacia el edificio y abro la puerta de un tirón.

—Demasiado para ser jodidamente discreto.

—Joder discreto, este cabrón tiene que saber que está perdido.

Empujo hacia delante, apuntando a la habitación del fondo, y en cuanto abro la puerta, una puta bala rebota en ella.

—Hijo de puta —siseo.

Un movimiento detrás de mí me llama la atención: Emmie y Brianna me siguen con Theo detrás.

—Em, haz lo tuyo —le exige antes de que ella se lance a la habitación sin dudarlo un carajo.

Las armas disparan y estalla el caos, y mi corazón salta a mi garganta antes de seguir su ejemplo con mi pistola delante de mí y un par de ojos en mi mente como objetivo.

Todo a mi alrededor se desdibuja mientras disparo a cualquiera que no sea miembro de mi Familia.

Aquí hay más gente de la que esperábamos, pero pronto queda claro que no todos están del lado de los italianos.

Los contactos con los que se reunía Ricardo no tardan en sacar sus propias armas y, en cuestión de minutos, su subjefe se desangra en el suelo y el arma de Ricardo queda fuera de su alcance.

—Nosotros nos encargamos a partir de aquí —dice el tío Damien, poniéndose a mi lado mientras miro con odio puro a Ricardo, que tiene más de un puñado de cañones apuntándole directamente—. Lamento cualquier pérdida que hayas sufrido.

—Te costará —dice uno de sus hombres, el jefe supongo, antes de que bajen varias armas y los hombres retrocedan.

—Valdrá la pena. Estaré en contacto.

No aparto la mirada ni me muevo un milímetro mientras nos quedamos solos.

—Ricardo Mariano, ha pasado tiempo —se burla el tío Damien—. Pero sabíamos que al final te atraparíamos.

Sus ojos rebotan entre los míos y los del tío Damien, pero si tiene miedo de su muerte inminente, no lo demuestra.

Mi dedo aprieta el gatillo, más que dispuesto a acabar con esto ya.

No necesito oír nada de él.

Pensé que habría querido oírle gritar y suplicar por su vida. Pero, sobre todo, solo quiero irme con mi chica del brazo.

Pero entonces sus ojos se desvían por encima de mi hombro y una sonrisa se dibuja en sus labios.

—Bueno, que me jodan. Realmente debes estar raspando el barril si has traído mujeres para luchar en tus batallas —se burla.

Miro a mi izquierda cuando mi chica se pone a mi lado, con su traje negro ceñido y una pistola en la mano, parece el sueño húmedo de cualquier hijo de puta.

—Yo no las subestimaría si fuera tú.

—Ya he doblado mi número de cadáveres italianos esta noche —se burla Bri, haciendo que el orgullo se hinche—. Tu chico —se burla, moviendo la barbilla hacia el hombre que se desangra a los pies de Ricardo. —Se ve bien con mi bala en el pecho, ¿no crees?

—No tan bueno como el del fin de semana pasado con una botella de champán empalada en el cuello —contraataca Emmie, completando nuestro círculo junto a Theo.

—Cierto.

Ricardo arruga los ojos con diversión.

—¿De verdad se supone que debo tenerles miedo a estas perras? —Su pregunta termina con un rugido de dolor cuando Emmie le dispara en la rodilla.

—Oh, disculpitas. ¿Quién sabía que este gatillo hacía eso?

—Puta loca de mierda —ruge Ricardo.

—Tú sabrías todo sobre eso, ¿no? Te has estado tirando a mi madre, después de todo—. Sinceramente, no tengo ni idea de si eso

es verdad, pero es lo único que tiene sentido después de lo que hemos descubierto hoy.

Su única reacción a mi afirmación es que se le abren las fosas nasales, pero es todo lo que necesito.

—El mérito es tuyo, nos has tenido persiguiéndonos durante un rato. Pero nunca ibas a ganar. Especialmente cuando conseguiste la ayuda de esa perra. ¿Cuál era el plan, eh?—

—Que te jodan —se burla, con sangre y saliva brotando de su boca.

—Sabes, realmente preferiría dejárselo a mi madre. Parece que se le da muy bien, después de todo.

Esta vez, su mandíbula tics.

—Aw, no nos digas que fuiste y te enamoraste de ella.

—Ella es mía —ruge—. Nunca fue suya.

—Vaya —me rio—. ¿De eso se trataba todo esto? Un pobre amante despechado se enfrenta al imperio Cirillo.

—Sólo se casó con él porque la dejó embarazada de ti antes que yo.

No reacciono; me importa una mierda todo esto. Aunque hay una parte de mí que espera que esté diciendo la puta verdad con eso.

—Deberías habernos hecho un favor a todos y llevártela después de que tuviera a mi hermana. Podrían haber huido juntos hacia el atardecer y arruinarse la vida mutuamente lejos de todos nosotros.

—¿Y dejarte aquí con todo el poder? Jodidamente improbable.

—¿Cómo te va con la alternativa? —pregunta Theo.

—Está muerta, Ricardo. Hemos enviado a unos tipos a por ella; ya habrán acabado con ella. ¿Y ahora qué?

—No, está protegida. No puedes llegar a ella.

El flash del teléfono de Theo me llama la atención mientras lo sostiene para que Ricardo lo vea.

Lo que sea que haya ahí hace que la sangre se drene de su cara.

—¿Nos crees ahora?

—La has cagado yendo a por nosotros, Ricardo. Tus propios hombres piensan lo mismo. Es una pena que no tengas la oportunidad de enfrentarte a tus hermanos y oírlo de ellos. Están

demasiado ocupados derrocando tu régimen con los hombres que dejaste en tu recinto.

—No —grita.

—Cosita, ¿quién creías que te estaba dando información todo este tiempo? Deberías estar orgulloso. Matteo hará un trabajo fantástico sustituyéndote. Ant también. Se recuperó bien, por cierto. Estoy seguro de que estabas a punto de preguntar por su bienestar.

Probablemente debería sentirme engreído, señalando todos sus fallos. Pero no lo hago.

Me aburro.

Aburrido de su cara. Aburrido de tener nuestras vidas controladas por este jodido retorcido. Aburrido de mirar por encima de mi hombro cada vez que salgo de nuestro edificio.

—Probablemente deberíamos quedarnos contigo y tratarte como hiciste con Ant y Daemon. Pero sinceramente, ni siquiera puedo molestarme. —Doy un paso adelante, sosteniéndole la mirada con firmeza—. Papá, esto es por ti.

El disparo atraviesa el aire, su potencia hace que mi cuerpo retroceda bruscamente mientras la bala encuentra su hogar en el cráneo de Ricardo Mariano.

El calor de su sangre me salpica por delante, cubriéndome la cara. Pero no hago nada. Me quedo ahí de pie mientras él cae al suelo, con los ojos muy abiertos y mirando al techo.

—Púdrete en el infierno, pedazo de mierda —murmuro antes de limpiarme la cara con la manga y volverme hacia mi chica.

Nuestras miradas se cruzan y ella levanta un poco más la cabeza, sin amilanarse ante lo que acaba de presenciar.

—Se acabó. Vámonos a casa.

Chilla cuando la levanto y me la echo al hombro.

—Hasta luego —digo con un gesto de la mano antes de salir del edificio y dejar a ese capullo donde debe estar.

En mi puto pasado.

Capítulo Veinticuatro

BRIANNA

—Nico, bruto. Bájame de una puta vez —grito, dando patadas con las piernas y golpeando con mis puños enroscados su sólido culo mientras me saca del almacén—. NICO.

Un segundo estoy boca abajo y al siguiente vuelvo a volar por los aires antes de que mi espalda aterrice sobre algo duro.

Intento levantarme, pero rápidamente descubro que es inútil cuando Nico me agarra las muñecas y me las clava a los lados en el capó del carro de los italianos.

—Ahí hay un muerto —siseo, resistiendo el impulso de mirar detrás de mí y verlo.

—Qué decepción para él. Podría haberlo visto de otra manera—.

Mis labios se separan para responder, pero él los roba con los suyos antes de que pueda formar una respuesta.

Mi cuerpo reacciona ante él sin que mi cerebro lo ordene, mis piernas se enrollan alrededor de su cuerpo y le devuelvo el beso con la misma furia con la que él me reclama a mí.

Me olvido de lo que acaba de pasar, del hecho de que está cubierto de la sangre de otro hombre. Un hombre al que acaba de disparar. En. La. Cabeza. En vez de eso, me pierdo en el hombre del que no me canso.

Me levanta los brazos por encima de la cabeza y me sujeta las muñecas con una de sus gigantescas manos.

La otra desciende por mi cuerpo, agarrando y acariciando todo lo que toca, hasta que me toca el culo y acerca mi cuerpo al suyo.

—Sirena —gime mientras nos besamos, girando las caderas y apretando su cuerpo contra mí—. Te necesito.

No tengo ni idea de cómo lo consigue con una sola mano, pero en un segundo estoy completamente vestida con el conjunto que me regaló Jodie y, al siguiente, el botón de los jeans está desabrochado y siendo arrastrado por mis piernas.

Mis botas golpean el suelo con un ruido sordo mientras me abre para él.

—Joder, sabía que estarías mojada para mí —murmura, mirando el encaje empapado que me cubre el coño.

—Nico —gimo, viendo cómo se abre la bragueta y se libera la polla.

—Aguanta, nena —me advierte antes de soltarme las muñecas en favor de mis caderas.

Me desliza por el capó hasta que estoy exactamente donde él quiere, y entonces se introduce dentro de mí.

—JODER —grito mientras mi cuerpo lucha por adaptarse a su tamaño.

No me da la oportunidad de recuperarme, sino que me folla como un poseso, rugiendo de placer mientras me penetra.

Lo observo fascinado mientras se deja ir, liberando toda la tensión y la rabia que le provocó el hombre que estaba dentro de ese almacén. Es jodidamente embriagador verlo.

Entonces sus ojos se abren, encuentran inmediatamente los míos, y esa conexión que siempre ha sido tan potente entre nosotros me golpea una vez más, haciendo que mi corazón se apriete y mi respiración se entrecorte.

—Ve allí —exige—. Necesito que te corras en mi polla, Sirena.

Sin pensarlo, mi mano se desliza por mi vientre, encontrando el sensible nódulo entre mis muslos, y me toco de una forma que me tiene al borde del orgasmo en apenas unos segundos.

—Joder, sí. Joder. Me aprietas tan jodidamente bien.

El pánico se apodera de mí cuando su polla se hincha y sus embestidas se vuelven erráticas y espasmódicas.

—Nico, no puedes…

Jadeo cuando su mano suelta mi cadera en favor de mi garganta.

Me aprieta lo suficiente para hacerme girar la cabeza, pero son sus siguientes palabras las que hacen que deje de respirar.

—No me importa, Brianna. Tú eres mía. Yo soy tuya. Pase lo que pase. Estoy aquí para ello. Para todo.

Empuja una vez más, y eso mezclado con sus promesas es suficiente para llevarme al límite y grito en la silenciosa noche que nos rodea mientras se descarga en lo más profundo de mi ser.

Apenas puedo recuperar el aliento con la fuerza de esa descarga, y no me ayuda el hecho de que Nico se haya desplomado encima de mí.

—Deberían dedicarse al porno —me dice una voz femenina al oído.

Cuando miro a un lado, veo que Emmie se acerca a nosotros con el teléfono en la mano.

—Guárdate la polla, Nico —exige con displicencia, como si no estuviera allí mirándonos descaradamente.

—Está exactamente dónde debe estar —dice, metiéndome su polla cada vez más blanda y provocando réplicas que recorren todo mi cuerpo.

—Qué mono —dice ella, apenas le dedica una mirada mientras guarda su teléfono y saca un pañuelo—. Probablemente vas a necesitar eso.

—¿Qué coño más escondes en esa ropa? —pregunta Nico mientras agita el pañuelo delante de su cara.

—Eso lo sabré yo y lo averiguará Theo. Ahora, guarda la serpiente. Tenemos trabajo que hacer.

—Jodido negrero —murmura Nico, saliendo finalmente de mí y recogiéndose.

—¿Un poco de ayuda? —Siseo. Puede que no me avergüence de ser dueña de mi sexualidad, pero que me dejen abierta de piernas sobre el capó de un carro con su semen chorreando dentro de mí y

uno de mis mejores amigas mirando, y posiblemente su tío y su primo, es demasiado, incluso para mí.

Me ayuda a volver a ponerme los jeans antes de arrodillarse y deslizarme las botas en los pies mientras abandono el pañuelo y me pongo de pie.

—Qué asco —murmuro, haciendo que Emmie resople mientras Theo sale del edificio.

—Lo tienen tan fácil, ¿verdad? —dice, poniendo los ojos en blanco a Theo cuando se detiene junto a Nico. —Apuesto a que ya se ha olvidado de lo que pasó y vas a estar lidiando con las pruebas durante al menos una hora o dos.

—Dos horas; hubo mucho más que eso.

—¿Más qué? —pregunta inocentemente Theo.

—Oh, te perdiste una delicia. Pero no te preocupes, te lo he grabado.

—Emmie —gruñe Nico, en parte horrorizado y en parte intrigado.

—No te preocupes. Compartiré.

—Joder, yo creo que sí.

—Espera —dice Theo mientras se acerca al carro—. ¿Por qué está el capó hundido?

Una mirada a la cara de suficiencia de Nico y no puedo contenerme. Me caigo de la risa.

Nico nos sigue mientras Emmie titila a nuestro lado.

—Dios.

—¿Qué? —pregunta Nico entre risas—. Tú habrías hecho lo mismo en mi lugar; ni siquiera intentes discutir.

No responde, pero todos sabemos la verdad.

—Papá ha llamado a limpieza. Salgamos.

Arrimándome al lado de Nico, dejo que me guíe por la oscura pista que nos llevará hasta donde escondimos el carro de Theo.

—¿Está realmente muerta ya? —pregunta Nico. No necesita decir un nombre; todos sabemos de quién está hablando. Y a pesar de que ha resultado ser una decepción aún mayor que mi propia madre, mi corazón sigue retorciéndose por Nico y Calli. Ningún niño debería pasar por lo que ellos están pasando esta noche.

—No, Daemon la mantiene caliente por ti. Ni siquiera fue convincente. Sólo Dios sabe cómo se lo creyó.

—¿No puedes llevarnos a casa? —Nico pregunta, sonando completamente agotado mientras Theo va en la dirección opuesta a su edificio.

—No se puede hacer, hombre. Tienes que llevar esto a cabo. Por ti, y por Calli—.

Exhala un largo suspiro dolorido antes de arrastrarme sobre el asiento y depositarme en su regazo para distraerme.

—Ya casi está —susurro, apretando su áspera mandíbula y mirándole fijamente a los ojos.

—Dame algo más en lo que pensar —murmura antes de robarme los labios.

* * *

Nico no me deja respirar en todo el trayecto hasta el hotel donde Daemon y Calli tienen a su madre. No es que me queje. Prefiero sus labios a los míos.

—Puede que quieras arreglar esto antes de entrar en esa habitación. Sé que estás un poco jodido, pero eso es un nuevo nivel de…

Mis palabras se interrumpen cuando me chupa el cuello, lo bastante fuerte como para dejarme una marca infernal, mientras yo sigo apretando su dura longitud.

—Tal vez deberías dejar de hacer eso entonces —gruñe, su voz profunda y ronca de deseo.

Una risita femenina sale de mis labios cuando Theo abre la puerta de un tirón. Sus cejas se levantan cuando el sonido llega a sus oídos.

—Creo que estoy borracha —confieso.

—De polla —Emmie suministra útilmente.

—Un trabajo más y podrás darte todos los gustos.

Nico me levanta de su regazo y sale detrás de mí, sin molestarse en esconderse mientras se recoloca.

—¿Qué? —pregunta cuando nos pilla a todos mirándole—. Vamos, nena. Acabemos con esto. Tengo otros planes para el resto de la noche que van a ser mucho más divertidos que esto.

Hay hombres trajeados apostados tanto fuera como dentro del hotel. No sé si son Cirillo o la nueva generación de Mariano, pero mientras no intenten matarnos, me da igual.

Algunos asienten con la cabeza cuando pasamos, pero la mayoría no se mete en lo que no le importa.

—Octavo piso —dice Theo cuando los cuatro entramos en el ascensor.

Alargando la mano, Nico aprieta el botón con el dedo y, en cuestión de segundos, estamos subiendo por el edificio.

Mantengo el brazo alrededor de su cintura, la otra mano apoyada en sus abdominales tensos.

No quiere hacerlo, eso es obvio, pero al mismo tiempo sé que también lo necesita.

Al igual que tengo que hacer frente a la situación que he estado ignorando en el sótano de su edificio.

Es hora de que nos subamos los pantalones y nos ocupemos de nuestras cosas.

Quiero todo lo que Nico me ha prometido en los últimos días, y no vamos a poder embarcarnos en nada de eso hasta que los demonios de nuestro pasado sean tratados.

El futuro podemos afrontarlo día a día. Podemos trabajar juntos para encontrar una manera de avanzar, pero esto tiene que ocurrir primero.

Permanezco a su lado mientras caminamos por el pasillo hacia la habitación en la que la detuvieron.

Dos tipos vagamente conocidos montan guardia a ambos lados de la entrada, pero ninguno dice nada mientras Nico abre la puerta de un tirón y entra con la cabeza bien alta, dejando sus preocupaciones y su aprensión en el pasillo.

Estoy tan jodidamente orgullosa de él que apenas puedo contenerlo.

Todo eso se olvida rápidamente cuando mis ojos se posan en su madre.

No la conozco, pero aparte del maquillaje estropeado y el cabello desordenado, es exactamente lo que esperaba.

Va inmaculadamente vestida, o al menos estoy seguro de que así era cuando se puso su vestido de diseño y su chaqueta a medida esta mañana.

Sus ojos llorosos encuentran a Nico y sigue sus movimientos por la habitación.

La puerta se cierra tras nosotros, dejándonos a los siete aquí dentro con intimidad para lo que tenga que pasar.

—Nico —gimotea. Si ella piensa que él está aquí para rescatarla, entonces ella realmente necesita un puto golpe de realidad.

Nico le sostiene la mirada durante unos segundos. No hay nada más que desprecio y odio en su mirada. Es jodidamente aterrador cómo puede apagarlo todo y convertirse en una persona completamente diferente.

Supongo que es para lo que todos han sido entrenados desde antes de poder recordar. Y como futuro subjefe de toda esta organización, su entrenamiento, junto con el de Theo, es de suma importancia.

Una vez que ha tenido tiempo suficiente para comprender cuánto la odia su hijo, Nico se vuelve hacia la otra pareja de la habitación.

Daemon tiene a Calli acurrucada en su regazo en el sofá de enfrente, donde tienen a Cassandra atada a una silla.

Ambos parecen demasiado cómodos, teniendo en cuenta la situación.

—¿Cómo estás? —pregunta Nico, acercándose y apoyando la mano en el hombro de su hermana.

—Estoy bien, hermano. ¿Y tú? —Sus ojos se posan en las motas de sangre que se han secado en su cara y cuello.

—Sí. Hemos resuelto un problema. Ricardo Mariano está exactamente dónde debe estar.

Cassandra gimotea cuando él le da la noticia.

—Oh, es verdad. ¿Cuánto tiempo has estado follándote al enemigo y al esposo de tu mejor amiga, *mamá*?

—No sabes nada —se lamenta.

—Creo que es mejor que nos ahorres los detalles, ¿no? Todos somos fans del buen sexo, pero no estoy seguro de que ninguno de nosotros lo aceptaría en favor de la seguridad de nuestros hijos. ¿Calli?

Su mano se desliza hacia su vientre, un movimiento que su madre nota si su grito de sorpresa sirve de algo.

—Es una pena que no vayas a tener la oportunidad de conocer a tu nieto.

—Hija —argumenta Calli, haciendo que Emmie se ría a mi lado.

—Callista —susurra Cassandra.

—Ay, mamá. Es un poco tarde para intentar fingir que te importa ahora.

Las lágrimas siguen cayendo de los ojos de Cassandra. Puede que no la conozca, pero ni siquiera yo me trago sus tonterías. Menos aun cuando su cuerpo se pone rígido y cambia de tacto.

—Sabía que esto pasaría si se le permitía corretear por la ciudad contigo y tus amigos.

—¿Qué? ¿Qué me enamoraría y me quedaría embarazada? Sí, imagínate. Menudo crimen —murmura Calli, bajando por fin del regazo de Daemon y acercándose a su madre.

—Antes de que se me olvide, tengo que darte las gracias, mamá —se burla, bajando para estar a su misma altura—. Gracias por enseñarme exactamente cómo no educar a mis propios hijos.

El labio superior de Cassandra se despega cuando Daemon se acerca a su chica y la rodea con el brazo.

—¿Él? ¿En serio, Callista? Podrías haber elegido a su gemelo, al menos.

—Puedes dejarlo. La época en que consideraba que tu opinión importaba ya pasó.

Levanto la vista y veo cómo Nico mira a su hermana con admiración y orgullo. Me derrito al ver con qué ferocidad la quiere. Me reafirma en que todos estaremos bien. No necesitas padres biológicos cuando tienes una familia que se quiere como todos nosotros.

—¿De verdad nos odias tanto, mamá? —le pregunta Nico, acercándose a mí—. Los dos podríamos haber muerto la noche que

papá lo hizo. Ni siquiera te importó, ¿verdad? Todo lo que querías era tu mierda de felices para siempre con el cabrón hambriento de poder al que nos has estado vendiendo.

—Nunca te he odiado —sisea—. Simplemente nunca te quise.

—Ay—dice, levantando la mano para cubrirse el corazón como si sus palabras tuvieran algún impacto.

Quiero decir, estoy segura de que en el fondo sí. No estoy seguro de que haya mucha gente que no se vea afectada de alguna manera por las palabras cortantes de sus padres, pero no hay manera de que Nico le deje ver eso.

—El sentimiento es mutuo, *Cassandra*. Nosotros tampoco te quisimos nunca. ¿Y no tienes suerte? Porque a diferencia de la mayoría de los chicos, no tenemos miedo de deshacernos de ti como el pedazo de mierda que eres. Ya hemos enviado a tus novios en un viaje de ida al infierno. Parece justo que te unas a ellos, ¿no crees?

Para mi sorpresa, lo único que hace Cassandra en respuesta a la amenaza de Nico es reírse.

Está claro que no conoce a su hijo tan bien como cree, porque algo me dice que no dudará en meterle una bala en la cabeza como hizo con Ricardo hace sólo una hora. El hecho de que aún no la haya callado me está sorprendiendo.

—Eres el hijo de tu padre, Nico. Él era débil. Débil y patético. Sabía que yo nunca lo amé, y sin embargo seguía siguiéndome como un cachorro, dándome todo lo que le pedía. Era patético. Se creía tan especial, que…

Un grito sale de mi garganta cuando un fuerte estruendo atraviesa la habitación un segundo antes de que Cassandra se desplome en la silla, con los ojos muy abiertos y aterrorizada mientras la sangre empieza a empapar el vestido azul pálido.

Mirando a mi lado, espero ver que Nico ha sacado su pistola y que yo estaba demasiado perdida en mi propia cabeza para darme cuenta, pero no era él quien no podía aguantar más sus divagaciones, porque Calli es la que tiene la pistola humeante en la mano.

—Ángel —jadea Daemon, claramente tan sorprendido como yo.

—Lo siento. Nadie habla así de papá y se sale con la suya —dice encogiéndose de hombros como si disparar a su madre fuera algo cotidiano.

—Cal —susurra Nico.

—¿Por qué me miran así? Vinimos aquí a matarla, ¿no?

El silencio llena la habitación antes de que un gemido con gárgaras salga de la mujer desplomada en la silla.

—Uy. ¿Me he perdido? —pregunta Calli inocentemente.

Daemon no puede contenerse y la sonrisa más amplia y orgullosa se dibuja en su rostro mientras toma a Calli en brazos.

—Joder, te quiero, Ángel —le confiesa antes de enroscarle los dedos en el cabello y arrastrarle la cabeza hacia atrás para poder besarla.

—Tu hermana es una malvada —le digo a Nico mientras mira a los dos con incredulidad.

—No puedo creer que haya hecho eso.

—Yo puedo. Calli sabe lo que quiere y lo acepta. Deberías darle un poco más de crédito.

Me mira a mí y a su hermana, que sigue siendo acosada por su novio, con confusión en las cejas.

—Así que la pregunta es, ¿qué quieres? ¿Vas a dejar que se desangre, o vas a…?

Alcanzando su espalda, Nico saca su pistola y dispara, terminando el trabajo que Calli empezó.

Sin mirarla, me toma de la mano y marcha hacia Theo. —Ahora, ¿nos llevas a casa? Quiero pasar la noche dentro de mi chica y olvidar todo esto—.

—De acuerdo, jefe —dice Theo con un saludo poco habitual a su primo.

Capítulo Veinticinco

BRIANNA

Sin decir una palabra más, Nico me saca de la habitación del hotel y me arrastra por el pasillo.

Miro hacia atrás cuando pulsa el botón del ascensor y veo que Theo y Emmie, Daemon y Calli nos siguen.

Los tipos que vigilaban la habitación se han ido, supongo que se han colado dentro para limpiar el desorden.

Se me revuelve el estómago al pensar en lo que acabamos de dejar atrás, pero no me siento mal.

Nico y Calli hicieron lo que había que hacer para proteger a todos los que nos rodean. Sé que las consecuencias de sus acciones no van a ser fáciles. Todo lo que ha pasado en las últimas semanas nos va a perseguir a todos durante un tiempo. Pero estamos juntos en esto, y ahora mismo, el futuro parece más brillante que nunca.

Ni siquiera se ha cerrado la puerta del ascensor cuando Daemon ha arrinconado a Calli contra la pared y le gruñe todo tipo de obscenidades al oído. Miro a Nico y veo que le tiembla la mandíbula de frustración, pero no dice nada ni le pone fin.

¿Por qué debería hacerlo? Puede que Calli sea su hermana pequeña, pero es una adulta capaz de tomar sus propias decisiones, como él dijo en aquella habitación. Va a ser madre dentro de unos meses, y sé de buena tinta que lo hará mejor que la mujer que

acaban de dejar atrás. Demonios, ya está haciendo un mejor trabajo.

Ignorándolos, me retuerzo frente a Nico y apoyo las manos en su pecho.

—¿Cómo te sientes? —pregunto, amando la forma en que nuestros cuerpos se alinean cuando me apoyo en él.

Se queda pensativo un momento, sus ojos buscan los míos como si tratara de encontrar la respuesta.

—Libre —dice finalmente—. Es… un poco abrumador—. La vulnerabilidad en su voz hace que me duela el corazón.

—Estoy muy orgullosa de ti.

Me sonríe y sus ojos brillan de emoción. Levanta la mano para acariciarme la mandíbula y me pasa la yema del pulgar por el labio inferior.

—Te quiero.

Estoy a punto de corresponder al sentimiento, pero mis palabras se ven interrumpidas por el timbre de un teléfono.

—Jefe —gruñe Theo antes de que la profunda voz de Damien retumbe en la línea—. Sí. Sí. Vale, allí estaremos. De acuerdo.

Un gemido frustrado vibra en el pecho de Nico mientras predice lo que vendrá a continuación.

—El jefe quiere informar en la oficina. Dice que será rápido—.

—¿Todo bien con Matteo, Enzo y Ant? —Daemon pregunta, arrancando sus labios de los de Calli por un momento.

—Sí. Se reunirán con nosotros allí. Lo logramos. Los Marianos están bajo un nuevo liderazgo—. El orgullo llena la voz de Theo y las mariposas explotan en mi vientre por lo que han conseguido.

—Joder, sí —ladra Nico, con una amplia sonrisa en la cara, apretándome más contra él.

—¿Están bien las tres para volver a casa? —pregunta Theo, mirando entre nosotros.

—Claro. Yo conduciré tu carro de vuelta —ofrece Emmie con un brillo de picardía en los ojos.

—Como mierda lo harás. Destruyes cada carro mío que tocas.

—Calli puede conducir el mío —ofrece Daemon.

—Mira, Calli puede conducir el carro de su novio; ¿por qué yo no puedo conducir el de mi esposo? —Emmie se enfurruña. Algo me dice que, después de lo que hemos oído antes, quiere que le den unos azotes esta noche.

—No seas mocosa, Fierecilla. Ya sabes a dónde vas a parar —le advierte Theo, cogiéndola por el cuello y cambiando sus posiciones para que ella quede inmovilizada contra la pared.

—Creo que ese es su plan, primo —señala Calli, su línea de pensamiento es paralela a la mía.

—¿Es eso lo que quieres, Fierecilla? —Juro que tiembla bajo su mano firme y su intensa mirada.

—Sabes que sí —suspira.

—Dios. ¿Qué les pasa a nuestros amigos? —Nico me susurra al oído.

—Oh, porque tú eres mejor. Dame media oportunidad y me pondrías sobre tus rodillas y me darías una lección por ser una mocosa—.

Un gemido retumba en lo más profundo de su garganta.

—Ahora hay una idea.

—Después de tu reunión —susurro, poniéndome de puntillas para susurrarle al oído. Se estremece cuando mi aliento recorre su piel y yo sonrío, adorando el poder que tengo sobre él—. Estaré esperando y podrás hacer lo que quieras. Sin restricciones.

—¿Qué coño he hecho para merecerte? —gime, con la polla hinchándose entre los dos sólo por sus sucios pensamientos.

—Nada, pero parece que me he quedado contigo de todas formas.

—Vale, vete a casa. Quiero que me esperes en lo más sexy que tengas. Entonces, voy a pasar la noche adorando cada centímetro de tu cuerpo.

—Recuerda que mañana tienes examen, hermano —señala Calli, escuchando a hurtadillas nuestra charla sexual.

—En serio, ¿eso es lo que te preocupa ahora mismo? —Nico suelta.

—Sólo estoy siendo una buena hermana. Vamos, las puertas se abrieron mientras estabas perdida en tu pequeña fantasía.

Al levantar la vista, veo que tiene razón. Emmie y Theo ya se han ido.

Nos detenemos junto al carro de Theo. Él ya está en el asiento del conductor, Emmie revoloteando lista para volver a casa, pero Daemon aún no está listo para soltar a Calli, y rápidamente se hace evidente que Nico tampoco está demasiado dispuesto a dejarme ir.

—Ve, nene. Haz lo que tengas que hacer. Te estaré esperando —te prometo.

—Odio dejarte —gime—. Prometí que no lo haría.

—Todo está bien. Ve a hacer tus cosas y date prisa en volver.

—Joder. Sí, vale.

Pega sus labios a los míos en otro beso que me hace temblar las rodillas antes de soltarme y subir al asiento del copiloto de Theo sin mirar atrás. Algo me dice que, si lo hace, se olvidará de las órdenes del jefe y me llevará a casa.

—Vamos, hermanita —dice Calli, enlazando su brazo con el mío.

—Eso suena extrañamente bien.

—Claro que sí. Tiene que ser así. Ustedes dos sólo necesitaban sus cabezas golpeando juntos para darse cuenta.

—No eran nuestras cabezas las que golpeaban.

—Qué asco —se ríe—. No me importa lo que fuera. No podría pedir una hermana mejor.

—Sabes que no nos casamos en secreto hace poco, ¿verdad? Él no es Theo.

—Pfft —se burla Emmie cuando por fin nos reunimos con ella.

—Semántica. Esto es todo para nosotros ahora. Familia. A la mierda con las que nacemos; las que nos hacemos son muy superiores.

—Amén a eso.

Todos estamos distraídos con nuestros pensamientos mientras subimos al carro de Daemon que está estacionado un poco más abajo. Pero incluso mientras los acontecimientos de la noche pasan por mi cabeza, mis ojos no se apartan de Calli.

Sé que es más fuerte de lo que los chicos siempre han creído. Pero lo que hizo esta noche… fue enorme. Y no puedo evitar esperar que se quiebre en cualquier momento.

Pero mientras conduce, sus manos parecen relajadas sobre el volante y mantiene la cabeza alta.

—¿Quién eres y qué has hecho con Calli? —pregunta Emmie, y cuando echo un vistazo al asiento del copiloto, la encuentro estudiando también a nuestra amiga.

—¿Has pensado alguna vez que yo siempre he sido así, sólo que sofocada? —Calli pregunta con calma.

—Cal, sé que es así. Pero lo que hiciste… Chica, para eso hacen falta cojones.

—Es Daemon…

—¿Le robaste las pelotas? —Suelto, incapaz de contener las palabras.

Ambas aúllan de risa y, en cuestión de segundos, Calli se está secando las lágrimas de los ojos.

—Lo necesitaba —confiesa cuando sus risitas se han calmado—. Pero no, ten por seguro que las pelotas de Daemon siguen estando donde tienen que estar. Él sólo… me da la confianza para ir tras lo que quiero de una forma que nunca antes había experimentado. Es… liberador.

—¿Quién diría que el Diablo podría ser tan bueno para nuestra princesita Cirillo? —se burla Emmie.

—Él lo es todo.

—Lo vemos, Calli. La forma en que te mira. Eres literalmente la única persona que ve.

—Conozco esa mirada, Bri. La veo en mi hermano cada vez que te mira.

—Para —suplico, con las mejillas encendidas.

—Hablo en serio, y él también —me asegura—. Tú le has cambiado. Le has…

—¿Le hizo menos gilipollas? —ofrece Emmie cuando sus palabras se acortan, haciéndome soltar una carcajada.

—Algo así —murmura Calli, tomando la siguiente curva a la izquierda.

—No, sigue siendo un gilipollas. No lo haríamos de otra manera —confieso, con una sonrisa cariñosa dibujándose en mis labios al pensar en mi adorable idiota.

Pienso en las últimas horas, repaso las cosas que me dijo mientras follábamos en su habitación. La forma en que me reclamó, me poseyó, me hizo promesas de eternidad. Hace que mi cuerpo se encienda por dentro.

¿Cómo puedo pasar de no querer nada serio a ponerme sentimental porque me llame suya y prometa amarme para siempre?

Es extraño lo rápido que pueden cambiar las cosas. Pero entonces… todos hemos sido testigos de lo rápido que puede ir en sentido contrario. Y cuando vives en el carril rápido, enfrentándote a la muerte las más de las veces, supongo que todo se amplifica. El odio es cada vez más tóxico y el amor… bueno, es intenso.

—Tienes cara de ñoña, Bri —me dice Calli después de mirarme por el retrovisor.

—No puedo evitarlo. Ese gilipollas me hace cosas.

—Lo sé, lo grabé —me recuerda Emmie.

—¿Tú qué? —Calli jadea.

—Ugh —Emmie gime—. Fue tan sexy. No pude evitarlo. —Calli la mira fijamente, sus ojos se desvían entre nuestra jodida amiga y la carretera mientras intenta procesar su confesión—. Estaba tan excitado por borrar ese coño del planeta, y se moría de ganas de meterse dentro de ti —dice, devolviéndome la mirada con ojos acalorados—. Era hipnotizante.

—¿Grabaste a mi hermano follándose a mi amiga? —pregunta Calli con incredulidad.

—¿Me das una copia? —pregunto, sentándome hacia delante.

—Brianna —Calli jadea.

—Venga ya, como si no quisieras ver un vídeo de Daemon rajándote así. —Los labios de Calli se separan listos para discutir, pero rápidamente lo piensa mejor—. Ves buenísima.

Mi teléfono vibra en el bolsillo trasero y no puedo resistirme.

Tiro de él, abro el vídeo que Emmie acaba de enviar y pulso play, bajando el volumen para salvar los oídos de Calli.

Oídos.

Ese pensamiento me golpea como un camión.

Teníamos esos comunicadores en nuestros oídos. Theo sabía exactamente lo que estábamos haciendo. Apuesto a que el maldito

enfermo también escuchaba.

Salió de ese almacén pareciendo tan inocente.

—Has oído todo esto, ¿verdad?

—Sí —dice Emmie con suficiencia.

—Así que Theo, su padre…

—Probablemente. Apuesto a que les encantó tanto como a mí.

—Dios, esta Familia está jodida.

—Lo sé, ¿no es genial? Tienes que conocer a mi tío y a los suyos. Te volarán la cabeza—.

Lo he oído todo sobre el pasado motero de Emmie, pero aún no me han presentado formalmente. Mentiría si dijera que no estoy un poco emocionada. Puede que Nico ya no me guste, pero estoy más que feliz de estar rodeada de moteros cachondos vestidos de cuero.

Un movimiento en la pantalla me saca de mis pensamientos y me olvido de la existencia de cualquier otro hombre mientras observo el culo desnudo de Nico, que me penetra como un poseso.

El calor me recorre y se dirige al clítoris.

—Te lo dije —dice Emmie con suficiencia mientras me mira embobada nuestro pequeño porno casero.

—¿Crees que tardarán mucho? —pregunto, ya desesperada por rehacer esto.

—Espero que no —murmura Emmie—. Estoy en una promesa.

—Eso hemos oído, mocosa —me burlo.

A pesar de la pesadez de nuestra noche, conseguimos reírnos casi todo el camino de vuelta al edificio de los chicos.

Y mientras Calli estaciona, otro carro se detiene a nuestro lado, y Stella y Jodie se bajan.

—Cuéntanoslo todo —suplica Stella.

—La parte en la que Brianna protagonizó su propio vídeo sexual…

—¿O la parte en la que Emmie era una mocosa con la esperanza de que su esposo la arrodillara? —Contraataco, y las tres nos echamos a reír una vez más.

—Pensaba más en la desaparición de nuestros enemigos, pero claro, puedes empezar por ahí.

—Stel, tienes sangre en el cuello —señala Calli.

—Ay, ese italiano era un maldito sangrón. El idiota también. Deberías haber visto cómo cayó al suelo con un solo golpe.

Mis ojos se abren de par en par—. ¿Así que las cosas fueron bien entonces? —

—Sí. Stella le dio una paliza a todo el que quería una gaseosa, y dejamos a Ant, Enzo y Matteo reuniendo lo que queda de sus tropas.

—¿Están seguros de que tienen a todos? —pregunto. El miedo a que alguien se pierda y venga a por nosotros es real.

—Sí, tienes a los líderes y nos llevamos el resto de su manada. Estamos bien para ir.

—¿Significa esto que todo ha terminado de verdad? —pregunta Jodie mientras nos volvemos en grupo hacia las puertas que nos permitirán entrar en la parte principal del edificio.

Dos guardias vigilan cada uno de nuestros movimientos, recordándonos que el peligro siempre estará ahí fuera acechando sólo por los apellidos que llevamos y el amor que sentimos por los hombres que están dentro de este edificio.

Pero no pasa nada. Merece la pena.

Nico lo vale con creces.

Algo que nunca pensé que hubiera dicho hace unos meses, demonios, semanas.

Pero ahí está.

—¿Y ahora qué? —pregunta Calli.

—Duchas —sugiere Jodie, pero por mucho que esté de acuerdo con eso gracias a lo que Nico dejó antes, hay otra cosa que me apetece más.

Cuando has derramado sangre por toda la ciudad en sólo unas horas, ¿qué es un poco más?

—Me preguntaba si querrían ayudarme con algo.

—¿Oh? —dice Stella, la sed de sangre aún brilla en sus ojos.

—Tenemos acceso al sótano, ¿verdad?

Mientras mis ojos recorren los rostros que tengo ante mí, veo cómo amanece la comprensión.

—Mientras los chicos trabajan, las chicas juegan —comenta Stella, con una sonrisa cada vez más amplia al seguir mi línea de pensamiento.

—Menos mal que te queremos, maldita salvaje —dice Emmie, rodeando a su amiga con el brazo y guiándola hacia la entrada oculta de la cámara de tortura que hay bajo nosotros.

Capítulo Veintiséis

NICO

Observo con orgullo al grupo de hombres que llenan el despacho del jefe.

Mis chicos están de pie a ambos lados de mí mientras el tío Damien habla con Matteo, el recién coronado jefe de los Mariano, mientras Ant y Enzo flanquean sus costados.

La sonrisa de Ant es contagiosa y me encuentro sonriendo a su lado.

Las últimas semanas deben haber sido un infierno.

Ha sido arrancado de su familia, de todo lo que ha conocido, tras recibir una dura paliza de aquellos que deberían estar de su lado antes de ser empujado a nuestras vidas.

Quiero decir, estoy seguro de que no todo ha sido malo. Hacemos unas fiestas de muerte, después de todo. Pero tiene que estar deseando volver a casa.

Estoy seguro de que yo lo estoy, y sólo he estado lejos de ella menos de una hora.

El hogar. Ya no es un lugar sino una persona.

Mi sirena.

La única persona que he conocido capaz de sacar lo mejor y lo peor de mí al mismo tiempo. Me vuelve loco hasta el punto de que

me pregunto si debería internarme en alguna clínica especial, pero también me arregla, todo al mismo tiempo.

Es una mierda en mi cabeza.

Una que ya no voy a perder el tiempo intentando comprender o diseccionar.

Es lo que es. Y no quiero que pare nunca, joder.

—No te muevas —me sisea Theo al oído mientras me inquieto.

—No quiero estar aquí.

—Con todo.

Las palabras que el tío Damien le dice a Matteo se desdibujan en la nada. Estoy seguro de que es realmente importante mierda mantenimiento de la paz, pero la mierda si me importa.

Hicimos lo que fuimos a hacer esta noche. El virus que se ha estado infiltrando en nuestro lado de la ciudad ha sido eliminado, y es hora de intentar recordar cómo era la vida antes de que empezara a intentar tomar el control. Joder, es hora de dormir.

—Uh… —Daemon murmura a mi otro lado—. La alarma del sótano acaba de sonar.

—¿Qué? —sisea Theo mientras saca su teléfono de los bolsillos para ver qué pasa.

—Joder —gruñe Daemon.

—¿Me estás jodiendo? ¿Qué coño están haciendo?

—¿Algún problema? —El tío Damien ladra mientras Daemon gira su teléfono para que pueda ver la imagen de seguridad que ha sacado.

—No, jefe —dice Theo, aunque ni una sola vez levanta la vista de la pantalla.

Si el tío Damien dice algo en respuesta, no lo oigo, porque estoy demasiado concentrado viendo el espectáculo que tengo ante mí.

Stella y Emmie encabezan la marcha -sin sorprendernos- mientras los cinco descienden las escaleras y se dirigen directamente a la celda de Brad.

Hay movimiento a mi alrededor, voces, pero no percibo nada hasta que la pantalla plana gigante que cuelga de la pared cobra vida y aparece una versión ampliada de lo que estoy viendo para que lo vea toda la sala.

—¿Qué coño…? —El tío Damien empieza, pero se corta cuando Stella despierta al cabrón con un puñetazo en la cara.

—Mierda —jadea Matteo mientras todos damos colectivamente un paso adelante para ver el espectáculo.

No hay sonido, Theo no lo ha puesto, pero no importa una mierda.

Ant hace una mueca de dolor cuando Brianna se acerca al hombre que intentó arrebatárselo todo y le golpea con la rodilla en el trasero.

Pero mientras todos a mi alrededor se arquean como si ella acabara de asaltarlos, mi polla empieza a endurecerse al ver a mi chica tomar el control.

Y joder, es suya.

Con la instrucción de Stella y Emmie, golpea al hombre apenas consciente que cuelga en el centro de la habitación.

Ya estaba en muy mal estado antes de que entraran, gracias a los experimentos de Daemon.

El idiota se mordió la lengua durante un buen rato. Daemon estaba casi impresionado. Casi.

Pero al más puro estilo Daemon, Brad no tardó en chillar como un cerdo y soltar de buena gana todos sus retorcidos secretos. Y una vez que los tuvimos, sólo quedaba una cosa por hacer.

Iba a planteárselo a Brianna cuando considerara que era el momento adecuado. No había prisa; a Daemon le gustaba su nueva mascota y estaba dispuesto a mantenerlo sin apenas respirar un poco más.

Parece que no era necesario, porque ella lo tiene más que controlado.

—Uf —jadea Alex. —Tu chica es una salvaje—.

Una amplia sonrisa se dibuja en mi cara mientras la veo ensañarse con él.

—Definitivamente hay sangre de Harris ahí. Dios —añade Theo.

—Por lo que oímos antes por el comunicador, no es el único ADN que lleva dentro —dice el tío Damien, consiguiendo apartar mis ojos de mi chica. Mis labios se entreabren, pero no tengo oportunidad de acusarle de ser un asqueroso antes de que levante las manos para

defenderse. —Me quité el auricular en cuanto supe que estaba pasando.

—Aunque eso no impidió que la oyéramos gritar —murmura Galen.

—¿Más alto que Stella? —pregunta Seb, arriesgándose a que su padre le corte el cuello.

—No empieces, joder —advierte Galen.

Se hace de nuevo el silencio mientras seguimos observando a las chicas.

A pesar de su estallido de violencia anterior, Calli se queda atrás y observa con una mezcla de orgullo y horror en su rostro cómo las demás se desatan.

La sangre las cubre a todas mientras luchan a muerte, que tiene que estar cerca. Quiero decir, estaba prácticamente allí de todos modos.

—Eh… ¿dónde puedo encontrar uno de esos? —Matteo pregunta, sus ojos fijos en nuestras chicas.

—No estoy seguro de que hagan chicas italianas así, amigo —ofrece Seb con ayuda.

—No te preocupes. Ahora todos somos amigos, tomaré una de las tuyas.

—Ni de coña —gruñe el tío Damien—. Puede que tengamos una tregua, pero hay límites. Ninguna de mis chicas va a ser Marianos.

Una sonrisa se dibuja en los labios de Matteo.

—Ya veremos.

Pasan unos minutos más viendo a nuestras chicas ser las malas que sabemos que son antes de que sea obvio para todos que han conseguido lo que pretendían.

Emmie, Stella y Jodie se apartan del maltrecho cuerpo de Brad, dejando a mi Sirena de pie ante él con el labio superior despegado hacia atrás en señal de disgusto.

No dice ni una palabra, al menos no en voz alta. Seguro que tiene muchas cosas en la cabeza.

Todos nos quedamos ahí, casi sin respirar, esperando a ver qué va a hacer.

Tras largos segundos de silencio, separa los labios y juro que unas palabras de agradecimiento salen de su boca.

Mis cejas se fruncen de confusión cuando la veo darle la espalda y salir de la celda, seguida por las demás. La puerta se cierra tras ellas y todos seguimos observando en silencio cómo suben las escaleras y desaparecen de nuestra señal en directo.

—Bueno, eso fue algo —murmura el tío Damien antes de darse la vuelta y comandar la habitación una vez más.

* * *

Afortunadamente, el jefe no nos retuvo más de lo necesario. Creo que era bastante obvio dónde queríamos estar todos después del pequeño espectáculo que montaron nuestras chicas.

Si nuestras caras no lo demostraban, la estrechez de nuestros pantalones, ya de por sí bastante ajustados, seguro que le indicaba la dirección correcta.

He sido duro desde el momento en que vi por primera vez a mi chica de pie frente a su enemigo, y no va a bajar en cualquier momento pronto. Realmente sólo hay una manera de arreglar la situación.

—Para —exijo cuando Theo se acerca a un centro comercial que aún está abierto. Aunque por poco.

—¿Qué?

—Sólo detente. Necesito agarrar algo.

Sin darle la oportunidad de negarse, me acerco y tiro del volante hacia la izquierda, obligándole a entrar en el espacio libre que queda a nuestro lado.

—¿Qué coño pasa, Nico? —ladra, con el vapor amenazando con salirle por las orejas.

—Cállate de una puta vez. Estaré como cinco minutos, máximo.

Una puta mentira total, pero da igual.

—¿Quieres compañía? —Toby ofrece desde la parte trasera del carro.

—No —digo, pero estoy seguro de que la puerta ya está cerrada antes de que la palabra salga de mis labios.

Me dirijo hacia la entrada principal. Hay un guardia de seguridad impidiendo que la gente entre, ya que es la hora de cierre, pero a la mierda.

Le quito el brazo de encima cuando intenta detenerme y entro corriendo en el edificio en busca de lo que necesito.

Me dirijo a la primera tienda que tenga lo que busco con el corazón latiéndome tan fuerte que me da vueltas la cabeza.

Pero nada me detendrá ahora que tengo esta idea en la cabeza.

—Lo siento, estamos cerrando —me dice una mujer mientras empujo la puerta que intenta cerrar.

—Puedes en cinco minutos después de ayudarme con algo. Es una emergencia.

Me mira con una ceja levantada.

—Por favor —le ruego, lanzándole mi sonrisa más rodillera.

—Vamos entonces —dice, demostrando que, a pesar de no estar ya en el mercado, mi cara bonita puede conseguir que las mujeres hagan casi cualquier cosa. Oh, el poder.

Tres minutos. Es todo lo que necesito para encontrar lo que busco, pagar y largarme antes de que los de seguridad tomen cartas en el asunto.

—Lo siento, amigo. Emergencia —le explico cuando el mismo tipo que intentó detenerme al entrar me gruñe al salir. —Que pases buena noche—. Sé que sí.

—¿Qué coño ha sido eso? —pregunta Theo cuando vuelvo al asiento del copiloto.

—Puedes irte —digo, señalando con la cabeza la carretera a nuestro lado.

—¿De verdad, joder? ¿Qué has conseguido? —pregunta, y sus ojos se posan en mis manos vacías.

—No es asunto tuyo. —Sonrío.

—Gilipollas —murmura antes de sacar el carro del espacio y reincorporarse al tráfico.

—¿En serio vas a hacer ese truco y no dar explicaciones? —me pregunta Toby, rodeando mi reposacabezas con las manos e

inclinándose hacia delante para poder mirarme.

—Viagra —dice Alex—. Necesita darle a su pequeño una ayuda extra esta noche —explica como si fuera jodidamente necesario.

—Vete a la mierda, no compré Viagra.

—Mierda, ¿se les acabaron? Seguro que, si hablas con Theo amablemente, compartirá su alijo.

—¿Qué? —Theo se separa—. No me metas en esto, joder.

—Es interesante que saques este temita mientras eres el único que se va a casa sin nadie a quien follar. ¿Celoso?

—¿Quién dice que no tengo a nadie a quien follar? Por lo que sabes, tengo un piso lleno de follamigas esperándome.

—Claro que sí —se burla Toby.

—Tengo más sexo que todos ustedes juntos —anuncia Alex.

—Amigo, eso es físicamente imposible —digo, más que consciente de la frecuencia con la que lo hacen todos en este grupo.

—Sí, bueno… que los jodan a todos —se enfurruña.

—Ay, hombre. Ya pasará. La conocerás.

Alex se burla.

—¿Él? —bromea Toby.

—Creo que a estas alturas aceptaría a cualquiera —dice Theo, ganándose una colleja de Alex.

—Los odio a todos. Espero que los follen hasta morir esta noche.

Los tres seguimos riéndonos cuando Theo entra en nuestro garaje subterráneo.

En cuanto nos detenemos, abro la puerta y me dirijo al ascensor.

—Joder, esa Viagra debe haber hecho efecto rápido. Míralo.

Tirando a Toby por encima del hombro, sigo adelante, dirigiéndome hacia donde sé que me espera mi chica.

Theo, el muy cabrón, consigue meterle la mano en el ascensor justo antes de que se cierren las puertas.

—Buen intento —gruñe mientras los tres se amontonan conmigo.

Nadie dice nada mientras subimos por el edificio. No hace falta. Todos sabemos lo que va a pasar a continuación. Es por eso por lo que Alex está tan enojado.

Salimos al último piso de nuestro edificio, que alberga los penthouses mío y de Theo, sabiendo que las chicas están pasando el

rato con Bri en mi casa.

En cuanto se enciende la luz verde en mi escáner biométrico, abro la puerta de golpe y entro a toda prisa.

Todas las miradas se vuelven hacia mí mientras corro hacia la sala, buscando a mi chica.

—¿Dónde está? —Exijo, el corazón me salta a la garganta cuando encuentro a todo el mundo menos a mi sirena.

El pánico aumenta en mí más rápido de lo que creía posible y pensamientos locos y paranoicos se abalanzan sobre mí, dejándome débil y vulnerable.

—Esperándote en tu habitación —dice Stella con una sonrisa burlona.

Me voy antes de que termine de explicarme.

—Disfruta —me dice alguien por detrás, pero estoy demasiado lejos para intentar averiguar quién es.

Casi arranco el pomo de la puerta al girarlo, abriéndola de golpe para encontrar a la persona que necesito.

Mis ojos se posan en ella, tumbada en la cama, y casi tropiezo con mis propios pies en mi necesidad de llegar hasta ella.

—Joder, Sirena —suelto mientras la puerta se cierra detrás de mí.

—Me dijiste que te esperara, llevando la cosa más sexy que tengo.

—Joder —gruño mientras ella se pasa la mano por el cuerpo desnudo, abriendo las piernas para enseñármelo todo.

Mi chaqueta cae al suelo un poco antes que mis rodillas.

Su cara, su pecho y sus brazos están cubiertos de sangre.

Su sangre.

Y joder si no estoy duro como el puto acero, sabiendo lo que hizo.

—Yo le maté —confiesa.

—Joder. Lo sé. Lo vi. Fue magnífico. Eres magnífico.

Aprieto las manos contra sus muslos, la abro más y la lamo desde el culo hasta el clítoris, hinchando el pecho mientras grita mi nombre para que todo el mundo la oiga.

Capítulo Veintisiete

BRIANNA

—Nico —grito mientras me chupa el clítoris. Mi espalda se arquea sobre la cama mientras mis dedos se enroscan en su pelo, estrechándolo contra mí—. Sí. Sí. Sí.

Me come como un poseso. Justo como esperaba que lo hiciera.

No tengo ni idea de lo que me pasó cuando entré en la celda del sótano.

Cuando volvimos, supe que tenía que hacer algo. No podía volver a subir a ese piso después de todo lo que habíamos pasado, sabiendo que el hombre que habría cambiado mi vida para siempre seguía respirando unos pisos por debajo de nosotros.

Era una noche para limpiar esta ciudad de sus ratas, y él era uno de los que tenía que ir con ellas.

Tenía toda la intención de entrar allí, sacar la pistola que llevaba guardada en la parte trasera de los jeans e imitar lo que Nico había hecho dos veces esta noche. Suponiendo que tuviera algún tipo de puntería, por supuesto. Nunca he disparado un arma de verdad en mi vida, y no estoy seguro de que las pistolas de agua con las que Jodie y yo nos hemos perseguido en el pasado cuenten realmente como prácticas de tiro.

Pero entonces Stella dio un paso adelante y le dio un puñetazo en toda la mejilla, y esa neblina violenta de la que me he dado

cuenta hace poco descendió sobre mí.

Ni siquiera pensé. No podía. Lo único que tenía en la cabeza era que ese hombre quería hacerme daño, arruinarme, destruirme por completo en su necesidad de poder y control, y no había forma de que se saliera con la suya.

Me enseñó con quién puedo contar, cuánto quiero al hombre al que he visto luchar por su familia esta noche, y me permitió comprender por fin de dónde vengo. Y el poder que aparentemente viene con mi ADN… sí, se encontró en el extremo equivocado de la misma.

Y joder si no sentó bien mostrarle a quién se enfrentaba.

Supongo que, al final, tenía razón. No necesitaba tener miedo de los Cirillos. Debería haber estado aterrorizado de mí.

Creo plenamente que, aunque Nico no hubiera estado allí para atraparme ese día, me habría rescatado a mí mismo. Estoy jodidamente contenta de haberlo tenido a él para correr.

—Oh, joder, sí. Justo ahí —grito mientras me mete dos dedos.

Con unos cuantos lametones más en mi clítoris y rozando mi punto G, me hace caer en uno de los orgasmos más intensos que he experimentado jamás.

Ni siquiera nuestra pequeña sesión anterior sobre el capó de ese carro nos quitó los nervios.

Mi cuerpo tiembla y se convulsiona mientras él me somete a una oleada tras otra de placer hasta que me convierto en un montón inerte y sudoroso sobre la cama.

¿Quién iba a decir que la violencia era tan afrodisíaca?

Vuelve a sentarse sobre sus ancas y se pasa el dorso de la mano por la boca brillante antes de hacer ademán de lamerse el sabor de mis labios.

Lo miro fijamente, con el pecho agitado y una necesidad de más que aumenta por momentos. Ni siquiera está desnudo y prácticamente babeo por él.

—Tengo algo para ti —dice, con voz grave y áspera—. Siéntate.

Hago lo que me dicen. Estoy demasiado intrigado para no hacerlo.

Mete la mano en el bolsillo, agarra algo y lo saca.

—¿Qué? —pregunto riendo, todavía drogada de endorfinas.

—Me hiciste prometer, y quiero sellar el trato.

Mis cejas se pellizcan mientras le estudio.

—¿Qué estás…?

—Dame tu mano, Sirena.

Y lo hago, porque demonios, me tiraría por un acantilado si me lo pidiera amablemente.

Levanto el brazo y extiendo la mano entre los dos mientras mi mente se llena de locos pensamientos sobre lo que va a hacer.

Seguro que no es…

—NICO —grito mientras él hace exactamente lo que me estaba imaginando.

—Eres mía, Sirena. Me lo prometiste. Ahora, hagámoslo oficial.

Le veo sonreír en mi periferia, pero no levanto la vista. Tengo los ojos clavados en el puto anillo que me acaba de poner en el dedo.

Mi maldito dedo anular.

—N-Nico, no puedes simplemente…

—¿Por qué no? —pregunta, poniéndose en pie—. ¿Dirías que no si te lo pidiera?

—Bueno… esa no es la cuestión. No preguntaste.

Con mi mano aún entre las suyas, me sujeta la mandíbula con la otra y me mira fijamente a los ojos.

—Brianna… —Sacudo la cabeza, no dispuesta a entrar en eso ahora mismo—. Sirena, ¿quieres casarte conmigo?

Todo el aire sale de mis pulmones cuando esas palabras llenan mis oídos.

El corazón se me acelera, el estómago se me revuelve y la emoción me quema la garganta.

El tiempo se detiene -se detiene, joder- mientras le miro fijamente.

El oro de sus ojos brilla mientras me observa con algo parecido a la diversión mientras yo enloquezco en silencio.

¿Por qué no se asusta?

Es el jugador definitivo que nunca quiso nada serio.

¿Por qué no está flipando?

—Respira, nena —me dice suavemente, con el pulgar rozándome el labio inferior.

—¿Acabas de pedirme que me case contigo?

La sonrisa más increíble se curva en sus labios.

—¿Querías… querías hacerlo?

Su risa hace que se me encojan los dedos de los pies de deseo.

—¿Eso es un sí? —pregunta, con el oro brillando aún más.

Mi boca se abre y se cierra como la de un pez mientras permanezco de pie como un ciervo bajo los focos.

Los últimos meses pasan por mi cabeza como la película más rápida del mundo antes de aterrizar de nuevo aquí, de pie ante el hombre que, sin permiso, me ha robado totalmente el corazón y ha puesto mi mundo patas arriba, y me doy cuenta de que realmente sólo hay una respuesta a su pregunta.

—Sí —susurro.

Su sonrisa se ensancha tanto que casi le llega a las orejas.

—¿Sí?

—Sí —confirmo.

—Joder. Arrodíllate; necesito tus labios alrededor de mi polla ahora mismo, joder—.

—Qué romántico —murmuro mientras dejo que mis rodillas se doblen debajo de mí cuando él empuja contra mi hombro.

Aterrizo en la gruesa alfombra a nuestros pies e inmediatamente busco su cinturón. Pero sólo con una mano. Con la otra empiezo a acariciarle la más que evidente erección, que se tensa contra la tela del pantalón.

—Llevo así desde que te vi entrar en esa celda —confiesa mientras le aflojo el cinturón y le abrocho el botón.

—¿Cómo lo has sabido?

—Nos avisan cuando se abren las puertas. —Baja los párpados, le saco la polla y se la acaricio despacio.

—¿Y todos miraron? —le pregunto, burlándome de él al dejar que mi aliento recorra la cabeza de su polla mientras hablo.

—Ajá —asiente, enredando los dedos en mi pelo e intentando arrastrarme hacia delante—. Sirena —me advierte. —Envuélveme con tus labios y deja que te folle la garganta.

—Cuando me lo pides tan amablemente. —Le sonrío, dejándole ver todo lo que siento por él ahora mismo mientras lo lamo, dejando que la salinidad de su semen me impregne la lengua.

Su profundo gemido rebota en las paredes que nos rodean, y mi necesidad de oír más me hace hundirme en su cuerpo.

—Joder, sí —gruñe, y su agarre de mi pelo se hace más fuerte hasta que me duele mientras lo llevo hacia atrás.

Me deja el control durante dos minutos antes de que su necesidad de dominar la situación se apodere de él y empiece a empujarme con las caderas, metiéndose más profundamente en mi garganta.

Relajando los músculos, dejo que tome lo que necesita. Demonios si no se lo merece después de todo lo que ha hecho esta noche.

—Joder, Sirena. Voy a correrme tan fuerte —gruñe, sin apartar los ojos de los míos—. ¿Estás lista?

Le agarro el culo con más fuerza y le clavo las uñas en la piel. El dolor le empuja al límite y su polla palpita en mi boca, con hilos calientes de esperma deslizándose por mi garganta.

En cuanto termina, me pone en pie y me lleva por la habitación hasta que me aprieta la frente contra las ventanas que van del suelo al techo.

Grito cuando la frialdad del cristal muerde mi piel acalorada, mis pezones se endurecen al instante.

Un violento escalofrío me recorre el cuerpo cuando sus nudillos patinan por mi columna vertebral hasta que me toca el culo y luego hunde los dedos entre mis piernas, encontrando mi calor.

—Te encanta chupármela, ¿verdad, Sirena? —me gruñe al oído mientras se burla de mí, recogiendo mis jugos y esparciéndolos sobre mi clítoris.

—Sí —gimo—. Me encanta.

—Sucia, sucia puta —gime, abriendo más las piernas para darle mejor acceso.

Un gemido sale de mi garganta cuando sus dedos me abandonan. El calor de su cuerpo me aprieta la espalda. Es casi suficiente para compensar su tacto. Casi.

Por suerte, no me hace esperar y me aparta ligeramente de la ventana para poder deslizar su mano por mi vientre y encontrar mi clítoris una vez más.

—Sí —gimo mientras me rodea sin prisa.

Me inclino hacia atrás, apoyo la cabeza en su hombro y aprieto los labios contra su cuello.

—Mira —me dice, sobresaltándome con la aspereza de su voz.

Siguiendo su mirada, encuentro mi mano apretada contra la ventana. Mi mano con mi nuevo anillo.

—Mía —gime, mirándola fijamente—. Mi puta reina.

Miro fijamente el anillo, asimilándolo por primera vez desde que me lo puso en el dedo.

—Es una corona —suelto.

—Sé que no es un anillo de compromiso de verdad, pero no tenía muchas opciones. Te conseguiré…

—Es perfecto.

—Nena, costó como ochenta y…

—Me da igual. Podría ser un anillo de esos de plástico y no me importaría.

—Joder, eres perfecta —dice, acariciándome el cuello y rozándome la piel sensible con los dientes.

Inclino la cabeza hacia un lado para facilitarle el acceso, y sus besos me ponen la piel de gallina.

—Todo eso de ahí fuera —dice, asegurándose de que mis ojos se centran en la vista de la ciudad. —Va a ser nuestra. ¿Estás lista para eso?

—Cualquier cosa. Mientras sea contigo —confieso.

—Me gusta como suena eso señora Brianna Cirillo.

—Nico —gimoteo. Escuchar su nombre me produce escalofríos. Mentiría si dijera que esta semana no he tenido una especie de crisis de identidad. Descubrir que el nombre con el que siempre me he conocido era falso y que mi verdadero apellido debería ser Harris, que pertenece a un hombre del que no sé más que cosas horribles, me ha jodido la cabeza.

Nunca hubiera pensado que oírme llamar esposa me haría sentir bien. Pero lo es.

A la mierda mi pasado y toda la mierda. Es hora de pensar en el futuro, y estoy más que preparado para asumirlo, para abrazar por completo a este hombre increíblemente peligroso, roto y loco que tengo detrás y resolver juntos todo esto de la vida.

—Fóllame, por favor.

—Será un placer.

Vuelvo a apretar el culo contra él, sintiéndolo duro otra vez.

—Es usted perversa, señora Cirillo. Joder, acabas de chorrear sobre mi mano.

—Por favor —gimoteo, con el cuerpo a punto de combustionar por su suave contacto.

Sus dedos me abandonan para agarrarme por las caderas y colocarme exactamente dónde quiere.

—Sí —grito cuando estoy casi doblada por la mitad y él está frotando la cabeza de su polla por mis jugos, extendiéndolos desde mi clítoris hasta mi culo.

Empujo contra él, haciéndole saber lo que quiero.

—Joder, nena. ¿Sabes las ganas que tengo de llevarte aquí? —gime.

—¿A qué esperas?

—Más tarde. Primero necesito esto.

Menos mal que me sujeta, porque me empuja con tanta fuerza que mis brazos se habrían doblado y me habría lanzado hacia la ventana.

Mi coño se agarra a él con fuerza, intentando desesperadamente que penetre más.

—Jodidamente adicto a este coño, Sirena.

—Muévete, por favor —le suplico cuando se limita a girar las caderas, golpeando esos lugares tan profundos dentro de mí. Pero no es suficiente.

Su agarre se tensa antes de retirarse.

—¿Lista?

—Tan jodidamente lista. Dámelo. Todo lo que tienes.

—Joder, sí —ruge antes de volver a penetrarme de golpe, sacudiendo mi mundo como sólo Nico puede hacerlo.

Una vez que ha impuesto un ritmo de castigo, suelta mi cadera en favor de enroscar sus dedos en mi pelo.

Me arrastra desde la ventana y me echa la cabeza hacia atrás para poder acceder a mis labios, que toma en un beso sucio y devorador.

Es húmedo y sucio y todo lenguas y dientes. Es follar con todo.

—Clítoris —gruñe sin romper nuestro beso—. Ahora.

Siguiendo órdenes como la sucia puta de la que me acusa, mi mano se desliza por mi cuerpo, pero no me detengo cuando llego a ese doloroso nódulo, sino que sigo avanzando, envolviendo con mis dedos su vástago donde desaparece dentro de mi cuerpo.

—Joder, Sirena —gime, engrosándose mientras intenta contener su orgasmo.

—Ve allí, o me iré sin ti.

Sus dientes se hunden en mi labio inferior, el dolor se dispara directamente entre mis piernas, obligándome a soltarle y hacer lo que me dice.

—Mierda —sisea mientras me pellizco el clítoris y mis músculos se aprietan contra él—. Necesito que te corras, nena. Hacemos esto juntos.

—Siempre —prometo, empujándome sobre el borde en el que ya estaba montada sólo por su polla y sus sucias palabras.

—NICO —grito mientras la primera oleada de mi liberación golpea ni un segundo antes de que su cuerpo se detenga detrás de mí y una vez más derrame su semilla dentro de mí sin preocuparse por las consecuencias.

Me besa hasta que los dos hemos superado el subidón y luego se escabulle de mí, me toma en brazos y me lleva a la cama; menos mal, porque no estoy segura de que mis piernas me hubieran llevado hasta allí.

Me baja suavemente y se arrastra sobre mí, sus labios vuelven a encontrar los míos mientras sus manos comienzan a vagar.

—¿Estás cansada? —susurra.

—Yo no lo estoy —confirmo—. Podemos ir toda la noche.

—Puede que tenga que aceptar esa oferta.

Lentamente, beso a beso, va bajando por mi cuerpo, besándome y mordisqueándome como si no hubiéramos tenido ya dos intensas descargas cada uno.

Cuando acaba de nuevo entre mis muslos, no se inmuta al ver que su semen sigue saliendo de mí y vuelve a lamerme, saboreando nuestro gusto combinado.

Es jodidamente asqueroso, y me encanta.

—¿Qué pasa, nena? Pareces celosa. ¿Tú también quieres probar?

Sumerge sus dedos en mi interior y los cubre antes de ofrecérmelos.

En cuanto puedo alcanzarlos, envuelvo sus dedos con mi lengua, limpiándolo.

—Joder —gime—. Te necesito otra vez.

Capítulo Veintiocho

NICO

Finalmente me despojo de mi ropa y le doy la vuelta. Arrastro su culo contra mí, apretando contra ella.

—Por favor —gime, su desesperación va directa a mi polla.

Me encanta cuando está así.

Alargo la mano, abro el cajón superior de la mesilla de noche y rebusco lo que necesito.

—¿Mi sucia puta necesita mi polla? —pregunto, apenas capaz de formar las palabras. Necesito volver dentro de ella demasiado para pensar en otra cosa. Cada gramo de sangre de mi cuerpo está en mi polla. No importa que ya haya descargado en su boca y en su coño. Necesito más. Siempre necesito más, joder.

—Nico—. Nico, por favor. Necesito…— Sus palabras se cortan cuando abro la tapa del bote de lubricante y lo derramo entre sus mejillas.

Gime como una zorra lasciva, y no hace más que aumentar cuando meto los dedos en la humedad y le acaricio el agujero fruncido.

—Oh, joder —gime fuerte cuando le meto un dedo.

No puedo evitar gruñir en respuesta. —Tan jodidamente apretado.

Mi polla llora, necesita estar dentro de ella, sentir ese anillo de músculo estrangulándola en lugar de mi dedo.

—Más —grita, empujando contra mí.

—Joder.

La preparo rápidamente y me pide que le dé más. Pero por mucho que yo también lo desee, no voy a precipitarme. Me niego a hacerle daño. Puede que lo disimule bien, pero es imposible que no le siga doliendo la terrible experiencia. Los moratones pueden estar desapareciendo, pero hay más pruebas esparcidas por su cuerpo, y sé que no van a salir de su cabeza pronto.

En cuanto me doy cuenta de que está lista, exprimo otra generosa cantidad de lubricante sobre mi dolorida longitud y finalmente me alineo con su entrada.

—Sí, Nico. Sí, Nico. Por favor. Fóllame ahora mismo, joder.

Incapaz de negarme a su petición, la empujé hacia delante.

—Relájate, nena. Sé una buena chica y déjame entrar.

Y lo hace.

—Dios. Joder. Este culo. Joder —ladro mientras su calor me envuelve y sus músculos se agitan—. No voy a durar.

—Nico —gime cuando la saco y vuelvo a introducirla lentamente —. No es suficiente. Más. Más.

Retiro la mano de su cadera y se la paso por la nalga.

—Chica guarra, guarra —ladro, cogiéndola más fuerte y rápido.

Teniendo en cuenta que soy yo la que se preocupa de chocar demasiado rápido, Brianna es la que grita su próximo lanzamiento en cuestión de segundos.

Y me aprieta tan fuerte que no tengo más remedio que caer con ella, rugiendo su nombre mientras el placer estalla en mi polla y se dispara por todo mi cuerpo.

Mi cuerpo cede y me derrumbo sobre ella, aplastándola entre el colchón y yo. No se queja y, aunque lo hiciera, no estoy seguro de poder hacer nada al respecto.

Lo único que se oye es nuestra respiración entrecortada al bajar de nuestros máximos.

—Te quiero, Sirena —gimo con la voz ronca.

—Yo también te quiero.

No tengo ni idea de cuánto tiempo pasa, pero al final consigo quitarle peso de encima y acercar su cuerpo al mío para poder abrazarla.

El silencio se extiende a nuestro alrededor, pero no es incómodo. Todo lo contrario.

No tengo ni idea de lo que le pasa por la cabeza, pero tengo la sensación de que sus pensamientos no son muy distintos de los míos.

La abrazo un poco más fuerte, mis dedos juguetean con el nuevo anillo que luce orgullosa en el suyo.

Fue una decisión totalmente impulsiva hacer que Theo se detuviera. Pero después de las promesas que nos habíamos hecho ese mismo día, me pareció bien sellarlas con un anillo.

Vale, el anillo de la corona de ochenta quilates no era exactamente lo que tenía en mente para pedir matrimonio. O al menos, no lo habría sido si alguna vez me hubiera visto ofreciéndoselo para siempre a una mujer. Pero en cuanto lo vi en la tienda, supe que era el elegido.

El único por ahora.

Mi reina se merece algo mucho más grande y mejor que eso. Me costará un poco más que hablarle dulcemente a una dependienta para encontrarlo.

Mis labios se separan para decir algo, para asegurarme de que está bien, pero ella se me adelanta.

—¿Cómo te sientes?

—Increíble —confieso—. Eso fue…

—No me refiero al sexo, Nico. Quiero decir…

—Sé lo que quieres decir —la corto antes de que arruine el momento nombrando a alguno de los que hemos tratado esta noche —. Y mi respuesta sigue siendo la misma. Todo lo que hicimos esta noche, lo hicimos por nosotros. Por nuestro futuro. Y eso es lo más importante para mí ahora mismo.

—A la mierda el ayer, el mes pasado, el año pasado. Todo se trata del mañana, nena.

—Pero tú mataste…

—Le subo la mano por el brazo y se la paso por la nuca para inclinarle la cara y que no tenga más remedio que mirarme. —Hice lo que tenía que hacer para mantenernos a salvo a ti y al resto de mi familia. Lo haría cien veces más por aquellos a los que quiero.

Me mira fijamente con sus grandes ojos azules y juro que el corazón me da un vuelco en el pecho.

—Cualquier cosa por ti, Sirena.

—Lo mismo digo —respira antes de estirarse para tomar mis labios en un beso lleno de emoción que hace que me derrita por ella.

* * *

Pasa de la medianoche cuando finalmente nos dirigimos al baño para asearnos. Aunque eso no fue todo lo que hicimos allí, y para cuando caímos en la cama enredados con sonrisas de saciedad en nuestros rostros, ambos nos hundimos en nuestro agotamiento.

Y me dormí plácidamente, sabiendo que nos habíamos quitado a todo el mundo de encima y que mi niña estaba a salvo en mi brazo.

Aunque no es así como me despierto muchas horas después, porque cuando la busco, lo único que encuentro es una cama vacía y fría.

Con un gemido, me doy la vuelta para mirar el reloj, y mi gemido se hace más fuerte cuando miro fijamente la hora.

Tengo un maldito examen esta tarde.

Me vendría muy bien eliminarlas.

Pero no lo haré. Papá quería que las hiciera, y aunque fracase después de todo esto, al menos lo habré intentado.

Suspiro, tiro las piernas por encima de la cama y me dirijo al baño.

Hasta que no cierro la puerta de una patada, no me doy cuenta de que es la primera vez que me despierto sin ella y no me entra el pánico de que haya huido.

Sé que no lo ha hecho. Después de lo de ayer, sé que está aquí conmigo. Aunque haya dejado el piso para salir con Jodie y las

chicas, sé que volverá conmigo.

Me lavo los dientes y me pongo unos calzoncillos antes de salir del dormitorio para buscar a mi chica.

El aroma del café me golpea mientras avanzo hacia donde espero que esté ella.

Me siento más ligera de lo que me he sentido en mucho tiempo mientras cierro el espacio que nos separa. Todo, incluso respirar, me parece fácil.

Pero todo eso se viene abajo cuando al doblar la esquina la encuentro acurrucada en una de las sillas de la mesa del comedor, con una de mis camisas puesta, su teléfono y lo que parece un paquete de pastillas ante ella.

Tiene los hombros caídos y está tan ensimismada que ni siquiera se ha dado cuenta de que me acerco.

No es hasta que estoy a su lado cuando se sobresalta y me mira.

—¿Sirena? —susurro, acercando una silla y bajando el culo a ella.

Mis rodillas chocan con su muslo desnudo mientras busco sus manos y las tomo entre las mías.

—¿Qué pasa, nena? —pregunto suavemente, odiando la vulnerabilidad que se desprende de ella en oleadas.

Quiero decir que son los efectos de las últimas semanas y lo que pasó anoche lo que la ha llevado al límite. Pero creo que es más que eso.

No hace ni dice nada durante largos y angustiosos segundos. Ni siquiera levanta la vista de la caja blanca y morada.

—Pensé que lo agarraría y todo iría bien —susurra finalmente.

Mantengo los labios sellados, dejándola decir lo que piensa sin interrupciones.

—Pensé que había tomado mi decisión sobre esto hace años. Que nunca iba a ocurrir y que haría todo lo posible por impedirlo. Pero entonces, aquí estoy. Está ahí, lo que pensé que siempre había querido, y no sé si podré hacerlo.

La cabeza me da vueltas, intentando averiguar de qué está hablando.

—¿Y si esto está destinado a pasar? ¿Y si no estoy destinado a ser como ella? ¿Y si tomarla es una decisión equivocada y me

arrepentiré para siempre?

—Últimamente me han quitado muchas cosas de las manos, y extrañamente, he estado bien con eso. Pero esto… esto se siente mucho más grande que incluso lo que hice anoche. Yo…

Se queda pensativa y finalmente levanta los ojos hacia los míos.

Están inyectadas en sangre y llenas de lágrimas no derramadas, aunque por el estado de sus mejillas, estoy seguro de que ya ha dejado caer unas cuantas.

—Cariño —le digo, soltando una de sus manos en favor de ahuecar su mejilla.

En cuanto hago contacto con ella, cae su primera lágrima, recorriendo el dorso de mi mano.

—Háblame. Lo que realmente… —Miro a un lado y mis ojos se fijan en dos palabras de la caja que estaba mirando.

Anticoncepción de emergencia.

—Brianna, yo…

—Me cortó el implante, Nico. Y nosotros… nosotros hemos…

—Lo sé. Está bien, cariño. Cálmate, ¿vale? —digo con lo que espero que sea una voz suave y de apoyo. El infierno sabe que nunca he necesitado usar una antes. Al menos, no así.

—Simplemente lo has ignorado. Ni siquiera sabía con certeza si lo sabías.

—¿Realmente crees que me perdería algo de ti, Sirena? Anda ya. Sé todo lo que hay que saber sobre tu cuerpo.

—Pero… —respira entrecortadamente—. No estoy protegida. Podríamos haber…

—Sí, podríamos.

—¿Y te parece bien?

Me encojo de hombros. Probablemente no es la respuesta que esperaba, pero es lo que hay.

—Nena, si tuviera un problema con las consecuencias, no habría hecho las acciones.

Me sostiene la mirada durante un instante antes de que una sonrisa se dibuje en sus labios.

—Hablo en serio, Nico. Esto… —dice, señalando la caja sobre la mesa—. Es en serio.

—Estoy hablando en serio. Ese anillo que te puse en el dedo anoche, cuando te dije para siempre, iba jodidamente en serio.

—Tienes diecinueve años —señala—. No es posible que quieras…

—A no ser que estés intentando recordarte a ti misma el juguete tan bueno que tienes, nena, entonces mi edad no tiene nada que ver. No he sido un niño desde que tenía unos ocho años y empecé a andar por ahí con pistolas y a aprender a matar a hombres que me doblaban en tamaño de un solo puñetazo.

—Lo que tenemos… Lo es todo para mí. Y lo quiero todo contigo. Ya sea ahora o en los años venideros. Nunca diré que no a nada.

—Si quieres tomarlo y volver a tomar anticonceptivos, eso es lo que haremos. Pero igualmente, si no quieres tomarlo, estaré a tu lado.

Se muerde el labio inferior mientras me estudia, tratando de encontrar las mentiras en mis palabras.

Pero no lo hará.

Sí, esta conversación es jodidamente aterradora, y de ninguna manera me siento preparado para lo que podría ser el resultado. Pero de ninguna manera voy a empujarla a tomar una decisión con la que no esté contenta. Aunque el resultado podría cambiar toda mi vida, no tanto como cambiará la de ella.

—¿Qué quieres, Bri? ¿Qué hay realmente en tu corazón?

Sus ojos se posan en mis labios mientras paso la lengua por el inferior.

—No se trata tanto de lo que quiero. Es más bien lo que no quiero.

—De acuerdo. —Le doy un toquecito en la barbilla, obligándola a mirarme.

—Continúa.

—No quiero que la historia se repita. No quiero ser mi madre y arruinar la vida de otra persona—.

—No lo harás. Eso nunca ocurrirá —le aseguro con absoluta certeza.

—Y… no quiero matar a nadie más, Nico. Dos personas han perdido la vida por mi culpa.

—Se lo merecían.

—No es el punto. Los maté, Nico. Están acabados. Desaparecieron de esta Tierra sin más remedio. No estoy seguro de poder hacerlo de nuevo.

—Entonces no lo hagas. Y sí, tuvimos sexo sin protección, pero eso no significa que haya pasado nada. ¿Es siquiera el momento adecuado? —pregunto con una mueca de dolor. Estoy totalmente fuera de mí y empiezo a desear haber prestado un poco más de atención a todo esto cuando hicimos educación sexual en lugar de centrarme solo en la parte del sexo.

—No lo sé —confiesa en voz baja—. Apenas tengo periodos con el implante puesto. Hace tiempo que perdí la noción de qué tiene que pasar y cuándo.

—Puede que te asustes por nada —le digo, levantándola de su asiento y depositándola en mi regazo.

—O podría serlo.

—Entonces, ¿quieres esperar a averiguarlo o quieres hacer algo al respecto? —Le pregunto antes de besarla por el cuello, haciendo que se le ponga la piel de gallina—. No llevas bragas, ¿verdad? —le pregunto cuando el calor de su coño me quema los calzoncillos.

—¿Te tomas algo en serio?

—Sí. Me tomo el sexo contigo muy en serio. Es sin duda lo más importante en mi vida ahora mismo.

—Estoy seguro de que deberían ser tus exámenes. Sabes que tienes uno de literatura inglesa esta tarde, ¿verdad?

—Por supuesto que sí.

Su grito ahoga el aire cuando deslizo la mano por debajo de la camiseta y le acaricio un pecho.

—¿Quieres ayudarme a estudiar? Nuestras sesiones fueron lo mejor de mi experiencia en este año.

—Nico —gime cuando le pellizco el pezón—. Tienes que concentrarte.

—Estoy más que centrado en tumbarte en esta mesa y comerte hasta que tenga que irme a mi examen. Si por casualidad me das alguna información sobre lo que se espera que escriba mientras estoy en ello, entonces es cosa tuya.

—Eres una pesadilla —dice, saltando fuera de mi alcance y caminando alrededor de la mesa para que no pueda llegar a ella—. Estoy pidiendo el desayuno y tú… —Sus ojos se posan en la tienda de campaña de mis calzoncillos—. Deshazte de eso y ve a buscar tus libros. A partir de ahora, vas a estar totalmente preparado para cada examen que hagas.

—Como desee, señora Cirillo.

Sus ojos se cierran cuando la llamo así, y eso no hace nada por hundir mi erección.

Capítulo Veintinueve

BRIANNA

—¿Qué haces? —me pregunta Nico cuando le sigo hasta el dormitorio para cambiarme con él.

—Voy contigo —digo con confianza.

Una sonrisa malvada aparece en su rostro.

—Por mucho que me gustaría que te sentaras a mi lado mientras hago este examen, no creo que te dejen. Profesor o no.

—Ja, qué mono —digo, abriendo su armario para encontrar algo que ponerme. Casi todas mis cosas están todavía en mi piso -algo más de lo que tenemos que hablar-, pero Jodie y Toby me han preparado algunas cosas esenciales para que me sirvan de ayuda hasta que decidamos dónde voy a vivir.

Sinceramente, por primera vez en mucho, mucho tiempo, el deseo de tener mi propio espacio no está ahí. Estaré más que feliz de quedarme aquí. Pero, aunque las cosas se han movido a la velocidad de la luz en los últimos días con Nico, no estoy lista para abordar el tema de mudarme.

No sé por qué lo evito. Me ha pedido que me case con él; llevo su anillo. Acabamos de tener una conversación bizarra sobre las consecuencias de follar sin protección, pero me da miedo preguntarle si me quiere aquí.

¿Y si no lo hace?

Es una estupidez.

Realmente estúpido.

Pero todavía hay una pequeña parte de mí que piensa que se despertará y se dará cuenta de que se asustó cuando no pudo follar conmigo durante unos días y recordará que no me quiere a mí, ni a una relación.

Ojalá pudiera aplastar las dudas y creer por una vez que soy suficiente, que no me van a rechazar en favor de algo nuevo. Pero ese miedo infantil tan arraigado aún perdura.

—No necesitas hacer esto todavía, lo sabes, ¿verdad? —dice Nico, sacándome de mis casillas. —No hay prisa. Tu lugar en *Knight's Ridge* estará ahí, no importa cuánto tiempo tome.

—Nico —suspiro.

—No, Brianna —dice con firmeza—. Sé que no quieres un trato especial porque ahora eres uno de nosotros, pero lo vas a tener, joder, ¿vale? El colegio no te va a echar porque hayas pasado por una mierda. La universidad tampoco. El tío Damien no lo permitirá.

—No puedo…

—Puedes —afirma, cerrando el espacio entre nosotros en un santiamén y cogiendo mi barbilla con la mano—. Eres uno de los nuestros y te trataremos como tal. Enseñar es tu sueño. Es para lo que estás hecha, aparte de para ser mi puta —añade rápidamente—. Y así será. A la mierda Brad y mi comportamiento de mierda que te impidió hacer lo que tenías que hacer. Cumplirás los requisitos y tendrás un trabajo en septiembre.

Abro la boca, pero no me da tiempo a rebatir todo lo que acaba de decir; en lugar de eso, aprovecha que tengo los labios entreabiertos para cerrarlos de golpe y hundirme la lengua en la boca.

—Acepta la ayuda, Brianna. Ahora somos un equipo, una familia. Nos has ayudado, así que devolvamos el favor.

—No juegas limpio —murmuro, nuestros labios aún conectados.

—No hay diversión en la feria, nena. Ahora, deja de intentar distraerme con sexo, tengo un examen al que llegar.

—¿Yo? Tú fuiste quien me besó.

—Sí, y tú eres la que ha hecho esto —dice, agarrándome la mano y apretándola contra su dura longitud oculta tras los calzoncillos.

—No hice nada —ronroneo inocentemente mientras me alejo y hago ademán de desprender su camisa de mi cuerpo.

—Hijo de puta —gruñe.

—Hora del examen, nene. Si te lo cargas, quizá te recompense más tarde.

Sus ojos recorren mi cuerpo, su oro ardiente.

Sinceramente, pensé que se volvería loco cuando por fin tuviera el valor de decirle algo sobre la situación del posible bebé.

Hemos sido imprudentes. Lo sabía. Pero realmente pensé que estaba siendo ingenuo sobre toda la situación.

Resulta que me equivoqué, y él sabía exactamente lo que hacía cada vez que se corría dentro de mí desde que me trajo aquí.

Nico descargaba a sabiendas dentro de mí, consciente de las posibilidades de que me quedara embarazada.

Toda esa afirmación es absolutamente alucinante.

Nico. Nico Cirillo, el putero de la ciudad que solía salir en urticaria si alguien le mencionaba cualquier tipo de compromiso o relación, estaba casi activamente tratando de dejarme embarazada mientras deslizaba un anillo de compromiso en mi dedo.

Sacudo la cabeza mientras le doy la espalda, apenas capaz de procesar todo esto además de todo lo que ha pasado recientemente.

—No tienes que preocuparte, nena. Voy a destrozar este examen. De aquí en adelante, todo va a ir a nuestro favor—.

Asiento mientras saco de la percha un vestido de verano de flores antes de ir en busca de ropa interior.

Sólo podemos esperar, ¿no?

* * *

Es extraño volver a caminar por los pasillos del *Knight's Ridge*. Hay una parte de mí que siente que he estado fuera tanto tiempo que mi estancia aquí no es más que producto de mi imaginación, pero hay otra parte que siente que acaba de volver a casa.

Nico y sus travesuras aparte, me gustaba estar aquí. Me gustaba enseñar aquí.

Pensé que me iba a sentir incómoda rodeada de chicos ricos y fuera de mi zona de confort. Pero nunca fue como me temía.

Los chicos eran siempre increíbles, los profesores tan acogedores y comprensivos.

Podría hacer algo mucho peor que conseguir un trabajo aquí en septiembre.

Aunque no haya hecho nada para merecerlo.

Todo está tranquilo mientras me dirijo hacia el despacho que quiero. Las clases están en pleno apogeo, pero sé que tiene una lección libre.

—Adelante —me llama una voz familiar cuando llamo a la puerta.

La abro de un empujón y entro sonriendo.

—Dios mío, Brianna —jadea Melissa, con los ojos muy abiertos.

Antes de que me dé cuenta, se pone en pie y corre hacia mí.

Me envuelve en el más cálido de los abrazos antes de detenerse y retirarse.

—Mierda, ¿te estoy haciendo daño?

—No, para nada. —*No hay nada como tener a un hombre adulto desplomándose sobre ti después de una intensa sesión anal*—. Yo también me alegro de verte —le digo, recuperándome por fin del susto y devolviéndole el abrazo.

—¿Café? —pregunta cuando nos acercamos a su mesa. Señala con la cabeza la cafetera que tiene junto al monitor y la bonita pila de tazas.

—Siempre.

—Impresionante. Siéntate y cuéntamelo todo. Bueno, supongo que no puedes contármelo todo, pero ya sabes.

Sigo sus órdenes mientras me sirve una taza, estudiándola y preguntándome cuánto sabe ya.

—¿Qué tan bien conectados están? —pregunto con curiosidad.

—Flojamente. Pero lo suficiente para saber que has pasado por alguna mierda.

No puedo evitar reírme.

—Puedes repetirlo.

—Entonces, ¿qué puedes contarme? —pregunta, con los ojos brillantes por la esperanza de algún cotilleo jugoso.

Incapaz de inventar algo más excitante que lo que adorna mi mano izquierda, la levanto por encima de la mesa y meneo el dedo anular.

—Joder, chica —jadea, sorprendiéndome. Siempre ha sido tan educada, tan bien hablada.

—Créeme, lo sé. Pero…

—Es bueno —dice en voz baja—. Sé que puede ser el mayor idiota del mundo y que tiene un ego del tamaño de Marte. Pero si eres capaz de esconder toda esa chulería y esa mierda de macho, tiene un corazón de oro—. ¿Qué? —pregunta cuando le sonrío.

—Nada. Sólo me preguntaba si tiene idea de que la gente puede ver a través de él.

—No. Y no lo arruines. Le encanta pensar que todos creemos que es "la mierda".

No puedo evitar resoplar divertido.

Nuestra conversación gira en torno a la escuela y Melissa se olvida alegremente de lo que estaba haciendo cuando entré para ponerse al día. Me habla de las clases que ya debería estar dando y de lo que han estado haciendo algunos de los chicos a los que ya conocía por su nombre. Es agradable. Normal. Y me da un nuevo impulso de entusiasmo por volver a ello.

Nico tenía razón antes; no importa lo que la vida me depare después, no hay forma de que pueda dejar la enseñanza.

Un golpe en la puerta nos sobresalta a los dos, y cuando la persona que está al otro lado se une a nosotros, Melissa gime de frustración mientras nuestra nueva incorporación chilla de emoción.

—Brianna, te he echado de menos —grita Rhea, lanzándose a través de la habitación hacia mí—. Mi estúpido padre y mi hermano me impidieron venir a verte. Estoy tan contenta de que mataras a ese asqueroso hijo de puta por tratarte así.

Mi mirada se dirige a Melissa, pero si está sorprendida por el anuncio de Rhea, no lo demuestra.

—Rhea —advierto.

—Oh, está bien. Estás de acuerdo con todo esto, ¿verdad, Mel?

¿Mel?

—Ya basta, Rhea —dice Melissa—. ¿Qué hiciste para terminar aquí en medio de una lección?

—Nada. La señora Taylor estaba siendo una idi…

—Cuidado, jovencita.

Rhea levanta las manos y gime de frustración.

—Sólo quería ver a Bri. He estado tan preocupada y nadie me decía nada.

—Creía que lo escuchabas todo —señalo.

—Papá encontró mi micrófono —confiesa.

—Lo siento. ¿Pusiste micrófonos en la oficina de tu padre? Sabes lo peligroso y estúpido que es eso, ¿verdad?

De nuevo, lo único que hace es encogerse de hombros.

—Dios, Rhea. Tienes que parar antes de que descubras algo que no quieres oír.

—Demasiado tarde. —Ella guiña un ojo.

—Bueno, lo encontró ahora, supongo —dice Melissa, tratando de parecer positiva, pero la forma en que Rhea sonríe me hace preguntarme si ya ha escondido un reemplazo, o al menos tiene planes de hacerlo. —Supongo que te quedas—. Melissa mira la bolsa de Rhea y el libro de texto que abandonó en el suelo cuando corrió hacia mí.

—Sí. Estaré por aquí. Por favor, continúen con lo que estaban discutiendo.

—No me lo digas, ya lo sabes, porque tú también me has molestado.

—Nunca invadiría su intimidad de esa manera, señora Hendrix —dice Rhea como la adolescente inocente que sin duda no es.

Seguimos charlando, pero cambiamos significativamente de tema ahora que tenemos oídos que nos escuchan, y cuando me doy cuenta de que sólo faltan unos minutos para que suene el timbre, saco mi teléfono y envío un mensaje.

No sólo he venido a ver a Melissa. Tengo a alguien más con quien quiero ponerme al día con la esperanza de obtener más respuestas.

* * *

—Hola, ¿qué tal? —pregunta Stella, mirándome con ojos preocupados mientras se acerca al carro donde le dije que nos veríamos.

—Estoy bien. ¿Y tú?

—Sí, ya sabes. No tan emocionante como ayer.

—Probablemente podría soportar que ningún día fuera tan emocionante como el de ayer —confieso mientras me dejo caer en su asiento de copiloto.

—¿Adónde querías ir?

—No sé, donde sea —digo.

—Panqueques será. Buena elección.

Hablamos de todo y de nada mientras se dirige al otro lado de la ciudad, a uno de los locales favoritos de Emmie y ella. En un santiamén nos sentamos en un reservado, lejos de los demás clientes, mientras Stella me observa desde el otro lado de la mesa.

—¿Por qué me miras así? —pregunto, moviéndome nerviosamente bajo su mirada.

—Estoy esperando a que sueltes todas las preguntas que tienes.

Con un suspiro, levanto la mano y me peino los rizos de la cara.

—¿Qué tan malo era? —le pregunto. No necesito decir su nombre; ella sabe exactamente de quién estoy hablando.

—Malo. Realmente malo. Pero no tienes que preocuparte por él.

—¿Sus hijos son igual de malos, entonces?

Una sonrisa se dibuja en sus labios antes de negar con la cabeza.

—No. No son… como su padre. O al menos, no que yo sepa—.

—¿Nunca los has conocido?

—No. Sus reputaciones les preceden, sin embargo. Pero puedo ponerte en contacto con un par de chicas que sí las conocen.

—¿Harías eso por mí?

—¿Qué? —pregunta, frunciendo el ceño como si el hecho de que yo cuestione eso fuera lo más loco que ha oído en su vida—. Por supuesto. Familia, ¿recuerdas?

Sus ojos se posan en el anillo que adorna mi dedo, pero no dice nada. No es raro que lleve uno. Nunca me he creído eso de que trae mala suerte llevar un anillo en el dedo anular. Nunca pretendí ser la prometida de nadie, así que nunca me preocupó.

Pero en lugar de comentarlo, continúa con nuestra conversación anterior.

—Harley, una de mis chicas de Rosewood. Su novio y su hermano solían estar… conectados.

—Por conectado, ¿quieres decir, parte de su banda?

—Kane, el hermano mayor, era un halcón, sí. Consiguió salir a principios de año gracias a Reid, tu hermano mayor y el nuevo líder.

Dejo caer los ojos sobre la mesa y sacudo la cabeza.

Mi hermano.

¿Cómo coño ha pasado todo esto?

—¿Cuántos son?

—Cinco. El más joven, sin embargo, es…

—¿Él es qué? —pregunto, inclinándome hacia delante, totalmente interesada en su respuesta.

—Intentó secuestrar a Harley después de que ella saliera con su novio.

—¿Por qué?

—Una larga historia que no es importante ahora. Pero…

—¿Pero qué?

—Yo… eh… puede que le haya disparado. Un poco —añade, levantando la mano y separando el pulgar y el índice medio centímetro.

—¿Cómo le disparas a alguien un poco? Como, fallaste y rozaste…

—Nunca fallo, muchas gracias. De acuerdo. Le disparé, ¿de acuerdo?

—Probablemente se lo merecía. —Me encojo de hombros. ¿Por qué iba a importarme si hería a uno de ellos? Hasta hace unos días, ni siquiera sabía que existían.

—¿Cómo son los otros? —pregunto.

—Creo que eso es algo que probablemente tengas que averiguar por ti misma —dice servicialmente.

—¿Saben lo mío?

—No tengo ni idea. No le he dicho nada a Harley. Puedo conseguir uno de sus números de teléfono, si quieres…

—¿Qué demonios es esto? ¿Cómo te atreves a engañarme? —brama una voz familiar en la cafetería.

—Oh Dios. ¿Quién ha dejado entrar a esa gentuza? —Stella se burla mientras Emmie y una Calli avergonzada marchan hacia nosotras.

—No puedo creer que me hagas esto, Stel. Pensé que este lugar significaba algo para nosotras.

Stella le pone los ojos en blanco a nuestro amigo mientras los dos se deslizan hacia la cabina.

—¿Hemos interrumpido algo? —pregunta Calli, mirando entre los dos.

—No, estás bien. Stella me estaba informando sobre algunos de mis parientes. Aparentemente, le disparó a uno de ellos.

—No, mierda. ¿Se lo merecía?

—Obviamente —murmura Stella mientras nuestro camarero se dirige a tomar el pedido de Emmie y Calli.

—Entonces, ¿quieres conocerlos?

—¿De cuántos estamos hablando? —Emmie pregunta.

—Cinco hermanos—.

—Joder. Hablando de no hacer las cosas a medias.

—Bueno, podrían ser cuatro. Al que disparó Stella está desaparecido —le explico.

—¿Por qué? —

—Porque es un capullo que intentó secuestrar y hacer daño a mi amigo, por eso.

—Ah, es bueno oír que las vidas de los demás son tan dramáticas como la nuestra —reflexiona Emmie.

—¿Por qué crees que encajo tan bien aquí? Es como mi hogar lejos de casa.

—Todos tenemos que volver a tu antigua casa para conocer a esta gente —dice Calli—. Has hablado tanto de Harley y Poppy que siento como si los conociera.

—Y Seb los ha conocido a todos y nosotros no. No es justo —añade Emmie.

—Quitémonos estos exámenes de encima y veremos qué podemos hacer. Unas vacaciones suenan como una idea jodidamente sólida.

—Amén a eso —digo, levantando mi chocolate caliente y pegándolo al de Stella—. ¿Dónde está Jojo? —pregunto, sintiendo su ausencia.

—Ha llevado a Joanne a ver a tu madre —explica Calli.

Selene, la tía de Nico, y Joanne la trasladaron después de que yo pidiera que tuviera un lugar más cómodo para recuperarse de su terrible experiencia. Aunque nunca me dijeron adónde había ido, solo que estaba fuera del edificio.

Aún no he decidido si quiero dedicar tiempo a intentar reconstruir nuestra relación, si es que hay una relación que salvar. He pasado demasiados años odiando a esa mujer por todo lo que me infligió de niño.

Puede que las cosas sean un poco diferentes ahora que sé la verdad, pero eso no disminuye el dolor de lo que viví. La soledad, el abandono.

Ahora mismo, quiero centrarme en Nico y en nuestro futuro, y en nuestra nueva familia. No me había dado cuenta de que me estaba perdiendo tantas cosas hasta que este increíble grupo de personas nos arrastró a Jodie y a mí a sus vidas y nos enseñó lo que era tener una familia numerosa.

Lo es todo. Literalmente todo. Y pase lo que pase con mi falta de control de natalidad o con mi madre o con cualquiera que quiera venir e intentar separarnos, sé que no lo conseguirán. El amor que comparte esta familia es demasiado fuerte para dejar que nadie lo rompa.

—Umm… ¿hay algo que necesites decirnos, Bri? —Calli pregunta, con los ojos clavados en el anillo corona de oro rosa que luce en mi dedo.

—Oh, ¿qué? ¿Esto? —pregunto, llevándome la mano al pecho.

—Dios mío, ¿no lo hizo? —Emmie jadea mientras Stella sonríe.

—¿Vas a ser mi hermana? —Calli chilla, con los ojos rebosantes de lágrimas.

—Lo soy —grito, rodeándola con mis brazos cuando se inclina para abrazarme.

—Señora Brianna Cirillo —dice Emmie, probándoselo—. No está mal, prima. —Guiña un ojo.

Las tres se ponen a charlar animadamente, haciéndome un millón de preguntas sobre cómo Nico me propuso matrimonio y sobre mi anillo, que a todos les parece jodidamente épico.

Mi corazón está tan lleno, rodeado de ellos, y no puedo borrar la sonrisa de mi cara cuando empiezan a interrogarme sobre los planes de boda, como si siquiera hubiera pensado en ello entre el resto de la mierda que he tenido entre manos.

Estoy tan perdida en nuestro pequeño mundo que no me doy cuenta de que el ambiente de todo el café ha cambiado, ni de los seis hombres devastadoramente guapos que se dirigen hacia nosotros, con Jodie arropada al lado de su chico, donde debe estar.

Calli es la primera en darse cuenta, seguida rápidamente por el resto de nosotras.

—Cuidado, nos han rastreado —bromea.

—Señoritas —saluda Daemon, sacando a Calli de la cabina para permitir que Nico se deslice a mi lado.

—¿Qué creen que hacen, robarme a mi prometida? Estaba en una promesa después de destrozarme el examen —se queja.

—Cállate —dice Emmie, lanzándole un malvavisco, que él atrapa y se mete en la boca.

—Espera un momento —dice Seb, deteniéndose a medio camino de los labios de Stella—. ¿Acabas de decir prometida?

—Sí —dice Nico con orgullo antes de tenderme la mano para que los chicos la vean—. Va a ser mi reina. Le compré una corona y todo.

La incredulidad recorre a los chicos antes de que su orgullo empiece a brillar.

—Felicidades, primo. Eso es jodidamente épico.

—Muy bueno —dice Daemon, dándole una palmada en el hombro a Nico.

Seb y Toby me felicitan mientras Jodie me sonríe feliz. Obviamente, ella ya lo sabe. Le había mandado una foto del anillo antes de ponerme como una fiera por el embarazo de esta mañana.

Puede que Calli se convierta en mi hermana por matrimonio dentro de poco, y puede que tenga hermanastros al otro lado del charco, pero Jodie siempre será mi hermana, la que me lleva o me mata, mi mejor zorra para siempre a pesar de todo.

—No me lo puedo creer —gruñe Alex—. Ustedes ya están casados—. Señala a Emmie y Theo. Y ustedes ya están procreando, e incluso el puto se está casando, y aquí estoy yo, apenas mojando la polla.

—Por fin, joder, confiesa su falta de acción —ladra Seb demasiado alto.

—Aw, Hermano —dice Daemon apoyándote. —Ahora tu nuevo bestie es un hombre libre una vez más, puede llevarte de jalón—.

—Tiene que estar jodidamente desesperado después de haber estado encerrado en nuestro edificio todo este tiempo. Me sorprende que no haya recurrido a follarte —se burla Toby.

—Déjalo en paz —dice Nico, por una vez no empeorando la situación para Alex—. Fiesta de compromiso en nuestra casa el viernes por la noche.

—¿Bienvenida de la casa? —Stella pregunta—. Llevas meses viviendo allí.

—Sí, pero Brianna no, y tenemos que celebrar su mudanza.

—¿Qué? —Suelto.

—¿De verdad pensabas que te dejaría volver a tu piso? Sirena, ¿no recibiste el memorándum? Ahora eres mía. Para siempre.

Me mira con amor y devoción en los ojos. Está muy lejos de la forma en que me miraba hace sólo unas semanas. O… ¿lo es? ¿Siempre estuvo ahí y fuimos demasiado estúpidos para reconocerlo?

Mi vida cambió la noche que le conocí en aquel bar de mala muerte. Nunca habría imaginado el impacto que tendría en mí y cómo pondría mi mundo patas arriba de la mejor manera posible.

—Sí, lo entiendo —digo, levantando la mano—. Esposo.

Sus ojos destellan calor antes de inclinarse hacia delante y rozarme la oreja con los labios, lo que me produce un escalofrío.

—Te amo, Sirena.

—Yo también te amo. Oye —me quejo cuando descubro la razón por la que se acercó tanto al robarme lo que quedaba de mi panqueque y metérselo en la boca—. Qué idiota.

—Algunas cosas nunca cambian —dice Theo, observándonos atentamente.

—Espero de verdad que no —me digo con la sonrisa más amplia y feliz que se me dibuja en la cara.

Esto es realmente de lo que están hechos los sueños. Amistad, risas y amor. ¿Qué más se puede pedir?

Epílogo

BRIANNA

Sirena,
Mi sirena.
Esta noche he tenido una reunión con una psiquiatra y, entre otras cosas, me ha preguntado qué quería. Lo que realmente quería.
Sólo se me ocurrían dos cosas dignas de contarle.
1. Quiero demostrar que tengo derecho a seguir los pasos de mi padre. Ya sea la semana que viene, el mes que viene o dentro de diez años, lo quiero.
Tú

Se me acelera el pulso como la primera vez que abrí esta carta.

Sólo que ahora golpea de forma diferente.

Entonces, pensé que estaba bromeando. Diciendo cualquier cosa que pudiera para volver a mis bragas. Quiero decir, sí, estoy seguro de que había un elemento de eso. Estamos hablando de Nico. Pero ahora, sentada aquí, girando mi anillo de compromiso alrededor de mi dedo, sé que había mucha más verdad en sus palabras.

No necesito decirte que nunca quise nada serio. Lo entiendes tan bien como yo.
Somos iguales, tú y yo, Sirena.
A ambos les aterra confiar en alguien lo suficiente como para entregar nuestro corazón, nuestra vida, a otro de la forma en que lo han hecho quienes nos rodean.
Creía que era un mito que, cuando llegara la persona adecuada, sería como una segunda naturaleza.
Luché. Luché tan jodidamente duro. Sabes que lo hice. Tienes las cicatrices que lo demuestran.
Pero no quiero luchar más.
Te necesito, Brianna.
Te necesito en mi vida. En mi cama. En mi corazón.
Me cansé de luchar, me cansé de alejarte.
Haré lo que haga falta para demostrarte lo serio que soy.
Te echo de menos, Sirena, y no tengo ni puta idea de cómo recuperarte.
No merezco tu perdón, lo sé. Pero voy a hacer todo lo posible para que así sea, porque no puedo imaginar mi vida sin ti a mi lado.
Quiero todo contigo, Brianna.
TODO.
Pero, sobre todo, ahora mismo, sólo quiero tener la oportunidad de hablar contigo, de decirte cuánto lo siento. Decirte cuánto te quiero.
Porque yo quiero. Y realmente quiero mostrarte lo buenos que podríamos ser.
Te esperaré, Brianna. No me importa lo que tarde.
Estoy aquí. Y soy tuyo.
Siempre.

Respiro lenta y largamente mientras leo esas palabras por centésima vez desde que metió la carta por debajo de la puerta de la habitación de invitados de Toby. Se me llenan los ojos de lágrimas al recordar cómo eran las cosas entre nosotros entonces.

No fue hace tanto tiempo, pero sinceramente, parece toda una vida después de lo que hemos pasado en las últimas dos semanas.

Por aquel entonces, ni siquiera hablaba con él. Ahora, llevo su anillo y me he mudado oficialmente a su pent-house.

El estilo de vida de soltero de Nico ya no existe. Y nunca lo he visto más feliz.

Con los italianos bajo nuevo control, la filtración destapada y mi verdad descubierta, tiene una nueva oportunidad.

Me recuerda al Nico que conocí antes de que se perdiera en el dolor. Pero no es sólo ese Nico. Es una versión aún mejor de sí mismo.

Y nunca pensé que lo diría, pero me enamoro de él un poco más cada vez que lo veo.

La cálida brisa me agita el cabello alrededor de la cara mientras contemplo la ciudad.

El piso detrás de mí está en silencio. Nico y los chicos están en el colegio, pero no tardarán mucho.

La semana que viene llega el descanso. Un respiro de la vida real que todo el mundo necesita desesperadamente antes de hacer los últimos exámenes y embarcarse en el verano.

Sin embargo, el próximo lunes volveré al instituto *Knight's Ridge* a tiempo completo para continuar mi formación y convertirme en miembro permanente del personal en septiembre.

Aceptar el puesto cuando no he hecho nada para merecerlo va en contra de todo en lo que creo. Pero a veces hay que dejar pasar las cosas. Y ahora mismo, me vendría bien un poco de facilidad en mi vida. Después de todo, ¿de qué sirve estar comprometida a uno de los hombres más influyentes de esta parte de la ciudad si no puedes aprovecharte de ello de vez en cuando?

Me recuesto, cierro los ojos y aprovecho la paz.

Me he pasado toda la semana empaquetando mi piso y mudándome aquí. He descubierto cada centímetro de este lugar y me he metido de lleno en la vida de Nico. No es que se queje. Juro que tiene una sonrisa permanente en la cara, y es contagiosa.

Es raro ser tan feliz después de lo que acabamos de pasar. Cualquiera desde fuera pensaría que estamos locos, estoy seguro. Pero es lo que es.

Los minutos pasan mientras aprieto su carta contra mi pecho. Cuando Jodie la recogió del suelo aquel día, nunca habría imaginado lo que encontraría escondido en su interior. Se ha convertido en una de mis posesiones más preciadas. El momento en que Nico finalmente admitió lo que sentía. El principio de nosotros.

Estoy tan ensimismada, pensando en tiempos pasados, que no oigo la puerta de entrada ni los pesados pasos que se acercan. Su voz, sin embargo, fluye a través de mí como oro líquido, haciendo que las mariposas estallen y mi piel se erice de deseo. Algo que espero que nunca cambie.

—¿Qué estás leyendo? —me pregunta, uniéndose a mí en el balcón con la camisa del colegio desabrochada por el cuello, la corbata suelta y las mangas remangadas, dejando al descubierto sus antebrazos acordonados.

Joder, mi hombre está bueno.

Se me seca la boca mientras le miro fijamente.

Cuando no respondo, una mueca se dibuja en sus labios.

—¿Me ha echado de menos, señora Cirillo? —gruñe, acercándose un paso.

Mi ritmo cardíaco se acelera mientras el calor inunda mi núcleo.

—Hoy he tenido que ir a la biblioteca —confiesa—. No ha sido lo mismo sin mi profesor favorito.

A medida que se acerca, su embriagador aroma llena mi nariz y me hace la boca agua.

—Nico —gimoteo cuando me tiende la mano y me quita la carta. Al abrirla, levanta las cejas y se encuentra con su propia letra.

—Realmente me extrañaste, ¿eh?

—Lo encontré en una de las cajas —le explico.

Lo baja a la mesa, lo mete debajo de mi vaso vacío para que no se vuele y se deja caer sobre sus rodillas frente a mí.

—Quise decir cada palabra.

—Lo sé.

Enarca una ceja.

—Ahora. Ahora lo sé —añado.

—Joder, te quiero.

Agarra mi cara entre sus manos y roza mis labios con el más dulce de los besos. Algo de lo que no le creía capaz hace tan solo unas semanas.

—¿Cómo fue tu examen? —le pregunto.

—Ya se me ha olvidado —murmura, besándome el cuello—. Terminé temprano y pasé el resto del tiempo planeando lo que quería hacer cuando llegara a casa.

—¿Ah, sí? —pregunto mientras sus manos empiezan a recorrer mis curvas.

Sólo llevo una camiseta de tirantes -sin sujetador- y unos shorts cortos, así que casi siento su contacto con la misma intensidad que si estuviera desnuda.

—Sí. ¿Quieres que te muestre lo que estaba imaginando?

Antes de que pueda responderle, sus dedos rodean el dobladillo de mi camiseta y me la sube por el cuerpo, exponiéndome a él y al resto de la ciudad. No es que puedan vernos desde tan alto. Pero eso no impide que me recorra una inyección extra de lujuria.

Miro a través de la barrera de cristal hacia la ciudad.

—Te encanta, putilla —gime, deslizando las manos bajo mis muslos y levantándome del sofá como si no pesara más que una pluma.

No nos movemos mucho. Lo único que hace es girarme y tumbarme en la mesita exterior antes de bajarme los shorts cortos por las piernas, dejándome desnuda para él.

—Preciosa, y exactamente como me la imaginaba. Me encanta el bronceado que tienes —me dice mientras me recorre el cuerpo con un dedo, apreciando la ausencia de líneas de bronceado gracias a la intimidad de este balcón.

Me rodea el pezón y un estremecimiento de deseo me recorre.

—Por favor —gimo, abriendo las piernas en señal de invitación.

—Joder, sí —gruñe, arrodillándose y agarrándose a mi clítoris—. Esta es una bienvenida a casa con la que puedo estar de acuerdo.

Con sus manos abriéndome los muslos, me come como si no hubiera tenido ocasión en meses. La realidad es que esta mañana me ha despertado con la cara entre los muslos. Pero no me quejo, joder.

No sale a tomar aire hasta que estoy gritando su nombre y corriéndome en su cara. Entonces se echa hacia atrás, se baja los pantalones lo suficiente como para dejar al descubierto su dura longitud y me folla por encima de la mesa con tanta fuerza que acabamos al otro lado del balcón una vez que los dos estamos agotados.

—Ve y date una ducha —dice, separándose de mí y cogiéndome en brazos—. Aún no he terminado contigo.

* * *

—Cuando nos invitaste a celebrar, pensamos que vendrían los dos —dice Toby, divertido, mientras me coloco el sujetador, para irritación de Nico.

—¿De quién ha sido la idea? —se enfurruña, observando cómo me visto con ojos acalorados.

—Eh… tuya —señalo.

—Soy un maldito idiota.

—Algo en lo que podamos estar de acuerdo.

Tirando de mi vestido sobre mi cuerpo, le tomo de la mano para sacarle de la habitación y reunirme con nuestros amigos.

Cuando salimos a la sala, Alex ya ha puesto la música a todo volumen y Jodie y Emmie están en la cocina, asegurándose de que las bebidas fluyan.

—Por el nuevo miembro del edificio —dice Jodie, entregándome un cóctel.

—Pues gracias —bromeo.

Todavía no sabemos el resultado de mi ausencia de anticonceptivos, y yo todavía no sé cuál quiero que sea el resultado. Pase lo que pase, voy a seguir adelante. Pero hasta que obtenga una respuesta, estoy planeando disfrutar de la vida en mi nuevo hogar con mi increíble familia.

Cuando empiezan a bajar las copas, aparecen Seb y Stella. Poco después, Calli y Daemon aparecen con algunos extras. Isla y Ant se unen inmediatamente a la fiesta como si pertenecieran a ella, cosa

que en cierto modo hacen, pero Enzo y Matteo parecen un poco incómodos.

Theo y Nico no tardaron en olvidarse de todo eso llevándoles cervezas y arrastrándoles al interior del piso.

Después de todo lo que han hecho por nosotros, se merecen esto. Sólo podemos esperar que sea una tregua duradera, porque tener a las dos Familias trabajando juntas es mucho más poderoso que tenerlas enfrentadas.

Estoy ocupada bailando con las chicas cuando un par de manos se deslizan alrededor de mi cintura y me tiran hacia atrás contra un cuerpo caliente y duro.

—Tienes un aspecto pecaminoso, bailando así con este vestidito —me gruñe al oído.

—Supongo que deberías considerarte afortunado de poder quitármelo más tarde—.

Un gemido asqueroso sale de mis labios cuando me chupa la piel sensible de debajo de la oreja mientras sus manos empiezan a vagar.

—Bueno, si así es como va esta noche, entonces no me importa si lo hago —dice Seb en algún lugar cercano antes de que Stella chille de placer.

No debería sorprenderme; nuestras fiestas siempre acaban tomando este cariz. Es inevitable cuando hay cinco parejas que no pueden quitarse las manos de encima.

El brazo de Toby roza el mío cuando se pone delante de Jodie, enreda los dedos en su pelo y pega sus labios a los de ella. No tengo ni idea de dónde están Theo y Emmie, ni Daemon y Calli; estoy demasiado perdida en el tacto ardiente de Nico y en la forma en que su polla dura me roza el culo mientras nos movemos al ritmo de la música.

—No me canso de ti, Sirena —gime en mi oído.

—Bien, porque no te vas a librar de mí ahora.

* * *

ALEX

—Por el amor de Dios —murmuro, mientras una a una las parejas de la sala empiezan a emparejarse.

Me alegro por todos ellos, de verdad, joder. Pero por todos los santos, estoy harto de esta mierda.

—Ah, es hora de que empiece la orgía —bromea Isla.

Ant se ríe con ella, pero Enzo y Matteo abren los ojos con sorpresa.

—¿Así que esta es la razón por la que has sido feliz viviendo aquí? —pregunta Enzo, dándole un codazo a Ant en las costillas—. Viva el porno.

—No es lo que parece —murmuro.

Todo era diversión y juegos cuando sólo eran Seb y Stella, e incluso Theo y Emmie. Pero uno por uno, he perdido a mis chicos. Y es una mierda.

Si no fuera porque les he invitado, me quedaría solo mientras ellos se divierten.

Intento no amargarme por ello. Pero algunos días es más difícil que otros.

—¿Así que ustedes dos no van a unirse a ellos? —Matteo pregunta, sus ojos se disparan entre Isla y yo.

—No lo creo, joder —gruñe Isla, con cara de asco.

—Oye, no recuerdo que dijeras eso la última vez que…— Su mano me tapa la boca, haciéndome callar de inmediato mientras sus ojos se entrecierran peligrosamente en mi dirección.

—Oh, intuyo una historia —dice Enzo, frotándose las manos—. Cuéntala.

Levanto las cejas mirando a Isla, sin perderme cómo Ant se retuerce a su lado.

Ah, buenos tiempos.

—Preferiría no hacerlo. He hecho todo lo posible para borrar el recuerdo de mi mente.

—Pfft, ha sido la mejor noche de tu vida y lo sabes —me burlo.

—En tus sueños—. Se va dando pisotones, dejándonos a los cuatro observando su culo balancearse en sus ridículamente cortos pantalones cortos que muestran más de lo que ocultan.

—Maldición, hermano. Ella realmente te odia.

—Aunque no me impidió golpear eso —digo inexpresivo.

Ant pone los ojos en blanco, pero decide no intervenir.

—Tenemos que sacar a éste del tirón. Lleva aquí encerrado demasiado tiempo —dice Enzo, echando el brazo alrededor de Ant una vez que Isla se pierde de vista—. Apuesto a que está tan infrautilizado que está a punto de caerse.

—Vete a la mierda, hombre.

—Me apunto si quieres salir. Esto se va a poner aburrido muy rápido.

—Tragos —anuncia Isla, apareciendo de repente en nuestro grupo con una botella de *Grey Goose* y cinco vasos de chupito.

—Claro que sí —dice Enzo, quitándole inmediatamente la botella, o más bien intentándolo.

—Discúlpeme —dice ella—. Esta señorita es más que capaz de servirse unos tragos.

—Nunca dije que no lo fueras —dice Enzo, levantando las manos en señal de rendición.

—Por el grupo, chicos —dice antes de lanzar su chupito hacia atrás y servirnos inmediatamente otro a todos—. Entonces, ¿a dónde vamos?

Una idea que lleva tiempo rondando por mi cabeza se hace realidad.

—¿Te apetece llevarnos al Paradise? —pregunto.

—¿Paradise? —pregunta Matteo, intrigado.

—¿En serio? ¿Quieres pasar la noche en un club de striptease? —Isla ladra.

—¿Problema? Pensé que lo disfrutarías tanto como nosotros. Una bailarina sexy es una bailarina sexy, ¿verdad?

—Eres un gilipollas —se burla, haciendo reír a Ant.

—¿Qué mierda he dicho? —Isla sacude la cabeza y se toma otro trago. —Entonces, ¿te apuntas o qué?

—Sí, me apunto, joder. Paradise tiene las mejores bailarinas de la ciudad, y ha estado fuera de los límites durante demasiado jodido tiempo.

Mi punto exactamente. Necesito entrar en ese lugar, porque si mis sospechas son correctas, entonces voy a encontrar exactamente lo que he estado buscando.

—Genial, vámonos —anuncio, ignorando a todos mis amigos detrás de mí y abrazando a Isla y a Ant.

—Cuidado. Esto se está poniendo muy déjà vu —advierte Isla, haciendo que Ant se ponga tenso. —Esa noche ya fue más de lo que podías soportar.

—Cierra la boca, plaga —murmuro burlonamente—. La mejor noche de sus vidas y lo saben—.

—¿Tenemos que hacerlo? —susurra Ant.

—Lo siento, amigo. Vamos a buscarte un coño dispuesto.

—¿En un club de striptease lleno de hombres? —pregunta con curiosidad—. Estoy segura de que podrás arreglártelas.

La emoción se apodera de mí cuando salimos del edificio y nos subimos a un Uber que he llamado al bajar en ascensor.

He estado en todos los clubes de striptease a los que he podido acceder con seguridad en las últimas semanas en mi cacería, pero no he conseguido nada. Hay un par en territorio italiano en los que no he podido entrar, pero Paradise es con diferencia el mejor, y tiene sentido que ella esté allí.

El resto de la botella de vodka desaparece entre nosotros mientras conducimos. Pero a pesar de la borrachera que llevo encima, estoy totalmente concentrado y, en cuanto el Uber se detiene, salgo del carro y me dirijo hacia los porteros, consciente de que me dejarán entrar en cuanto vean con quién estoy.

—Dios, estás desesperado —dice Matteo. Miro hacia atrás justo a tiempo para verle dar el visto bueno a los porteros.

No respondo, principalmente porque tiene razón. Estoy desesperado.

Me dirijo al club, con la mirada fija en todas partes.

Pero no me molesto en buscar su cabello rojo. Ya sé que no lo encontraré. Así que, en su lugar, busco el rubio tras el que intenta

esconderse.

Y al poco tiempo, descubro que tenía razón.

Ella está aquí. Escondida a plena vista. Justo como sabía que estaría.

Cuidado, Seductora.

Voy por ti.

¿Necesitas más Nico y Brianna? ¡DESCARGA ya su escena extra, ¡Boda Corrupta!

¿Quieres más?

Alex historia y la de Evie llegarán en Caballero Pecador Robado.

Biografía del autora

Tracy Lorraine es una autora bestseller de novelas románticas contemporáneas para adultos del USA Today y del Wall Street Journal. Tracy vive en el lindo pueblo de Cotswold en Inglaterra junto con su esposo, su hija y su adorable, pero un poco loco springer spaniel. Habiendo sido siempre una adicta a los libros con la cabeza metida en su Kindle, Tracy decidió probar suerte con la idea de una historia que soñó y no ha mirado atrás desde entonces.

Sé el primero en enterarte de sus nuevos lanzamientos y ofertas. Suscríbete a su boletín aquí.

Si quieres saber lo que estoy haciendo, ver avances y fragmentos en los que estoy trabajando, entonces debes de formar parte de mi grupo de Facebook. Únete a los Ángeles de Tracy aquí.

Mantente al día con los libros de Tracy en www.tracylorraine.com